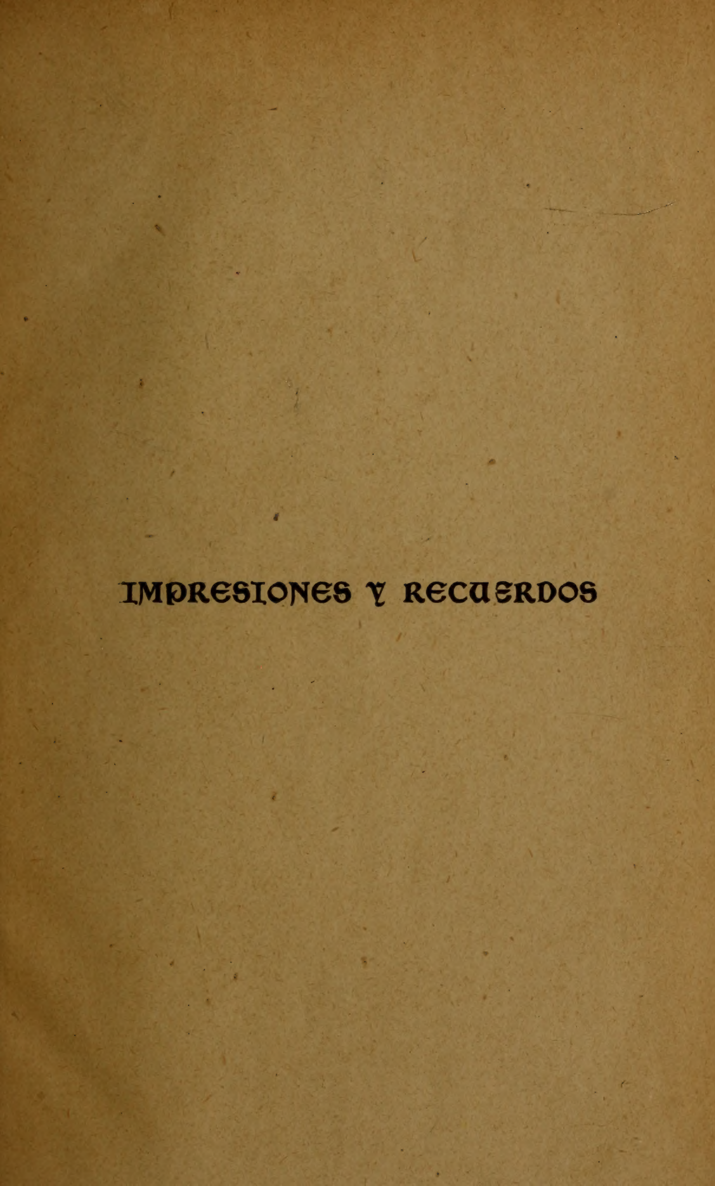

3 1761 09545997 0







IMPRESIONES Y RECUERDOS

IMPRESIONES Y RECUERDOS

DE

JULIO NOMBELA

TOMO TERCERO



MADRID
Casa editorial de "La Ultima Moda„
Velázquez, 42, hotel.

IMPRENTA PARTICULAR DE
«La Ultima Moda», 1910.



LIBRO CUARTO

1860 á 1864.

I

Al comenzar el año 1860 llenaban mi alma las más risueñas esperanzas. Creía haber encontrado la mujer que debía ser compañera de mi vida; mi padre, muy satisfecho de mi elección, había pedido su mano para mí y su familia me la había concedido de buen grado. Confiaba en que podría atender á las obligaciones que iba á contraer, porque la casa editorial de París, que me había encargado el *Manual de música* de que hablé en el libro anterior, me ofreció por conducto de su representante en Madrid nuevos trabajos. Además estaba resuelto á realizar mi deseado viaje á la capital de Francia, no solo para emprender allí labor literaria, que según me anunciaban sería bien retribuída, sino para estudiar la organización del Conservatorio de música y declamación de París, proponer las reformas y mejoras que

me inspirase mi estudio dignas de ser introducidas en el de Madrid, y si se creaba, como suponía que debía suceder, una cátedra de Historia y filosofía del arte teatral, solicitarla, tratar de conseguirla, volver á España y llegar á una situación que sirviera de base á mis no abandonadas aspiraciones de cultivar las letras con honra y con provecho.

Confiaba en el éxito de aquel proyecto, porque contaba con la protección de un personaje político de gran influencia debida á su talento, su elocuente palabra, su carácter justiciero y enérgico y su acrisolada probidad: aludo á D. Antonio de los Ríos y Rosas.

Antes de referir cuanto se relaciona con mi proyectada boda, asunto siempre interesante aun tratándose de un humilde y vulgar aspirante á la felicidad, tal cual era yo entonces, voy á indicar cómo conocí al eminente hombre político, y los motivos que me proporcionaron su desinteresado aprecio y su importante protección.

Mi abuelo paterno, que como dije en uno de los anteriores libros, había sido Administrador de Rentas en varias poblaciones de las provincias de Murcia y de Sevilla, en uno de sus traslados fué destinado con el mismo cargo á la importante ciudad de Ronda, y en ella conoció y trató con intimidad á la familia de Ríos Rosas.

En el último viaje que hizo á Madrid en 1858, á ruego mío, porque deseaba ver de cerca á aquel orador violento y magnífico que me entusiasma-

ba cuando le oía hablar en el Congreso, me presentó á él.

Vivía en la calle Mayor en la casa donde estaba y está aún el café de Platerías, á la que se entraba por la plaza de Herradores: una familia de modesta posición le había alquilado un gabinete y una alcoba, y aunque sólo parecía un huésped distinguido, era considerado como el verdadero dueño y señor de aquel hogar.

Apenas le entregó la criada la tarjeta que le anunciaba nuestra visita, nos recibió mostrándose muy afectuoso, y recreándose al recordar cosas del tiempo pasado, sobre todo de sus mocedades.

Mi abuelo le había conocido cuando era un joven de catorce ó quince años, y como conservó siempre relaciones con su familia, y á pesar de haberse encumbrado mostraba verdadera satisfacción al verle, cuando venía á la Corte no dejaba de visitarle.

Jubilado mi abuelo, no necesitaba de los buenos oficios de aquel personaje tan influyente entonces, y cuando le ofreció su valimiento para cuanto pudiera desear y fuera justo:

—Soy muy viejo—le dijo—me marcharé muy pronto al país de donde no se vuelve y sólo necesitaré oraciones. Pero mi nieto, aquí presente, que después de haber vivido extraviado algún tiempo aspirando á ser cómico, parece que ahora quiere entrar por mejor camino dedicándose á cultivar las letras, principalmente en el periodismo, necesitará de los consejos y de la protección

de usted. Al despedirnos para siempre, porque me vuelvo á Sevilla y como usted no vaya por allá, este será el último apretón de manos que nos demos, ruego á usted que extienda á mi nieto el afecto que, desde hace muchos años, se han profesado nuestras respectivas familias.

Ríos Rosas me miró con aquellos ojos penetrantes que iluminaban su rostro cetrino y que se imponían lo mismo cuando su expresión era cariñosa, que cuando era de ira ó de indignación al atacar en la tribuna su vibrante y acerada palabra á un adversario.

—Que venga á verme cuando quiera y que me traiga alguno de sus trabajos literarios—dijo.—Todos los jóvenes me inspiran interés—añadió—y su nieto de usted une á su juventud, para que yo le estime y le ayude, nuestra antigua amistad.

Nos despedimos y yo salí encantado de la entrevista que tanto había deseado. Aquel día que fué un espléndido día del mes de Mayo, me pareció el sol más brillante que nunca, la vida más hermosa y el porvenir más risueño. Las ideas que con tanta elocuencia expresaba Ríos Rosas en el Congreso me entusiasmaban, las comprendia, palpitaban en mi mente y al mismo tiempo en mi corazón; borrosas, más mancha que dibujo, y no dudaba ¿qué había de dudar?, la juventud no duda; no dudaba—repito—que en cuanto leyese alguno de los artículos que hasta entonces había publicado en el *Diario Español,* conquistaría su

afecto, ó por lo menos despertaría en su alma el deseo de prestarme su poderosa influencia.

Mi pobre padre, condenado á perpetua cesantía, tan lleno de ilusiones como yo á pesar de sus años y de sus desengaños, participó de mi alegría y aquella noche abuelo, padre y nietos, porque mis dos hermanas fueron también reflejo de nuestras esperanzas, celebramos el fausto acontecimiento añadiendo á la modesta cena ordinaria unos pasteles que mandó comprar mi padre en albricias de mi presentación al gran hombre que podía sacarnos de la penosa medianía en que vivíamos.

Por la tarde registré mis papeles, quise escribir algo nuevo bajo la impresión que acababa de recibir; pero todo me parecía pálido, vulgar, insignificante. ¿Le llevaría versos? El, escultor de la palabra, miraría con desdén el artificio de la rima. Un cuadro de costumbres habría de parecerle trivial. Busqué el número del *Diario Español* con que Rancés me sorprendió publicando íntegro mi largo estudio sobre la *Juventud*, y á falta de otro trabajo más importante, resolví que por él conociera mis condiciones de escritor.

Mejor que llevárselo era remitírselo, y después de cenar, en vez de ir como acostumbraba á casa de las señoras de García Goyena ó de Santa Coloma donde tan agradablemente pasaba las veladas, emborroné muchas cuartillas procurando redactar una carta lacónica y á la vez expresiva, que sirviera de aliciente al que debía juzgarme para leer el artículo que acompañaría á la epístola.

Todo lo que escribí me pareció vulgar, rebuscado, incoloro, pretencioso, impertinente. No encontraba la fórmula concisa, sincera, humilde y gallarda á la vez, que creía necesaria para que la carta fuese digna de quien había de leerla.

Esta tarea amargó mi veutura. Volaba el tiempo, la bujía que alumbraba mi cuarto, escritorio y alcoba á un tiempo, estaba á punto de acabarse, y al fin tracé unas cuantas líneas que fueron el borrador definitivo de la carta.

Al día siguiente, como siempre me ha sucedido, desconfié de mí, pensé que ni el artículo que iba á someter á Ríos Rosas, ni nada de lo que había escrito ni de lo que escribiría en adelante me servirían para resolver el problema de mi vida, y me ví dominado por un penoso desaliento.

La imaginación que me ha dado cuanto la he pedido, á cambio de sus continuos favores me ha llevado constantemente del temor á la esperanza, de la duda á la fe; pero sacando fuerzas de flaquezas copié la carta, la metí con el artículo impreso en un sobre y resolví jugar el todo por el todo.

Salí temprano de mi casa y fuí á buscar á Becquer, que continuaba viviendo en la calle de la Visitación. Deseaba contarle los pormenores de mi presentación al gran orador, leerle la carta que había escrito para que acompañase al artículo, someterme á su opinión, siempre meditada, sincera y justa, y confiarle mis temores y mis esperanzas.

Becquer era naturalmente optimista; mucho

más estóico que yo ante las adversidades, ni un solo instante dudaba del porvenir, aunque el presente fuera como era para él triste y en ocasiones doloroso.

Aprobó mi carta, disipó mis temores, no dudó de que aquel hombre de tan gran corazón me tendería una mano amiga, y dominado por aquella hermosa y santa naturalidad con que lo veía todo sonrosado y brillante, me indicó cuánto podía hacer en mi favor el que había sido ministro y volvería á serlo disponiendo á su antojo de los destinos del país.

Al resolverme á realizar mi propósito, quiso acompañarme; charla que te charla sobre lo que podría resultar del paso que iba á dar, llegamos á la plaza de Herradores, y con la previsión que tenía para lo ajeno y le faltaba para lo propio, pensó que la criada que me había visto el día anterior podría reconocerme, que no estaba bien que el autor del escrito fuese á la vez portador de él y que lo mejor era que le esperase en la puerta de la casa, mientras que él, completamente desconocido para la sirviente, subía al piso segundo y entregaba la misiva.

Así se hizo, y el que más tarde debía ser una de las glorias más puras y más esplendentes de la poesía española se convirtió, por su iniciativa, en servidor del amigo y compañero de dichas soñadas y de infortunios reales y positivos.

Algunos días después fuí, no sin cierto temor, á ver á Ríos Rosas. Según me dijo, le había agrada-

do mi trabajo, eran justos y enérgicos los apóstrofes que dirigía á la juventud, y con verdadero interés me preguntó qué aspiraciones tenía, ofreciéndose á favorecerme en cuanto pudiera.

Sus palabras convidaban á la expansión y, aunque someramente, le referí mi corta pero triste historia literaria y mi escasa afición á la política, cuyas interioridades y misterios había podido apreciar en el *Diario Español.*

Convino conmigo en que en efecto, la política no era lo más á proposito para entusiasmar á un joven dominado por generosas ilusiones. Si no á la política, también él juzgaba á los políticos con puritana severidad; pero era necesario que hubiera quien se sacrificase en aras de la patria, para librarla de los egoismos y codicias de sus malos hijos.

Lo que no me ocultaba era, que cultivando sólo las letras, me sería difícil alcanzar una posición desahogada, aunque lograse fama; y me citó el ejemplo de numerosos literatos de verdadero mérito que se veían obligados á desempeñar empleos para poder atender con alguna holgura á las más apremiantes necesidades.

Le referí que también yo había tenido que aceptar un modesto empleo, y en el terreno de las confidencias le hablé de mis aficiones al arte teatral, de lo conveniente que sería crear en el Conservatorio una clase de Historia y Filosofía del arte escénico, y de los estudios que había hecho á fin de poder desempeñarla si algún día contaba con favor suficiente para obtenerla.

Mi pensamiento le pareció bien y me ofreció, si volvía á ser ministro ó por lo menos alcanzaban el poder sus amigos, contribuir á realizar mi deseo.

De aquella entrevista salí más complacido y esperanzado que de la primera; me repitió que fuese á visitarle cuando quisiera para que hablásemos de literatura, de la que era apasionado considerándola como un oasis en el triste y peligroso desierto de la política.

Cuando por los motivos que no tardaré en relatar, resolví ir á París, fuí á anunciarle mi determinación y á pedirle que si era amigo del ministro de Fomento, me recomendase á él para que me autorizase de Real orden á estudiar la organización del Conservatorio de música y declamación parisiense, con la obligación por mi parte de redactar una Memoria consignando mis investigaciones é indicando las reformas que como resultado de ellas juzgase convenientes para mejorar las condiciones del Conservatorio de Madrid.

Se apresuró á complacerme, habló con interés en mi favor á D. Eugenio Moreno López, que era á la sazón director de Instrucción pública en el ministerio de Fomento, y á los pocos días de haber formulado mi ruego, me llamó para entregarme la Real orden por mí deseada.

La primera parte de mis esperanzas se realizó. Más adelante veremos el resultado de aquella tentativa. Ahora voy á referir el idilio que durante ocho meses ofreció á mi alma una inefable dicha.

II

Cuando con mi entrada en *El Fénix* y el producto de otros trabajos literarios, cesaron en gran parte mis continuas zozobras y disfruté de un relativo bienestar, que las ilusiones mis eternas compañeras me hacían suponer duradero, creí llegado el momento de buscar para mi alma á la que debería compartir conmigo las alegrías y las penalidades del mundo.

Mis exploraciones en este sentido no habían sido muy optimistas. Por intuición, y también por la experiencia adquirida, había llegado á convencerme de que el trato social contribuía á desarrollar en las jóvenes más defectos que virtudes. Aquellas especiales amigas mías, que no vacilaban en confiar á mi lealtad las flaquezas que producían en su ánimo las heridas que sufrían su amor propio, su vanidad y á veces su envidia, las ideas de inconsciente ambición que bullían en aquellas hermosas cabezas, me estimularon á pensar que la mayoría de las señoritas que por la próspera y á veces brillante posición de su familia frecuentaban la sociedad, aunque inspiradas por la más completa moralidad y cumpliendo, quizás más por costumbre que por verdadero é íntimo sentimiento, las prácticas religiosas, prestaban á las exterioridades de la vida mayor importancia que á los afectos que al desarrollarse en el misterio del hogar pueden ofrecer las dichas posibles en el mundo. Todo para la flor: poco ó nada para la raíz.

Aun aquellas en quienes había reconocido y admirado cualidades excepcionales, nacidas y criadas en el seno de familias ricas y de brillante posición, no podían prescindir, reinas de la belleza y de la fortuna, de la atmósfera artificial, falsa y lisonjera con que la cortesanía envuelve á los soberanos, oscureciendo con el oropel el oro fino de sus naturales sentimientos.

Así es, que cuando pensaba en que algún día tendría que elegir la compañera de mi vida, me decía: «No la buscaré en los salones, en los teatros ni en los paseos. Procuraré que la perla esté todavía en su concha, que sea de condición humilde y hasta pobre como yo; pero con un alma privilegiada que me inspire el deseo de trabajar y vivir exclusivamente para labrar su felicidad.

A nadie, ni á mis mejores amigos, revelé este propósito; pero puse á su servicio mi voluntad, seguro de que la generosidad y la abnegación, elementos de que se compone el verdadero amor, son la única garantía de la ventura conyugal.

Lo que deseaba, creí encontrarlo y voy á referir cómo se realizó el hallazgo.

En la Cuaresma del año 1859 se celebraron conciertos sacros en el teatro Real, y resolví asistir á ellos para hablar en mis revistas de las obras musicales que figurasen en los programas y de los artistas que las interpretaran.

La noche en que debía celebrarse el primer concierto, necesitó el director del periódico las butacas que, como era y sigue siendo costumbre, en-

viaba la Empresa á cambio de los anuncios, y para asistir á la función adquirí una delantera de galería principal.

Ocupaba uno de los asientos próximo al mío un caballero de edad, que al terminar la primera parte del concierto confió sus impresiones á un amigo suyo que estaba á su lado; las oí, me parecieron acertados sus juicios y comprendí desde luego que era un profesor ó por lo menos un inteligentísimo aficionado.

Su aspecto sencillo y franco me animó á dirigirle algunas preguntas, cuyas respuestas podían serme útiles. Pronto se estableció una corriente de simpatía entre los dos, y le indiqué que encargado de la crítica musical en el *Fenix*, utilizaría sus observaciones. Esto aumentó su cordialidad, me dijo que se había abonado á la localidad que ocupaba para asistir á todos los conciertos, se brindó á ayudarme en la tarea de juzgar las obras y á sus intérpretes, y como yo tendría que utilizar en lo sucesivo la butaca del periódico, quedé en buscarle durante los entreactos de los siguientes conciertos, para oir sus observaciones y sus juicios.

Consideré como una buena suerte aquel encuentro, porque en honor de la verdad carecía yo de la educación técnica necesaria para mi labor de crítico, teniendo que limitarme á examinar las obras musicales desde el punto de vista general del arte; y aunque prendidas con alfileres las indicaciones de aquel maestro, que lo era en efecto como pude observar después, podían dar á mis re-

vistas el valor y la autoridad de que carecían.

En el próximo concierto nos vimos en los entreactos, hablamos como si hubiéramos sido antiguos amigos, quedé en esperarle en el vestíbulo del teatro para salir juntos y charlar del divino arte que á los dos nos entusiasmaba y le acompañé á la calle de Jacometrezo, donde estaba su casa, que me ofreció insinuándome que si alguna noche podía ir á visitarle, pasaría un buen rato oyendo tocar el piano y el órgano expresivo á una joven, sobrina de su ama de gobierno, que era una maravilla.

Me confió también que había sido monje, que hasta la época de la exclaustración forzosa había formado parte de la comunidad de los Basilios, que había hecho profundos estudios musicales, que había heredado de su familia la casa en donde habitaba y que en ella vivía tranquila y apaciblemente consagrado á desarrollar las disposiciones de la joven pianista, quien además estudiaba en el Conservatorio armonía y asistía á la clase de órgano del genial y admirable organista D. Román Jimeno.

Al terminarse el tercer concierto, más expansivo, me refirió á grandes rasgos la breve pero interesante historia de la que llamaba su discípula.

Había nacido en un mísero pueblo de la provincia de Madrid próximo al río Tajuña, en el seno de una pobre familia. Hermana, no recuerdo bien si de su padre ó de su madre, era el ama de gobierno de D. Antonio, que así se llamaba mi afec-

tuoso interlocutor, y tanto para que la ayudase en los quehaceres domésticos como para aliviar la precaria situación de su famila, la había sacado del pueblo, prometiéndose enseñarla las labores femeniles y convertirla en una mujer de provecho.

El carácter angelical, la belleza, el natural talento y la afición á la música que demostró desde el primer momento la que había sido llamada á Madrid para auxiliar á su tía y ser á lo sumo una servidora distinguida, buena y bien amaestrada, inspiraron á D. Antonio el propósito de revelarla los secretos del divino arte.

Cinco ó seis años habían bastado para convertir á la humilde lugareña en admirable pianista é inspirada compositora: todo esto, según su maestro, obra suya y de los que en el Conservatorio completaban su educación musical.

Semejante revelación despertó en mí un vehemente deseo de conocerla, y anuncié á mi improvisado amigo que la siguiente noche iría á visitarle.

Mi imaginación se forjó una novela, en la que tomó gran parte un sentimiento que dormitaba en mi alma; pero que se despertó con una violencia que no dejó de preocuparme.

En la noche siguiente cumplí mi oferta, fuí afectuosamente recibido por D. Antonio, quien después de mostrarse agradecido por mi visita, llamó á su discípula y me presentó á ella.

La joven, á quien llamaré Cecilia, ocultando su verdadero nombre como los de las personas con

quienes vivía, porque deseo guardar á su memoria el más noble y piadoso respeto, balbuceó algunas palabras, casi con sordina, revelando gran timidez.

Mientras hablábamos, pude fijarme en ella. Contaba diez y ocho años, según supe después. De más que regular estatura, era naturalmente esbelta aunque sin la soltura de las personas que frecuentan la sociedad. Su rostro revelaba una candidez angélica; sus ojos, de dulce expresión, parecían adormecidos, soñadores ó más bien pudorosos. Sus facciones eran correctas y como rodeadas de un nimbo de pureza. Todo acusaba en ella humildad afectuosa, al mismo tiempo que inteligencia timida.

Aquella primera impresión, despertó en mi alma un vivo deseo de penetrar en la suya, defendida por aquellos ojos que parecían querer ocultar lo que había en el cerebro y en el corazón á que servían de intérpretes.

Se sentó al piano, ejecutó con una naturalidad encantadora y una maestría admirable, un nocturno titulado *La Pasión*, melodía dulcísima, delicada, penetrante. Con no menos maestría interpretó después algunas de las admirables composiciones de Mozart, de Weber, de Mendelshon, y no recuerdo de quien más. El piano y ella parecían dos cuerpos y una sola alma. Ni una nota perdía bajo sus dedos su valor, su medida, su sonoridad; las frases, las modulaciones, los acordes, las disonancias, eran expresados con un arte, con un sentimiento que subyugaban.

Su maestro y protector no había exagerado, era una maravilla su mecanismo y otra mayor aún su manera de interpretar la música de aquellos compositores, que si han sido sobrepujados por lo que pudiéramos llamar ciencia musical, continúan siendo modelos inimitables de inspiración y de arte.

Expresé con mi natural vehemencia la impresión que me dominaba, y cubriéndose de carmín las mejillas de la joven al oir mis elogios de un modo que quizás no había oído hasta entonces, con sincera modestia agradeció mis palabras, se rompió el hielo y fué más expansiva.

El tiempo se nos había pasado sin sentir, y como en aquella casa, según me había indicado el amo de ella, á las diez de la noche todos estaban recogidos, me retiré, no sin que D. Antonio me rogase que repitiera mis visitas cuando fuera posible.

Agradecí la oferta y me propuse aprovecharla, porque cuanto había presenciado en aquella corta velada, me había interesado en extremo.

Una joven esencialmente bella, sin los perfiles con que la mujer suele aumentar y á veces disminuir los encantos que debe á la Naturaleza, nacida en una aldea en el seno de una familia pobre, llamada á Madrid por una tía de mejor posición para que la ayudase en las tareas domésticas, transformada en pocos años en una artista á la vez genial y correcta, era un caso excepcional, que me sorprendió y admiró.

Su protector no se había limitado á enseñarla música. Hombre ilustrado, había querido que adquiriese el mayor grado de cultura, pero la aldeana no había perdido la sencillez, la ingenuidad al transformarse en una señorita; y la profesora, la artista, se mostraba modesta, sin la menor pretensión, sin sombra de vanidad.

Dejé pasar unas cuantas noches, muy pocas, las menos posibles, sin repetir mi visita; pero observé que mi pensamiento estaba fijo en aquel hogar, en aquella concha que encerraba la más preciosa perla que hasta entonces había visto. Ni un instante podía apartar de mi imaginación á aquella joven, que se me aparecía entre D. Antonio, hombre de aspecto vulgar, aunque con un alma poética, y doña Francisca, que así se llamaba la tía de Cecilia, mujer más vulgar aún, con mucha gramática parda como buena lugareña, y sin más horizontes que los quehaceres de la casa.

También me interesó la situación en que se hallaba Cecilia, la lucha que se veía obligada á sostener para no disgustar á D. Antonio, que por la senda del arte la guiaba á la gloria, ni á doña Francisca, que sólo quería hacer de ella una mujer casera.

A los pocos días de conocerla, se había apoderado por completo de mi espíritu, vivía en mí, y sucedió lo que no podía menos de suceder.

Persuadido de que amaba á Cecilia con toda mi alma, la asocié á mis ilusiones, á mis esperanzas,

á mis proyectos; por medio de una carta que muy dobladita la entregué una noche, cuando al despedirme estreché su mano como de costumbre, la confié el sentimiento que me inspiraba y dos días después recibí por el mismo procedimiento la anhelada respuesta.

A partir de aquel momento, no dudé de que había logrado la mayor felicidad á que podía aspirar en el mundo. Esta ilusión duró algunos meses: el desengaño, que no se hizo esperar, fué terrible para mí.

¿A qué fin recordar los pormenores del idilio que llegó á convertirse en drama? El curioso lector que desee conocer aquel agitado período de mi existencia, podrá satisfacer su amable y acaso piadoso anhelo, leyendo mi novela *Una mujer muerta en vida*, que forma parte de mis *Obras literarias*.

Algo indicaré, sin embargo, de aquel episodio que descubrió á mis ojos un misterio más del insondable corazón humano.

Aunque Cecilia rompía mis cartas para evitar que los que la vigilaban contínuamente sorprendieran nuestro secreto, ocurrió el inevitable descuido y cayendo una de ellas en poder de doña Francisca, que no sabía leer, la entregó á D. Antonio, con la taimada alegría de quien ve confirmada una malévola sospecha.

Cecilia primero y yo cuando fuí á su casa por la noche, sufrimos un solemne y minucioso interrogatorio. Censuraron nuestra reserva, nos acu-

saron de deslealtad; pero contra lo que temíamos, no sólo manifestaron gran satisfacción, sino que al pedir yo la mano de la joven, como era mi deber en aquel momento, me la otorgaron autorizándome para que mi padre fuese á repetir mi ruego de un modo oficial.

D. Antonio me pareció sincero: no tanto doña Francisca, que se limitó á decir con cierta sorna:

—Miren que callado se lo tenían las mosquitas muertas.

Aquella misma noche confié á mi padre lo que había sucedido, y después de otro interrogatorio no menos minucioso, para convencerse de que mi propósito era razonable y examinar en la esfera de la indispensable realidad los medios con que podría contar para atender á las obligaciones que me proponía contraer, resolvimos ir al día siguiente por la tarde á cumplir las formalidades de rúbrica.

Las respectivas familias se visitaron, D. Antonio anunció á sus amigos la fausta nueva; todo se volvían risueños augurios, plácemes, felicitaciones, y disipadas por completo algunas nubes que antes de ser descubiertas nuestras relaciones, empañaron el cielo de nuestra ventura, resolvimos Cecilia y yo celebrar nuestra boda en el mes de Febrero del año siguiente. A la sazón nos hallábamos en Noviembre de 1859. ¿Cómo podía yo aceptar la proposición que me hizo Madrazo para que desempeñase el cargo de corresponsal del *Diario Español* en la guerra de Africa?

D. Antonio parecía tener más prisa que nosotros en que se efectuase la boda. Su deseo era que viviéramos en su compañía; pero después de informarle, como era mi deber, de los recursos con que contaba para atender á mis nuevas obligaciones, le manifesté mi propósito de crear un hogar y de no aceptar de Cecilia ni dote, ni dádivas, ni auxilios de ninguna clase. D. Antonio protestó, asegurándome que cuanto tenía era para nosotros y que la separación á que yo aspiraba amargaría el resto de su vida.

Y no era solo por su discípula por lo que deseaba que viviésemos bajo el mismo techo, formando una sola familia, sino también por mí, á quien había llegado á querer como á un hijo.

Después de una larga y acalorada discusión, nos separamos sin lograr ponernos de acuerdo. Don Antonio insistía en su propósito, yo en el mío; pero al fin transigimos después de dos ó tres conferencias no menos animadas que la primera.

Habitaríamos en la misma casa, pero no en el mismo cuarto; se avisaría al inquilino del piso tercero para que le desocupase y en él nos instalaríamos Cecilia y yo cuando regresasemos de París, á donde debíamos dirigirnos el mismo día en que se celebrase la boda; viaje no sólo de recreo, sino de utilidad, como antes indiqué.

Mi proyecto agradaba en extremo á Cecilia y también á D. Antonio, porque enterado de mi amistad con el gran pianista Enrique Hertz, de quien algo diré más adelante, pensaba que sería

cosa fácil organizar una velada en la que pudiera su discípula demostrar á los franceses que también en España había maestros que sabían enseñar música y pianistas que compitiesen con los más distinguidos y celebrados de Europa.

Este deseo era contrario al mío: avaro de lo que consideraba mi alma un tesoro ideal, no quería que Cecilia penetrase en la esfera, brillante en apariencia, pero en realidad llena de pequeñeces y luchas, donde se agitan los artistas que buscan al mismo tiempo que fortuna satisfacciones vanidosas.

Siempre he creído que en el matrimonio el hombre es el llamado á aportar los recursos para la vida de la fámilia, limitándose la misión de la mujer á administrarlos; pero ante todo y sobre todo, á sembrar y cultivar la felicidad en el hogar bendito. Puede haber excepciones justificadas; pero la regla general debía ser, es y sigue siendo en mi concepto, la que acabo de indicar. Así pues, los propósitos de D. Antonio no armonizaban con el mío; pero para no disgustarle los aprobé. Si como me proponía no se realizaban, no faltaría un pretexto, una escusa cualquiera que explicase y justificase la omisión que podía disgustar momentámeante á D. Antonio.

Confiados en que el porvenir nos reservaba la más completa é inalterable dicha; á pesar de la libertad de que disponíamos para hablar de nuestros planes, seguíamos Cecilia y yo escribiéndonos y cambiando nuestras respectivas cartas como

en el tiempo en que la duda y el temor amargaban nuestras ilusiones y nuestras esperanzas.

Si antes de obtener el beneplácito de su familia estaba Cecilia resuelta á hacer todo género de sacrificios en aras de nuestro amor, después de la acogida que le habían dispensado los que podían haberle malogrado, los juramentos de eterna fidelidad se repitieron, se acentuaron; nada ni nadie podría separarnos, ante Dios ya estábamos unidos para siempre, como yo sin ella, ella no podría vivir sin mí.

Nuestras mútuas epístolas estaban llenas de hermosos proyectos, de íntimas y purísimas confidencias. ¡Cómo debía reirse el diablo de nuestra candidez, si poniendo en juego sus excepcionales artimañas, se enteraba de nuestras cartas! En aquella ocasión, sin leerlas, sin poder formarse una idea siquiera de su contenido, el diablo que se reía de nosotros era la solapada doña Francisca.

A todo lo que indicaba D. Antonio, decía amén; pero nuestros propósitos la parecían descabellados. ¿No era mejor que viviéramos juntos aunque con alguna estrechez, que privarse del alquiler que producía el piso tercero? ¿A qué fin poner una casa, cuando con aumentar uno ó dos muebles, podía bastar la que ya existía? Separados necesitaríamos una criada; es decir, un enemigo doméstico, y luego dos fogones, cuando uno solo era suficiente: un doble gasto. Ni D. Antonio ni nosotros sabíamos vivir. Pero lo que más la solivian-

taba era el viaje á París. En su concepto, debía costar un dineral. ¿Y todo para qué? Ella no había hecho más viajes que el de Morata de Tajuña á Madrid, y dos desde Madrid á Morata y vivía tan ricamente. Pero aún era mucho peor para ella el deseo manifestado por D. Antonio de que la niña se presentase en público á tocar el piano como los titiriteros que van á los pueblos á que se rían de ellos ó los cómicos que sin pizca de vergüenza, exhiben sus habilidades en los teatros. Por lo visto todos habíamos perdido el juicio, y era cosa de llevarnos á Leganés.

En este sentido refunfuñaba delante de Cecilia; pero callaba en presencia de D. Antonio, porque al oir sus primeras tímidas objeciones, la paró... la lengua, llenándola de improperios.

Para no disgustarme y también para no descubrir á mis ojos las miserias que se albergaban en el corazón de su tía, me ocultaba Cecilia aquellos resquemores conque la mortificaba.

A pesar de su falta de cultura, tenía doña Francisca mucha y muy bien aprovechada gramática parda, era mujer de empuje, y realizaba cuanto se la ponía entre ceja y ceja, porque no la importaba tardar ni dar todo género de rodeos con tal de salirse con la suya.

En sus breves conversaciones conmigo, me espetaba alguna que otra indirecta y á esto se limitaba su oposición en la apariencia; pero como sospeché entonces y después ví confirmado por los hechos, puso en juego sus mañas para romper el

lazo, al parecer indisoluble, que nos unía á Cecilia y á mí y lograr con las malas artes que empleó, que el mismo D. Antonio, tan entusiasta protector de nuestro enlace, cambiase de actitud y secundase sus interesados y malévolos propósitos.

Hubo un momento en que por cesar la publicación del *Fénix* y perder yo lo más importante de los recursos con que contaba, juzgué que necesitaría retrasar el proyectado enlace; pero aquella penosa impresión duró poco. Con el mismo sueldo entré á formar parte de la redacción del *Conciliador*, después de la del *Horizonte* y confiaba además en que de ser de todo punto necesario, la protección de Ríos Rosas me proporcionaría un empleo del gobierno, aunque esta idea no me halagase. Mis temores desaparecieron.

Pero cuando nos ocupábamos con deleite de los preparativos para formar el deseado hogar, cuando todo nos sonreía, al llegar una noche á casa de Cecilia noté algo extraño y triste en ella y también en las personas que constituían su familia.

Hablamos poco y de cosas indiferentes; parecía envolvernos una atmósfera de hielo. A pesar de mi carácter franco y de no saber ocultar mis impresiones, me limité á imitar el ejemplo que me daban y me despedí más pronto que de costumbre, esperando que Cecilia me daría una carta descifrando aquel enigma.

No me engañé; pero lo que no podía imaginar era el contenido de aquella deseada epístola.

Después de confiarme que había sufrido horri-

blemente antes de decidirse á revelarme la resolución que había tomado, confesaba con una terrible ingenuidad que había meditado mucho en los proyectos que acariciábamos y que el resultado de su meditación había sido convencerse de que aún era muy joven para tomar estado. Debíamos aplazar nuestro propósito, pasar algún tiempo alejados uno de otro, poniendo de este modo á prueba nuestro cariño. Quizás nos habíamos hecho ilusiones y el tiempo nos desengañaría, reuniéndonos de nuevo ó separándonos para siempre.

¿A qué obedecía aquella inesperada é inexplicable resolución? Cambio tan radical, con tanta rapidez efectuado, debía ser consecuencia de algo que yo no acertaba á comprender. ¿Sabía D. Antonio su decisión? ¿La había aprobado?

Todo era en mi ánimo duda, confusión, sufrimiento. La mujer que había escrito aquella carta no era, no podía ser la que yo conocía y amaba; era otra completamente transformada; pero ¿quién había operado aquella inconcebible transformación?

Ansioso de descifrar el enigma, la escribí preguntándola quién la había aconsejado, quién influía en su ánimo para robarnos la felicidad que nos sonreía, porque no podía creer que la decisión que me había confiado fuese un acto espontáneo de su voluntad.

La respuesta no tardó en llegar á mis manos; pero ¡qué respuesta! Con un estilo completamente distinto del ingénuo y sentido con que me revelaba

los misterios de su hermoso corazón; con una sequedad ceremoniosa, pretenciosa y por lo tanto ridícula, olvidando cuanto entre nosotros había pasado, la carta, sin duda dictada por D. Antonio, aseguraba que en su bien meditada resolución no había influído nadie, que se había convencido de su error al creer que podía ser dichosa conmigo, que su conciencia estaba tranquila y que en adelante debían cesar mis visitas á su casa, por quedar como quedaban definitivamente rotas nuestras relaciones.

A la dolorosa sorpresa, sucedió en mi espíritu la más profunda indignación, y necesitando oir de los propios labios de Cecilia lo que su débil mano había escrito, al día siguiente por la mañana fuí á su casa resuelto á averiguar toda la verdad.

Recibido por D. Antonio y doña Francisca con ceremoniosa actitud, como si nos viéramos por la primera vez, procuré dominar mi vehemente carácter, les informé de las cartas que habían mediado últimamente entre Cecilia y yo, aseguré que no podían ser exclusiva obra suya, que alguien influía en su ánimo y que estaba resuelto á saber la verdad, toda la verdad, interrogándola en su presencia.

Llamaron á Cecilia para ratificar que cuanto me había escrito había sido dictado por su exclusiva voluntad; llegó la joven temblorosa, sin atreverse á alzar los ojos del suelo, en extremo agitada y conmovida, y haciendo un supremo esfuerzo, contestó á mis preguntas con voz que apenas se

percibía, que nadie la había obligado, que su resolución había sido espontánea y que todo había acabado entre nosotros.

—Ya lo ve usted...—exclamó D. Antonio.—Nadie la ha aconsejado. Pero lo que ella no se atreve á decir lo diré yo. Amiguito, le hemos conocido el juego. Bien ha sabido usted engañarla y engañarnos. Quería usted explotar el filón; pero le han salido fallidos sus propósitos. Difícil era descubrir su codicia bajo el aspecto de hombre de bien con que fascina usted á la gente. Por fortuna se ha descubierto á tiempo la hilaza, y no tenemos más que hablar.

Al oir aquellos miserables insultos me lancé sobre él, Cecilia huyó horrorizada, doña Francisca gritó pidiendo socorro y yo, dominando el arrebato de que había sido víctima, me contuve, limitándome á calificar con dureza, pero con justicia, la inicua conducta, tanto de ellos como de la débil ó malvada mujer á quien había adorado y á quien creí que podría odiar como merecía.

La taimada y en aquel momento consternada doña Francisca, obligó á D. Antonio á retirarse á su gabinete, no sin que continuara llenándome de improperios, y me alejé sin intentar ver de nuevo á Cecilia, porque en aquellos instantes me cegaba la indignación.

Bajo la influencia de aquella para mí gran desdicha, abandoné mis trabajos habituales, dejé de ver á mis amigos y me encerré en mi casa, donde mi pobre padre y mis hermanas procuraban in-

útilmente consolarme. Como no podía menos de suceder, caí enfermo y si la pena que sufría me habría aniquilado, el odio que sentí contra la que había destruído mis esperanzas y mis creencias, me dió energía para vencer el mal, porque en la especie de locura que se apoderó de mí—lo confieso, no sin lamentar aquello que yo juzgaba fuerza y era debilidad—no abrigaba más que un deseo: matar y morir.

Hay que execrar, pero también compadecer á los que cometen esos crímenes llamados pasionales, que sólo llevan á cabo los seres esencialmente depravados ó los que pierden el juicio por completo durante un instante, para sufrir cruel remordimiento durante su vida, si no acaban con ella.

El concepto que había formado de Cecilia, sus cartas que conservaba y releía, desmentían su conducta de tal modo, que no dudaba yo de que había sido obligada á aparecer á mis ojos como una perjura. Era de todo punto imposible que su cariño se hubiera extinguido: se había sacrificado por gratitud, había sido débil; pero no malvada y cruel como resultaba de su resolución. Por fuerza debía sufrir, y era de todo punto indispensable una amplia explicación. Por otra parte, yo no podía quedar bajo el peso de las acusaciones que D. Antonio había lanzado contra mí, necesitaba averiguar si las calumnias que había proferido eran un pretexto ó el resultado de una infame intriga.

No pudiendo soportar la duda y habiendo sido inútiles cuantas tentativas había hecho para ha-

blar con Cecilia, para encontrar á D. Antonio en la calle ó en casa de alguno de sus amigos, pues en la suya estaba seguro de no ser recibido, resolví, aun á costa de un nuevo escándalo, buscarles en su propio hogar, y en uno de los últimos días de Febrero me encarniné á las diez de la mañana á la calle de Jacometrezo.

III

Delante de la casa que había frecuentado con tan dulces esperanzas, ví un carro fúnebre y observé que llegaban en coches de alquiler personas que en su mayor parte no me eran desconocidas.

Alarmado en presencia de aquel inesperado cuadró, me detuve sin saber qué pensar ni qué hacer; pero vino á mi encuentro un elesiástico íntimo amigo de D. Antonio, quien verdaderamente emocionado, me refirió que en la madrugada del día anterior había fallecido el protector y maestro de Cecilia.

Esta noticia causó dolorosa impresión en mi ánimo, olvidé las ofensas que me había inferido, recordé las muestras de afecto que me había dado, y me dispuse á acompañar sus restos á la última morada.

D. Bruno Lafuente, que así se llamaba el buen eclesiástico, me invitó á ir en su compañía al cementerio y en su carruaje fuí con él, oyendo de sus labios el relato de la enfermedad y muerte de D. Antonio.

Enterado de mis formales relaciones con Cecilia, del inesperado é inexplicable rompimiento, de cuanto había acaecido desde que D. Antonio me había injuriado y calumniado, no vaciló en asegurarme que los disgustos que aquellos sucesos produjeron en el ánimo de su amigo, habían sido la causa de su inesperada muerte.

Por las breves y entrecortadas frases que pronunció durante las diarias visitas que le hizo mientras estuvo enfermo, se enteró de la pena que había sentido al verse obligado á renunciar á su deseo de que se realizase la proyectada boda. No podía, no quería dar crédito á cuanto le habían referido de mi mala conducta, de mis propósitos de explotar las cualidades artísticas de su discípula; y sin embargo, por un sobrino de doña Francisca, de quien algo diré en breve, que pasaba por ser mi mejor amigo, y por su misma ama de gobierno, había sabido mis interesadas miras con tales detalles, que no podían dar lugar á la duda. El desengaño había sido terrible para él; pero á pesar de las categóricas afirmaciones que había oído, dudaba de ellas.

D. Bruno, que tampoco podía creer por el concepto que había formado de mí, que fuesen ciertas las iniquidades que me atribuían, hizo investigaciones por su parte y adquirió el convencimiento de que me habían calumniado villanamente.

Hombre de talento, de experiencia y de gran corazón, habló con Cecilia, con doña Francisca,

con Eduardo el sobrino de ésta, y de lo que le refirieron y adivinó, dedujo que todo había sido resultado de una burda conspiración entre tía y sobrino.

Nunca había visto doña Francisca con buenos ojos el concertado enlace; pero lo que la sacó de quicio fué el proyecto del viaje á París. Por otra parte, ni comprendía mi posición ni la agradaba. Un periodista, un literato no significaban nada para ella. Había oído decir que músicos, poetas, cómicos y danzantes eran la misma cosa; que siempre andaban á la cuarta pregunta, llenos de deudas, pasando privaciones ó encenagados en todo género de vicios. No; de ningún modo debía casarse Cecilia con uno de tantos, que aunque todavía no estuviera maleado se malearía al fin y al cabo como todos los de su calaña.

D. Antonio pensaba de distinto modo; engolfado en la música no veía el mundo tal cual era; á pesar de sus años vivía de ilusiones, de manías; se le había metido en la cabeza que yo era un buen partido, y como era terco, no había medio de hacerle entrar en razón.

Aún era joven Cecilia y no la corría prisa casarse: cuando llegara el momento oportuno, doña Francisca se encargaría de colocarla á su satisfacción. Nada de literatos ni de artistas. Un comerciante ó un industrial bien acomodado y mejor aún rico, haría su negocio: sus monedas contantes y sonantes valdrían más que todas las tonterías y arrumacos de los que sabían decir lindezas. No

había que subirse á las nubes; lo positivo y nada más. Así reflexionaba doña Francisca.

Dominada por el instinto codicioso, que como buena lugareña albergaba en su borrosa alma y en su corta inteligencia, al mismo tiempo que fingía aprobar los designios de D. Antonio, preparaba las cosas con auxilio de su sobrino para conseguir su deseo.

El sobrino, que según pude comprender cuando cayó de mis ojos la venda que los había cubierto, más falso que Judas, era uno de esos jóvenes pretenciosos que sin fortuna y con una gran dosis de vanidad, fracasan en cuantas tentativas hacen para adquirir una posición.

Su padre poseía algunas tierras en un pueblo de la provincia de Madrid, que le producían lo estrictamente necesario para mal vivir; pero como el mozo parecía despejado á sus convecinos porque recitaba versos como los cómicos de la legua que de vez en cuando armaban un tinglado en la posada y representaban dramones, decidió que siguiera la carrera del Magisterio y le envió á Madrid, encargando á su prima doña Francisca que le buscase una casa de huéspedes y cuidase del mozo para que no le pervirtieran las malas compañías.

Mal estudiante, perdió dos años, emprendió dos ó tres carreras de las llamadas cortas, é intentó aprender música, porque tenía buena voz y no dudaba de que llegaría á ser un astro de la escena. Su padre confiaba en que al cabo encontraría

un centro de gravedad y le sostenía, aunque modestamente, á fuerza de sacrificios.

Cuando le conocí en casa de su tía, al enterarse de que yo era periodista, me aseguró que su verdadera vocación era el periodismo. Todo lo que fuera adquirir una posición sin estudiar ni trabajar, le encantaba. Me visitó, se adhirió á mí sin dejarme á sol ni á sombra y me confió que estaba en relaciones con una colegiala de San Antonio de los Portugueses. A pesar de su pobreza y de lo nebuloso de su porvenir, se mostraba *finchado*, seguro de triunfar, convencido de su natural talento. *Reventaba di forte*, como la mayoría de los lusitanos, de los que era una caricatura.

Bajo, rechoncho, con propensión á la obesidad, estirado, siempre estaba en escena, parecía que dispensaba un favor á las personas con quienes hablaba, las cosas más insignificantes las decía despacio y con solemnidad, tocándole sonaba á hueco; pero era pariente de Cecilia, y ¿por qué no confesarlo, si muchos en mi caso habrían hecho lo que yo?, disculpaba sus defectos, que me parecían cualidades, y correspondí al afecto que me demostraba con su peculiar prosopopeya.

Cuando se enteró de que mis relaciones con Cecilia habían sido apadrinadas por D. Antonio, me abrazó, se felicitó y aseguró que *nos protegería*; pero en el fondo de su alma ruín, experimentó una envidia que la taimada doña Francisca supo explotar con su felina maña.

Después de prometerle que favorecería cuanto

le fuera posible su deseado enlace con la colegiala de San Antonio de los Portugueses, le pidió ayuda para desbaratar la proyectada boda que tanto entusiasmaba á D. Antonio. Como éste y Cecilia sabían que Eduardo y yo nos tratábamos con intimidad, cuanto mi *buen amigo* refiriese acerca de mis ideas, mis planes, mi conducta pública y privada, debía ser para ellos artículo de fe, y más si justificaba sus calumniosas confidencias, alegando que hasta entonces había callado por discreción; pero que ante el peligro que amenazaba á su prima si al fin y al cabo se casaba conmigo, y los grandes disgustos que en este caso sufrirían su tía y D. Antonio, creía un deber de conciencia darles la voz de alarma.

Por entonces, como antes indiqué, escribía yo revistas literarias y musicales en *El Horizonte* y publicaba mi periódico semanal *Las Letras y las Artes*.

Con este motivo, y sin que hiciese misterio de ello, al salir de casa de Cecilia iba á pasar el resto de la velada en algún teatro, generalmente el Real.

Los artistas que formaban parte de la compañía de ópera italiana del Regio Coliseo, habían buscado en Madrid como buscan en todas las ciudades que recorren, la amistad de los periodistas; algunos me habían sido recomendados por el pianista Hertz ó por el famoso crítico Julio Janín con quien yo sostenía correspondencia; en su mayoría eran cantantes de extraordinario mérito, podían ser elogiados con justicia, y dadas mis aficiones á co-

nocer y tratar extranjeros, me complacía frecuentar su trato.

Elena Kennet y su marido Pietro Ferranti, ella inglesa y él italiano, fueron buenos amigos míos, y también lo fué una simpática é interesante joven sueca, hija de un banquero de Stokolmo. Su afición á la música y su ambición de gloria, la habían decidido á emprender la carrera artística. Se llamaba Eufrosina Lemann, y con su padre y una aya de respetabilidad, vino á Madrid en calidad de primera tiple para inaugurar su carrera. Hertz me la recomendó muy eficazmente; me visitaron padre é hija, el famoso Cataldi les alquiló uno de los cuartos amueblados de la plaza de Oriente que explotaba en la misma casa donde habitaba la señora de Santa Coloma y antes de la inauguración pude oir cantar á la joven artista, que poseía una hermosa voz y que se presentó al público en la ópera de Verdi *Hernani*, siendo muy aplaudida. Después de asistir al brillante éxito de su hija, regresó á Suecia el banquero, encareciéndonos al ministro de su país en España y á mí, que atendiésemos en cuanto pudiera necesitar á la joven cantante.

El ministro sueco era un hombre de cincuenta años lo menos, muy circunspecto, serio y atildado; pero más aficionado al bello sexo de lo que podía suponerse en un escandinavo.

La legación le daba poco que hacer, y todas las tardes de seis á siete iba á visitar á la artista, que contaba veinte abriles. Aquella era la hora que tenía libre después del ensayo y antes de la comida.

Una noche que estuve en su *camerino* del teatro para saludarla, me rogó que si me era posible fuese á su casa por la tarde de seis á siete.

Me sorprendió aquel ruego; pero me abstuve por discreción de preguntarla el motivo de su deseo, que realicé en la tarde siguiente.

Estaba con su aya, y los breves momentos en que ésta nos dejó á solas, me insinuó que tanto á su padre como á ella les había inspirado confianza, y que se había permitido molestarme, porque el ministro de Suecia, su compatriota, iba á verla diariamente, se mostraba demasiado expresivo con ella y debía contar con la protección del aya, puesto que á pesar de las órdenes que la daba de permanecer á su lado, la respetable guardiana buscaba pretextos para alejarse.

El ministro sabía que era prometida. En todos los países del Norte son respetadas las que se hallan en este caso, y por tanto su asiduidad era sospechosa. Para mí sería una molestia tener que ir á su casa de seis á siete de la tarde; pero su padre la había encargado que acudiese á mí en cualquier trance apurado, y juzgaba que el ministro renunciaría á sus pretensiones al ver que no estaba completamente abandonada.

He tenido la suerte de inspirar confianza á las mujeres con quienes he mantenido amistad, y ésto que no hablará en mi favor para los que son más ó menos Tenorios, me ha proporcionado una de mis mayores satisfaciones.

Eufrosina era poco más que una niña, y me con-

sideró como un hermano. Se lo agradecí y ofrecí complacerla.

Llegó el ministro y no le agradó mucho verme allí. La escena se repitió varias tardes, y sin duda se figuró que yo había conseguido lo que él buscaba. Se mostró serio y hasta provocativo conmigo. Salimos juntos, y prescindiendo de la diplomacia á pesar de ser mi interlocutor un diplomático, le manifesté autorizado por la joven artista que debía suprimir sus visitas; que aunque fuese el aya cómplice de sus disignios, el padre de Eufrosina me había rogado que velase por su hija, y que estaba dispuesto á atender aquel ruego tan natural y respetable. Si mis palabras le ofendían, me ponía á su disposición; pero á mi ruda franqueza respondió el falaz diplomático con evasivas, hizo protestas del mayor respeto hacia la joven y tributó enfáticos elogios á mi conducta digna, según añadió no sin ironía, del famoso tipo creado por Cervantes.

Ni entonces, ni después me ha ofendido esta comparación. Aunque Sancho es la realidad, he preferido siempre el idealismo de D. Quijote.

Las temidas visitas cesaron; la artista que á pesar de sus triunfos empezó á conocer las interioridades del teatro, sintió deseo de de retirarse al seno de su familia, escribió á su padre, tornó éste á buscarla, y mostrándose muy agradecido cuando su hija le refirió el favor que la había dispensado, me dió las señas de su casa en Stokolmo y me aseguró que tanto Eufrosina como él, me considerarían siempre como un buen amigo.

Y así fué: cambiamos algunas cartas en francés, que era el idioma que nos había servido para entendernos, y cuando yo residía en París encontré un día en el Boulevard á Eufrosina en compañía de un caballero joven y simpático. Me saludó afectuosamente, me presentó á su acompañante que era su esposo. Se habían casado algunos días antes de nuestro encuentro, realizaban el viaje de rúbrica, se empeñaron en que fuese á comer con ellos y pasamos un rato agradable. El recién casado conocía el episodio de que antes hablé, se explicaba el afecto que me manifestaba su cara mitad, y participaba de él.

He observado en mi larga vida que las mujeres buenas, agradecen sinceramente al hombre á quien se han visto obligadas á confiar una flaqueza, el generoso respeto que las ha guardado no abusando, como es la regla general, de una momentánea superioridad. También me ha demostrado la experiencia, que la razón que vence al instinto, ofrece al hombre honrado uno de los goces más puros, nobles y duraderos de la vida.

Disculpe el benévolo lector esta digresión, que ha servido para explicar cómo mi falso amigo pudo acumular indicios que en la apariencia justificasen sus amañadas calumnias.

Frecuentaba conmigo los escenarios de los teatros y algunas veces me acompañaba á casa de los artistas; creyendo en su buena fé y en su honradez, le expliqué la causa de mis diarias visitas á Eufrosina Lemann durante una semana y á la

misma hora, lo que sin mi explicación le habría parecido sospechoso; alguna que otra vez hablamos de las grandes fortunas que podían hacer los cantantes de buena conducta, á los que se proponía en sus ensueños imitar y emular; cuando Enrique Hertz vino á Madrid á dar tres conciertos que fueron para el ilustre pianista otros tantos triunfos, nos enteramos de que después de cubiertos los gastos había ganado más de mil duros, y admirando aquel éxito, se le ocurrió á mi amigo la idea de que también su prima con su habilidad podría ganar un dineral dando conciertos en las más importantes capitales de Europa. Esta reflesión le sirvió tal vez de base para atribuirme el propósito de poner en práctica lo que á él se le había ocurrido.

Con todas estas reminiscencias y añadiendo bastante de su cosecha, fraguó la serie de calumnias que primero á Cecilia para salvarla del peligro que corría casándose conmigo, no sin encarecerla que callase lo que por su bien la revelaba, y después por indicación de doña Francisca, á D. Antonio, con mayor amplitud y lujo de detalles, dieron el triste fruto que su instigadora se había propuesto cosechar.

Los dos cómplices y la víctima inconsciente, habían repetido á D. Bruno las acusaciones que según ellos ponían de relieve mi mala conducta, y sobre todo, el propósito que me atribuían de explotar el talento musical de Cecilia para vivir á su costa.

Como, á Dios gracias, mi modo de ser y de vivir no necesitaba ocultaciones y al referir mis supuestas iniquidades incurrían mis detractores en contradiciones, no tardó en convencerse el buen eclesiástico de que todo aquello había sido burdamente fraguado por doña Francisca, y en una de sus visitas á D. Antonio, aprovechando un buen rato que los dejaron á solas, lo que rara vez sucedía, me defendió ante su amigo aduciendo las pruebas que había adquirido al desear conocerme á fondo. Como era de esperar de su discreción, no censuró á los que me habían acusado; pero aseguró que se habían equivocado en absoluto.

—Al oirme D. Antonio—me dijo el eclesiástico—se llenaban sus ojos de lágrimas. ¿Será verdad lo que me aseguras?—me preguntaba con ansiedad. ¡Cuánto daría por tener que arrepentirme!

Como don Bruno vió que se conmovía demasiado, varió de conversación; pero cuando se separaron observó que D. Antonio parecía más tranquilo.

Lo que sucedería después que se marchó lo ignoraba, aunque lo presumía. Algún disgusto grave habría surgido, variación sobre el mismo doloroso tema.

Cuando al día siguiente fué á ver á don Antonio, había empeorado, y pocas horas después pasó á mejor vida.

D. Bruno me refirió todos aquellos pormenores, añadiendo á las noticias que tanto me interesaban cariñosos consejos.

—Debe usted estar seguro—me dijo—de que mi

pobre amigo ha muerto persuadido de la honradez de usted y del cariño que le ha inspirado Cecilia. Pero también debe usted renunciar en absoluto á lo que no ha sido voluntad de Dios. La joven á quien usted tanto quiere, es buena; pero débil, é impresionable. Su tía, que á pesar de D. Antonio la dominaba, la dominará ahora mucho más, y harto sabe usted que no es santo de la devoción de doña Francisca. No debe usted tampoco pedir explicaciones á esa señora, que le insultaría sin comprenderle, y mucho menos á su sobrino. Cualesquiera determinación que usted tomase, produciría un disgusto, acaso un escándalo. Dice el refrán y dice bien, que «boda y mortaja del Cielo baja». Olvide usted, sobre todo perdone, y espere en la justicia divina.

La comitiva llegó al cementerio, el ataúd fué depositado en un nicho y los restos de aquel hombre á quien tanto estimé, allí quedaron en la melancólica soledad en que quedan los muertos después de recibir los últimos honores del cariño ó de la admiración que lograron inspirar en vida.

La impresión que causó en mi ánimo la muerte de D. Antonio y los consejos de mi buen amigo D. Bruno, me decidieron á renunciar á todo género de explicaciones con Cecilia, y lo que es más, á mi deseo de crear un hogar.

El desencanto que había sufrido trocó en triste desengaño mis más dulces esperanzas. Huyendo de la sociedad para elegir á la compañera de mis dichas y desdichas, había encontrado un alma

completamente libre de los defectos, preocupaciones, costumbres y ligerezas, que por lo que había observado en las jóvenes á quienes había conocido y tratado, disminuían, siquiera fuese en lo ideal, la pureza, que es el mayor encanto de la mujer. Cecilia había sido para mí el primer aroma de una flor que entreabre su capullo; sus sentimientos, expresados con adorable ingenuidad, revelaban tesoros de belleza moral que me sorprendían y fascinaban. Era religiosa, había jurado que no podría vivir sin mí, que nada en el mundo conseguiría separarnos, y sin embargo, unas miserables acusaciones en las que ella menos que nadie debía creer, un temor inconcebible, una flaqueza impropia de una mujer de inteligencia y de corazón, habían bastado para transformarla en un sér vulgar, sin relieve, sin sombra de carácter.

¿Ni en el bullicio de los salones, ni en el recogimiento de una existencia retraída, poco menos que aislada, podía encontrarse la mujer que yo había soñado adornada con las virtudes y los encantos indispensables para hacer la felicidad de un hogar?

Confieso que por entonces, como consecuencia del desengaño sufrido, y después incitado de vez en cuando por mera curiosidad psicológica, he tratado de descifrar el enigma que la conducta de Cecilia entrañaba, sin lograr mi propósito. En los primeros momentos no se hallaba mi dolorido ánimo en estado de emprender tan difíciles investigaciones y acepté el juicio que de aquel triste

suceso había formado el buen eclesiástico que tanto se interesó por mí. Pero después, completamente curado, y lo que es más, agradecido por el motivo que más adelante explicaré, he llegado á persuadirme de que en el rápido y radical cambio de sentimientos que se operó en Cecilia, habían influído más que las calumnias de que me habían hecho víctima, el temor que la inspiraba doña Francisca, alguna importante revelación que sin duda la hizo acerca de los lazos que con ella la unían, y una debilidad de carácter ingénita, una voluntad enfermiza, contra las que eran impotentes su innegable inteligencia, su genio artístico y la sencilla bondad de su corazón.

Como he tenido siempre mala memoria para recordar los agravios, no tardé en perdonar á doña Francisca, mi tenaz é implacable enemiga, y al pobre diablo de su sobrino. Perdonar á Cecilia me costó más trabajo; pero también la perdoné, y lo que es más, deseé que fuera muy feliz.

Muchos años después, veinticinco ó treinta lo menos, en una de las calles más céntricas de París me detuvo, tendiéndome la mano, un caballero con la barba y el cabello bastante grises, como también estaban por entonces los míos, en quien después de un rápido exámen reconocí al primo de Cecilia.

Según me dijo, algunos meses después de perdernos de vista en Madrid, se casó con la colegiala de San Antonio de los Portugueses, siendo Cecilia madrina de la boda. Doña Francisca le auxilió,

acaso con los treinta dineros que merecía; enviudó á los dos ó tres años de casarse, y como poseía una regular voz de barítono, resolvió trasladarse á París no sé con qué recursos, buscar un buen maestro de canto y realizar su afán de convertirse en artista lírico dramático.

Aunque hizo rápidos progresos, como su figura sólo hubiera podido servirle para representar en la escena á Rigoletto, tuvo que limitarse á cantar arias, romanzas y dúos en los numerosos conciertos que se celebran todos los años en la capital de Francia, ganó fama y dinero, fundó una Academia que dirigió con su característica prosopopeya, al cabo de algunos años trasplantó sus lares á Nueva York, fundó en la gran ciudad norteamericana una nueva escuela de canto, obtuvo excelentes resultados, y no sé qué habrá sido de él; pero seguramente ha pasado ó está pasando una próspera y apacible vejez. La novela de la vida ofrece á veces capítulos sorprendentes.

Al encontrarnos después de tantos años, le acogí con una mezcla de indiferencia y afabilidad; hablamos, aunque someramente, del pasado y renovándose á su vista mi ya olvidada curiosidad psicológica, le dije:

—A la fecha en que estamos, aún no he podido explicarme de un modo definitivo cuál fué la verdadera causa de la resolucion de Cecilia al romper sus relaciones conmigo. Algunos amigos de D. Antonio me insinuaron que personas interesadas por su bien, la habían atemorizado, asegurán-

dola que yo era un mal hombre, codicioso, egoísta y no sé qué más. He perdonado á los calumniadores, si los hubo, y ni entonces ni nunca he creído que las calumnias fuesen la verdadera causa de la resolución de Cecilia. Tú debes estar bien informado, y como no se trata más que de una mera curiosidad de mi parte, puedes satisfacerla sin pecar de indiscreto.

—Algo influyeron las calumnias—me contestó sin sonrojarse—pero lo que la decidió á romper sus relaciones contigo... ¡al fin mujer!—añadió sentenciosamente—fué la promesa que la hizo doña Francisca de comprarla un traje de seda si te olvidaba y no volvía á pensar en el casorio que tanto la desagradaba. Hasta entonces había deseado Cecilia, sin conseguirlo, un traje como el que la ofrecían. Ese, sólo ese fué el verdadero motivo de su resolución.

Como aquella inesperada versión, no era por su naturalismo de las que fácilmente inventa la malicia, ví en ella uno de los muchos misterios de la flaqueza humana, me la expliqué y la acepté como verídica, no sin pensar, modificando mis opiniones, que no es la esfera en que vive, ni el ambiente que respira lo que hace adorable ó despreciable á la mujer. La que es esencialmente buena, lo es en todos los momentos, circunstancias y situaciones de su vida. La perla, aun en medio del fango, es siempre perla.

Pongo aquí término al episodio más tristemente novelesco de mi vida sentimental, que he referido

con más extensión de lo que me proponía, porque aunque nada tiene de extraordinario, constituye un estudio psicológico de algún interés, y además influyó en mi porvenir de un modo ventajoso.

IV

Cuando vencí la crisis porque pasó mi ánimo, decidí realizar, fuera como fuese, mi proyectado viaje á París. Aunque no me ocupaba para nada de política en *El Horizonte*, la campaña reaccionaria que hacía aquel periódico repugnaba á lo que había en mi naturaleza de amor á la justicia y á la libertad, y alegando el mal estado de mi salud, ciertamente quebrantada por mi desesperación, renuncié á mi cargo y me quedé, como los años anteriores, en situación precaria.

El agente de la casa Rosa Bouret, de París, me encargó la redacción de otro manual, el del *Curtidor de pieles*, asunto completamente desconocido para mí, que necesitaba estudiar teórica y prácticamente sin esperanza de hacer una obra útil para los que la adquiriesen, y también renuncié á aquella tarea, no sin gran pesadumbre, porque las 500 pesetas que por ella hubiera recibido, habrían facilitado mi viaje.

La Academia Española abrió un certamen para premiar la mejor poesía que se presentase, dedicada á celebrar el triunfo del ejército español en la guerra de Africa, que había terminado con la to-

ma de Tetuán; y como ofrecía una importante remuneración, ignorando entonces lo que eran, son y seguirán siendo los concursos, escribí las octavas reales que he reproducido en el tomo primero de mis *Obras literarias*, y las envíe á la docta corporación, con todo el hipócrita misterio que rodea á estas lides literarias.

Aunque sin gran esperanza de alcanzar el premio, para ver si por aquel medio resolvía el problema que me preocupaba, probé fortuna; pero me fué adversa, como á los demás poetas que cantaron el heroismo de los soldados españoles. Salió triunfante de la empresa un joven desconocido, cuyo nombre no recuerdo, porque después de la victoria no volvió á dar señales de vida. Su composición, que se publicó, era ampulosa, enrevesada, de un ultra gongorismo abracadabrante. Por lo visto tenía buenos padrinos el vate premiado y no necesitó más. El dinero para costear mi viaje á París, no parecía por ninguna parte.

Con motivo de mis disgustos, había dejado de ir á las reuniones de las señoras de García Goyena y de Santa Coloma, y sólo de tarde en tarde veía á Becquer, que gracias á los dibujos que hacía su hermano para algunas publicaciones podía ir, no diré trampeando, porque jamás trampeó; pero sí pasando una existencia mísera en realidades, aunque opulenta en esperanzas é ilusiones.

García Luna, que de sus sueldos del *Fenix* y del *Conciliador* había ahorrado lo suficiente para realizar el vivo deseo de su alma de unirse á su

Carolina, que resignada y amorosa esperaba hacía yá cinco ó seis años el momento de conseguir la soñada felicidad, fué á Sevilla, recibió la bendición nupcial, regresó á Madrid con su esposa y tuvo la buena suerte de figurar entre los redactores más importantes de uno de los primeros periódicos que fundó D. Eduardo Gasset en los varios tanteos que hizo antes de su definitivo triunfo con *El Imparcial.*

Márquez, que había seguido gozando de la vida, caminaba con visible rapidez á la muerte. Agotadas sus fuerzas, demacrado, cadavérico, apenas podía andar y solo con algún criado, en calidad de apoyo, salía á dar cortos paseos.

Mientras estuve preocupado con mis relaciones amorosas, el egoísmo que fatalmente se apodera de los enamorados, no me permitió frecuentar el trato de mis mejores amigos. Cuando después del desengaño busqué consuelo en la amistad, fuí á ver á Márquez y su vista me produjo dolorosa impresión.

Sintiéndose perdido, porque tuvo el valor necesario para interrogar al médico de su familia, exigiéndole toda la verdad aunque fuese su sentencia de muerte, oyó de sus labios que de no operarse un milagro solo podría tirar hasta el próximo Otoño. Entonces tomó una resolución, que vale la pena de ser recordada.

En casa de la señora de Santa Coloma, conoció á Annibal Rynaldi y á su padre adoptivo. Cuando éstos regresaron de Marruecos después de haber

prestado á los generales en la guerra de Africa señalados servicios, decidieron realizar un viaje por Oriente que habían proyectado hacía ya tiempo.

Aunque el joven poliglota desempeñaba un cargo importante en la Interpretación de lenguas del Ministerio de Estado, al regresar de la campaña obtuvo un año de licencia, que aquellos dos seres misteriosos resolvieron dedicar al proyectado viaje.

Márquez se enteró de aquel propósito, porque habiendo hecho gran amistad con ellos, al saber el mal estado de salud en que se hallaba fueron á visitarle y le confiaron sus planes.

Les preguntó si le admitirían como compañero de viaje, porque siempre había deseado conocer los países orientales, y aquella ocasión propicia á su deseo podía serlo también para alargar algunos meses más la vida que, según le había afirmado el médico debía durar muy poco, y al oir la respuesta afirmativa resolvió acompañarles aunque sucumbiera en el camino.

Al día siguiente habló con su padre:

—El médico—le dijo—me ha asegurado que mi mal no tiene cura y que á lo sumo llegaré á fuerza de cuidados hasta el próximo Otoño. Antes de morirme desearía visitar los más más interesantes países de Oriente y sobre todo la Palestina. Annibal Rynaldi y su padre adoptivo van á emprender esa excursión y me agradaría acompañarles. Mucho dinero he gastado; pero aún me queda en poder de usted algo de la legítima de mi

madre. Si he de morir, para nada me servirá lo que representa mi peculio. Liquídeme usted la parte de mi hijuela, pongamos el dinero que produzca en casa de un banquero que me abra crédito en las de sus corresponsales en las ciudades que me propongo recorrer, y si al fin se cumplen los augurios del médico, al menos habré realizado uno de mis mayores deseos.

Tan inesperada y original proposición fué aceptada por su padre, que no ignoraba los temores del médico y que pensó, sin duda, que aquel viaje distraería á su hijo y haría menos penosa la breve existencia que la ciencia médica le auguraba.

La esperanza de hallar algún alivio ó por lo menos de distraer sus tristes presentimientos en aquella larga y seguramente accidentada excursión, reanimó algo al enfermo; pero al darle un abrazo en el momento de su partida, no pude menos de pensar que nos despedíamos para siempre.

Por fortuna mi temor resultó infundado. Al regresar de París á Madrid tres años después, encontré á mi amigo completamente transformado. Todo en él acusaba exuberancia de vida; su naturaleza, debilitada por los excesos antes de emprender el largo viaje, había luchado y había vencido; la sobriedad, el clima cálido en que había vivido, el continuo contacto con la naturaleza, una alimentación sana, el ejercicio, las inesperadas é interesantes impresiones que á cada instante recibía su espíritu, vencieron la consunción que le condenaba á muerte, y al regresar á España después

de un año de aquella vida aventurera, aunque morigerada y austera, era un hombre nuevo, robusto, ágil. Pero había agotado su peculio.

Regenerado su cuerpo, surgió en su espíritu un nuevo concepto de la vida y aceptó el trabajo como un deber ineludible.

Habiendo terminado la carrera de Leyes, decidió utilizarla para conseguir una posición honrosa y lucrativa; ingresó en la carrera judicial, desempeñó varios juzgados, fué magistrado en algu- Audiencias provinciales, creó una familia y conquistó fama de ser un juez recto y al mismo tiempo bondadoso.

Mientras permaneció en Madrid nos vimos con frecuencia; pero desde que abandonó la Corte para consagrarse á la honrosa misión de administrar justicia, le perdí de vista y no hemos vuelto á hallarnos. Por los periódicos me enteré de sus ascensos, de sus traslados; cuando de tarde en tarde tenía ocasión de saludar á D. Angel Barroeta, que tanto ha figurado en la política y en la Magistratura y que era primo y á la vez cuñado de Javier Márquez, le preguntaba y me comunicaba satisfactorias noticias de mi querido é inolvidable amigo de la infancia. Siempre le he recordado con sincero cariño, porque poseía una gran inteligencia y sobre todo un noble y generoso corazón.

¡Con qué placer, si hubiera acudido á él, me habría auxiliado para realizar mi proyectado viaje á París!; pero cuando resolví emprenderle, caminaba ya con rumbo á Constantinopla en compañía

de Rynaldi y de Ali, que con sus consejos y sus cuidados, contribuyeron á lo que bien puede calificarse de su resurrección.

Todo se conjuraba contra mí, comenzando por mi carácter. Contaba con otros buenos amigos en condiciones de prestarme los auxilios pecuniarios que necesitaba; la menor indicación de mi parte habría bastado para que se apresurasen á favorecerme; pero aunque me animaba la esperanza de poder devolver en breve plazo el relativamente insignificante préstamo que me hicieran, sólo la idea de convertirme en deudor me repugnaba, y á los que podían prestarme ayuda era á los que con más esmero ocultaba mi verdadera situación.

Juan Cancio Mena, el más íntimo de mis amigos por entonces, después de terminar las carreras de Leyes y de Administración, tomó parte en las brillantes oposiciones á las cátedras de Economía política que se habían creado recientemente y que alcanzaron cierta resonancia porque para obtenerlas lucharon jóvenes que habían logrado fama en la Universidad y en el Ateneo y que después han sido catedráticos ilustres y hombres políticos importantes, entre los que recuerdo á Moret, Augusto Comas, Miguel Aragón y Eustaquio Toledano.

Mena ganó en buena lid la cátedra de Santander, se fué á desempeñarla, poco después contrajo matrimonio con una señorita perteneciente á una de las familias más distinguidas y adineradas de aquella población, y en la Primavera de 1860 vino

á Madrid á recibir la solemne investidura de doctor en Administración.

Como es de presumir, me presentó á su esposa, á quien por su inteligencia y hermoso corazón profesé siempre sincero cariño y de quien así como de mi amigo, tendré ocasión de hablar más adelante con mayor extensión.

En los años anteriores Mena y yo habíamos sido hermanos más que amigos, habíamos sufrido juntos escaseces y privaciones, y en próspera situación él, por la renta que le proporcionaba su patrimonio, el sueldo que ganaba con su cátedra y la fortuna que había aportado al matrimonio su adorable esposa, nada le habría agradado tanto como auxiliarme en mi propósito de buscar en París consuelo á mis recientes desdichas, olvido del pasado y medios de cambiar en risueño porvenir mi triste presente, con el producto de un trabajo de mi gusto.

Nada le hablé de mis apuros, y antes por el contrario, le aseguré que contaba con los medios necesarios para llevar á cabo mi plan.

Otro de los buenos amigos que seguramente habría tenido verdadera satisfacción favoreciéndome era Eugenio de Seijas, á quien como indiqué en el libro anterior había conocido en casa de la señora de García Goyena.

Contaba seis ú ocho años más que yo, era muy ilustrado, muy llano y afectuoso, simpatizamos, fuimos buenos amigos y en la época á que me refiero nos reuníamos todas las tardes en el café de

Levante, que estaba entonces en el piso principal de una casa de la calle de Capellanes, formando agradable tertulia con Nicasio Landa, que en calidad de médico militar había tomado parte en la guerra de Africa. Alguna que otra vez se reunían con nosotros Somovilla, médico del Real Cuerpo de Alabarderos y Eduardo Sánchez Rubio, médico también muy ilustrado, autor de notabilísimas obras de medicina, ceremonioso en apariencia, llano y hasta angelical en el fondo, y que como Seijas, que llegó á general de división, todavía vive cuando escribo estas líneas, los dos ya muy ancianos, en lo que no les voy en zaga. Por desgracia Landa, que hizo una brillante y merecida carrera desempeñando en los últimos años de su vida el cargo de director del Hospital militar de Pamplona, y Somovilla, que se quedó ciego cuando estaba en la cumbre de su no menos gloriosa carrera en el Cuerpo de Sanidad Militar, murieron en lo mejor de su edad, antes de cumplir el décimo lustro.

Era yo el más joven y el más insignificante de aquella tertulia vespertina en la que brillaban la amenidad y el buen humor, la ciencia y el ingenio, y sin embargo, aquellos buenos amigos me consideraban, me querían, deseaban mi bien y contribuir á él habría sido para ellos una satisfacción.

Seijas, que durante su larga y bien aprovechada vida ha considerado como uno de sus mayores goces realizar inteligentes obras de caridad, con gran discreción llegó hasta el punto de hacerme

generosas ofertas si al fin me decidía á emprender el viaje, porque como él decía, aunque contase con algunos recursos, podían surgir gastos imprevistos.

Agradecí su oferta; pero no la acepté para corresponder con la mía á su bondadosa delicadeza.

Podría haber visitado á mis parientes los Garretas: mi tía Luisa, que tantas muestras de afecto me había dado, al enterarse de las dificultades que encontraba la realización de mi propósito, habría tenido verdadero gusto en auxiliarme. Pero apenas nos veíamos, y además ni entonces ni nunca he acudido á parientes ni amigos para solicitar recursos pecuniarios.

Persuadido de que sólo debía contar con mis propias fuerzas, tomé una resolución, por cierto de las más vulgares y adocenadas.

Con el ingreso extraordinario de los 500 francos que me pagó la casa Rosa Bouret por el *Manual de música*, había mejorado mi guarda-ropa y al terminar el Invierno de 1859 poseía un traje de buen paño negro compuesto de pantalón, chaleco y levita—entonces no se conocían las americanas—y una capa, indispensable en aquella época á todo español de raza, que por haber costado veinticinco duros figuraba en el término medio del valor de aquella prenda nacional. Las capas lujosas costaban desde mil hasta dos mil reales y las humildes desde ciento á doscientos.

Si lograba vender sin mucha pérdida capa y traje, que no había de necesitar durante seis me-

ses, con el producto de la venta tendría lo suficiente para llegar á París. Después Dios diría, y lo que suele decir á los que cumplen la ley del trabajo, es siempre beneficioso y agradable.

En los periódicos había visto el anuncio de unos viajes económicos de Madrid á París por mar y tierra, que no dejaban de ofrecer ciertos atractivos. Desde Madrid á Alicante se iba en tren, desde Alicante á Marsella en un vapor, haciendo escala en Barcelona; en Marsella se tomaba de nuevo el tren y después de detenerse los viajeros diez ó doce horas, en Lyón, se llegaba á París: total, cinco días. El precio de tan agradable viaje en segunda clase, era 500 reales. Aunque perdiera un 30 ó un 40 por 100 en la venta que proyectaba realizar, tendría lo suficiente para llevar á cabo mi propósito.

Pero no conté con la huéspeda, que fué esta vez un modesto empleado de la Biblioteca Nacional, quien para aumentar sus escasos haberes, había ideado una especie de industria literaria, llamémosla así, que posteriormente han imitado algunos otros pseudo literatos, aunque con menos fortuna.

La industria á que me refiero, consistía en la publicación mensual de una *Revista biográfica*, que constaba de seis, ocho ó más pliegos. En los numerosos libros y periódicos que tenía tan á mano, buscaba datos y con un estilo bastante ramplón redactaba artículos más ó menos extensos, dedicado cada uno de ellos á reseñar la vida y mila-

gros de una persona de notoriedad: políticos, literatos, artistas, médicos, abogados, capitalistas; en fin, cuantos figuraban en cualesquiera de las indicadas profesiones.

Halagar la vanidad de los míseros mortales, es buscar un filón inagotable, siempre de pingüe rendimiento. Pero como no faltan personas que creen merecer los elogios que les tributan, en cuyo caso no sale bien la cuenta á los que se proponen explotar las flaquezas, el biógrafo á quien me refiero adoptó un procedimiento de éxito seguro.

Cuando se trataba de un personaje de esos de quienes se refieren en voz baja cosas que no son de su agrado, el autor de los artículos biográficos consignaba las inculpaciones sin eufemismos ni circunloquios, enviaba en pruebas la biografía al interesado con una cartita en la que sobre poco más ó menos le decía que el redactor á quien había encargado el artículo que tenía el honor de remitirle hacía, como tendría ocasión de ver, indicaciones, en su concepto malévolas é injustas, y como tenía tan alta idea de la probidad del biografiado, sometía el artículo á su consideración para que suprimiera en él lo que juzgase oportuno y añadiera algún mérito que involuntariamente se hubiese omitido.

El artículo se publicaría con las enmiendas que el interesado hiciera en las pruebas.

Con esta suavidad de diplomacia cursi, lograba que el biografiado suprimiera lo que podía molestarle y añadiese elogios á su placer.

La biografía aparecía á medida del deseo del personaje que daba á conocer, y cuando se publicaba el cuaderno mensual, lo menos con diez ó doce artículos encomiásticos, enviaba el autor un ciento ó más de ejemplares á cada uno de los favorecidos, y por añadidura un recibito de tantas pesetas como ejemplares remitía.

Los que habían visto satisfecha su vanidad, pagaban la contribución aunque á regaña dientes, y si alguno se negaba, con la misma dulzura de su estilo epistolar, le anunciaba que en el próximo cuaderno y como ampliación del artículo que le había dedicado, reproduciría lo tachado y lo añadido por él, pudiendo con las enmiendas de su puño y letra, responder á cualquiera negativa que alegase.

Si eran diez las biografías contenidas en un cuaderno, ganaba mil pesetejas, y aunque en algunos casos, para que no se considerase la Revista como una especie de llave ganzúa, limitaba el envío de ejemplares á cincuenta ó veinticinco, bien podía asegurarse que después de cubiertos los gastos, le producía aquella industria de 1.500 á 2.000 reales mensuales.

Conocí á aquel hormiguita, que por su inalterable bondad, su expresión siempre risueña, su calma para oir los improperios que algunas veces le dedicaban sus víctimas, y su eterna risita entre maliciosa y bonachona, conseguía seguir en línea recta la marcha oblícua que le proporcionaba tan saneados beneficios. Mostrándose protector de

los jóvenes que cultivaban las letras, me pidió algunos datos para escribir mi biografía.

¿Por qué no confesar que me halagó la proposición? Que arroje la primera piedra quien en mi caso se hubiera negado rotundamente á disfrutar de aquella pueril satisfacción.

Yo me negué, alegando que mi historia era muy breve y poco interesante; pero al mismo tiempo añadí, que si *se empeñaba* le complacería.

Se empeñó, y con las escasas noticias que pude darle y los comentarios que añadió, llenó dos páginas y media de uno de los cuadernos de su publicación.

Me envió las pruebas sin decir nada malo de mí, augurándome, por el contrario, un porvenir brillante, y estoy seguro de que me creerán los lectores si afirmo que pasé un buen rato leyendo aquellos apuntes que enteraban al público del lugar y la fecha de mi nacimiento, de los periódicos en que había colaborado y de las escasas obras que hasta entonces había producido mi caletre.

Pero pagué bien caro aquel momento de satisfacción. Una mañana recibí un abultado paquete con cien ejemplares del cuaderno en que había aparecido mi biografía, y el consabido recibito de cuatrocientos reales, que como es de presumir no pude abonar en el acto.

Fuí á verle, le dije lo que me pareció oportuno porque comprendí su teje maneje, y sonriéndose y echándoselas de generoso por ser yo un principiante, me perdonó la mitad del importe del recibo.

No tuve más remedio, para salir de aquel apuro pecuniario, que empeñar mi magnífica capa, y con los diez duros que me dió un prestamista aboné aquella que el llamaba deuda, y yo habría llamado estafa si hubiera sabido entonces lo que esta palabra significaba.

No cito el nombre de aquel literato industrial, que era al mismo tiempo un excelente padre de familia y un laborioso funcionario, por respeto á sus hijos, uno de los cuales, dotado de superior inteligencia y de una probidad digna del mayor aprecio, ha conquistado una brillante posición y ha ilustrado su nombre.

Hay que hacer tantas cosas de género averiado para poder mal vivir en el mundo, que en casos como el que cito, la justa severidad debe trocarse en piadosa indulgencia.

Pero aquel inesperado gasto mermó mis recursos, obligándome á aplazar el viaje que tanto deseaba emprender.

No por eso me desanimé: en estas luchas con la mala suerte, nunca ha dejado la voluntad de acudir en mi auxilio.

Un cajista que trabajaba en la imprenta del *Diario Español* cuando yo formaba parte de la redacción de este periódico, y que pasó á prestar servicio en otra imprenta que se dedicaba á imprimir los llamados entonces romances de ciego, que según parece continúan ofreciendo buenas ganancias á los que los publican, me enteró de que en la calle de los Estudios vivía un ciego ya muy

viejo, que vendiendo aquel género averiado de literatura callejera había hecho ahorros, de vendedor se había convertido en editor y se entendía con los vendedores de romances de toda España.

Cuando ocurría un crimen de los que ahora se llaman pasionales, ó adquiría fama algún bandido de los que recorrían los campos de Andalucía ó las escabrosidades de las provincias de Burgos y Toledo; cuando se cometía algún robo con el correspondiente asesinato ó era ajusticiado algún reo de importancia, llamaba á uno de los dos ó tres poetas que no tenían sobre qué caerse muertos y estaban á su devoción, les daba instrucciones detalladas respecto del romance que les encargaba, y si éste quedaba á su gusto, remuneraba su trabajo con treinta ó cuarenta reales.

En mi deseo de rescatar la capa del poder del prestamista, decidí escribir un romance como los que alguna que otra vez habían caído en mis manos cuando la criada que fué con mi famila á Almería los compraba y me pedía que se los leyese. No recuerdo el asunto que elegí: seguramente fué muy terrorífico, porque cuando me presenté al ciego recomedado por el cajista y oyó la lectura del romance, le aceptó de buen grado y me recompensó con el precio máximo, ó sea con dos duros.

Lo que no he olvidado, es el cuadro que se ofreció á mi vista cuando después de subir una estrecha y empinada escalera, llamé á la puerta de la guardilla donde habitaba el ciego.

Salió á mi encuentro una zagalona de diez ó do-

ce años á lo sumo, sucia, desgreñada, descalza, y al preguntarla si era allí donde vivía el Sr. Mateo, me dijo con mucho desparpajo:

—Aquí es... ¿Qué se le ofrece á usted?

—Desearía verle.

Volviéndose hacia el fondo de la gran pieza aguardillada á que daba acceso la puerta, gritó:

—Abuelo... despiértese usted, que está aquí un joven que quiere verle.

A favor de la debil luz que penetraba por una ventana entornada, apercibí en uno de los ángulos del guardillón un tablado con un jergón y lo menos un par de colchones, sobre los que estaba tendido á la larga un hombre que se incorporó, mostrando un corpachón y un rostro de facciones abultadas, naturalmente sin expresión, coronado por una recia cabellera blanca.

Después de desperezarse y de gruñir á la muchacha porque le había despertado en lo mejor del sueño, con voz mal humorada me preguntó el objeto de mi visita á aquella hora intempestiva.

Cuando se lo expliqué, no sin indicarle antes quien me recomendaba á él, se mostró menos uraño y me dijo en tono sentencioso.

—No crea usted que es cosa facil enjaretar romances como los que se arrebata la gente de las manos de los que los venden. Pero en fin, nada se pierde con oir el que usted ha hecho de prueba. Léamele despacio para que me entere, y yo le diré á usted si ha perdido el tiempo ó me quedo con él por ser de mi gusto.

Mi facil éxito fué completo, como he dicho antes.

—¿Es el primero que ha hecho usted?—me preguntó.

—Sí, señor.

—Pues ha dado usted en el clavo, y si me trae usted algunos más como este, que voy á mandar á la imprenta en seguida, se los compraré. Hay que echar una mano á los mozos de provecho.

Prometí complacerle, y como le manifesté que si él me indicaba algunos asuntos, dada su experiencia serían mucho mejores que los que yo podía inventar.

—Hombre, sí—me dijo.—Tengo agotados algunos romances muy antiguos que en su tiempo llamaron mucho la atención. Haciéndolos de nuevo se venderán como pan bendito, porque digan lo que quieran, en esto de romances ninguno ha llegado á echar la pata á los viejos. Pero como no lo pondrá usted todo, esos de rehecho no se los pagaré más que á treinta reales.

—¿Cuando vengo á buscarlos?

—Ahora mismo puede usted llevárselos—y dirigiéndose á la zagalona:—Trae el paquete de los romances antiguos que está en el arca—añadió.

Mientras la chica ejecutaba su orden, se bajó de la cama, cogió á tientas una silla, se sentó, colocó sobre los colchones el abultádo legajo que le llevó su nieta, le desató y me dijo:

—Vaya usted leyendo los rótulos.

La operación duró cerca de media hora; me

mandó poner á un lado los que elegía, y cuando éstos llegaron á diez:

—Por ahora basta—dijo—que no es cosa de que me arruine. Llévese usted los diez romances viejos, hágalos nuevos conservando todo lo que hay en ellos de terrorífico y veremos como se porta usted. Los que no me gusten, como si nada hubiera pasado.

La labor no era muy de mi gusto; pero tenía en perspectiva quince duros además de los dos más que acababa de cobrar.

Entre aquellos romances que tuve que remozar, me acuerdo que uno de ellos refería las hazañas del guapo *Francisco Esteban*, bandolero andaluz, otro el crimen de los *hermanos Marina*, que mataron á su amo y fueron agarrotados en la Red de San Luis cerca de la casa donde cometieron el robo y el asesinato, y otros por el estilo.

A los dos ó tres días, terminé aquella antipática labor, y hubiera podido llevarla al señor Mateo; pero pensé que si se fijaba en la prontitud con que había desempeñado su encargo, perdería en su concepto el mérito relativo que mi obra debía tener, y aguardé á que pasase una semana.

Ni uno solo de los diez romances refundidos rechazó el pintoresco editor, me entregó los trescientos reales convenidos, me pidió que después de pasados tres ó cuatro meses volviera para encargarme nuevos arreglos y como es de presumir, ni volví á su tugurio ni él supo mi nombre.

Libré inmediatamente del cautiverio á mi capa

y sin perder tiempo fuí á ver al sastre que por entonces nos proveía de ropa, un D. Santos Díez, habitante entonces en el callejón de la Caza próximo á Platerías, que al desaparecer para ensanchar la entrada desde la calle Mayor á la plaza de Herradores, trasladó su sastrería á un piso entresuelo de la Puerta del Sol, esquina á la calle del Carmen.

Bandallós había muerto, y D. Santos nos surtia á mi padre y á mí de los trajes que necesitábamos, mediante una cantidad mensual. Mi traje negro y mi capa, que ya estaban pagados, él los había confeccionado, y le encargué que buscase el medio de colocar aquellas prendas entre sus parroquianos para proporcionarme el dinero que necesitaba.

Haciendo caso omiso de las dificultades que el sastre opuso á mi deseo y de los regateos indispensables, sólo diré que dos días después se realizó el negocio y que valuadas las prendas en la mitad de lo que habían costado, me vi en posesión de treinta duros: el viaje importaba veinticinco, con los cinco restantes podía sufragar los gastos menudos y llegar á París, donde mis ilusiones me hacían creer que encontraría trabajo enseguida y resolvería el problema que me preocupaba.

No sabia yo entonces echar mis cuentas, y un autor dramático, poeta y poeta romántico por añadidura, me dió una lección de mundología, al mismo tiempo que una muestra de su alma noble y generosa. Aludo á D. Francisco Camprodón, autor dramático que algunos años antes de darse á

conocer como habil libretista de zarzuelas, había conseguido un triunfo escénico con su precioso drama *Flor de un día*, que consolidó la segunda parte de dicha obra titulada *Espinas de una flor*.

Por su viva imaginación, su exquisita delicadeza de sentimientos, su noble y bien educada franqueza catalana y su perspicaz instinto del arte escénico, era muy considerado entre los del oficio y muy querido, tanto de los artistas que figuraban en primera línea como de los más humildes, y de la dependencia del teatro. Era llano, justo; poseía un espíritu verdaderamente democrático y siempre estaba dispuesto á favorecer al debil contra el fuerte, al pobre contra el rico.

Solía alguna que otra vez sacrificar la sintaxis á los efectos escénicos; pero él, que como poeta era correcto, delicado y de un exagerado puritanismo, no se paraba en barras cuando se proponía impresionar al público.

Practicaba la teoría del famoso dramaturgo francés Eugenio Scribe, quien condensaba su teoría sobre el arte dramático en la siguiente fórmula: ante todo caracteres. Con caracteres, hay situaciones y con caracteres y situaciones, aunque un mozo de cuerda escriba el diálogo, el éxito es seguro.

Pues bien, alguna vez después de elogiar sus cualidades, había señalado en mis revistas con la circunspección debida á su autoridad, los ligeros defectos de concepto ó de lenguaje que aparecían en sus zarzuelas, y cuando me veía en el saloncí-

llo del teatro de la calle de Jovellanos, en vez de mostrarse serio, me decía cariñosamente:

—Ya he visto que me ha zurrado usted, y no me ha cogido de nuevas. Hasta cuando escribo un disparate sé lo que hago y lo hago porque me conviene; pero justo es que la crítica sea honrada, y más si por añadidura es benévola.

Los principiantes, á cuyo gremio pertenecía yo entonces, le agradaban. También él, á pesar de ser de una familia acomodada, había pasado trabajos en su juventud. Por entonces tendría cuarenta años.

Dos ó tres semanas antes de que le hiciese yo mi visita de despedida, habíamos salido juntos del teatro de la Zarzuela después de terminado el ensayo de una obra suya. Hacía un tiempo primaveral y me invitó á pasear por el Retiro.

Acepté con gusto, y pasé en su compañía un rato delicioso. Me refirió algunos episodios de su mocedad, sus primeros amores que le habían inspirado el drama *Flor de un día,* la rapidez con que le escribió en un par de semanas y la sorprendente facilidad con que había logrado que se representase en el teatro Español.

Cuando vino á Madrid por primera vez con su obra en la maleta y sin grandes esperanzas, porque no conocía á ningún literato, su buena suerte le llevó á una casa de huéspedes en la que habitaban Adelardo López Ayala y José de Selgas.

Prontó trabó amistad con ellos y Ayala, que ya se había dado á conocer con el *Hombre de Estado*,

que aunque no agradó al público puso de relieve su superior talento, le presentó al actor D. José Valero,

Era á la sazón director del teatro Español D. Tomás Rodríguez Rubí con quien Ayala, á causa de su drama, había tenido algunas diferencias; y deseando favorecer á Camprodón rogó á Valero que le presentase y recomendase á Rubí.

Así lo hizo el gran actor la noche siguiente al terminar la función, y el director dijo al novel poeta que no podía detenerse y que si quería acompañarle por el camino podría decirle el objeto de su visita.

Camprodón salió del teatro con Rubí; sin perder tiempo, como buen catalán, le confió que había escrito un drama y que como se lo sabía de memoria, le recitaría lo que pudiera hasta dejarle en su casa.

Sin esperar á su aquiescencia, comenzó á recitar la obra, y estaba en la mitad del primer acto, cuando Rubí le dijo:

—Hemos llegado á mi casa; pero seguiremos andando para que acabe usted de recitarme el primer acto.

El paseo se prolongó hasta después de bien dada la una, y entonces lo más tarde que acababan las funciones teatrales, era á las doce.

Camprodón había dado á conocer al director del teatro Español los actos primero y segundo.

—No puedo oir el tercero—le dijo Rubí—pero no importa: si es como los que acaba usted de re-

citar, envíeme mañana al teatro el manuscrito.

Así lo hizo; el director que ansiaba conocer el desenlace, leyó el tercer acto, mandó sacar de papeles la obra y quince días después se puso en escena. Aún no hacía un mes que Camprodón había llegado á Madrid.

Pero después de vencer tan fácilmente los tradicionales obstáculos, tuvo miedo del resultado de su tentativa, dejó á Rubí la dirección de los ensayos, se volvió á Barcelona donde supo el gran éxito de su *Flor de un día*, que no fué de un día, sino de cincuenta ó sesenta noches, lo que en aquella época significaba un triunfo extraordinario, y tor nó á Madrid donde disfrutó la satisfacción, no vulgarizada todavía, de salir á escena á recibir los entusiastas aplausos de un público verdaderamente electrizado.

Colocado en primera fila entre los autores dramáticos que gozaban boga, como Ventura de la Vega, como Olona y algún tiempo después como Ayala y García Gutiérrez, escribió libretos de zarzuela que quedaron de repertorio, unos originales y otros arreglados del francés, demostrando en todos su maestría.

Mis relaciones con Camprodón eran superficiales: él estaba en todo su apogeo y yo comenzaba mi carrera. Debía agradecerle y le agradecía la bondad con que me trataba á pesar de mi insignificancia y como á otros literatos y artistas, fuí á comunicarle mi proyectado viaje y á despedirme de él.

Estaba de huesped en una casa de la calle del Arenal, y aunque á pesar de ser las once de la mañana no se había levantado, como el criado que abrió la puerta sabía que siempre recibía con gusto á los que iban á verle, me pidió mi tarjeta para anunciarle mi visita y saber si podía recibirme.

No tardé en entrar en su dormitorio, contiguo á un gabinete-despacho elegantemente amueblado.

—Creerá usted que soy perezoso—me dijo—y si lo cree no se equivoca, aunque hoy tengo razón para estar todavía en la cama. Más de las tres de la madrugada serían cuando me acosté anoche. Me urgía acabar una zarzuela cuyos dos primeros actos están ya en ensayo. Pero hablemos de usted, ¿qué le trae por aquí á estas horas?

Le referí á grandes rasgos el doble motivo que me impulsaba á dejar á España por una larga temporada, y mi propósito de buscar en París el olvido de un desengaño amoroso y una posición literaria trabajando para los editores que surtían de libros á América.

Le interesaron mis cuitas, no dejó de indicarme que era algo arriesgada mi resolución; y como le manifesté que tenía bastante fuerza de voluntad para conseguir lo que deseaba aunque tuviera que desempeñar los más humildes servicios para llegar al logro de mis deseos, con un afecto que verdaderamente me sorprendió y agradecí, me preguntó si disponía de los recursos necesarios para acometer la empresa en que iba á empeñarme.

Su bondad me inspiró tanta confianza, que fuí completamente franco con él y le referí cómo había llegado á poseer treinta duros, que con algunos pocos más que se proponía añadir mi padre á pesar de su escasez de recursos, serían lo suficiente, dada la baratura del viaje, para que pudiera llegar á París y vivir, aunque fuera con estrechez, el poco tiempo que seguramente tardaría en encontrar trabajo.

—Para escribir buenos versos—me dijo afectuosamente—hay que ser poeta; pero para andar por el mundo y vivir medianamente siquiera, hay que ser hombre práctico. A pesar de la baratura del coste del viaje, en el trayecto hay que hacer gastos, naturales unos, imprevistos otros; pueden ocurrir contratiempos, nadie está libre de una enfermedad, nada es seguro; confía usted en hallar pronto una ocupación lucrativa y ésta puede faltarle ó retrasarse. Comprendo que le tiente á usted la aventura que se propone correr; pero, querido amigo, es necesario añadir algo á los recursos con que usted cuenta.

Abandonando rápidamente el lecho en paños menores y calzándose sólo unas zapatillas, salió al gabinete contiguo al dormitorio, abrió un cajón de su escritorio, sacó un billete del Banco y volviendo á acostarse:

—Tome usted—me dijo.—Con estos veinticinco duros, que son bien poca cosa, y los treinta que ya posee, realizará usted más fácilmente su propósito.

—De ningún modo—insinué yo, conmovido por su noble acción.—Ignoro la suerte que me está reservada y no puedo contraer una obligación que no sé si me será dado cumplir.

—¿Cree usted que le hago un préstamo?—añadió.—Nada de eso, odio á los prestamistas. Tampoco aspiro á ser un Mecenas: por fortuna pasaron de moda. Cultivo las letras y usted también: somos hermanos, y no debe ofenderle lo que no es una dádiva, sino una muestra de mi afecto, de mi deseo de que realice usted en mejores condiciones la que no deja de ser valiente empresa tratándose de un joven que se dirige á un país extranjero. Veo que cuesta á usted trabajo aceptar; pero hay un medio de que no sufra su amor propio, si es él la causa, ó de que si, como supongo, un sentimiento de delicadeza le obliga á no admitir este insignificante favor, quede usted satisfecho. Si sale usted adelante, como deseo y espero; si llega usted algún día á disfrutar de una posición desahogada, y un poeta ó un artista necesitado acude á usted, préstele auxilio. Así paga usted lo que supone deuda, goza como yo ahora, y bendito sea Dios que nos ofrece á tan poca costa satisfacciones tan grandes.

—Pues bien—dije estrechando su mano—acepto con esa condición. Procuraré que este billete se multiplique, y cuando pueda dispensar un favor como el que usted me dispensa ahora, quien lo reciba le recordará á usted y le bendecirá.

Bien saben Dios y algunos escritores, que he

cumplido la promesa que hice, que siempre referí á los que saqué de algún apuro que no era á mí, sino á D. Francisco Camprodón á quien debían estar agradecidos. Si he recordado este rasgo de generosidad del que fué ilustre autor dramático, es para que los que leyendo sus obras admiren su talento, puedan también conocer y estimar lo que valía su corazón.

V

Resuelto á emprender el viaje á principios de Junio, aproveché los días que quedaban de Mayo para proporcionarme algunas cartas de recomendación y despedirme de mis amigos.

Madrazo me dió dos epístolas muy expresivas, una para el poeta cubano D. José Güell y Renté, esposo contra la voluntad de la Real familia de la Infanta doña Josefa, hermana del Rey consorte don Francisco de Asís, y otra para Peral, famoso arreglador de comedias francesas. D. Mauricio López Roberts me favoreció con una carta para un hermano suyo, que desde muy joven residía en París y había acreditado el nombre de Bernard López como autor de dramas y comedias escritos en francés.

Mr. Bussier me recomendó al célebre crítico Saint-Beuve, de quien era antiguo amigo, y la señora de García Goyena me dió una carta para don Gaspar Muro, secretario de la Embajada de España en París.

Con estas epístolas, la Real orden autorizándome á estudiar la organización del Conservatorio francés, mi amistad con el pianista Henri Hertz, mis relaciones literarias con Julio Janín y la intimidad que mientras estuvo en Madrid se estableció entre Carlôs Bouret, hijo de uno de los editores que podían proporcionarme trabajo, y yo, ¿no era seguro que mis modestas pretensiones de ganarme la vida cultivando las letras pudieran realizarse?

A pesar de las probabilidades que me sonreían, cuando me ví en posesión de la cantidad que me pareció más que suficiente para acometer la empresa, no pude menos de meditar en la transcendencia que tendría para mí dejar lo cierto por lo dudoso; es decir, lo que había sembrado en seis años y estaba á punto de cosechar, y lo que podría ofrecerme un país extraño, incógnita dudosa y por lo mismo temible.

Confieso que en mi marcha por el mundo hacia el porvenir, más que el cálculo me ha guiado la impresión, lo que suele llamarse corazonadas. Con la noción, más sentimental que inteligente, de lo bueno y lo malo, lo mismo para resistir á lo malo que para practicar lo bueno, ha venido en mi auxilio la voluntad, que me ha dado cuanto la he pedido, si bien es cierto que nunca la he pedido grandes cosas, y por eso he sido más hombre de acción que de reflexión.

Sin embargo, en el momento de mi vida á que me refiero, la reflexión se imponía á mi espíritu.

Mi profesión de periodista y más especialmente mi calidad de revistero de teatros, me había servido para entrar en relaciones con autores dramáticos, compositores y artistas escénicos, del mismo modo que mi asistencia á las reuniones de las señoras de Ordóñez, Arriera, Reyes, Santa Coloma y García Goyena me habían proporcionado la amistad de muchas personas que figuraban en la buena sociedad.

Los redactores de los periódicos y revistas que se publicaban, particularmente los que cultivaban la literatura, los novelistas, los poetas me habían acogido con muestras de aprecio, por efecto sin duda de mis pocos años, de mi sincera modestia, y acaso por que entonces como siempre me ha sucedido, he procurado no hacer daño y ni siquiera molestar á mis compañeros. Disfrutaba pues, de simpatías en todos los círculos que frecuentaba, propendía más bien que á censurar á alabar, y esto no por cálculo, sino como la cosa más natural del mundo, porque tenía la suerte de ver lo bueno antes que lo malo, lo distinguido antes que lo vulgar, y no solo no me costaba trabajo prodigar elogios, sino que el optimismo en este sentido era en mi hasta un defecto del que solían acusarme mis camaradas.

Madrazo, mi maestro en el periodismo, había fomentado mi predisposición á ver lo ajeno de color de rosa, ya que lo propio me parecía negro ó por lo menos gris oscuro.

Por aquella época los compañeros, que también

solían odiarse afectuosamente, se prestaban unos á otros esos socorros mútuos que según he podido observar, solo sirven para halagar la vanidad de los agraciados con ellos. Pero la hipérbole no había llegado á las proporciones que ha adquirido en los tiempos actuales.

Los adjetivos *conocido, modesto, laborioso, simpático, discreto y distinguido*, eran considerados muy suficientes por los que con ellos se veían favorecidos, suponiendo que el público creía á puño cerrado que eran verdades lo que no pasaba de ser galantería ó lisonja, porque entonces como ahora solíamos no conocer sino á *posteriori*, cuando los conocíamos, los trabajos que encomiábamos con tanto entusiasmo... artificial.

Esto no sucedía ni con las obras, ni con los artistas escénicos; pero tampoco subía mucho el diapasón en los elogios. *Inteligente, concienzudo, festivo, donoso, oportuno, chispeante*, eran adjetivos que solían bastar al amor propio de artistas y poetas. Llamarles *inspirados* era el colmo.

En la actualidad, por lo que observo, son más generosos los que también se ayudan mutuamente á subir la empinada cuesta que abre paso á la celebridad. Poetas, novelistas, articulistas, autores dramáticos, aunque sean del género chico, actores, oradores, músicos, abogados, médicos, ingenieros, son calificados por el inconscientemente generoso periodismo de *insignes, eminenles, ilustres, egregios, sabios profundos, lumbreras, astros*, etcétera. Claro es, que sólo disfrutan tal favor los que

tienen buenos amigos en los periódicos ó pueden á su vez pagar en la misma moneda; con cuyo motivo el ditirambo y la hipérbole se extienden hasta á las numerosas tiples, muchas de ellas sin voz pero que según me cuentan, porque yo no ando por el mundo desde hace algunos años, son de buen ver; á los toreros, á todos los que ilustran, entretienen ó divierten al público. ¿Pero qué más? Hasta cuando se trata de algún individuo que no es nada ó nada representa, no falta amable periodista que al citarle, porque se ausenta, regresa, se casa ó se muere, le llame *ilustre joven* ó *nuestro ilustre amigo*, y no hay tampoco quien entre, salga, contraiga matrimonio, logre un empleo ó sea atropellado por un automóvil, que no se vea calificado de *distinguido* por la amable, ó como en este último caso suponen algunos maliciosos interesada prensa contemporánea, que tiene mucho de industrial, lo que me parece, aunque no me agrade, muy puesto en razón y muy en el orden... económico.

Pues bien, yo era entonces uno de los qúe desinteresadamente *bombeaba* á los literatos de las anteriores generaciones, á los que militaban en la mía y á cuantos podía proporcionar aquel gusto, siendo menos cauto que los que actualmente se encuentran en idénticas circunstancias; porque ahora no se da sin la seguridad de recibir y entonces, por lo menos yo, era un inocentón que daba lo único de que podía disponer, alguna notoriedad, sin exigir la recíproca, lo que fué causa de

que muchos, la mayoría de los que celebré, no se considerasen deudores por creer que todo se lo merecían.

Pero en apariencia unos y en realidad otros, me mostraban afecto y deseaban mi bien, sobre todo si no era á expensas del suyo. Claro es que había escepciones, especialmente entre los que eran maestros, aunque no les dábamos este título que ahora se prodiga. Bretón de los Herreros, Harzenbusch, el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Rubí, Campoamor, Eguilaz, Trueba, Narciso Serra, y la mayoría de los que figuraban, me recibían siempre con agrado, me estimulaban, me daban buenos consejos y agradecían los justos elogios que tributaba en mis revistas á sus magistrales obras.

Entre mis compañeros más ó menos afortunados de entonces, tenía también buenos amigos: Carlos Pravia, Juan de la Rosa González, Francisco de Acuña, Luis Rivera, Manuel Murguía que después de haber sufrido todo género de privaciones entró á formar parte de la redacción de la *Iberia*, donde publicó preciosísimas novelas, Teodoro Guerrero, Carlos Frontaura, Vicente Barrantes, Selgas, Antonio Arnao, Picón y no recuerdo cuantos más.

Aunque la amistad de empresarios, autores dramáticos, compositores y artistas escénicos no dejaba de ser interesada, porque al fin y al cabo la publicidad y el elogio, no solo les eran útiles sino necesarios, mi inesperiencia, mi ingenuidad, lo desinteresado de mis servicios, lo que podría ca-

lificarse de mi candidez, les sorprendía, les agradaba y los que podían sentir afecto, que no eran todos, llegaron á estimarme. Entre estos citaré á Salas el gran actor y cantante, que fué después hábil empresario, Gaztambide, Barbieri á quien me presentó mi amigo Eduardo Prieto, y los que en otras esferas procuraron favorecerme y ya he nombrado en el transcurso de mi relato. Conocí y traté á Ayala, á Arrieta á quien me presentó Zabalza, de cuya familia era paisano y amigo, al genial Cristóbal Oudrid, al noblote y expansivo Tirso Obregón, á Caltañazor delicioso actor cómico que era á la vez un cumplido galantuomo y á Fernández Caballero, que desde el primer momento reveló la inspiración y la maestría que no tardó en colocarle entre los primeros compositores españoles. En una palabra, en las esferas social, política, periodística, literaria y artística, trataba ó por lo menos conocía á cuantos en ellas brillaban ó siquiera bullían.

Si al trasladarme desde Sevilla á Madrid en la perezosa galera acelarada, me hubieran asegurado que seis años después conocería á todo Madrid, como suele decirse hiperbólicamente, y habría sido admitido en la república de las letras, si no como una realidad, al menos como una esperanza, habría considerado semejante situación como una verdadera fortuna y renunciar á ella, como me proponía, una insigne torpeza.

¿Pero de qué sirve la fortuna á quien no tiene condiciones para aprovecharla? Con menos ele-

mentos de los que podía utilizar, habrían logrado otros lo que yo deseaba y no había conseguido ni esperaba conseguir.

La modestia, que me parecía entonces una virtud y que después he comprendido que no es más que una anemia del espíritu; mi constante aunque circunspecta rebeldía ante la injusticia, la falsedad, la hipocresía, la codicia, la explotación del debil por el fuerte y las demás iniquidades que descarada ó taimadamente se perpetran en todas las esferas sociales y hasta en la intimidad de los hogares; mi carácter afable, dúctil, expansivo y sumiso ante lo que me parecía digno, pero reservado y uraño ante lo que consideraba indigno, me perjudicaban entonces, y como genio y figura no varían de fondo, han seguido perjudicándome.

No me quejé entonces, ni me quejo ahora: creo que nadie debe quejarse de su suerte por mala que sea. Aunque parezca formulada por Pero Grullo, es una gran verdad que á cada individuo le pasa lo que lógicamente debe pasarle. La observación y la experiencia me han demostrado la exactitud de este axioma, contra el que protestan todos los que se consideran injustamente postergados.

Es de creer, que al venir á la vida existen en nuestro sér, en embrión, los elementos indispensables para labrarnos la desgracia ó proporcionarnos la ventura. El atavismo, las circunstancias, la educación, las impresiones que recibimos, pue-

den utilizar, modificar, aprovechar ó malograr esos elementos.

Lo primero que deberíamos aprender es á conocernos. Ya lo dijo el filósofo latino con su famoso *Noscete ipsum*. Nada más necesario al sér humano que averiguar las facultades de que está dotado; basar en ellas sus aspiraciones, su modo de vivir; desear sólo lo que sus medios le permitan obtener; conformarse con la suerte que le toque y no envidiar á nadie, porque en el ocaso de la vida todos sabemos por experiencia propia, que los que más felices parecen no están exentos de amarguras y desdichas, y que no faltan dichas y dulzuras á los que se juzgan desherados.

Mi ideal después de conocer algo, aunque no mucho todavía, las pequeñeces y miserias de la vida, era consagrarme con verdadero amor á las tareas literarias, ganar lo suficiente para la subsistencia de la familia que á pesar de mis desengaños esperaba y deseaba crear, conseguir el aprecio del público, y de ser posible, hasta la fama con que Becquer y yo soñábamos en nuestros paseos por las Delicias de Sevilla; pero no en medio del bullicio, sino en una soledad apacible, entre seres queridos, con unos pocos pero buenos amigos, en esa medianía que entonces sólo por intuición apreciaba, pero que después he visto que cuando ni envidia ni es envidiada, constituye la verdadera felicidad posible en el mundo.

Había colaborado en periódicos importantes, publicado dos novelas, escrito un drama que re-

chazó Ariona sin haberle leído, convertido con Becquer y Luna en obra dramática la novela de Víctor Hugo *Nuestra Señora de París*, hilvanado una zarzuela que puso en música Zabalza y juzgó Arrieta digna de la escena; en los círculos literarios, en el periodismo, con un risueño porvenir según decían, era uno de tantos, y sin embargo, sólo había conseguido sueldos mezquinos y al renunciar á ellos, no hallaba ni editores, ni medios de ganar lo más preciso para subsistir utilizando mis aficiones literarias.

Para realizar mis aspiraciones, los elementos que podían favorecerme, de poco ó nada aprovechaban á mi carácter, enfermizo por lo que tenía de modesto, sano y vigoroso por lo que tenía de independiente y de rebelde contra la injusticia y la iniquidad.

Lo único que al expatriarme debía sentir y sentía ciertamente, era separarme de mi padre y de mis hermanas dejándolos en una medianía rayana en la pobreza; pero al mismo tiempo cesaría de ser gravoso y quizás podría ser útil á mi familia.

Pocos eran los que no calificaban de locura mi determinación, los que no me auguraban contrariedades, disgustos, sufrimientos; pero lo desconocido no me intimidaba: antes por el contrario me atraía, y después de meditar bien el pró y el contra, resolví arrostrar las consecuencias de mi propósito.

Lo que más me ha mortificado siempre ha sido

la duda: desde el momento en que no dudé, sentí en mi ánimo el vigor que ofrece la esperanza.

VI

Augusto Ferrán, con quien había hecho gran amistad y que como indiqué en el libro anterior me estimuló á emprender el viaje al enterarme de que había en París editores que publicaban obras en español para las repúblicas Sud-americanas, sentía vivos deseos de acompañarme; pero la indecisión era el distintivo de su carácter, y tan pronto resolvía correr conmigo la aventura, como quedarse en Madrid para realizar su proyecto de coleccionar coplas populares, que le apasionaban, y publicarlas como modelos de verdadera poesía.

Cuando me vió con el pie en el estribo, decidió ser compañero mío de glorias y fatigas, lo que me agradó mucho; pero tuve que retrasar la marcha unos cuantos días para que hiciera sus preparativos.

Tampoco estaba muy sobrado de recursos.

Por el reciente fallecimiento de su madre, debía entrar en posesión de la parte de herencia que le correspondía, consistente en la tercera parte de una casa situada en la calle de Espoz y Mina; pero le faltaban algunos meses para llegar á la mayor edad, quedando entre tanto bajo la tutela de su padre que según dije ya, residía en París.

Hasta cumplir los veinticinco años, ni aun á

cuenta de su peculio podía adquirir suma alguna sin someterse á largos y difíciles trámites.

Al regresar de Munich, donde había permanecido tres ó cuatro años, habia muerto su madre, y los testamentarios le dieron en concepto de anticipo una cantidad en metálico para que atendiese á su subsistencia mientras entraba en posesión de sus bienes.

Se instaló en un sotabanco de la casa de que debía ser más adelante copropietario, le amuebló someramente, la portera y sus dos hijas cuidaban de su asistencia y en pocos meses, aquella suma de alguna importancia, se consumió en gastos en su mayoría supérfluos, porque Augusto Ferrán era naturalmente espléndido, no había necesitado ganarse la vida y desconocía el valor del dinero. Así es, que cuando resolvió ir á París en mi compañía tanto para trabajar, según aseguraba, como para ponerse de acuerdo con su padre respecto de la herencia que debía percibir en Agosto de aquel mismo año, se hallaba en peores condiciones financieras que yo.

Como mi pobre amigo, que murió joven, alcanzó notoriedad y conserva aún fama, algo legendaria, entre los poetas más ó menos bohemios de estos tiempos, creo que agradará á sus admiradores conocer algunos detalles de su corta y desdichada vida.

Dos libros microscópicos le bastaron para encerrar en ellos lo más hermoso y simpático de su alma, que su alma son los cantares y estrofas que

forman la *Soledad* y la *Pereza*, únicas obras que ha dejado para que la posteridad le conozca y le juzgue. Los títulos de ellas le caracterizan, porque pasó su corta vida como un solitario, y la pereza fué su constante compañera en la adolescencia, en la juventud y en el manicomio donde acabó su triste vida.

Había nacido en Madrid en Julio de 1836, en el seno de una familia que después de haber pasado tiempos muy medianos, debió el bienestar de que disfrutó á la industria y al arte.

Su padre, D. Adriano Ferrán, era natural de Barcelona y estaba emparentado con los dos hermanos del mismo apellido, pintores que en Madrid gozaron de celebridad, y uno de ellos fué padre de Alejandro Ferran ó Ferrant, gloria del arte pictórico español del siglo XIX.

También D. Adriano cultivó la pintura, y andando el tiempo adquirió fama y ganó dinero como retratista. Casado con una aragonesa, mujer de superior inteligencia muy parecida por su genio emprendedor á la doña María Cleofé Huerta, madre de mis parientes los Garretas, y oriunda de la familia de los Forniés, una de las mejor acomodadas y distinguidas de la provincia de Teruel. Mientras que conservaron y aumentaron su patrimonio los hermanos de sus padres, éstos perdieron su fortuna y murieron jóvenes, dejando en el mayor desamparo á sus cuatro hijos, tres hembras y un varón.

Los tíos de la madre de Ferrán prestaron á los

huérfanos cariñoso auxilio y la menor de sus sobrinas quedó al lado de uno de ellos; pero la mayor se dirigió á Zaragoza cuando por ser ya una mujer creyó poder ganar su subsistencia y la de sus hermanos menores, conoció á Ferrán, contrajo matrimonio con él y se trasladó á Madrid.

Los primeros tiempos, como he dicho antes, fueron difíciles; pero la genial y emprendedora aragonesa pensó que si podían fabricarse en Madrid los marcos dorados necesarios para los retratos al óleo, que costaban un dineral, mientras que su esposo ganaba unos cuantos miles de reales como retratista, ella podía dirigir un taller de molduras doradas.

La idea era excelente y de éxito seguro; pero en España se desconocía por completo el procedimiento del dorado y fué preciso que D. Adriano se trasladase á París en busca de un operario inteligente ó por lo menos de la receta para fabricar en Madrid los marcos que tan caros se pagaban á los que los traian del extranjero.

No recuerdo ni hace al caso saber como lograron su propósito: lo cierto es que montaron en la travesía de la Ballesta una fábrica de molduras, que para no divulgar el secreto que tanto les había costado averiguar, primero el mismo Ferrán y luego una de las hermanas de su esposa, que vino á Madrid á habitar con ellos, fueron los qué misteriosamente ejecutaron el dorado. La industria prosperó, más tarde iniciaron en ella á unos pocos obreros leales que guardaron el secreto du-

rante algún tiempo, las ganancias fueron importantes y el matrimonio que en sus principios tuvo que luchar contra la mala suerte, pudo traspasar el negocio después de haber obtenido una fortuna, que empleó en adquirir unas cuantas casas en Madrid que producían una renta suficiente para vivir con holgura.

En aquel hogar que debía la prosperidad al trabajo, nacieron una niña que se llamó Adriana, y Augusto Ferrán, cuyo origen voy trazando á grandes rasgos.

Adriana, que por su talento fué una mujer digna de su madre, casó con D. Florencio Janer, literato perteneciente al Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, muy erudito, concienzudo, ilustrado y devoto, que no gozaba de buena salud y falleció muy joven, dejando algunas obras de las que se conservan siempre con utilidad y aprecio en las buenas bibliotecas.

Augusto, que nació cuatro ó cinco años después que su hermana, se crió en el taller entre los obreros, y aunque desde muy niño mostró gran inteligencia, prefirió siempre el trato y la compañía de aquellos buenos, pero poco educados artesanos, al de otras clases superiores que sostenían relaciones con su familia, mostrándose cohibido cuando no uraño, y no estando á su gusto, como le pasó siempre, más que entre menestrales.

Aprendió las primeras letras en un colegio, y sin gran entusiasmo ingresó en el Instituto del Noviciado para cursar la segunda enseñanza; pero

adelantaba poco, perdía años y su única afición era la lectura de poesías.

Cuando aún era adolescente, se fué su padre á la isla de Cuba para pintar retratos y establecer al mismo tiempo la industria del dorado de molduras, que tan buen éxito había alcanzado en Madrid.

Permaneció en la Habana muchos años, hubo en la familia disgustos, D. Adriano se ocupaba poco de sus hijos, era aficionado á la independencia, algo fantástico, y puede asegurarse que su hijo Augusto no heredó de él, ni la pereza porque era muy trabajador, ni su afición á la soledad, porque no le agradaba vivir solo.

Para que al menos aprendiera idiomas, porque entonces los llamados *jóvenes de lenguas* aunque fueran viejos como Matusalén, encontraban fácilmente acomodo, y sobre todo para que hablase y escribiese el alemán que apenas se sabía en España y al mismo tiempo, para que se separase de los obreros que por su falta de cultura, perjudicaban más que favorecían á su hijo, decidió la señora de Ferrán que fuese á Munich y pasase allí unos cuantos años estudiando la lengua de Goethe.

En Munich aprendió el alemán y adquirió la costumbre de beber cerveza en gran cantidad, como hacen los bávaros de pura raza. Se encariñó con Heine, que por entonces desde París donde residía, irradiaba su genio irónico y escéptico en toda Alemania; aprendió los preciosos *lieders* enriquecidos con la música de Schubert, Mendelshon

y Schumann, hizo la vida típica de los estudiantes alemanes, y obedeciendo á sus naturales inclinaciones buscó la sociedad de los obreros. Menos mal, porque el proletariado alemán, y más aún el bávaro, entusiasta aficionado á la música, con un barniz de ilustración general y conociendo particularmente á fondo además de la práctica la teoría del oficio manual que cada cual desempeña, muestra en su trato una educación muy estimable.

Como recibía todos los meses una cantidad suficiente para atender á los gastos de lo necesario y hasta de lo supérfluo, dejaba á su vida deslizarse perezosamente; de tiempo en tiempo escribía alguna que otra rima de cuatro líneas, á lo sumo de ocho, aspiraba á ser un discípulo de Heine con quien tenía muchos puntos de contacto, y así habría pasado años y años si no le hubiera obligado á regresar á España la enfermedad de su madre.

Cuando llegó á Madrid, había fallecido la excelente señora, que fué sin duda la única persona en el mundo por quien Ferrán sintió verdadero cariño, faltaban algunos meses para que pudiera disponer de la herencia que le dejaba, y comprendiendo que en adelante debería aspirar á ser algo en el mundo, destinó una parte de los fondos que había recibido en concepto de anticipo, á publicar unos cuantos números del inevitable periódico literario, que tituló *El Sábado* y dedicó principalmente á divulgar en España la literatura alemana.

El periódico pasó inadvertido, porque su propietario no conocía á ningún periodista que anun-

ciase su laudable propósito, se cansó de gastar dinero, y no tardó en poner fin á la publicación. Nos conocimos en la imprenta de Fortanet, donde se imprimían su *Sábado* y mis *Letras* y *Artes*, simpatizamos, nos confiamos nuestras respectivas historias, y no tardamos en ser buenos amigos. Confieso que algo de mi natural quijotismo me impulsó á profesarle verdadero afecto. Por sus francas confidencias comprendí que, dotado de superior talento, era refractario al trabajo; observé también que se había apoderado de él un vicio de los más funestos, el de las bebidas alcohólicas, y me propuse inspirarle amor al trabajo y aversión al alcohol.

Al regresar á España después de haber saboreado la rica cerveza de Baviera en proporciones abusivas, ni la de Santa Bárbara ni la de Lavapiés, que eran las que gozaban de más fama en Madrid, eran de su agrado; y como la sed le atormentaba, resolvió beber agua con algunas gotas de aguardiente. Estas gotas se aumentaron con rapidez, y cuando le conocí añadía á cada cuartillo de agua un cortadillo de aguardiente y lo menos tomaba cada día cinco ó seis vasos de aquella mezcla.

Mis sermones fueron inútiles. La idea de trabajar le halagaba y se mostraba dispuesto á seguir mi ejemplo; también reconocía que tanta cantidad de alcohol era perjudicial á su salud y quería acortar la ración, renunciar por completo á lo que él mismo calificaba de vicio; pero le era imposible.

Cuando más tarde pasamos juntos un par de

meses en París hospedados en el mismo hotel, procuré por todos los medios que estaban á mi alcance librarle de aquel enemigo que debía sumirle en la locura y acelerar su muerte. Agradecía mi interés, porque en el fondo era bueno y reconocía lo razonable de mis consejos; pero cuando la sed le devoraba, bebía la fatal poción ocultándose de mí.

Después de separarnos aumentó la dosis: según me enteré, el agua y el aguardiente entraban por mitad en los grandes vasos que apuraba. ¡Era una lástima! Su mal no tenía remedio.

Apuntados algunos datos biográficos del que como antes indiqué, pudo dejar en las páginas de dos pequeños libros lo que había de hermoso en su alma, proseguiré la narración de mis recuerdos.

VII

El impresor Fortanet, que se había hecho muy amigo de Ferrán y que era un tipo que merece ser descrito siquiera sea ligeramente, lo que haré después con más oportunidad que ahora, informado de que necesitaba dinero para el viaje, le puso en relaciones con un prestamista, que le facilitó dos mil reales mediante un pagaré de cuatro mil fechado el 31 de Julio; es decir, cuando habría entrado Ferrán en la mayor edad. Dicha cantidad debía satisfacerla el 31 de Agosto.

Fué un bonito negocio para el prestamista: si

Ferrán llegaba con vida al fin de Julio, en tres meses ganaba un ciento por ciento.

Andando por el mundo he visto que estos negocios se multiplican. Afortunadamente no me he visto obligado á recurrir á ellos, y creo que los habría rechazado aun en mis más apremiantes necesidades de dinero.

Ferrán me anunció que poseía cien duros, de los que pensaba dejar cuarenta á la portera y á sus hijas, que cuidarían de su casa durante su ausencia. Nuestros respectivos capitales eran idénticos, formamos con ellos un acerbo común y nos dispusimos á partir en busca de lo desconocido.

Compramos los billetes, lo que mermó mil reales de nuestro haber; el día anterior al de nuestra marcha comieron en mi casa Becquer y Luna, de quienes me despedí cariñosamente; Ferrán obsequió también con una comida de despedida á las porteras que le cuidaban y á dos ó tres amigos que conservaba entre los que fueron obreros del taller de dorado de sus padres, y sin más equipaje que nuestras respectivas maletas, de escasas dimensiones, salimos de Madrid en el tren correo de Alicante el día 5 de Junio, que por cierto fué martes. Esto no me importó, porque á Dios gracias, nunca he sido supersticioso.

Después de dar un ligero vistazo á la ciudad levantina, que me produjo agradable impresión, poco antes del medio día nos trasladamos al vapor que debía conducirnos á Barcelona primero y después á Marsella.

Apenas subí á bordo, renovándose mis impresiones marítimas de Almería, me pareció encontrarme en mi elemento; pero no tardé en convencerme de que mi creencia era una nueva ilusión, porque se apoderó de mí el mareo y tuve que acostarme en mi camarote, donde pasé la noche como puede figurarse el lector que viajando por mar haya sufrido la indisposición que, particularmente la primera vez, tanto molesta á los que la padecen.

Al día siguiente muy temprano llegamos á Barcelona, recorrimos la ciudad, fuimos á Gracia á través de un desierto en el que á bastante distancia unos de otros había tres ó cuatro edificios, uno de ellos teatro, otro café con un amplio jardín donde se celebraban bailes y que si no recuerdo mal se llamaba el *Prado Catalán*. El actual paseo de Gracia, que coloca á la ciudad condal á la altura de las más bellas de Europa, era una carretera árida, descuidada, que conducía al poblado de Gracia, que también carecía entonces de los magníficos edificios que en la actualidad ostenta.

Ferrán tenía dos tías, ya de edad, hermanas de su padre, que habitaban en Gracia, las visitamos, y después de aquella correría y de comer en un *restaurant* de la Rambla de las Flores, volvimos á bordo. Me acosté en seguida, y aquella noche fué para mí peor que la anterior. Al llegar á Marsella me había debilitado de tal modo que me costó trabajo descender la escala del vapor para tomar la lancha que debía conducirnos á tierra. Necesité ayuda para ir á la Aduana y tuve que permanecer

sentado mientras se hizo el registro de los equipajes, que duró bastante tiempo.

Ferrán, que no se mareó, me prestó auxilio para llegar al *restaurant* de la Estación, donde debíamos almorzar y partir en seguida en el tren de Lyon.

Tomé una taza de café puro, porque los alimentos me repugnaban, se entonó mi estómago y no tardé en reponerme. Algunos momentos, mientras sufrí el mareo, creí que todo iba á acabar para mí; pero al poco tiempo de pisar tierra firme me sentí mucho mejor que antes de embarcarme, en la primera estación en que había fonda comí con apetito y después de dormir en el tren, lo que siempre he podido conseguir en mis viajes, al llegar á Lyon estaba completamente bien.

Era facultativo para los poseedores de billetes combinados, quedarse unas cuantas horas en Lyón ó seguir hasta París. Optamos por lo primero, tanto para formarnos una idea de la ciudad, considerada por su perímetro y población la segunda capital de Francia, como para poder llegar á París en las primeras horas de la tarde del día siguiente y no en la madrugada, lo que hubiera sucedido no deteniéndonos en Lyón.

El 10 de Junio, que era domingo, llegamos á París á las dos de la tarde, y un coche de alquiler nos condujo á la rue de Savoie núm. 3, donde habitaba el padre de Ferrán.

Augusto le había escrito anunciándole nuestra

visita, y rogándole que buscase un modesto *hotel garni* donde pudiéramos hospedarnos.

Mi compañero de viaje sabía que en la casa de su padre, sumamente reducida, no podría residir; y aunque hubiera sido espaciosa, tampoco habría aceptado el hospedaje.

Padre é hijo no se entendían bien, y cada cual deseaba vivir en completa libertad; pero como no quita lo cortés á lo valiente, natural era que el hijo fuese á ver á su padre al llegar á París y que éste le buscase un hotel cómodo y barato como le había encargado.

Abrió la puerta una joven que escasamente podría contar quince ó diez y seis años, sorprendiendo á Ferrán que no esperaba hallar más que á su padre y á una ama de gobierno que este tenía á su servicio, mujer de cuarenta abriles, hermana de dos de los antiguos operarios de la fábrica de marcos dorados.

No tardó en presentarse la susodicha, cuyo aspecto no era nada simpático. Poco agraciada, hombruna y al mismo tiempo muy romántica, abrió los brazos á Augusto tuteándole porque le había visto nacer, le explicó que aquella joven era hija de su tía doña Tomasa hermana de su madre, y añadió que había llegado hacía poco de Santander ingresando en concepto de pensionista, para perfeccionar su educación, en un colegio de París, y que por ser primer domingo de mes, la había sacado su tío para que pasase el día en su compañía.

Don Adriano acudió á saludarnos, nos anunció

que en el núm. 5 de la misma calle había un *hotel garni* bien reputado, limpio y económico, y que enterado de los deseos de su hijo, había encargado que nos reservasen dos cuartos.

Clotilde, el ama de llaves, se prestó á acompañarnos para presentarnos á la dueña del hotel, y después de saludarse los primos, que no se conocían, y de lamentar D. Adriano no poder ofrecernos hospedaje en su casa, nos despedimos para tomar posesión de nuestra vivienda.

Antes de pasar adelante, diré que aquella joven, que vestía el uniforme del colegio en donde se educaba, un año después de nuestro encuentro fué mi esposa, la compañera de mi vida durante cuarenta y cinco años. Don Bruno Lafuente no se había equivocado al recordarme que debía esperar en la justicia divina.

Cuando la ví por primera vez, apenas me fijé en ella; pero ya hablaré de este para mi importante episodio, que fué mi vida entera, con la oportunidad y el detenimiento que merece.

VIII

Los que van á París con escasos recursos y carecen de medios para pagar los elevados precios de los hoteles de lujo, todos caros, pueden hallar en los llamados *garnis*, es decir *amueblados*, según el barrio que elijan, un hospedaje relativamente económico. Por regla general, en estos hoteles no se alquila más que el cuarto y á lo sumo se contrata aparte el desayuno.

En el barrio Latino, al que pertenecía y pertenece la rue de Savoie, calle á la que siempre que he ido á París he dado un cariñoso vistazo, puede alquilarse un cuarto por poco dinero, y en la época á que me refiero por mucho menos que en la actual.

Una habitación con una regular cama y su correspondiente aunque antihigiénica colgadura, un armario de espejo, una cómoda ó un *bureau* que sirva de ropero y de escritorio, un lavabo, dos butacas y dos ó cuatro sillas de tapicería, el piso alfombrado, un reloj y dos floreros sobre la chimenea que no falta nunca, cuesta en la actualidad según que el sitio es más ó menos céntrico, de uno á seis francos.

En la rue de Savoie, calle pequeña, retirada, de poco tránsito, encontramos Ferrán y yo cuartos amueblados como he indicado antes, por 15 francos al mes ó sea 50 céntimos al día cada uno, y convinimos en pagar otros 15, respectivamente, por el desayuno que debía consistir en un bol de café con leche, pan y manteca.

En cualesquiera de los *restaurants* que frecuentaban los estudiantes en las calles de Monsieur le Prince, Racine, Dauphine ú otras análogas, no bebiendo vino, y yo no tenía costumbre de beberlo, un almuerzo y una comida suficientes para estar bien alimentados, podían obtenerse por dos francos; de modo que con tres francos diarios se sufragaba el gasto de casa y manutención. Y esto podía considerarse en cierto modo como lujo, por-

que en muchos *restaurants*, cremerías y despachos de vinos, se servían almuerzos á 40 céntimos y comidas á 60.

En mis últimos viajes á París, he visto que aquellos precios han aumentado considerablemente; pero en fin, por entonces Ferrán y yo nos hospedamos con alguna comodidad y comimos muy regularmente, hasta que se nos acabó el dinero, lo que no tardó mucho en suceder porque al terminar el viaje nuestro capital había quedado reducido á 250 francos, de los cuales en el primer mes gastamos 150 en hospedaje y comida, y poco menos del resto en ómnibus, coches, cervecerías y cafés cantantes. Ferrán, que había pasado una temporada en París antes de ir á Munich, quiso hacerme los honores de la gran ciudad, y á pesar mio que veía correr el tiempo sin hacer nada de provecho, movido de una natural y disculpable curiosidad, me dejé seducir.

El segundo Imperio, aunque de un modo artificial como pudo verse diez años después al estallar la guerra entre Francia y Prusia, había aumentado las grandezas y los atractivos de París. El aspecto de la población revelaba una asombrosa prosperidad. Se habían trazado las grandes arterias que debían evitar en lo sucesivo las barricadas y permitir á los cañones barrer los obstáculos que el pueblo opusiera á la voluntad imperial; se edificaban en parajes estratégicos magníficos cuarteles, abundaba el trabajo y los obreros empleaban sus ahorros en títulos de los empréstitos con

lotes y amortización que contrataba la Villa, y Napoleón lograba por este medio que se convirtieran de demagogos en conservadores. Ante la febril agitación y el continuo, fantástico y casi epiléptico movimiento de los habitantes de la gran ciudad, los que llegábamos desde Madrid, apacible lago comparado con el hirviente océano que recordaba París, debíamos experimentar sorpresa, asombro, vértigo, admiración. Los que cruzaban calles, plazas, puentes y boulevares, lo mismo para encaminarse á los talleres y fábricas que para ir en busca de diversiones y placeres, parecían movidos por una invisible corriente eléctrica; los semblantes se mostraban risueños, revelaban felicidad; todo era actividad, vigor, alegría; no era posible ni á la imaginación más privilegiada formarse, sin verle, una idea de aquel espectáculo mágico, maravilloso, en el que se confundían como en una brillante apoteosis el talento, el trabajo y la virtud mezclados con el vicio lujoso, la ociosidad elegante y la misma ignorancia bajo un aspecto de artificiosa cultura.

Aquel conjunto deslumbrador, cuya realidad sobrepujaba á cuanto de él podía soñarse, debía al pronto extrañarme, sorprenderme, admirarme y distraerme del principal y casi único objeto de mi viaje.

Contribuyó además á aquel compás de espera la circunstancia de que aún no había regresado de su viaje por España el hijo del socio más importante de la casa editorial de Rosá Bouret, con

quien tan afectuosas relaciones había mantenido en Madrid, y juzgué más oportuno y conveniente que presentarme á los editores, aguardar su llegada para que él me presentase y me recomendara.

Mi determinación agradó á Ferrán, porque en su concepto lo primero que debía interesarme era adquirir una idea exacta de la grandiosidad y magnificencia de París, para lo que me auxiliaría como mentor y *cicerone*. Tiempo de sobra tendríamos después para encerrarnos en nuestro humilde albergue y trabajar, si nos daban trabajo.

Siempre he sido madrugador; pero la mayor parte de los mejores amigos con quienes he convivido ó he viajado, han preferido los enervantes brazos de la pereza á las y salutíferas auras matinales.

Ferrán tomaba el desayuno en la cama, se levantaba á las diez, y hasta las once de la mañana lo más pronto, no podíamos salir de nuestro albergue. Almorzábamos en un *restaurant* de la *rue* de *Monsieur le Prince*, tomábamos el café en la plaza de *l'Ancienne Comedie*, y con arreglo al itinerario convenido la noche anterior, comenzaban nuestras excursiones.

Aquella vida era muy agradable; pero al final de cada día veía con pesadumbre que nuestro escaso capital disminuía y no estaba tranquilo. Por las mañanas ordenaba y corregía algunos artículos ya publicados y otros inéditos, con los que me proponía formar un tomo que pudiera servir á los

editores para juzgar mi labor literaria, y á mí para aumentar mis recursos si le adquirían, como era mi deseo. Aquella ocupación, justificaba en cierto modo á mis ojos mi ociosidad en el resto de la jornada.

Al mismo tiempo que curiosear cuanto había de notable en París, á instancia mía dábamos algunos pasos que podían sernos útiles para el porvenir y que sólo hubieran servido para desanimarme sin mi fuerza de voluntad y mi perseverancia.

El padre de Ferrán había dispensado importantes favores á D. Mariano Urrabieta, que como ya indiqué, por haber tenido la desgracia de matar en un desafío á su adversario, se vió obligado á huir de España refugiándose en París, donde muy pronto se le acabaron los medios de vivir.

Acudió en su auxilio D. Adriano poniendo á su disposición su mesa, le presentó á dos de sus mejores amigos: D. Manuel Rodríguez, gaditano de origen, establecido en París desde hacía mucho tiempo, rico y acreditado comisionista y D. Ramón Yust, catalán, abogado, que había permanecido algunos años en la Habana ejerciendo su profesión y se había retirado con un capital que se valuaba en doscientos mil pesos.

Recomendado por el Sr. Rodríguez á los famosos libreros Garnier *freres*, que tenían en su establecimiento una sección de libros españoles, le dieron á traducir algunas obras, y cuando se fundó el *Correo de Ultramar*, revista semanal ilustra-

da que alcanzó gran éxito en América, también por mediación del Sr. Rodríguez, entró á formar parte de la redacción con un sueldo anual de ocho mil francos, que no tardó en llegar á doce mil.

Como hasta entonces sólo por rara excepción habían contado los editores de obras en español con verdaderos literatos, pues el único á quien podía reconocerse como tal fué D. Eugenio de Ochoa, que entre otros trabajos hizo una magistral traducción de la novela de Victor Hugo *Nuestra Señora de París*, Urrabieta que en Madrid no pasó de ser un aficionado á las letras y un individuo de tercero ó cuarto orden de la primitiva *Partida de la Porra*, de que formaron parte Espronceda, Ventura de la Vega, Patricio de la Escosura y algunos otros que después adquirieron gran celebridad; que sólo fué un escritor adocenado, sin estilo, sin cultura, y no pasó tampoco de ser un mediano traductor; por aquello de que en el país de los ciegos el tuerto es rey, se vió considerado y solicitado por los editores.

Hasta entonces, solo los refugiados políticos habían hecho traducciones y así eran ellas, porque carecían del conocimiento del idioma francés y desconocían por completo la Gramática y la Retórica españolas.

Algunos médicos ó eclesiásticos ilustrados encontraron ocupación más ventajosa; pero la mayoría de los que trabajaban para las casas editoriales de Baudry-Dramard, de los hermanos Garnier, de Rosá Bouret y de Melan y Lassalle

que publicaban el *Correo de Ultramar*, eran oficiales carlistas ó tipógrafos huídos ó expulsados de España por reaccionarios ó por demagogos.

La situación de Urrabieta llegó á ser próspera y hasta podría decirse que brillante; pero vivía muy sobriamente porque, protegido siempre por el padre de Ferrán, aspiraba á hacer una buena boda con una de las dos hijas de D. Ramón Yust, quien sólo ponía por condición para dar su consentimiento que el aspirante poseyera un capital que fijó no recuerdo en cuanto, pero que en seis ó siete años podía reunir con sus ganancias, á fuerza de economía y de combinaciones financieras.

Con este motivo acaparó Urrabieta todo el trabajo que necesitaban los editores; para cumplir con todos trabajaba doce ó catorce horas al día y aceptaba auxiliares pagándoles á precios irrisorios. Uno de ellos era el ama de gobierno de don Adriano, que se las echaba de literata y que había solicitado aquella ayuda, según decía, para sus alfileres.

Por lo que acabo de indicar, fácilmente comprenderá el amable lector que cuando se enteró de que un hijo de su protector y yo, literato de profesión, habíamos llegado á París con el propósito de emprender una tarea análoga á la que él desempeñaba, no pudo disimular la mala impresión que le produjo la noticia.

Afable, porque su gran amigo D. Adriano nos presentó á él, nos ofreció desde luego hacer en nuestro obsequio cuanto fuera posible; pero se

apresuró á manifestarnos que poco ó nada conseguiríamos, porque en el *Correo de Ultramar* había redactores fijos muy estimados, las demás casas tenían traductores asalariados y él mismo, después de tantos años de residir en París, se veía y se deseaba para obtener algún encargo extraordinario.

En su concepto debíamos volvernos á Madrid: claro es que Augusto que tenía á su padre en buena posición, podía permanecer en París aunque no encontrase ocupación; pero yo, que según declaré necesitaba trabajar para vivir, debía regresar á España. Era un verdadero cargo de conciencia no darme aquel consejo.

De aquella entrevista salí descorazonado, porque entonces, á pesar de mis veintitrés años y de los desengaños que había sufrido, no conocía lo bastante la perfidia de los seres humanos cuando les domina el egoísmo, y creí de buena fe lo que aquel, al parecer buen amigo, aseguraba.

Por aquel tiempo, para ahorrar más y mejor, almorzaba Urrabieta en un modesto *restaurant* de la rue Jacobo y comía en casa de su futuro suegro.

D. Adriano les acompañaba á la mesa un día cada semana, y se quedó con su protegida para ir juntos á la rue Saint Lazare, donde habitaba en el núm. 79 el opulento D. Ramón Yust con su señora y sus dos hijas, las dos buenísimas y la menor, Matilde, además de buena, dotada de gran inteligencia y de un hermoso corazón.

Augusto y yo dejamos al pesimista Urrabieta en compañía de su amigo y protector, y caí en tal desaliento—siempre mi pícara impresionabilidad—que si hubiera contado con los medios para volver á España habría decidido regresar en seguida, olvidando mi proyectado estudio del Conservatorio de Música y cuanto me había impulsado á ir á París.

Ferran, que veía próximo el momento de entrar en posesión de la herencia de su madre, oyó con más filosofía al agorero, y animándome al verme decaído me propuso que aquella tarde, para resarcirnos del disgusto que nos había dado Urrabieta, comiéramos en el restaurant *Mille colonnes*, situado en el Palais Royal, mientras como sucedía todas las tardes, una banda de música militar reunía en torno suyo á un numeroso auditorio *dilettanti* y permitía á los que comían en los numerosos restaurants de aquel histórico recinto, regalar su oído al mismo tiempo que su paladar y hacerse la ilusión de que comían con música, como los reyes y los magnates.

Aquel exceso nos costó diez francos; pero nos sirvieron bien, oímos buena música admirablemente ejecutada por la banda de la Guardia imperial; y como siempre me ha sucedido, después de ver el porvenir oscuro tornó á ser de color de rosa por efecto de la música, que ha sido siempre mi gran tónico moral.

No hay que abandonarse á la desesperación ni aun en los más penosos trances de la vida: trás la

tormenta surge la calma, el aire es más puro y el cielo más diáfano. Esperar, es uno de los medios de rendir culto á la Providencia.

En mi larga y un tanto accidentada vida, he visto muchas veces cerrarse los horizontes; y sin embargo, una luz misteriosa iluminaba el fondo oscuro de mi alma. Esa luz era la fe que ha vivido siempre en mí y sólo se extinguirá conmigo.

IX

Al llegar al hotel la noche de aquel día en que Urrabieta me pintó con tan negros colores el porvenir que me aguardaba en París, encontré una tarjeta de Carlos Bouret en la que me anunciaba que aquella mañana había regresado de España y me esperaba al día siguiente en la casa editorial de su padre.

En París madrugan todos los que trabajan: á las ocho en Invierno y á las siete en Verano están abiertos los escritorios, y en las primeras horas de la mañana reciben abogados, procuradores, banqueros, editores, en una palabra, los que se ocupan en toda clase de negocios.

Algo se han relajado estas costumbres, según he visto en las últimas visitas que he hecho á París; pero no pasa allí lo que en nuestro amado país, en donde los Bancos no se abren hasta las diez, y no son muchos los que reciben á clientes ó amigos antes de las once de la mañana.

Al día siguiente de recibir la tarjeta madrugué

más que de ordinario, terminé el arreglo del manuscrito que me proponía presentar á los editores y á las nueve me dirigí á la casa vecina, donde fuí recibido muy cariñosamente por Carlos Bouret y por el primer dependiente Antonino Roger, que era además su amigo, á quien había referido las atenciones que yo le había guardado en Madrid y que como buen parisiense y sumiso empleado, se mostró muy afable y hasta agradecido conmigo.

Mi nombre no era desconocido en la casa: mi *Manual de música*, según insinuó el dependiente, se vendía bien, y desde luego suponía que si me quedaba en París no me faltaría trabajo.

Carlos Bouret me presentó á su padre, que me recibió afectuosamente. Era un hombre de cuarenta y ocho á cincuenta años, muy vivo, muy nervioso, hablaba con rapidez vertiginosa, la mayor atención no bastaba para entender lo que decía, era preciso adivinarlo. Su aspecto era el clásico de los diplomáticos: dos patillas negras encuadraban su rostro ovalado y afeitado con el mayor esmero. Vestía pantalón, chaleco y levita negros y adornaba su cuello una corbata blanca.

Con este traje de etiqueta ó poco menos, llegaba todas las mañanas de los días no feriados lo más tarde á las nueve, y recibía en su elegante despacho, las visitas de los corresponsales de América, de los libreros y de los impresores de París, como un personaje de los más importantes de la comedia de la vida.

Había residido mucho tiempo en México donde la casa editorial de París tenía una importante sucursal, había hecho una muy regular fortuna, y según supe después habitaba con su señora, una *grande dame*, y con su único hijo, un elegante hotel de la *rue* de *l'Abbaye.* Vivía con lujo, tenía una berlina y un landó, un magnífico tronco de caballos, y su servidumbre gastaba librea.

Esto, que acostumbrado á ver y tratar á los editores de Madrid, me sorprendió, era y es cosa muy corriente en París. Didot, Hachette, Michel Levy, Plon y todos los editores que entonces estaban en su mayor apogeo, como en la actualidad los herederos de estos y los nuevos editores Lemerre, Laffite, Calman Levy, Alcan y los demás que tan conocidos son en Europa y América, eran y son verdaderos potentados.

No con menos fastuosidad vivían los impresores. Entonces, y no sé si aún sucederá lo mismo, no había en París con arreglo á las leyes vigentes más que un número muy limitado de imprentas. Constituían verdaderos privilegios, y sus dueños poseían grandes fortunas. Pero para dar abasto á las numerosas publicaciones de los editores, existían en los pueblos de los alrededores de París muchas y muy importantes imprentas, en las que la mano de obra era más barata que en la capital.

Proseguiré mi historia, añadiendo que Mr. Bouret, á quien comuniqué mi propósito de establecerme en París y dedicarme á trabajos literarios, encontró acertada mi resolución, sobre todo si no era

informal como la mayor parte de mis compatriotas con quienes había tratado; y como su hijo le aseguró que en Madrid gozaba fama de laborioso y ordenado, me guió á otro despacho próximo al suyo que era el de su socio Mr. Rosá, quien se entendía con los autores, dibujantes é impresores en lo relativo á la parte literaria y artística de las publicaciones.

Me presentó á él, recordándole que ya había escrito para la casa el *Manual de música*, y anunciándole mis deseos.

Mr. Rosá era un hombre de bastante edad, corpulento, menos expansivo que su consocio; pero fino y correcto, como la mayoría de los franceses.

Aunque su aspecto infundía más respeto que confianza, saqué fuerzas de flaqueza, le referí á grandes rasgos mi breve historia literaria, le aseguré que si mi labor les servía, procuraría hacerme digno de su aprecio, y les rogué que por de pronto y para que pudieran formarse idea de mis condiciones de escritor original, ya que algo sabían de mí como confeccionador de manuales, les dejaba una colección de artículos de diversos géneros, que formarían un tomo con el título de *Horas de recreo* ú otro análogo.

Como vivía en el hotel contiguo á su casa, podían avisarme si me necesitaban, y contar además con mi compañero Ferran, que también deseaba trabajar.

Los consocios me indicaron que estaban preparando algunas publicaciones, que estudiarían el

medio de utilizar mis servicios y los de mi compañero, y que como tenían tantas cosas en que pensar, lo mejor sería que pasados unos cuantos días volviese á verlos.

Mr. Bouret y Mr. Rosá se quedaron en el despacho del último y Carlos, que ya en Madrid quiso que nos tuteáramos, me acompañó hasta la puerta. Al despedirnos me dijo:

—Deseando demostrarte mi aprecio, te invito á pasar en mi compañía el próximo domingo. Antonino Roger será de la partida, y tu camarada puede venir con nosotros. *Partie carrée,* como decimos en Francia. Almorzaremos en el Café inglés; pasaremos una buena parte de la tarde en el *Bois*, donde no nos faltarán distracciones; refrescaremos en un Café cantante de los Campos Elíseos, comeremos en el Louvres y emplearemos la velada en el teatro del Palais Royal. Día completo. Así podrás formarte una idea de como puede perderse el tiempo agradablemente en París, sin hacer calaveradas ni ser saqueados por las muchas *cocottes* que se pintan solas para dejar vacíos los portamonedas más repletos.

El programa me pareció admirable: Carlos Bouret quería darme una muestra de aprecio, que extendía á mi amigo Ferrán. Aquella fineza era de buen augurio. Además, entrar en relaciones con el dependiente de más confianza de la casa, me pareció también muy ventajoso para mí. Acepté de buen agrado la invitación, proponiéndome corresponder á ella en cuanto mis recursos financie-

ros me lo permitiesen; comuniqué á mi compañero, que todavía dormitaba, el resultado de mi entrevista con los editores, el agasajo que el hijo de uno de ellos se proponía dispensarnos, y con la dulce esperanza en el alma proseguimos nuestras excursiones por París.

El programa se realizó al pie de la letra. Debíamos reunirnos de once y media á doce en el Café inglés, que estaba en el boulevard de los Italianos, y por consiguiente á gran distancia de nuestro albergue.

Desconociendo los itinerarios de los ómnibus no podíamos utilizarlos, y el estado de nuestra bolsa nos obligaba á economizar el gasto de carruajes.

A pie llegamos á la hora convenida, nuestro anfitrión nos esperaba, almorzamos con buen apetito manjares á los que, yo al menos, no estaba acostumbrado, la vajilla era de plata, los mozos de frac y corbata blanca nos servían como si fuéramos potentados. Cuando en una bandeja presentó uno de los fámulos la nota de lo gastado, Carlos arrojó sobre ella tres luises, y al devolverle cuatro ó cinco monedas de plata, dijo al servidor con arrogancia: «Para usted.»

—Nos trata á cuerpo de rey—pensaba yo sin sospechar cual debía ser el desenlace de aquella odisea gastronómica.

Tomamos café en Tortoni, pidió Carlos Bouret habanos que fumamos dándonos tono, charlamos como charlan de sobre mesa los que han comido bien, un coche nos condujo al *Bois*, allí pa-

seamos en lancha por el lago, recorrimos las principales alamedas, regresamos á pié hasta un Café cantante de los Campos Eliseos, donde oimos las romanzas y duos que más en boga estaban, saboreando al mismo tiempo cerveza que Ferrán aseguró que era legítima de Baviera; á las siete nos encaminamos al hotel del Louvre, en cuya mesa redonda comimos opíparamente por ocho francos cubierto que en la actualidad cuesta doce, y acabamos la fiesta asistiendo en el teatro del Palais Royal á la representación de una pieza en un acto, *Le Chalet de la Meduse*, que dos años después arreglé al castellano y se representó en el teatro Español con el título de *Una casa sin comedor*, y la comedia *Une corneille qu'abat de noix*, que nos hizo pasar un rato delicioso.

Cerca de las doce eran cuando salimos del teatro y nos encaminamos al Café Riche en el boulevard Montmartre, para tomar un *sodá* ó sea agua de seltz con un jarabe, bebida que por entonces estaba muy de moda.

Gran día fué aquel, la más agradable intimidad reinó entre los cuatro jóvenes que nos habíamos reunido para echar al aire canas que aún no teníamos, y algunas frases que Antonino Roger me dijo en un aparte expansivo me demostraron que había llegado á tiempo á París y que en la casa editorial de Rosá Bouret, hallaría más de lo que podía desear.

Mi alegría era inmensa; pero el final de la jornada fué tan inesperado como funesto para mí.

Carlos Bouret sacó del bolsillo las notas que había pagado, en la misma mesa de mármol del café copió con un lápiz los guarismos, añadió las partidas de cigarros, coche, Café cantante, teatro, propinas y el refresco de última hora, sumó, y con la mayor tranquilidad del mundo, dijo:

—Hemos gastado 112 francos, somos cuatro, tocamos á 28 cada uno.

Antonino Roger sacó su portamonedas y pagó; Ferrán y yo hicimos otro tanto, Carlos Bouret recogió las monedas, y nos separamos asegurando todos al despedirnos que habíamos pasado un día agradabilísimo.

El que durante la jornada habíamos considerado como anfitrión, y Antonino Roger partieron en un coche. Ferrán y yo, silenciosos y cabizbajos, regresamos á pie á nuestro hotel.

—Vaya un modo de convidar á la gente—pensaba yo por el camino.

Aquella costumbre, de origen inglés, adoptada por los franceses y muy corriente en España en los tiempos actuales, tenía que chocarme por fuerza, acostumbrado como estaba á la fachendosa generosidad de mis compatriotas.

Me dolía además el inesperado é innecesario gasto que nos había obligado á hacer nuestro obsequioso amigo, porque estábamos á fin de mes, teníamos que pagar los gastos del hotel, y después de este desembolso y del que habíamos hecho en aquel domingo, cuya última parte malogró la satisfacción que me había producido, quedó nuestro

capital limitado á cuarenta francos escasos.

Ferrán no se apuraba y antes por el contrario se burlaba de mis apuros. Su padre debía ignorarlos, porque estaba resuelto á no pedirle un solo céntimo, ni á aceptar de él cantidad alguna hasta no llegar á la mayor edad. Tampoco quería verle sin que yo estuviera delante, porque temía el momento de entrar en explicaciones, que á uno y otro debían molestar.

Pretextando que nos faltaba tiempo para escudriñar cuanto había de notable en París mientras nos encargaban trabajo los editores, lo que nos obligaría á permanecer en el hotel, sólo una ó dos veces por semana íbamos á visitar á D. Adriano y á su ama de gobierno, que parecía ser una verdadera ama de casa.

Cuando esto sucedía, Clotilde se mostraba muy amable, nos pedía que la refiriésemos nuestras impresiones, dirigiéndose principalmente á mí como si desease hacer amistad conmigo para explorar por mi conducto lo que Augusto pensaba acerca de su padre y de la herencia que en breve debía recibir de sus manos.

No se ocultaba á Augusto aquella burda diplomacia, miraba con malos ojos al ama de gobierno, y aunque nunca le oí hablar mal de nadie, porque era muy reservado, Clotilde era para él una excepción. Atribuía á aquella mujer los disgustos que habían quebrantado la salud de su madre, y sentía odio hacia ella, que hacía todo lo posible empleando un sentimentalismo artificial, para apare-

cer á los ojos de D. Adriano pagando con atenciones y agasajos el desvío ó por lo menos la indiferencia de su hijo.

Esta situación de mi amigo me apenaba. Nunca he comprendido que pueda existir enemistad entre padres é hijos; pero no me han faltado ocasiones de ver repetida semejante aberración.

Quizás persistiendo en su propósito de saber por mí lo que la actitud impenetrable de Ferrán no la permitía conocer, nos anunció en uno de los últimos días de Junio que una amiga suya francesa, viuda, joven aún, con una hija de tres ó cuatro años, directora de un colegio particular de niñas, la había invitado á pasar un día en Enghien, estación termal y preciosa población no lejos de París. Iría con ellos un joven telegrafista que hablaba correctamente el español, íntimo amigo del esposo de la viuda y padrino de la huérfana, que tendría mucho gusto en conocernos y hablarnos en nuestro idioma. El último día de mes era domingo y lo aprovecharíamos muy á gusto en aquella excursión. La profesora era mujer de gran talento, muy animada, y además Enghien nos agradaría. Su célebre lago, rodeado de *villas* y palacios, ofrecía un aspecto encantador. Podríamos hacer una excursión á Montmorency en los borriquitos que Paul de Kock había hecho célebres. Era una lástima que D. Adriano no nos acompañase; pero debía ir á Ville d'Avray, donde tenían una bonita casa de campo los señores de Rodríguez sus grandes amigos.

Esta última noticia decidió á Ferran, y como yo había oído ponderar la belleza de Enghien, y según nos indicó Clotilde los billetes de ida y vuelta en segunda eran muy baratos, y en un *restaurant* que conocía el telegrafista nos darían muy bien de comer por dos francos cubierto, que pagaríamos á escote, me dejé tentar y cuando ví á Augusto inclinado á realizar aquella expedición, que también le interesaba, convinimos en ser de la partida.

El día designado nos encaminamos á las ocho de la mañana á la estación del Norte y llegamos con tiempo suficiente para ser presentados antes de partir á nuestros compañeros de excursión, inaugurando por mi parte con ellos una amistad que duró muchos años y sólo se extinguió con su muerte.

La profesora se llamaba Mad. Pradelles, tendría escasamente treinta años: era muy agradable y sin ser una belleza, impresionaban en su favor la expresión noble y franca de sus ojos, su viva inteligencia, su carácter expansivo y jovial. En una palabra, inspiraba interés y simpatía.

El joven, Carlos Bannelier, de mi misma edad sobre poco más ó menos, también era simpático. Todo en él acusaba una amplia y serena inteligencia, un noble y bondadoso corazón, una sencillez y una sinceridad que atraían. Hablaba en efecto el castellano con mucha corrección y tanto él como Mad. Pradelles, contribuyeron á que pasáramos un día agradabilísimo.

Bajo la impresión que habían producido en mi

ánimo aquellas dos personas, no podía explicarme la, al parecer, buena amistad que existía entre ellos y el ama de gobierno del padre de Ferrán. Más tarde descifré el enigma, y se aumentó mi afecto á los que, como veremos, se proponían contrarrestar un plan inicuo que acariciaba la mala mujer á quien parecían considerar y estimar.

El recuerdo que dejó Enghien en mi espíritu, me sirvió algunos años después para escribir el primer capítulo de mi novela *La piedra filosofal*. Aquel extenso lago rodeado de artísticos edificios, unos suntuosos, otros sencillos, todos bellos, forma un paisaje encantador. Contemplándole con sorpresa y con éxtasis, me olvidé de la triste prosa que á cada instante me recordaba lo precario de mi situación financiera.

Al regresar á París, después de haber almorzado muy á gusto en un limpio y bien servido *restaurant*, de haber hecho una excursión á Montmorency en los famosos borriquillos, de haber bebido cerveza en un café al aire libre cerca del lago, mientras una orquesta de zitganos ejecutaba preciosos valses, polkas y czardas, á pesar de que todos los gastos se habían hecho á escote y de que habíamos sido parcos, los veinticinco francos que poseíamos antes de emprender el viaje quedaron reducidos á trece, y con este mezquino capital íbamos á empezar el mes de Julio.

Volví á ver negros los horizontes, y ni siquiera podía confiar mis temores á Ferrán, porque á mis

cuitas respondía que como en aquel mes entraría en posesión de sus bienes, todo quedaba reducido á enviar al prestamista de Madrid otro recibo de cuatro mil reales para que remitiese una letra de dos mil á la vista. Este recurso extremo podía aceptarle él contra mi opinión y mi voluntad; pero yo no: mi conciencia se oponía á participar de un beneficio, producto de una verdadera iniquidad.

Sólo teníamos lo preciso para el almuerzo y la comida de tres días; pero yo poseía la famosa sortija recuerdo de la Medori, que de tantos pequeños conflictos me había sacado en Madrid, unos gemelos de oro que el tenor Bettini dejó para mí al no menos famoso Luigi al terminar la temporada del 59 al 60, y una mañana, mientras Ferrán despreocupado dormitaba en los brazos de la pereza, me encaminé al Monte de Piedad, que algunos días antes habíamos visitado en calidad de *touristes* curiosos, y empeñé los gemelos y la sortija, recibiendo por las dos alhajas 30 francos.

Deseaba saber la decisión de los editores, y temía conocerla. Contando con aquel refuerzo, aplacé unos días la entrevista, tanto más cuanto que habiendo tenido ocasión de hablar con Roger, le pregunté si había oído decir á sus jefes algo acerca de una obra que les había dejado para que la examinaran, y me contestó que aquella misma mañana había visto mi manuscrito sobre la mesa de Mr. Rosá, lo que demostraba que no se había ocupado de él, porque cuando quería leer alguna obra de las que le ofrecían para su publicación,

se la llevaba á Versalles. Además me indicó que aquellos días estaban sus principales muy ocupados, y juzgué que interrumpirles en sus tareas no era correcto ni oportuno. La verdad es, que buscaba pretextos para retardar el instante en que debía saber á qué atenerme.

Con los treinta francos de refuerzo podríamos sufragar durante diez ó doce días los gastos más indispensables, y en este tiempo seguramente se despejaría la incógnita que me preocupaba. Además, aprovecharía aquel compás de espera en visitar á las personas para quienes tenía cartas de recomendación.

Lo mejor es conocer pronto la verdad, aunque sea triste; pero no sé por qué he preferido siempre prolongar el período de las ilusiones y retrasar en lo posible el de los desengaños.

Por de pronto resolví emplear las mañanas y una buena parte de las veladas en escribir mi novela *Una mujer muerta en vida*. Todavía quedaban en mi alma restos de la profunda pena que me había causado la pérdida definitiva de mis esperanzas amorosas y deseaba cuanto antes alejar de mí aquel recuerdo, lo que creía conseguir en cuanto confiase al papel aquella triste historia.

Después de almorzar destinaba la tarde á las visitas en tanto que Ferrán, enemigo de ver gente y más aún de buscar los medios de salir de la angustiosa situación en que nos encontrábamos, se encaminaba á un gabinete de lectura que había en el Pasaje de la Opera, donde pasaba dos ó tres

horas leyendo periódicos y revistas. A las cinco iba á buscarle y regresábamos á pie á nuestro barrio, comíamos, dábamos un paseo por el Luxemburgo hasta que anochecía muy cerca de las nueve, yo me retiraba al hotel á trabajar y él iba á pasar la velada alegremente en la *Closerie des Lilas*, donde todas las noches se reunían á bailar grisetas, estudiantas, estudiantes y viejos verdes. La entrada costaba un franco y cuarenta céntimos con la propina un *canet* de cerveza. Lo peor para Ferrán eran los encuentros inesperados, que disminuían su parte en el exiguo capital que poseíamos y que, como es de presumir, estaba repartido entre nuestros respectivos portamonedas.

Durante la primera decena de Julio visité á Julio Janín en su hotel de la *rue de la Pompe* en Passy; pero no pudo recibirme porque sufría uno de los ataques de gota que acibararon los últimos años de su vida. También visité á Sainte-Beuve, no menos célebre crítico de literatura y de arte, para quien, como dije anteriormente, me había dado una expresiva carta Mr. Bussier.

Mi entrevista con el ilustre literato fué muy afectuosa. Vivía en la *rue de Montparnasse* en una casa de dos cuerpos, cuyas habitaciones interiores daban á un espacioso y bien cultivado jardín que ví primero desde el salón, primorosamente amueblado y adornado, á donde me guió un doméstico haciéndome esperar mientras pasaba á su amo mi tarjeta con la carta que me recomendaba á él, y después en un amplio escritorio, cuyas

sillas estaban en su mayor parte ocupadas por libros, revistas y periódicos.

Leyó rápidamente la epístola, me mandó pasar, salió á mi encuentro, y enterado de que era un aprendiz de literato que se proponía permanecer una larga temporada en París estudiando y escribiendo para los editores que comerciaban con América, me acogió con sencilla y encantadora cordialidad.

Era Sainte-Beuve entonces un hombre de cincuenta y seis años, más bien bajo que alto, de expresión á la vez taimada y bondadosa, cuyo aspecto general evocaba el recuerdo de los prelados del siglo XVIII, que con tanto esmero cuidaban su cutis haciendo gala de pulcritud y corrección, porque como dijo uno de los más célebres de aquel tiempo, para llegar á lo divino era menester que lo humano fuese agradable.

A pesar de su vasta ilustración, como pasaba y pasa todavía á la mayoría de los literatos franceses, sólo sabía respecto de España que disfrutaba de un hermoso cielo, que las mujeres eran bonitas, que menudeaban los pronunciamientos y que Cervantes era una gloria universal.

Hasta hace treinta ó cuarenta años, los franceses desdeñaban las literaturas extranjeras. De vez en cuando se publicaba alguna novela traducida del inglés, que no podía perjudicar ni á los autores ni á los editores nacionales, porque todavía no habían llegado al apogeo de su gloria Daudet, Zola, Maupassant, Flaubert, Bourget, los hermanos

Goncour y los demás novelistas que en la segunda mitad del siglo XIX fueron la admiración del mundo entero.

El gran Balzac era poco leído por lo que solemos llamar el gran público; las creaciones de los románticos se hallaban en ese período de olvido en que caen las obras más populares cuando sus autores han muerto ó se han retirado del palenque, hasta que algunos años después reviven las que merecen pasar á la posteridad.

El folletín era el alimento espiritual diario de la muchedumbre de buenas tragaderas y robusto estomágo; Montepín, Gaboriau, Richebourg, el mismo Ponson du Terrail, luchaban con Dumas, Sué, Soulié, y las novelas inglesas dechados, de tranquila observación, de fina ironía, de austera moralidad, no perjudicaban á los que necesitaban manjares suculentos y ricos en especias. La pérfida Albión, era considerada como ingenua y hasta angelical en lo que se relacionaba con la literatura.

Pero los franceses hacían alarde de indiferentismo respecto de las producciones modernas de las literaturas extranjeras. De la nuestra, Grimaldi había traducido al francés algunas novelas de Fernán Caballero; Germán de la Vigne había dado á conocer algunas de las picarescas de los siglos XVI y XVII, Merimée había escrito algunos cuentos de costumbres y sucesos españoles y Dumas había bosquejado en sus impresiones de viaje una España á su capricho, muy pintoresca, pero más caricatura que retrato.

El amor al negocio más que el amor al arte, ha vencido la resistencia de los franceses á reconocer el mérito de las literaturas extranjeras contemporáneas.

El espíritu comercial buscó el éxito en Rusia y nos dió á conocer á Gogol, Tourgueneff, Tolstoí y Gorki; en Noruega, y pudimos admirar el genio de Ibsen y de Bjœrnson; en Italia, y estimamos á Amicis, á Carducci, á Matilde Serao y á d'Annunzio; en Alemania, y pudimos apreciar el gran talento de Sudermann.

De la España moderna poco han tomado y esto poco se debe al ejemplo del catedrático de literatura de la Universidad de Burdeos, Mr. de Treverret, á quien siguieron Jorge Bouret, primo de Carlos, que residió en Madrid una larga temporada, y los que en los últimos años han traducido algunas obras de Galdós, de la Pardo Bazán y de Blasco Ibáñez. Pero me aparto de mi relato y voy á reanudarle.

Sainte-Beuve, amable como buen francés, me dió una dedadita de miel elogiando lo poco que conocía de España, que era bien poco; y enterado de mi proyecto de estudiar la organización del Conservatorio de música y declamación de París, se ofreció á ponerme en relaciones con los profesores, artistas y literatos cuyo auxilio pudiera necesitar.

Pasé un buen rato con aquel ilustre crítico que entonces se hallaba en su mayor grado de apogeo y á quien consideraba y estimaba la prin-

cesa Matilde, prima del Emperador, en cuyo célebre salón era uno de los que figuraban en primera línea.

Solterón y algo sibarita, casi todas las semanas reunía en su mesa á los literatos más ilustres de aquel tiempo y á varios personajes de los de más viso, que le hacían la corte, y según me informaron más tarde los que le conocían á fondo vivía, rey de la crítica, como un verdadero, respetado y querido monarca.

Su albergue revelaba magnificencia, buen gusto, apacible bienestar. Por entonces solían pagar los periódicos á los críticos que una vez por semana ilustraban sus columnas, uno, uno y medio y hasta dos francos por línea, según la importancia del escritor y el aprecio que merecía al público. Sainte-Beuve percibía por cada artículo de 500 á 600 francos ó sea de 25 á 30.000 al año. Bien es verdad que aquellos críticos no eran improvisadores. Los literatos tenían secretarios, escritores á su vez más ó menos avanzados en su carrera, que les prestaban importantes servicios consultando los libros que les indicaban, haciendo extractos, copiando citas; y con todos estos elementos, el estudio de las obras y la meditación, empleaban el tiempo necesario para hacer un detenido análisis y escribir artículos que al ser reunidos en libros, perpetúan la fama de sus autores.

Los *Lundis* de Sainte-Beuve ocupan un puesto distinguido en todas las buenas bibliotecas y son siempre consultados con provecho. En las condi-

ciones en que escribió sus críticas, he conocido á literatos españoles que habrían competido con él, quizás sobrepujándole; pero ¿qué crítico ha cobrado en nuestro país más de diez duros, á lo sumo quince, por cada artículo? Así se explica que Federico Balart aceptase un empleo en el Banco de España, que Revilla, *Clarín*, y Navarro Ledesma, necesitaran obtener cátedras, también mal pagadas, para poder vivir medianamente, y que no exista en España la verdadera crítica, porque los que poseen condiciones para cultivar este importante género literario, se ven obligados á espigar en los demás y á dar sus trabajos gratis y por lo general sin *amore*.

Pero con estas digresiones tardo en llegar al recuerdo de uno de los períodos más críticos y penosos de mi vida.

X

El día 15 de Julio no poseíamos Ferran y yo más que cinco francos. Nada teníamos que empeñar, porque la escasa ropa de que disponíamos nos era necesaria, mi reloj era una saboneta de plata sobre dorada que me había costado cuatro duros de lance, sin valor apreciable, y Augusto carecía de aquel adminículo, que hoy se ha generalizádo y entonces era artículo de lujo.

—¿Para qué quiero reloj, si nada tengo que hacer á hora precisa?—decía Ferrán.—En efecto, la pereza no cuenta las horas.

Resolví ver á los editores, y Antonino Roger me dijo que ni en aquel día, que era viernes, ni en el siguiente, podría realizar mi deseo. Los dos jefes de la casa habían ido á Burdeos á recibir á uno de los más importantes corresponsales de América y hasta el lunes no acudirían á la oficina.

Esta noticia agravó nuestra situación. Ferrán no quería pedir ningún favor á su padre, yo tampoco á los amigos que por aquellos días encontré en los boulevares, entre los que recuerdo á Gaztambide, á Mariano Padilla, notable barítono muy acreditado, que poco después cantó con gran éxito en los principales teatros de Italia, de Alemania, de Inglaterra y de Rusia y que desde que nos conocimos en Madrid fué uno de mis mejores amigos. También hallé en mis paseos por los boulevares á Segundo Ruiz, que iba con el doctor Betances, los dos entusiastas y activos partidarios de la independencia de Puerto Rico, y me anunció que se hallaba en París Anita Barbastro, aquella bondadosa señora que me proporcionó el empleo que desempeñé en la Dirección general de Contabilidad.

Después fuí á visitarla; pero aplacé tan grato momento hasta que se resolviera el problema que me torturaba.

Gastando un franco cada día para nuestra mantención, y contando con el desayuno que nos servían en el hotel y no debíamos pagar hasta fin de mes, podíamos llegar al lunes próximo.

Ferrán no se apuraba: en cambio yo lo veía todo

negro, y aquel estado de ánimo se exacerbó en los días siguientes.

Para alejar las ideas que me atormentaban, fuí á ver á D. José Güell y Renté. Madrazo me había dicho que era hombre de gran corazón, yo había leído algunas de sus poesías ultrarománticas; y luego, la novela de su vida, su casamiento con una infanta, la precaria siiuación en que se había hallado por que indignada la Real familia, había suprimido á la hermana del Rey la pensión que percibía, me interesaba vivamente.

Se hospedaba con su esposa en un modesto cuarto amueblado, y al enterarse de que deseaba entregarle una carta de Madrazo me recibió enseguida, se mostró cariñoso, me confió sus disgustos con la familia real, la abnegación de su esposa que no había vacilado en renunciar á su brillante posición para ser la compañera de un pobre poeta; adorada, eso sí, porque con nada del mundo podría pagarla el sacrificio que por él había hecho.

Me pareció sencillo, bueno, cariñoso, hablamos largamente de los literatos y artistas españoles, se informó con interés de mis proyectos, y como era expansivo y convidaba á que le pagasen en la misma moneda, sin ahondar en lo crítico de mi situación en aquellos momentos, no le oculté mis temores de no poder realizar los planes que me habían llevado á París, y de verme obligado á tomar una resolución desesperada.

—Yo no soy rico—me dijo—antes por el contra-

rio, vivo en una medianía penosa porque no puedo ofrecer á mi Pepiya, así llamaba á su consorte, lo que ella se merece; pero si se ve usted en algún apuro, acuda á mí: malo ha de ser que no encuentre en mis amigos para usted lo que para mí no les pediría. Y á propósito—añadió—como tengo muchas y muy buenas relaciones en la Habana, he hecho en París una edición de un libro que se titula *Leyendas de un alma triste*, en cuyas páginas he desahogado mis penas. He enviado á Cuba mil ejemplares que seguramente se venderán, y si así es, uno de mis mejores amigos que se ha encargado de ese asunto me remitirá lo que se recaude. Pero me han quedado un centenar de ejemplares: cincuenta me bastan para enviarlos á los amigos de España, y los otros cincuenta se los regalo á usted. Aunque sea á bajo precio, podrá usted vendérselos á Mad. Smith que tiene en el boulevard de la Magdalena una librería española. Lo que produzca esa venta, ayudará á usted á pasar el mal tiempo hasta que se resuelva el problema que le preocupa.

Acto contínuo me dió un ejemplar del libro: si colocaba los demás podía enviar á buscarlos cuando lo tuviera por conveniente. Añadió que no dejase de ir á verle y que le llevase algunos versos mios. Quería entrañablemente á Madrazo, y puesto que con tanta eficacia y sinceridad me recomendaba, su más vivo deseo era servirme, complacerme, ser mi amigo.

—Querría ayudar á usted con billetes de Banco

—añadió—pero carezco de ellos y le doy lo que tengo, haciéndome usted un favor al aceptar mi oferta, porque contribuirá á que tenga más lectores mi libro y yo más amigos incógnitos que se interesen por mis penas.

Poseía un alma generosa y delicada; era un verdadero romántico; pero ni con sus versos, ni con su prosa logró el puesto brillante que merecía en la república de las letras. Otros con menos motivo han brillado; pero él estaba casado con una infanta y era pobre.

La primera impresión que produjo en mi ánimo aquella inesperada dadiva fué penosa. Al fin y al cabo, me convertía en un comisionista; pero la buena voluntad con que demostró su deseo de ayudarme y el gran apuro en que me hallaba atenuaron aquel primer movimiento de soberbia.

Sin pérdida de tiempo fuí á la librería de Madame Smith, señora muy entendida en el comercio de libros, de distinguido aspecto y en extremo afable. Al enterarse del objeto de mi visita hizo muchos elogios de Güell y Renté, me pidió que la dejase el libro para examinarle y resolver si le convenía la adquisición de los ejemplares que la ofrecía, por supuesto con una gran rebaja, y me rogó que volviese cualquier día de la semana siguiente para saber su decisión.

No tuve valor para confiarla cuan necesaria me era la inmediata venta de los libros y me limité á manifestarla que había llegado hacía poco á París con el propósito de trabajar para los editores que

publicaban obras en español, y que si podía utilizar mis servicios me ponía á sus órdenes.

No era editora: se limitaba á ser librera; pero se ofreció á recomendarme á sus colegas, segura de que siendo amigo de Güell y Renté no la dejaría mal. Muy obsequiosa, escribió una carta para el señor La Red que era el director de la sección española de la librería de los hermanos Garnier, recomendándome eficazmente, y nos separamos convertidos en buenos amigos.

Tampoco me dió resultado el favor que quiso dispensarme: todo se conjuraba contra mí.

Había pasado la hora del almuerzo y volví al hotel donde me esperaba Ferrán con su estoica calma. En su concepto, con las monedas que nos quedaban debíamos prescindir de los *restaurants* y encaminarnos al boulevard de Strasburgo, donde había varias cervecerías alemanas. Comiendo unas salchichas cocidas al estilo de Baviera y bebiendo cerveza, gastaríamos un franco á lo sumo y engañaríamos al apetito.

Aquella fué nuestra comida en los días 15, 16 y 17 de Julio. El 18, que era el lunes en que debía ver á los editores y saber de un modo definitivo su resolución, solo poseía yo una pieza de cinco céntimos. Ferrán decidió esperarme acostado: durmiendo no se sentían los efectos del hambre, que hambre era lo que sentíamos, porque durante tres días solo habíamos tomado el desayuno en el hotel y cada uno de los dos tres pequeñas salchichas sin pan y tres litros de cerveza.

La debilidad despertó en mi mente los más tristes y descabellados pensamientos.

A las ocho de la mañana abandoné el hotel; pregunté en la casa contigua si habían llegado de su viaje los editores y me contestaron afirmativamente; pero indicándome que no irían á la oficina hasta las dos de la tarde. Otro contratiempo, que no quise comunicar á Ferrán prefiriendo dejarle en la duda.

Dominado por los más tétricos presentimientos, anduve á la ventura sin saber por donde iba ni darme cuenta de lo que pasaba en torno mío.

El más negro pesimismo se apoderó de mi espíritu, y en vez de acariciar la esperanza de una solución satisfactoria del conflicto en que me hallaba, di por supuesto que mi manuscrito, que me parecía pueril, insignificante, detestable, no sería adquirido por los editores, y que me encontraría sin recursos, debiendo más de medio mes de hospedaje y sin otra esperanza que lo que pudiera proporcionarme la venta de los libros de Güell y Renté.

Nunca he pedido dinero adelantado á los editores para quienes he trabajado, y aunque los que tan afectuosamente me habían recibido me encargasen alguna traducción, resistiéndose mi carácter á solicitar un anticipo, me faltarían las fuerzas para desempeñar la labor que me confiasen.

Ferrán depondría ante la apremiante necesidad su resistencia á pedir auxilio á su padre, pues sólo le faltaban unos días para llegar á la mayor

edad, y además no sufría como yo, porque según me enteré en aquel triste día, á pesar de mis consejos había enviado al prestamista de Madrid un recibo de cuatro mil reales, con las mismas condiciones que el anterior y esperaba de un momento á otro una letra de dos mil, que había pedido con urgencia á cambio del recibo.

Ignorando yo este detalle, me creía perdido, y de idea en idea pensé en el sentimiento que causaría á mi padre mi derrota, en la conmíseración malévola de muchos de los que en Madrid habían calificado de locura mi determinación. Todos mis sueños, todas mis ilusiones iban á desaparecer; y aunque la rechazaba, cruzaba por mi imaginación, débil y á la vez calentarienta, la idea de acabar con mi vida. Como si temiera no tener fuerza para resistir á aquella horrible tentación, no me atrevía á pasar por los puentes. El Sena me atraía. ¡Qué momentos aquellos, Dios mío!

En las esquinas y en los kioscos anunciadores, ví grandes carteles en los que se leía que Garibaldi admitía voluntarios desde 20 á 40 años, para engrosar las fuerzas que capitaneaba en Italia, ocupadas entonces en la empresa de destronar al Rey de Nápoles y de las Dos Sicilias para someter aquellos Estados á Victor Manuel, que aconsejado por el gran político Cavour, perseguía la unidad italiana.

En los carteles se indicaba el paraje donde residían las oficinas de enganches. ¡Cómo estaría mi ánimo, que ví en aquel anuncio una solución del

problema que tan penosamente me preocupaba! Todo menos volver á Madrid teniendo que confesar mi error y mi derrota.

Resolví enterarme de las condiciones que se exigían á los que aspirasen á luchar á las órdenes del célebre guerrillero, y me encaminé á la *rue du Faubourg Montmartre,* donde estaba instalada la oficina de enganche.

Antes de tomar una resolución desesperada, iría á ver á los editores; pero juzgué oportuna una previa información. Cuando llegué eran las doce y media y no pude realizar mi propósito. Un cartelito indicaba que las horas de alistamiento eran desde las ocho hasta las doce por la mañana y de dos á siete por la tarde.

La debilidad que sentía me obligó á sentarme en un banco del boulevard *Montmartre*: me parecían próximas á estallar las venas de mis sienes. Por la mañana me había desayunado en el hotel; pero estaba en el cuarto día de forzosa abstinencia y á pesar de mi robusta naturaleza, mis fuerzas flaqueaban.

La gente que pasaba rápidamente en opuestas direcciones delante de mí me mareaba, y tenía que cerrar los ojos temiendo á cada instante desfallecer.

Miraba continuamente mi pobre reloj, y á la una me levanté de mi asiento, porque lo menos necesitaba hora y cuarto para llegar desde el boulevard á la *rue de Savoie.*

A pesar de mi honda preocupación, observé que

los transeuntes miraban al cielo, formaban grupos y conversaban con gran animación. Los numerosos vendedores ambulantes, que entonces como ahora pululaban por las calles más céntricas, y principalmente por los boulevares, ofrecían unos pedazos de cristal ahumado que la gente se apresuraba á comprarles.

Seguí por la *rue Vivienne*, el *Palais Royal* y la gran plaza del *Louvre*, para atravesar el Sena por el puente de las Artes, y en aquel paraje la aglomeración de los transeuntes de todas clases era tan grande, que no pude menos de interesarme en la preocupación que á todos absorbía.

En aquellos momentos se verificaba un eclipse total de sol, el famoso eclipse del 18 de Julio de 1860. Era el instante en que á través de una inmensa nube gris que cubría el espacio que podía abarcar la vista en la bóveda celeste, se descubría un pequeño punto rojo, algo así como una chispa entre las cenizas de un hogar, y la gente contemplaba con viva curiosidad aquel espectáculo á favor de los vidrios ahumados.

Cada vidrio costaba cinco céntimos, cantidad que constituía todo mi capital; compré uno, miré al cielo también, y aquel inesperado suceso me hizo olvidar por algunos minutos lo angustioso de mi situación. Tan bienhechora tregua me dió nuevos ánimos para llegar al término de mi peregrinación.

Mr. Bouret no estaba aún en su despacho, pero hacía poco que había entrado en el suyo Mr. Rosá.

Le anunciaron que deseaba verle y me recibió con una afabilidad poco común en él.

—¿Qué ha sido de usted en todo este tiempo?—me preguntó, y añadió sin dejarme contestar á su pregunta:—París tiene muchos atractivos para los jóvenes y le habrá seducido á usted como á todos los que le visitan por primera vez. No le exijo que confiese sus culpas si ha cometido alguna; pero ya es hora de hacer algo de provecho.

Sus palabras me animaron y le manifesté que si no había ido antes á molestarle, había sido para darle tiempo de examinar mi manuscrito.

—Larga y pesada tarea sería la de los editores si leyeran las obras que les ofrecen para publicarlas—me dijo en el mismo tono afectuoso.—Alguna que otra vez hojeamos por curiosidad los manuscritos; pero lo esencial es que el título sea llamativo. El nombre del autor, cuando es conocido, nos basta también, y como usted ya ha escrito para nosotros y sabemos por el hijo de mi socio que ha adquirido alguna reputación en España, es lo suficiente para que entremos en relaciones.

—¿De modo que no ha leído usted mis cuartillas?

—No por cierto; pero eso no importa, publicaremos el libro en la colección de la *Biblioteca de los novelistas*, que hemos empezado á editar.

—Doy á usted gracias—dije procurando ocultar mi alegría—y ya que tan bondadoso es conmigo, le confiaré que he agotado el dinero que traje de España y le agradecería...

—No siga usted...—me interrumpió.—¿Cuánto quiere usted por *Las horas de recreo?*

—Lo que usted acostumbre á pagar; lo que usted tenga á bien darme... De cualquier modo me dispensará usted un señalado favor.

—Pues bien, por esa primera obra daré á usted doscientos francos. ¿Está usted conforme?

—Sí, señor... conforme y reconocido.

—Además—añadió—voy á encomendar á usted la traducción de las *Memorias de Garibaldi*, que puede usted hacer con ayuda del joven que según nos ha indicado está también dispuesto á trabajar. Son dos tomos de no mucha lectura y nos urge publicarlos, porque Garibaldi dejó en América mucha fama, es seguro que la campaña que ahora ha emprendido en Nápoles aumente su renombre y con él el interés que ha de producir la traducción de sus *Memorias*. Por ese trabajo—añadió dándome la obra en francés—recibirá usted 250 francos, y si tiene usted escritas ó escribe algunas novelas tomaremos una al mes pagándole por cada una 300 francos. No olvide usted que el título es lo principal.

Entusiasmado ante aquellas ofertas, le dije que estaba terminando una novela titulada *Una mujer muerta en vida*, y que me proponía escribir *La maldición de una madre* y *La pasión de una reina*, títulos estos últimos que improvisé y le agradaron.

Mr. Rosá puso en mi mano diez monedas de oro de 20 francos, me pidió que á medida que fuese traduciendo las *Memorias de Garibaldi* le lleva-

se original, y el lector á quien he referido mis anteriores cuitas comprenderá la alegría que llenó mi alma.

Corrí al hotel, donde encontré á Ferrán escribiendo cantares, algunos de los cuales figuran en su *Soledad,* le enseñé las monedas, le referí el resultado de mi entrevista con Mr. Rosá, y nos dispusimos á resarcirnos de la pasada abstinencia. Pero eran las tres de la tarde y á aquella hora se habían acabado en los *restaurants* los almuerzos y las comidas no estaban en condiciones de ser servidas. Además en el estado de debilidad en que nos hallábamos, lo más prudente era tomar por de pronto un refrigerio y aguardar á las seis para comer en toda regla.

Esto fué lo que hicimos, y después de reponer nuestras fuerzas alquilamos un coche y paseamos por el *Bois.* Las promesas de Mr. Rosá habían trocado mi profunda tristeza en locuaz alegría, y entonces fué cuando Ferrán aprovechando aquel momento de optimismo, me confió que él no había sufrido como yo, porque á pesar de mi oposición había escrito al prestamista de Madrid y esperaba una letra de 500 francos. El porvenir, tan oscuro durante la mañana como el eclipse que había preocupado á los parisienses, se nos presentaba de color de rosa. La seguridad del éxito ahuyentó mis tétricas ideas, no volví á pensar en Garibaldi más que para traducir sus *Memorias* á escape, y el recuerdo de mi padre y la esperanza de poder ayudarle, completaron mi dicha.

A las seis regresamos del paseo, el coche nos dejó en el *Palais Royal*, y no en el *restaurant Mille Colonnes*, que nos pareció poco para celebrar el triunfo, sino en el de *Les trois freres provenceaux*, uno de los más célebres, lujosos y caros de París, donde sólo se comía á la *carte*, acabamos como unos potentados el día que había empezado para nosotros con cinco céntimos por todo capital.

Los acordes de la banda de música amenizaron nuestra comida, que nos costó veinticinco francos, más tres de propina al mozo. ¡Sorpresas de la vida!

Después de comer decidimos pasar la velada en *Mabille*, donde se reunía para oir notables conciertos y formar amenas tertulias lo más distinguido de la sociedad parisiense, de las colonias extranjeras y de la población flotante. La entrada costaba dos francos.

¡Con qué tranquilidad dormí aquella noche! ¡Qué inefable dicha experimentaba mi alma! El problema estaba resuelto de un modo favorable á mis deseos. Trabajando diez ó doce horas al día, podría escribir una novela cada mes y además traducir diez ó doce pliegos de las obras que necesitasen los editores: lo menos ganaría cuatrocientos francos mensuales. ¿Qué más podía desear?

XI

El día 19 de Julio, que también en el año siguiente fué memorable para mí, comenzamos la traducción que nos habían encomendado y que en diez días quedó terminada. El esfuerzo que debíamos hacer para agradar á los editores, desanimó á Ferrán y al segundo día se reveló anunciándome que renunciaba á su parte en la tarea: le era imposible trabajar tantas horas seguidas. Conseguí un verdadero triunfo al lograr que destinase tres horas siquiera á ayudarme, para que vieran los editores mi deseo de complacerles.

Llegó la letra que esperaba, y además le citó su padre para conferenciar con él sobre el asunto de la testamentaría. En la conferencia que celebraron, le manifestó que había dado orden á su apoderado, que era Janer su hijo político, para que un notario formulase la hijuela, adjudicando á Augusto la tercera parte de la casa de la calle de Espoz y Mina. Tenía á su disposición la parte del producto que le correspondía de los alquileres de dicha casa desde el fallecimiento de su madre, y si pensaba quedarse en París debía enviar un poder á persona de su confianza para que compareciese ante el notarioy firmase la matriz de la escritura. El, en su calidad de copropietario y tutor, había cumplido los requisitos de la ley y no necesitaba, por tanto, ir á Madrid.

Ferrán, asustado del trabajo y seguramente no muy satisfecho de tener un compañero que prefe-

ría pasar diez ó doce horas trabajando á entregarse á la holganza y á los placeres de la vida alegre, optó por regresar á Madrid.

Dejándole en libertad para derrochar una parte del dinero que había reunido con la letra que recibió de Madrid y dos mil y pico de francos que le entregó su padre; porque, como él decía, vivir en París hecho un cartujo, con algunos billetes de Banco en el bolsillo, era la más solemne de las tonterías, me dió prueba de su afecto ayudándome, aunque escasamente, en la traducción de las *Memorias de Garíbaldi.*

Por aquellos días llegó á París un librero de Alcoy llamado D. José Martí y se hospedó en nuestro hotel. Entabló relaciones con nosotros; por su conducto conocimos á D. Agustín Jubera, importante editor de Madrid cuya casa aún subsiste dirigida por sus hijos, y que desde entonces fué siempre un buen amigo mío, del que más adelante hablaré, consagrando á su memoria el recuerdo que merece.

El librero alcoyano y el madrileño habían ido á París para asuntos de sus respectivos comercios, se pusieron de acuerdo para hacer juntos el viaje de vuelta á España, Augusto resolvió aprovechar su compañía, y en uno de los primeros días de Agosto emprendieron los tres la marcha.

Como yo hablaba á Ferrán con frecuencia de Becquer y le había recitado versos suyos que sabía de memoria, me pidió con mucho interés que

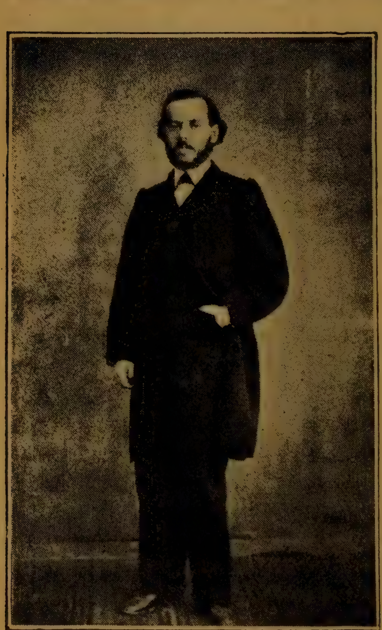
le diese una carta para él, de quien deseaba ser amigo, y le complací con el mayor gusto.

Mientras estuve en París y Ferrán permaneció en Madrid vivieron él, Becquer y Ramón Rodríguez Correa en la mayor intimidad.

No pasaron dos años sin que Ferrán, escaso de recursos, á pesar de lo que había heredado, se viese obligado á aceptar el cargo de único redactor de un periódico que fundó en Alcoy el librero Martí Allí permaneció mientras duró la publicación, tres ó cuatro años si no recuerdo mal; después residió algún tiempo en Tarazona buscando alivio á su quebrantada salud, entregado á la pereza que le dominaba y sin más distracción que las frecuentes excursiones que hacía al monasterio de Veruela. Al verse pobre y abandonado por casi todos los que habían compartido con él los buenos tiempos, resolvió en 1872 trasladarse á Chile, donde permaneció hasta principios de 1877, sin que nadie, ni su familia, supieran su paradero. En una carta que en Marzo del citado año escribió desde Madrid á un hermano de su madre que residía en Zaragoza, le refería lo que acabo de indicar, y además que en 1874 había contraído matrimonio con una joven chilena; que regresaba resuelto á cambiar de vida, á crearse una posición, y por último, que en cuanto realizase su aspiración, llamaría á su esposa para establecerse definitivamente en España.

Ni me buscó ni supe qué hizo en Madrid desde su regreso hasta el año 1880: no recuerdo en

qué mes de dicho año fué indispensable su ingreso en el manicomio de Carabanchel, donde sufrió terribles accesos de locura y donde sucumbió desastrosamente.



Augusto Ferrán.

Como quizás soy de cuantos le conocieron y estimaron lo que valía su alma á pesar de las sombras que de vez en cuando la oscurecían, quien posee su retrato, le reproduzco seguro de proporcionar una satisfacción á los que conozcan la leyenda que de su triste vida se transmiten unas generaciones de poetas á otras, y busquen en sus dos microscópicos libros los destellos de su excepcional inteligencia y de su hermoso corazón.

Como ven los lectores, al separarnos en París nos dimos el último abrazo, porque nó volvimos á encontrarnos.

Mientras permaneció en Madrid, cambiamos algunas cartas y conservo una en la que por estar enfermo me escribieron en su nombre Becquer y Correa. Después cesó nuestra correspondencia. Los préstamos usurarios que había tomado, hipotecando la parte que poseía en la casa de la calle de Espoz y Mina, contribuyeron en granparte á su ruina. Sus prodigalidades la completaron. Fué bueno y generoso con sus amigos, con las mujeres que le cuidaban, con los antiguos aprendices de la fábrica de molduras á quienes conoció en su niñez, estimándolos siempre; con todos los que le mostraban afecto, y entre unos y otros le ayudaron á pasar de la prosperidad á la pobreza.

XII

Al quedarme solo en París, me consagré por completo al trabajo. En la primera semana de Agosto pude entregar á los editores además del final de las *Memorias de Garibaldi*, mi novela *Una mujer muerta en vida;* cobré 550 francos, de los que envié una buena parte á mi padre, á quien había ocultado mis apuros; cambié mi cuarto en el mismo hotel por otro más amplio, y organicé mi vida para poder cumplir como debía y quería con la casa editorial.

Trabajaba desde las siete hasta las doce, salía á almorzar, y después de tomar café paseaba un rato por el jardín del Luxemburgo. A las dos volvía al hotel y continuaba mi labor hasta las siete;

salía de nuevo para comer, callejeaba un poco, regresaba á las ocho y media ó las nueve y escribía hasta las once de la noche.

Sólo así podía dar abasto á la labor que me encomendaban los editores. Debía entregarles todos los meses una novela de diez y ocho ó veinte pliegos y además me confiaron la traducción de la *Historia del Consulado y del Imperio de Thiers*, de la que habían publicado nueve tomos. Traduje los restantes, y como era una labor muy cuidada, me pagaban 25 francos por cada pliego de diez y seis páginas. En cada uno de los tres primeros meses gané de 400 á 450 francos. Además, enterado D. Abelardo de Carlos de mi estancia en París, me encargó una revista mensual para el periódico *La Moda*, que publicaba en Cádiz con mucho éxito y que transformado más tarde en *La Moda Elegante Ilustrada*, le proporcionó una gran fortuna.

Por cada revista me pagaba seis duros. También José Bravo y Destuet, gran periodista, que fué el verdadero director de *La Correspondencia de España* cuando dejó de ser autógrafa y se convirtió en el primer periódico diario de información que se vendió en España al precio de dos cuartos en cafés, calles y plazas; ideando siempre mejoras, fué aquel Verano á París, nos encontramos y me nombró corresponsal noticiero con el sueldo de veinticinco duros mensuales.

Lo que me producía *La Moda* y *La Correspondencia* lo cobraba mi padre y con gran gusto mío lo disfrutaba con mis hermanas.

No podía quejarme de mi suerte: el éxito de mi expatriación resultaba muy superior á lo que había podido imaginar.

Para cumplir con todos los que me favorecían, y especialmente con *La Moda* y *La Correspondencia*, necesitaba leer periódicos y revistas, frecuentar los círculos políticos y literarios, y no tuve más remedio que destinar la mayor parte de la tarde á lecturas, visitas á algunas redacciones de periódicos, y á la Embajada de España, tanto para saber noticias, como para que el embajador refrendara la Real orden que me autorizaba á estudiar la organización del Conservatorio de música y declamación de París. Pero para ganar el tiempo que dedicaba á los quehaceres exteriores, me retiraba al hotel á las ocho y trabajaba hasta las doce ó la una.

Mi buena naturaleza me permitía aquel exceso de trabajo, que por otra parte me ofrecía beneficios que en mi vejez robusta comprendo y agradezco mejor que entonces pude comprender y agradecer.

No me quedaba tiempo para oir las misteriosas y seductoras cantilenas con que las tentaciones halagan el oído de los jóvenes en todas partes, y más en París, y más disponiendo de algún dinero que emplear en lo superfluo y hasta en lo perjudicial.

Las horas no corrían, volaban para mí; y como á los modestos gastos que venía haciendo, sólo añadí el de mi nuevo hospedaje, pagando por él 30

francos en vez de los 15 que me costaba el primer cuarto que habité, y el de los ómnibus, carruajes, gabinetes de lectura y alguno que otro *bock* de cerveza, porque como en los *restaurants* primitivos me servían á mi gusto, seguí destinando dos francos diarios á mi manutención, apenas gastaba la mitad de lo que ganaba y tenía la satisfacción de contribuir á que vivieran en mejores condiciones mi padre y mis hermanas. Al mismo tiempo adquirí la costumbre del ahorro, que como la del trabajo he practicado siempre, debiéndoles la tranquilidad y el bien estar que he podido ofrecer á mi familia y que disfruto desde que empezó mi vejez, no habiendo vivido tampoco muy mal durante medio siglo, sin más que algunos cortos períodos de penuria.

Por bien empleadas daba las dificultades que había tenido que vencer y los sinsabores sufridos. La labor que desempeñaba era muy de mi agrado, su remuneración colmaba mis aspiraciones; en medio de la agitación y el bullicio de París, podía vivir tranquilamente en una apacible soledad, sin perjuicio de tomar parte de vez en cuando en el brillante movimiento intelectual de la ciudad considerada como el cerebro de Europa y de asistir, siquiera fuese como espectador, á la continua fiesta en que confundían sus grandezas y sus miserias el lujo, la riqueza, el talento, los vicios, las aberraciones y las excentricidades humanas.

No podía mi espíritu desear mejor ambiente que el que respiraba.

XIII

Con mi inesperada fortuna me olvidé de ir á la librería de Mad. Smith; pero como no debía pagar con un desaire el favor que quiso dispensarme Güell y Renté, acudí á saber lo que había decidido acerca de la adquisición de las *Leyendas de un alma triste.* La amable librera me ofreció 30 francos por los cincuenta ejemplares, cuyo precio era de tres francos cada uno. La oferta me parecia no solo irrisoria sino ofensiva. Ignoraba entonces, que en todos los países el comercio de la librería acostumbra á realizar negocios análogos con los restos de las ediciones que los autores hacen de sus libros.

Confieso que me causó tristeza ver la codicia mercantil bajo el aspecto de una señora con todos los prestigios del bello sexo. Debió adivinar mi impresión, y después de asegurarme que en otras condiciones no la convenía adquirir los libros, varió de tono, me preguntó con exquisita amabilidad si había surtido algún efecto su recomendación al señor La Red; y cuando no sin cierta malévola satisfacción la referí la acogida que me habían dispensado los editores Rosá Bouret, hizo de ellos grandes elogios, celebró mi éxito, me colmó de amables piropos y me rogó encarecidamente que asistiese á una *soirée* con que se proponía solemnizar el premio que como pianista había obtenido en el Conservatorio su hija única. Mada-

me Smith era viuda, según me indicó, y su mayor preocupación era el porvenir artístico de la joven.

Tanto insistió, que accedí á su ruego, lo que me obligó á adquirir un traje de etiqueta que no dejó de prestarme útiles servicios en adelante. La recepción debía celebrarse el 11 de Agosto y estábamos á 9; pero la *Belle Jardiniere*, á pesar de haber por medio un domingo, pudo proveerme en las primeras horas de la noche del lunes, del pantalón, chaleco y frac encargados el sábado anterior por la tarde.

Mi constante afán de estudiar en la vida real, me animó á asistir á aquella fiesta burguesa que aspiraba á imitar las aristocráticas, pudiendo en efecto hacer observaciones que no he dejado de utilizar en novelas y artículos de costumbres, y comprender el donoso realismo de la célebre opereta del duque de Morny, que se estrenó poco después con gran éxito, titulada *Mr. Choufleury resterá chez luí*, conocida y también muy aplaudida en España con el título de la *Soirée de Cachupín.*

Visité de nuevo al excelente y cariñoso Güell y Renté para comunicarle el resultado de mí gestión y referirle el favorable cambio de posición que en mí se había efectuado. Se alegró sinceramente, me presentó á la infanta su esposa que fué conmigo no menos amable que él, y no recuerdo si porque regresaron á España ó porque mis quehaceres me lo impidieron, no volví á verlos en París.

En los momentos en que escribo estas líneas (Junio de 1910) leo en los periódicos que la infanta doña Josefa, admirable mujer que impulsada por un noble y vehemente amor, prefirió á las pompas y riquezas una honrada y feliz medianía, ha fallecido en un hospital de París, pobre y sola, á los ochenta y dos años de edad. Sus grandes penas y los sacrificios hechos en aras de un cariño digno de respeto, la habrán alcanzado la piedad divina. Yo no he olvidado nunca la afectuosa acogida que su esposo me dispensó en París y su deseo de favorecerme.

No dejé tampoco de ir á visitar al amigo Urrabieta, quien por el padre de Ferrán se había enterado del error de su vaticinio.

—Más vale llegar á tiempo que rondar un año, como se dice en nuestra tierra—exclamó al verme, mostrándose muy amable, aunque procurando conservar cierto aire de superioridad.—Cuando manifesté á usted mis temores de que fueran infructuosas sus gestiones para encontrar trabajo en París—añadió—ignoraba que los señores Rosá Bouret se proponían emprender nuevas publicaciones. La oportunidad le ha salvado á usted, y lo celebro. De todos modos, al saber su propósito decidí hacer lo posible para ayudarle, y muy en breve si tiene usted tiempo disponible y le conviene colaborar conmigo en la traducción de una obra que promete durar mucho, emprenderemos esa nueva tarea.

Se trataba del periódico semanal *Le Tour du*

monde, que desde hacía un año publicaba la importante casa editorial de Hachette y Compañía dirigida entonces por Mr. Templier y Mr. Bretón. Los propietarios del *Correo de Ultramar*, que habían adquirido el derecho de explotar en idioma español tan interesante revista, encargaron á Urrabieta de la traducción, y algunos meses después de nuestra segunda entrevista, comencé á ayudarle en aquella magna empresa. Oportuno fué este refuerzo de trabajo, pues con motivo de las complicaciones políticas que surgieron en México, los editores disminuyeron su actividad, mi novela mensual fué trimestral en adelante y entre unas cosas y otras quedaron reducidos mis ingresos á unos trescientos francos. También cesé de colaborar en *La Correspondencia*; pero no me apuré, porque contaba con lo bastante para vivir holgadamente.

Urrabieta, que me consideró al principio como un enemigo, quiso convertirme en su aliado para que no le hiciese competencia. Me juzgó uno de tantos, temió que como algunos hicieron después conmigo, ofreciese mi cooperación por menos precio que él, y creyó lo más prudente establecer entre él y yo una alianza con visos de protección de su parte.

Más tarde veremos que su amistad fué más circunstancial que verdadera. Pero en fin, se estableció entre los dos un *modus vivendi*, continuamos tratándonos, cuando yo me casé algunos meses después que él, nuestras respectivas familias se

trataron, y sólo en las postrimerías de su vida me demostró con un acto de inconcebible despecho, que me había tragado pero no digerido. ¡Miserias del corazón humano, que he visto repetirse muchas veces!

Por entonces nada de esto me afectaba. Había logrado más de lo que esperaba, mi buen padre me escribía y sus epístolas rebosaban satisfacción. Empezaba á salirme con la mía á pesar de los temores que siempre había tenido de que cultivando las letras acabase mi vida en un hospital misericordioso. Se había equivocado y no le importaba reconocerlo. Esperaba que mi conducta seguiría siendo como la que había observado en Madrid. Agradecía lo que cobraba por mi colaboración en *La Correspondencia de España* y en *La Moda* de Cádiz, me detallaba el empleo que daba en beneficio del guardarropa de mis hermanas y del suyo á aquella cantidad extraordinaria, y sus sencillas y cariñosas cartas me ofrecían una dicha inefable. Es ciertamente uno de los mayores goces, no pagar, porque con nada pagan los hijos las deudas que contraen con sus padres, sino demostrarles gratitud, compartiendo con ellos los beneficios que proporciona un honrado trabajo.

Bien ha podido ver el benévolo lector cuanto he debido á la inteligencia y al cariño de mi padre. Cumplir sus deberes en todos los órdenes de la vida, fué siempre su más viva satisfacción y desde la infancia grabó en mi alma esta doctrina.

Por un exceso de delicadeza, procuraba no dar-

me los consejos de su experiencia más que de un modo indirecto. Al separarnos en Madrid, no sin profunda emoción, se limitó á dirigirme sencillas indicaciones sobre los percances á que exponían los viajes y los mejores medios de salvarlos; pero lo que no me dijo respecto de más trascendentales asuntos, lo escribió. Entre los dobleces de un pañuelo de mano, encontré en París bajo un sobre un pliego de papel en el que mi buen padre me indicaba los peligros que podía correr al verme solo en un país extranjero, ya consiguiese la realización de mis deseos ó ya me viese obligado á regresar por no favorecerme la fortuna, en cuyo caso encontraría en su cariño el consuelo que necesitase. Si hubiera leído aquellas cuatro páginas antes de la penosa crisis que sufrí el 18 de Julio, ni un solo instante habría cruzado por mi imaginación la fatídica idea que me sugirió el pesimismo.

XIV

Aunque todo me sonreía en París y me encantaba su grandiosidad, confieso que á pesar del bienestar de que disfrutaba, recordaba á menudo á la madre patria con una mezcla de cariño y conmiseración.

La distancia embellece cuanto contemplamos desde su ingrato y triste seno: por eso nos refugiamos en el pasado ó buscamos dulces esperanzas en el porvenir. El presente, desdichado ó di-

choso, no nos basta: de cerca todo es mísero, pequeño, vulgar; de lejos todo nos parece magnífico, grandioso, de excepcional belleza.

Por otra parte, cuanto más desgraciado, física ó moralmente es un hijo, mayor es la ternura que le profesa su amantísima madre. Cuanto más valetudinaria, achacosa y anciana es la madre, más respetada, venerada y querida es por sus hijos.

No me ocultaba las diferencias que en mi concepto existían entre Madrid y París, entre España y Francia, tanto en la esterioridad como en el alma de las dos naciones; pero como no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde, mi pobre hogar, mis verdaderos amigos, los recuerdos de mi niñez, mi adolescencia y mi mocedad, la gratitud á los que me habían favorecido, la mísera sepultura de mi madre, la más mísera aún de mi hermana, me inspiraban hacia mi empobrecida y atrasada patria, amor, veneración, lástima y vivo anhelo de su engrandecimiento.

Estos accesos de nostalgia, que mientras trabajaba ó me preocupaban los quehaceres, permanecían aletargados en el fondo de mi espíritu, me asaltaban en los momentos de descanso y sobre todo cuando al final de un día activo me veía solo en el cuarto de un hotel sin un sér querido á quien comunicar mis impresiones, mis ideas, mis esperanzas, mis temores. Mi carácter espansivo, la necesidad de afecto que sentía mi alma, me llenaban en aquellos momentos de una profunda y melancólica tristeza.

Para dicha mía, no tardé en hallar en Carlos Bannelier un verdadero amigo. La llegada á París de Eduardo Zamacois á quien había conocido en Madrid y con quien circunstancias especiales que en breve referiré me hicieron estrechar la superficial amistad que ya nos unía, contribuyó también á ofrecer á mi espíritu lo que necesitaba. La dulce esperanza de poder realizar mi aspiración constante y vehemente de crear un hogar me sonreía, como pronto veremos. Además, raro era el día que no robase siquiera un cuarto de hora á mis apremiantes trabajos para escribir á mi padre, á mis más queridos amigos de España, y con todo esto los accesos de tristeza disminuyeron en cantidad y en intensidad.

Había conseguido resolver de un modo satisfactorio el problema del presente; pero me preocupaba el del porvenir.

En aquel período de mi vida trabajé mucho; pero también pensé mucho. Aspiraba, ¿por qué no confesarlo? á ser más que un obrero. La misión del escritor no debía limitarse á ganar el pan de cada día; y si era artista, es decir, si con las diversas formas del arte quería despertar en la inteligencia y en el corazón de los seres humanos la emoción de la belleza, tenía por fuerza que establecer una división entre lo ideal y lo material. Necesario, bueno y noble era trabajar para atender á las exigencias materiales de la vida; pero, como dijo el divino Maestro, no sólo de pan vive el hombre, y resolví atenerme en lo sucesivo á

una regla de conducta que no he cesado de poner en práctica; esto es, ser comerciante al negociar con editores la compra-venta de un libro, con los directores de periódicos los honorarios, y una vez hecho el pacto, olvidarle al pensar, al crear, al escribir. Sólo así puede el espíritu romper las ligaduras que le sujetan á la tierra y volar por los espacios donde encuentra siempre la belleza y algunas veces la inspiración, quien sabe buscarlas.

Diligente para estudiar en la vida real, como ya he dicho, fuí perezoso para estudiar en los libros. De los tres aspectos con que favorece la memoria al sér humano: el intelectual, el afectivo y el material ó interesado, sólo he disfrutado de uno de ellos, el que podría llamarse memoria del corazón. Cuanto ha producido en mi ánimo una emoción de dolor ó alegría, de admiración ó lástima, de pesadumbre ó felicidad, ni un solo instante ha dejado de obedecer á mi evocación.

Poco pude leer mientras luché en Madrid, y en París me faltaba tiempo para estudiar y adquirir la erudición, que bien administrada es para el escritor no sólo útil sino indispensable, por más que empuje á algunos al escollo de la pedantería y de la petulancia.

Puedo asegurar, no sin que me avergüence esta confesión, que he llegado á la vejez sin conocer más que de oídas, por referencia, á los grandes maestros de las letras y las artes, y ni siquiera á muchos de mis contemporáneos, á pesar de haber-

les prodigado sinceros elogios por creer de buena fe lo que de sus obras me decían ó por haber leído al azar unas cuantas páginas de ellas.

Como quizás recuerde el benévolo lector, Alejandro Dumas con su *Conde de Montecristo* despertó y avivó el vuelo de mi imaginacion. Dos ó tres años después cayeron en mis manos el *Rafael* y la *Graziella*, de Lamartine, y este gran poeta removió las fibras de mi corazón y me enseñó á sentir. Más tarde leí algunas novelas de Alfonso Karr, y la fina ironía, el elegante escepticismo, las genialidades y sorpresas de estilo de este autor original me sedujeron, y si no por su fondo, al menos por su forma, me cautivaron.

Dumas, Lamartine y Alfonso Karr, fueron mis progenitores literarios y mis maestros.

Todo autor, literato ó artista, primero imita á aquellos de sus predecesores que le impresionan. Rioja, Herrera, Quintana y Nicasio Gallego me inspiraron las odas á la *Juventud*, á la *Muerte de Jesús*, á la *de Quintana*, las octavas á la *Guerra de Africa* y otras composiciones pseudo clásicas que aparecen en el primer tomo de mis *Obras literarias*. Los romances del Duque de Rivas me encantaron y escribí el titulado *Osir y Elvira*, condenado al olvido, el *Marqués de Villena* que he reproducido en el tomo antes citado, y algunos otros. Preferí Espronceda á Zorrilla, imitando al primero más que al segundo; y cuando saborée las *baladas* y los *lieders* alemanes, lo que había de poesía en mi espíritu, encontró la forma que buscaba.

Como el niño que balbucea antes de hablar, como el ciego que anda á tientas, quien siente la emoción de la belleza y no solo desea sino que necesita hacerla sentir, pasa por un período de tanteo, y con arreglo á su temperamento y á sus facultades se apropia inconscientemente lo que le conviene, llegando por asimilación primero, por selección después, á lo que todos aspiran y muy pocos consiguen: á la personalidad.

Examinando la labor de los escritores, incluso los que más celebridad han alcanzado, no es difícil descubrir su filiación literaria.

Sin retroceder mucho y circunscribiendo á España esta observación, se vé que Larra tiene por padres espirituales al alemán afrancesado Grimm y á Juan Pablo Courier; Espronceda á Lord Byron y á Musset; Fernández y González en sus primeras novelas, que son las mejores, y cuantos han escrito narraciones históricas, se han inspirado en Walter Scot; Pérez Galdós ha sido aventajado discípulo de Carlos Dickens en sus novelas y de Erckmann Chatrian en las primeras series de sus episodios nacionales; Flaubert, Daudet, Zola, Maupassant y Anatole France, han influído poderosamente en la admirable labor de la Pardo Bazán, de Blasco Ibáñez y de algunos otros de los actuales novelistas.

Los citados autores del pasado siglo y del presente, dejaron pronto los andadores y corrieron por cuenta propia, irradiando su genial talento.

Por mi parte procuré reflejar en mi labor lite-

raria los tres elementos que me habían seducido y cautivado en los escritores á quienes tomé por modelos: imaginación, sentimiento, ironía sin pesimismo, teniendo por inspiración la vida real, y por fin la absoluta moralidad que resulta de la emoción que lo bello produce en el ánimo.

Me ha sugerido la digresión á que pongo término, el recuerdo de lo que meditaba en París en los momentos en que estaba á solas con mi conciencia literaria, y deseaba no sólo ganar la vida honradamente sino, de ser posible, fama ó por lo menos el aprecio del público.

XV

No olvidaba mi propósito de estudiar la enseñanza teórica que recibían los alumnos del Conservatorio de música y de declamación de París; porque, si como suponía, los llamados á ser en la escena intérpretes del arte necesitaban una preparación literaria, y por la mediación de Ríos Rosas conseguía que se crease para mí una cátedra de historia y teoría del arte teatral, no sólo alcanzaría una posición estable, aunque modesta, sino que realizaría una parte de aquellos ensueños que me habían inspirado la atrevida y á la vez candorosa idea de regenerar el teatro.

Decidido á comenzar la tarea á que me autorizaba la Real orden que me proporcionó Ríos Rosas, me encaminé una tarde del mes de Agosto al *Quai d'Orsay*, donde en un elegante palacio es-

taba instalada la Embajada de España. Al ver el Secretario, D. Gaspar Muro, la carta que para él me había dado la señora de García Goyena, me recibió con la bondadosa sencillez que era el distintivo de su carácter.

Enterado de mi propósito, que le pareció muy laudable, juzgó que debía presentar mis respetos al embajador; pero la mejor hora para verle y conversar con él era por las mañanas de diez á once. Se prestó á anunciarle mi visita y convinimos en que dos días después iría á la indicada hora á ponerme á las órdenes de Su Excelencia.

D. Gaspar Muro era el perfecto y caballeroso tipo de los diplomáticos de carrera de aquel tiempo. De clara inteligencia, reflexivo, inflexible sin hacer alarde de autoridad, tanto en lo político como en lo administrativo, era el alma de la embajada.

Volví el día señalado al palacio del *Quai d'Orsay* y me presentó al embajador, que era el importante hombre político D. Alejandro Mon, á quien ya había anunciado el bondadoso secretario el objeto de mi visita.

Conocía yo de vista al célebre estadista emparentado con D. Pedro José Pidal, uno de los que más habían figurado desde hacía muchos años en el partido moderado, y que al formar Posada Herrera con el general O'Donnell la unión liberal, con otros muchos de su comunión y no pocos progresistas, aceptó aquella nueva y cómoda postura de la siempre enferma, desahuciada, supervivien-

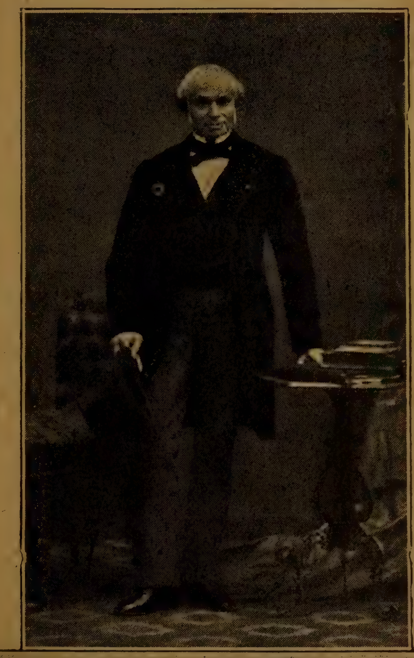
te y vividora política española, y fué enviado de embajador á Francia, porque era de los que el gran sátrapa Posada Herrera y su no menos listo jefe O'Donnell, querían tener contentos, pero á la mayor distancia posible.

El embajador, que á pesar de su avanzada edad, conservaba con su robusta salud la belleza varonil del perfecto tipo de los nobles astures, nos recibió en su lujoso despacho en mangas de camisa con la misma naturalidad que si adornase su corpulenta figura el vistoso uniforme diplomático. Bien es verdad que disfrutábamos de una temperatura de 40 grados á la sombra y que D. Alejandro era el hombre más campechano del mundo.

Enterado de mis deseos, de que había sido redactor del *Diario Español* cuando él era uno de sus más importantes inspiradores, y al mismo tiempo de que era corresponsal noticiero de la *Correspondencia*, se mostró muy afable conmigo, encargó al Sr. Muro que comunicase de oficio al ministro de Estado y de las Bellas Artes la misión que me proponía desempeñar, y además que me pusiera en relaciones con Mr. Camille Doucet, jefe del negociado de espectáculos en el mismo ministerio. También juzgó útil que entablase relaciones con Mr. Dreolle, periodista muy amigo de España, considerado por los más importantes hombres políticos del Imperio, y muy influyente en las redacciones de los más acreditados periódicos.

Todo se hizo como ordenó el embajador, poniendo mucho de su parte el secretario. Mr. Dreo-

lle me ofreció su concurso para cuanto pudiera necesitar, con cuyo motivo logré mejorar mi servicio de noticias á *La Correspondencia*, aprovechándome más tarde la buena amistad que nos ligó, para la detallada información que pude ofrecer á Ríos Rosas sobre ciertos pormenores íntimos relacionados con la expedición de Prim á México.



En cuanto á Mr. Doucet, ilustrado literato, que fué después secretario perpetuo de la Academia francesa, apenas leyó la carta del embajador recomendándome, se puso á mi disposición para cuanto necesitase, obsequián-

dome por de pronto con dos billetes para la función de aquella noche en el teatro de la Gran Opera. No sólo de los teatros subvencionados, sino de todos los de París le enviaban billetes las empresas, y según me indicó, cuando desease asistir á alguna función, me bastaría ir á verle ó escribirle dos letras.

Llamó á un portero, le encargó que cuando fuese á visitarle me hiciera pasar á su despacho sin previo aviso, con cuyo motivo el funcionario de escalera abajo me dedicó una profunda reverencia, y quedamos en que se anunciaría de oficio al director del Conservatorio, que era el célebre compositor Auber, la misión que me había confiado el gobierno español.

Mientras permanecí en París le visité algunas veces, cumplió sus ofertas, y como no abusé ni apenas usé de ellas, cada quince ó veinte días me sorprendía enviándome dos butacas de orquesta para los diversos coliseos parisienses.

Mi entrevista con Auber, director del Conservatorio, fué una de las más gratas y al mismo tiempo penosas impresiones de aquel período de mi vida. Auber contaba setenta y ocho años y hacía veinte que había sustituído al gran Cherubini. Su robusta naturaleza y el esmero con que cuidaba su persona, daban á su todavía esbelta y arrogante figura, el aspecto de un hombre que no transige con ser viejo y se defiende heroicamente contra los achaques de la edad.

Se han olvidado sus obras, que alcanzaron brillantes éxitos: la *Muda de Portici*, el *Dominó ne-*

gro, los *Diamantes de la Corona*, *Haydée*, *Frá Diavolo* y otras no menos célebres, que encantaron á las generaciones del pasado siglo; pero los músicos algo eruditos saben, que si no fué un técnico como los que en la actualidad privan, debió á su inspiración, siempre fecunda, chispeante y oportuna, la fama que alcanzaron sus composiciones que fueron populares durante medio siglo.

Como nuestros maestros Gaztambide, Oudrid y Chueca, hallaba el medio de ser original, agradable, fácil de comprender, y por tanto disfrutó la admiración de la gran masa del público.

No se había tomado el trabajo de estudiar la historia de la música española. Sabía que en la religiosa habían sobresalido unos cuantos compositores en los siglos XVI y XVII, y que la popular, especialmente la andaluza y la aragonesa que eran las que conocía, podían competir con las de Italia, que todavía estaban en todo su apogeo musical.

Algo sabía del éxito que lograban en España las zarzuelas equivalentes á las óperas cómicas francesas. Arrieta y Gaztambide habían ido á visitarle; pero le interesaba conocer algunos pormenores, sobre todo del éxito de las obras que se habían escamoteado á los libretistas parisienses, cometiéndose el desacato de poner nueva música á las que ya la tenían, consagrada y aplaudida por el público.

Con esa superioridad de que en todo lo humano y hasta estoy por decir que en lo divino, se creen dotados los franceses, celebró mi deseo de

estudiar la organización del Conservatorio que en su concepto era el mejor de cuantos existían en Europa y América, y me dedicó algunos amables piropos, sin duda para consolarme de las censuras que había dirigido á los autores españoles que saqueaban—y era verdad—á sus compatriotas, y á los irreverentes músicos que prescindían de las creaciones de maestros ilustres, conocidas y admiradas en todo el mundo civilizado, para sustituírlas con partituras de escaso mérito, según le habían informado y había tenido ocasión de apreciar por si mismo, lo que constituía, en su concepto, una censurable profanación.

Si no tenía razón al juzgar la música de nuestros compositores tan en boga por entonces, le sobraba para quejarse del saqueo; porque en efecto, los libretistas españoles se apoderaron de lo más granado del repertorio francés, aprovechando las deficiencias de la primera ley de Propiedad intelectual que se dictó en España. Bien es verdad que no hicieron más que imitar á los literatos, que teniendo condiciones para escribir obras originales como Ventura de la Vega y Larra, preferían traducir comedias y *vaudevilles*, si bien en muchas ocasiones mejorándolos.

Sufrí la censura, formulada dicho sea de paso con todas las salvedades para que no me ofendiese, aunque nada podía alegar en defensa de los saqueadores mis compatriotas; y cuando el ilustre compositor desahogó su disgusto un tanto rencoroso, lamentando que la nación que había ense-

ñado á las más importantes de Europa á hacer buenas comedias, se limitase á aprovecharse de las ajenas y con frecuencia á contentarse con las migajas del festín lírico dramático francés, cambiando de expresión, con gran afabilidad como si quisiera hacerme olvidar el mal rato que me había dado, me ofreció su más decidido apoyo.

Llamó al administrador general del Conservatorio Mr. de Lassabathie, me presentó á él, le rogó que con su gran experiencia me auxiliase en mi empresa, me autorizó á frecuentar las clases para enterarme de la enseñanza que en ellas recibían los alumnos; en una palabra, me otorgó todo género de facilidades.

Lo primero que hizo el amable administrador, fué regalarme un ejemplar del libro *Historire du Conservatoire imperial de musique et de declamatión*, que acababa de publicar, obra de gran importancia y de utilidad para mí, porque contenía toda la documentación oficial, relacionada con la creación y el funcionamiento de la escuela que yo deseaba conocer, y multitud de interesantes pormenores que me habría sido difícil averiguar si no los hubiera reunido y ordenado aquel ilustrado y laborioso funcionario, que antes de prestar servicio en el Conservatorio, había sido jefe del negociado de teatros en el ministerio del Interior y era caballero de la Legión de honor, *desideratum* de todo buen francés.

Más de una hora había empleado en mis conferencias con el Director y el Administrador, y me

disponia á dejar al último, muy agradecido por el interés que le había inspirado mi propósito, cuando entró en su despacho Mr. Samson, célebre actor del teatro Francés y profesor en el Conservatorio de la cátedra de *Historia y literatura*, análoga á la que yo deseaba que se crease en España.

Me presentó á él indicándole la misión que me proponía realizar, y tan del agrado fué del veterano artista, que era á la vez ilustrado literato, que tomó á su cargo la tarea de dirigir mis estudios y favorecerme con su ilustración y su esperiencia.

Samson, que era también un anciano no menos bien conservado y arrogante que Auber, entusiasta enamorado del arte teatral, juzgó que me sería útil una conferencia preliminar con él, y me invitó á almorzar el domingo inmediato en su *villa* de Auteuil. Conversaríamos sobre el asunto que me interesaba, y me indicaría el plan más conveniente para que pudiera desempeñar pronto y bien mi cometido.

Como ve el lector, la suerte me era propicia.

Mi trato con artistas, literatos y editores franceses, me demostró que una de las aspiraciones más constantes y vehementes de los que en Francia y especialmente en París cultivan las letras y las artes ó las consideran como base de industria, es poseer una casa de campo más ó menos espléndida en las cercanías de la gran ciudad. Tan plausible deseo, que acarician hasta los más humildes comerciantes para pasar la vejez, es en las clases

intelectuales á que me refiero, verdadero afán desde que empiezan á disfrutar de notoriedad y por consiguiente á ganar dinero.

Ya realizaron tan laudable aspiración en el siglo XVIII Rousseau, Voltaire, Bernardino de Saint-Pierre y algunos otros. Semejante afición, me pareció antes de verla practicada la cosa más natural del mundo. Hacer por todos conceptos agradable la casa en donde se vive, en donde se trabaja, en donde se reconcentran nuestros afectos; instalarla lejos del bullicio de las poblaciones; rodearla de jardines, de bosques si es posible, era en mi concepto una necesidad más que corporal espiritual, y antes de apercibirme de que podía ser realidad lo que me había parecido ilusión, pensaba, si la fortuna me favorecía, hacer del *home* inglés, del *foyer* francés, del *hogar* español, una de las más gratas satisfacciones de mi vida.

Este deseo de embellecer el albergue que nos cobija, de disfrutar á ser posible de los atractivos del campo pudiendo al mismo tiempo aprovechar los beneficios de un trato agradable con seres de aficiones idénticas á las nuestras, apenas era sentido en España en aquella época por los que cultivaban las letras y las artes. Las familias aristocráticas, los grandes especuladores que abundaban y poseían pingües fortunas, se complacían en poseer como los duques de Fernán-Núñez *La Flamenca*, como el duque de Osuna *La Alameda*, como el banquero Salamanca su *Vista Alegre;* pero bien fuera por falta de costumbre, falta de afición ó

falta de dinero, autores, actores, músicos, pintores; en una palabra los que podían comprender el goce de vivir con los perfiles del buen gusto, se resignaban á habitar casas de vecindad vulgares, incómodas, antihigiénicas, y si eran solteros y carecían de familia en Madrid, aceptaban hospedajes sobre poco más ó menos como el que tocó á Becquer al llegar á la Corte.

Recuerdo haber visitado á un autor dramático de mérito, aunque muy perezoso, en una casa de huéspedes donde una estrecha despensa le servía de dormitorio, y por regla general pocos eran los que prestaban atención á este detalle, que les parecía insignificante y hasta despreciable.

La pobreza en que había vivido durante mi adolescencia y los primeros años de mi juventud, no me había permitido disfrutar de los atractivos que consideraba necesarios en toda vivienda y particularmente en las de los llamados á practicar el culto de la belleza. Pero los deseaba, ví en París realizado mi deseo por los literatos y artistas que gozaban de boga, y me convencí de la influencia del bienestar á que me refiero en la labor literaria y artística.

Sainte-Beuve pensaba y escribía en una casa rodeada de un amplio y bien cuidado jardín, en un cómodo y elegante despacho, recibía las visitas en un salón magníficamente alhajado y celebraba banquetes en un comedor donde nada echaban de menos sus distinguidos comensales.

Julio Janín, á quien pude ver en la segunda ten-

tativa que hice para saludarle, habitaba en Passy un lindo hotel en medio de un espacioso jardín. Era soltero, como Sainte-Beuve; pero el buen gusto que había presidido á la elección del mobiliario de las habitaciones que formaban aquel albergue de un príncipe de la crítica, revelaba la presencia de un ama de gobierno inteligente, ilustrada y poseedora de un exquisito gusto artístico.

El célebre literato sufría la enfermedad de los ricos, la dolorosa é incurable gota. Su ayuda de cámara le vestía de etiqueta por las mañanas, y auxiliado por otro doméstico le llevaba á una espaciosa habitación que era para él escritorio, comedor, gabinete de lectura y sitio de esparcimiento. Era una galería de cristales contigua al jardín, adornada con plantas tropicales. Una cómoda meridiana le servía de asiento, pudiendo tener extendida la dolorida pierna. Un aparato automático, graduado, le permitía leer sin necesidad de pasar la hoja del libro, y una mesita articulada le servía de escritorio.

En aquella original, pintoresca y agradable habitación trabajaba, recibía las visitas, hacía sus comidas solo ó con las personas á quienes invitaba; y el precario estado de su salud, aquel sufrimiento que muchas veces le desesperaba, hallaba alivio en medio de un grato ambiente de bienestar, de elegancia y de arte.

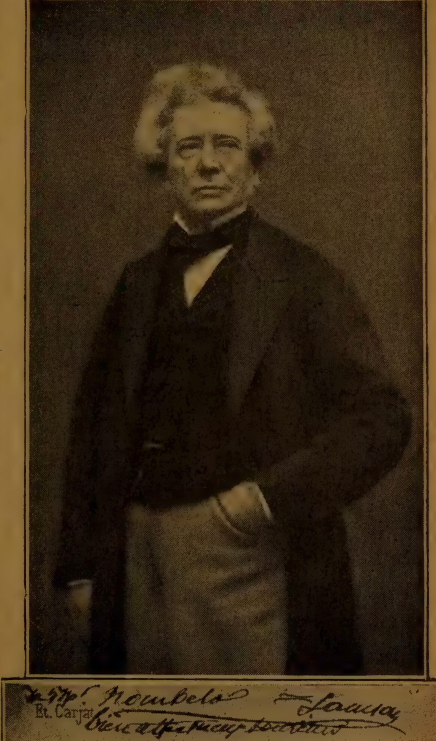
Balzac, Lamartine, Alfonso Karr vivieron, los dos primeros con alternativas en su fortuna, pero siempre deseosos de tratarse á lo príncipes. Karr

pasó los treinta últimos años de su vida en su magnífica *villa* de San Rafael en Niza, cultivando flores y vendiéndolas en París, con lo que se proporcionó una larga y agradable vejez. Daudet, Zola, Rostand, Lavedan, casi todos los novelistas y autores dramáticos actualmente en boga, poseen una *villa*, cuando sus ganancias se lo permiten un *chateau* y prescinden con gusto de las desastrosas aunque pintorescas costumbres de la bohemia artístico-literaria, á cambio de las que representan buen gusto, cultura, comodidad y distinción.

La *villa* de Mr. Samson me admiró y me encantó. En medio de un bosque y rodeada de preciosos macizos de flores, se levantaba un hotel estilo Luis XV, al que se llegaba por una ancha calle de árboles que cerraba una verja de hierro del mismo estilo que el edificio. Todo en aquella posesión revelaba aseo, esmero, gusto, arte. No recuerdo si el dueño de aquel oasis estaba viudo ó se hallaba ausente su esposa: lo que no he olvidado es que hasta en los más insignificantes detalles, se descubría en aquel albergue el deseo de vivir poniendo lo material al servicio de lo espiritual.

Antes de sentarnos á almorzar me enseñó su biblioteca y su guardarropa de actor, que ocupaban dos grandes salas en el piso segundo del hotel. Aunque el examen fué rápido, ví que en los armarios de la biblioteca abundaban los libros de historia y de líteratura. Bustos y retratos de autores y de artistas adornaban aquel santuario, en cuyo centro una amplia mesa servía para los traba-

jos literarios de su dueño. En el guardarropa aparecían, en maniquíes los trajes y en panoplias las armas de diversas épocas que había usado el actor durante su vida artística, de la que ya se había retirado para dedicarse exclusivamente á la enseñanza en el Conservatorio.



Aunque someramente, le confié el concepto que desde mis primeros años había formado del teatro, la enseñanza que había recibido en el Conservatorio de Madrid, lo que suponía que debían saber los que se dedicaban á la carrera escénica para ser dignos del arte que estaban llamados á

interpretar; y como vió por mis insinuaciones que sobre poco más ó menos lo que yo soñaba era lo que él había realizado, esta feliz coincidencia me favoreció para ganar su estimación y su confianza. Halló en mí un discípulo que podía plantear en España lo que él había realizado en Francia, y desde aquel momento fué para mí á la vez un maestro y un amigo.

Permanecí en su compañía muy cerca de cinco horas, que me parecieron breves y deliciosas por lo interesante, instructivo y ameno de su conversación.

Si el amable lector recuerda mi entusiasmo por el arte teatral y las ideas que me sugirió su engrandecimiento, comprenderá mi satisfacción al enterarme de que no había andado descaminado, puesto que existía, considerado como una necesidad para los artistas escénicos, lo que la intuición me había sugerido.

Mi embrionario proyecto, estaba ampliamente planteado en el Conservatorio de París. No sólo asistían los alumnos de la clase de declamación á la cátedra de historia del arte escénico, sino también los que como cantantes ó instrumentistas aspiraban á ser intérpretes del arte musical, lo que al contribuir á su cultura les daba una idea general de la noble misión que estaban llamados á realizar y por lo tanto elevaba su espíritu. Pero además había una clase de *Estudio de papeles*, que obligaba á los que aspiraban á ser actores y cantantes á un ejercicio crítico-psicológico, indispen-

sable para identificarse con los personajes que debían encarnar en la escena.

Dos clases más completaban la educación de los artistas escénicos: la de *maintien*; es decir, una especie de gimnasia para dotar al cuerpo de la esbeltez, elegancia y flexibilidad necesarias, y la de *esgríma*, exclusivamente para los alumnos.

Estas dos clases carecían de importancia en concepto de Samson, y yo participaba de su creencia. La esbeltez, la elegancia y la flexibilidad, son cualidades naturales, se nace con ellas ó se adquieren sin maestro. No faltaba, sin embargo, quien las juzgase indispensables, y en el Conservatorio de Madrid abundaban en este parecer algunos profesores y particularmente el Director del establecimiento, función que desempeñaba el ilustre Ventura de la Vega cuando yo me preocupaba de las reformas que debían introducirse en nuestra escuela de música y declamación.

A instancia del célebre autor dramático, se había creado una clase de *mímica* útil, sin duda, para los artistas coreográficos; pero más bien que útil, perjudicial para los escénicos.

Mentira parecerá que el autor de la preciosa comedia *El hombre de mundo,* profesase la opinión de que la historia y la literatura podían constituir un lujo para los actores; pero no una necesidad. El que quisiera instruirse podía hacerlo particularmente: sería un adorno y nada más. Lo que en concepto de aquel hombre de tan privilegiada inteligencia necesitaba el artista escénico, era sa-

ber andar con desenvoltura por el tablado, acentúar con la acción los efectos, las bellezas de su papel, y para esto su mejor auxiliar era la mímica. El, actor consumado, esperaba más para la buena interpretación de las obras dramáticas de unas cuantas reglas empíricas, que de una psicología cultivada con esmero.

El amaneramiento de los actores era tradicional, la acción acompañaba á la palabra á veces servilmente, y en son de burla se refiere que un cómico había realizado el colmo de lo que podría llamarse recitado imitativo, al declamar los siguientes versos, no recuerdo de qué autor:

> Entre dos álamos verdes
> pasa silencioso el Tajo,
> por no despertar á Filis
> que está durmiendo y soñando.

Al recitar el primer verso elevaba los brazos simulando los álamos y señalaba acto contínuo su ropilla, que era verde. Para acentúar el segundo verso, figuraba con la diestra el movimiento del río, con el índice de la siniestra mano cerraba su boca, á seguida figuraba con la izquierda la superficie de un tajo y con la derecha el golpe del hacha que sobre el tajo se da para partir lo que suele partirse en dicho artefacto. Al nombrar á Filis, se pasaba la mano por la cara procurando imitar la expresión de la belleza, y para que se identificaran en la acción el *durmiendo* y *soñando* del verso último, cerraba primero los ojos y luego expre-

saba con una apacible sonrisa lo delicioso del ensueño.

Como es de presumir, no aprobaba Ventura de la Vega este procedimiento que solo podía agradar y acaso entusiasmar á un público de aldeanos en los siglos XVI y XVII, y que le cité en una conversación que celebrámos, abogando él por la mímica y condenándola yo con la timidez y el respeto que su gran talento me merecía.

Por entonces todas las tiples, como cortadas con un patrón, cuando después de un andante pasaban á la *cabaletta*, durante el *ritornello* daban algunos pasos hacia el fondo, volvían al proscenio, de haber un sillón en la escena apoyaban en su respaldo la diestra ó la siniestra mano, y si como sucedía por regla general, tenían que repetir la *cabaletta* ó el *allegro*, daban los pasitos hacia atrás, ahuecaban con el talón del pie la cola del traje y volvían al proscenio á terminar el aria.

Esto sí parecía bien al insigne autor dramático y conspícuo director de escena; pero confieso que no lograba convencerme de la necesidad y mucho menos del mérito artístico de aquel procedimiento automático.

Refiriendo yo á Mr. Samson la teoría á que aludo, aunque sin nombrar al autor de ella, la condenó y lo que es más, la execró.

—Tan contrario es todo eso al verdadero arte—me dijo—que el gran Talma, de quien fuí discípulo, porque durante algún tiempo fué maestro de declamación en el Conservatorio creado por Napo-

león I, su gran admirador y amigo, empleaba un sistema eficacísimo para conocer pronto y con la mayor seguridad las cualidades de sus discípulos. Al inaugurar el curso, encargaba á éstos que aprendieran de memoria alguno de los parlamentos de las tragedias ó de los dramas que por entonces formaban parte del repertorio, y cuando los sabían ordenaba que dos compañeros sujetasen los brazos al que deseaba poner á prueba. Si este recitaba los versos ó la prosa sin hacer el menor esfuerzo para librarse de la sujeción á que estaba sometido, le consideraba inútil para el arte. Si, por el contrario, necesitaba acompañar con la acción á la palabra y forcejeaba procurando desasirse de los que le impedían accionar, lo que es natural en toda persona que siente lo que dice, reconocía en él el más esencial elemento para interpretar el arte escénico. A los primeros los desengañaba: no debían perder el tiempo ni hacérselo perder. A los segundos, los admitía como discípulos y se esmeraba en cultivar y desarrollar sus facultades.

Este procedimiento empleado por Talma, me pareció eficaz y sigue pareciéndomelo.

A partir de aquella cordial é interesante conversación con Mr. Samson, llegó á considerarme como un discípulo, y en las diversas entrevistas que con él celebré, se complacía comunicándome su experiencia y sus ideales, que tan bien armonizaban con los míos.

Asistí siempre que me fué posible á su clase, y

recuerdo que un día fué también oyente y tomó asiento al lado mío un caballero como de cincuenta años, que llamó mi atención por la expresión de inteligencia que acusaban sus ojos, irradiando sobre un rostro de acentuadas y correctas facciones.

Seguía con la mayor atención el discurso del profesor y cuando éste, como tenía por costumbre en sus lecciones, interrogó á uno de los alumnos para ver si había sido bien comprendido, y le estimuló á que formulase la crítica de lo que había oído explicar, asintió á aquel experimento con tales muestras de entusiasmo, que le faltó muy poco para aplaudir.

Cuando terminó la lección, el desconocido y yo nos acercamos al maestro, quien después de saludarnos, me dijo:

—Ha tenido usted á su lado al más insigne y célebre de los novelistas ingleses—y señalando al caballero que me había preocupado, añadió.—Salude usted al gran Carlos Dickens, gloria no solo de Inglaterra, sino de todo el mundo civilizado.

Acto contínuo me presentó á él y estreché su mano con esa satisfacción que produce en el artista que empieza, acercarse al que ha llegado á todo su apogeo. Dickens proyectaba entonces recorrer las principales ciudades de la América del Norte y dar en ellas lecturas de sus novelas, empresa que después realizó con éxito brillantísimo, aumentando su celebridad y ganando mucho dinero. Apasionado por el arte escénico, antes de alejarse

de Europa por una larga temporada, había resuelto pasar unas cuantas semanas en París, y acudía con predilección á las clases destinadas á formar actores. En anteriores visitas á la gran ciudad había conocido á Samson, le estimaba, y por una casualidad feliz para mí, tuve ocasión de conocer personalmente al más eminente y popular literato inglés de aquel tiempo.

En el curso de 1860 á 1861, frecuenté la clase de Samson, la de *Estudio de papeles*, que explicaba Mr. Poitier, y aproveché los escasos momentos que me dejaban mis tareas literarias para estudiar en el Conservatorio cuanto podía ser útil á mi propósito.

Al mismo tiempo y para completar aquella obra, escribí al signor Rossi y á Mr. Fetís, directores, respectivamente, de los Conservatorios de Milan y de Bruselas, suplicándoles que me enviasen el reglamento de cada uno de dichos establecimientos de enseñanza artística y cuantos datos juzgasen oportunos á la información que me interesaba.

Los dos correspondieron amablemente á mi solicitud, y con todos los datos que adquirí pude en 1862 enviar al Ministro de Fomento de España la Memoria de que hablé en el tomo primero de mis *Impresiones y recuerdos* y reproduje, extractándola, en el Apéndice del mismo libro.

A su debido tiempo referiré lo estériles que fueron cuantos medios empleé para realizar el más constante afán de la primera parte de mi vida; pero antes de terminar la narración de mis traba-

jos en pró del arte escénico y al mismo tiempo de mí porvenir, recordaré un episodio que me causó profunda sorpresa y no menor pesadumbre.

En los dos primeros años de mi estancia en París, visité tres ó cuatro veces á Julio Janín. A pesar de sus achaques, que eran penosos y frecuentes, parecía profesar verdadero amor al arte, y yo le oía no solo con interés, sino hasta con devoción.

Me habían dicho algunos periodistas franceses que era muy aficionado al dinero; pero esta afición es general en todos los seres humanos. De un modo ó de otro, adquirir riquezas es el bello ideal hasta de los que carecen de ideales.

Corría muy autorizada entre los literatos la versión de que durante algún tiempo había tenido á su cargo la tarea de hacer frases de las que se repiten y comentan, atribuyéndose aquellas muestras de ingenio á la Rachel, actriz que disfrutó de grande y merecida celebridad.

Un empresario que explotaba el talento de aquella privilegiada artista juzgó, y acaso estaba en lo cierto, que aumentarían su prestigio las frases, los equívocos, los chistes que encargó á Julio Janín para adjudicárselos á la eminente trágica, y durante algún tiempo pagó al crítico 500 francos mensuales, por adornar con su pluma á la actriz.

¿Fué cierta ó inventada la noticia que se contaban unos á otros en secreto? No lo sé. Lo positivo es que durante algún tiempo, los periódicos atribuyeron á la Rachel conceptos ingeniosos, fra-

ses intencionadas, y solo registrando los libros de caja en varios años de los diarios á que me refiero, podría saberse la verdad.

De lo que no hay duda es del superior talento de Julio Janín: las dos ó tres novelas que escribió y sus críticas literarias, coleccionadas y publicadas, demostrarán en todo tiempo su indiscutible mérito á los exploradores literarios.

De su afición al dinero, motivada quizás por las exigencias del lujo de que vivía rodeado, puedo ser testigo de excepción.

Cuando terminé mis estudios en el Conservatorio y redacté la Memoria que envié al Ministerio de Fomento, hablé sobre él particular con el ilustre literato, le dí una nota de las reformas que en mi concepto debían realizarse en la Escuela de Música y declamación de Madrid, y le rogué que en una de sus tan celebradas revistas dedicase algunas líneas á la labor que había desempeñado y á mis proyectos en pró del arte escénico.

—Si usted los aprueba—añadí—la autoridad de su aprobación me servirá para que los periodistas españoles amigos míos reproduzcan lo que usted escriba, y seguramente influirá en el ánimo del ministro la opinión de un crítico de arte tan eminente y célebre como usted.

Prometió complacerme, y como se trataba de una cosa para él sencillísima y se mostraba muy afable conmigo cuando iba á verle, hasta me figuré que tendría gusto en dispensarme aquel favor.

Pasó un mes, en el que no dejé de leer los ar-

tículos que Janín publicaba en el *Journal des Debats*, y nada decía en ellos de lo que tanto me interesaba. Aguardé otros treinta días inutilmente, y no pudiendo permanecer más tiempo en la duda, fuí á verle para averiguar la causa de aquel que yo juzgaba olvido.

—Tengo mala memoria—me dijo—y necesito que algo extraordinario me estimule á recordar. Habrá usted visto que en uno de mis últimos artículos he hablado del libro de un casi compatriota de usted, de un escritor de la América latina. Pues bien, con la mejor voluntad del mundo, me habría olvidado de complacerle sino hubiera tenido una idea ingeniosa. Figúrese usted que me trajo su libro primorosamente encuadernado. Cuando se fué, me puse á hojearle y me chocó ver en la parte interior de una de las tapas un compartimento como los que tienen las carteras, aumentándose mi sorpresa al encontrar en dicho compartimento un billete de quinientos francos. La verdad, me cautivó la manera delicada de remunerar el servicio que había solicitado de mí, y me apresuré á complacerle.

Aquella insinuación me indignó, y levantándome para alejarme:

—Siento haber oído á usted lo que acaba de referirme—le dije.—Conocía, admiraba y sigo admirando el talento de usted; pero no podía preveer que al lado de tan gran inteligencia hubiera un corazón tan pequeño.

—La vida—se limitó á decirme con displicente

cinismo—no es más que un contínuo cambio de favores.

No quise por respeto á su nombre, á su edad y á su dolencia, expresarle lo que pensaba de él y pugnaba por salir de mis labios.

Por entonces todavía tenía fe en los hombres y más aún en los artistas. Algunos años después, ni me habría sorprendido ni mucho menos me habría indignado la conducta del célebre literato. Habría ajustado el precio del favor, si le juzgaba útil para mí, y dada la insignificancia de mi ruego, creo que se habría conformado con un billete de 50 francos.

XVI

En uno de los últimos días del mes de Octubre de aquel año de 1860, tan lleno para mí de tristes y de agradables sucesos, me anunció el mozo del hotel que deseaba verme un joven español, y me apresuré á recibirle.

Era Eduardo Zamacois, hermano de Federico, uno de mis mejores amigos, y de Elisa, la por entonces aplaudida tiple del teatro de la Zarzuela, á quien el público admiraba por sus excepcionales facultades y respetaba y consideraba por su ejemplar conducta.

La familia Zamacois, que tanta celebridad alcanzó en Francia y en España en la segunda mitad del siglo pasado y sigue en el presente disfrutando de merecido renombre, inspirará segura-

mente vivo interés á los lectores y voy á dedicarla unas cuantas páginas.

En el pasado siglo conquistaron gran fama Elisa como artista lírica dramática, Federico como músico, Eduardo como pintor y Ricardo como actor. En el actual, Miguel Zamacois, hijo de Eduardo, es uno de los más distinguidos y populares literatos franceses, y entre los escritores españoles contemporáneos disfruta de notoriedad Eduardo Zamacois, sobrino del pintor del mismo nombre y apellido.

D. Miguel, padre de los cuatro primeros y abuelo de los dos segundos, dirigió en Bilbao durante muchos años un colegio de primera enseñanza que acreditó con su privilegiada inteligencia y su carácter á la vez justo, severo y bondadoso.

Era un verdadero patriarca, noble, honrado, caballeroso y muy amante de su familia. Casado dos veces, se refería que entre los hijos de su primer matrimonio, los de su segunda esposa, viuda como él, y los que tuvieron los nuevos cónyuges, llegaron á reunirse en su mesa veinticuatro ó veinticinco.

Niceto, el mayor de todos los vástagos de don Miguel, siendo muy joven fué á establecerse en México y allí adquirió celebridad como escritor. Su *Historia de la República mexicana* eternizará su fama.

Del segundo matrimonio tuvo D. Miguel cinco hijos: Elisa, Federico, Eduardo, Ricardo y Leonardo. Este último falleció á los catorce años, sien-

do á pesar de su poca edad un perfecto dibujante, con especiales disposiciones para la caricatura.

Federico, que estudió música en Bilbao, al trasladarse á Madrid con su familia fué alumno del Conservatorio y uno de los discípulos predilectos del gran organista D. Román Jimeno.

Eduardo, artista como todos sus hermanos, optó por la pintura, aprendió dibujo en Bilbao con Balaca y fué en Madrid discípulo, también predilecto, de D. Federico Madrazo.

Cuando la magnífica voz de soprano y el genio artístico de Elisa, decidieron á sus padres á venir á Madrid en busca de la gloria y la fortuna que parecían reservadas á la joven, traspasó el profesor su colegio y con los cinco hijos que vivían en su compañía, porque los anteriores tanto los suyos como los de su esposa estaban ausentes, colocados ó en busca de colocación, se estableció en la Corte animado por las más risueñas esperanzas.

La aparición de Elisa en el escenario de la Zarzuela fué un verdadero triunfo, y como á sus cualidades artísticas unía una gran belleza, una esmerada educación, un carácter ingenuo y afectuoso y una austeridad de costumbres poco común en el teatro, fué admirada, querida y respetada.

Todo sonreía á aquella honrada familia: la joven cantante entusiasmaba al público, era remunerada con esplendidez, y los dos hijos mayores prometían hacer brillante carrera, uno como músico y otro como pintor.

Figuraba por entonces en los más distinguidos

círculos de Madrid un caballero joven aún, buen mozo, elegante, simpático, de una conversación que revelaba mucha cultura, mucho ingenio y sobre todo mucho mundo. Los que no conocían sus interioridades, le suponían en posesión de una importante fortuna, porque vivía á lo príncipe. Frecuentaba los más aristocráticos salones, los teatros, era socio del Casino, jugaba y pagaba cuando perdía, lo que ocurría rara vez, tenía coche; se comentaban su esplendidez, sus aventuras y nadie se preocupaba de saber el origen de su próspera posición.

Se enamoró de la bella cantante, aseguró que su mayor anhelo era ser su esposo, pidió la mano de la joven á sus padres; el bueno de D. Miguel, conocedor del mundo y con la natural malicia de la experiencia, la negó dando á su hija las explicaciones y los consejos que el caso requería, y el desenlace de aquella situación violenta fué que aprovechándose de su ascendiente sobre la artista y asegurándola que cuando estuvieran casados los padres la perdonarían, logró que una noche al terminar la función, en vez de ir á su cuarto donde la esperaban para acompañarla á su hogar, fuese en su busca, persuadida de que era un caballero y de que cumpliría las promesas que la había hecho para decidirla á dar aquel disgusto á sus padres.

La situación se legalizó; pero el resultado final fué que el opulento caballero no era más que un caballero de industria que buscaba para salir de

sus apuros las pingües ganancias de la artista. Los honrados padres, doloridos y avergonzados, resolvieron ausentarse de Madrid y olvidar que tenían una hija. Los hermanos mayores partieron también: Federico á las Islas Filipinas, donde por concurso había ganado la plaza de organista de la Catedral de Manila, y Eduardo á París, corriendo una aventura parecida á la mía.

Cuanto someramente indico, me refirió con mayores detalles mi inesperado amigo. Se había expatriado resuelto á trabajar, á conquistar un nombre y una posición, había preguntado á mi padre las señas de mi domicilio en París, sabía por él que me iba bien y me buscaba para que le ayudase en sus propósitos.

Era tan ingénuo, tan noble, tan artista y por lo mismo tan simpático, que habiéndole visto en Madrid solo dos ó tres veces, porque mi verdadero amigo era su hermano Federico, oí con vivo interés y gran pena la narración de la desdicha de su familia y me ofrecí á ser para él no un amigo, sino un hermano.

Me indicó que se había hospedado en un hotel muy parecido al mío, pero en el *faubourg Montmartre*, punto de reunión de los pintores, donde también vivían unos cuantos españoles artistas como él, para los que había traído cartas de recomendación.

Algunos pintores como Gisbert, Casado del Alisal y Ruipérez, tenían sus respectivos estudios y eran considerados por los que aún formaban par-

te de la bohemia artística española; pero todos fraternizaban y yo pasé muy buenos ratos en compañía de aquellos artistas que en su mayor parte conquistaron después justa celebridad y de quienes fuí siempre leal admirador y buen amigo.

Además de los que he citado, figuraban en aquel grupo Bernardo Ferrándiz, Rico, Escosura, Alejo Vera, Mercadet, Herrer, un pianista vizcaíno llamado Arriola, y Espín y Guillén hijo, compositor de mucho mérito.

De vez en cuando nos reuníamos en el estudio de Casado del Alisal; Arriola ó Espín y Guillén y también Eduardo Zamacois, tocaban el piano; algunas de las modelos que asistían á aquellas fiestas cantaban sentimentales ó picarescos *couplets*, y como todos vivíamos de esperanzas, éramos felices en aquellos momentos y pasábamos agradables veladas.

La conversación era otro de los alicientes, sin que faltase su poquito de sal y pimienta. Conversar artistas y mujeres sin murmurar con más ó menos ingenio y suavidad, es de todo punto imposible.

Zamacois me visitaba con frecuencia, me contaba sus cuitas; su mayor deseo era ganar dinero para poder llamar á París á sus padres y hermanos menores. Su hermosa alma me encantaba.

Hablé en su favor á los editores Rosá Bouret y le proporcionaron un trabajo que le valió mil francos. Unos americanos riquísimos, después de haber pasado una temporada en París divirtién-

dose en grande, quisieron llevarse albums con retratos de actrices, coupletistas, damas de la Camelia célebres, bailarinas; en fin, todo lo más notable del París alegre. La fotografía empezaba ya á sacar partido de los retratos de la gente de la vida maleante; pero los americanos querían los retratos iluminados, verdaderas acuarelas, y como se trataba de dos albums, cada uno con cincuenta retratos, trabajando de firme pudo Zamacois ganar mil francos en poco más de dos meses.

Si mal no recuerdo, por conducto de los americanos de los albums conoció á un caballero peruano, que con dos hermanos suyos había acreditado en Lima un colegio de primera y segunda enseñanza, y había adquirido celebridad en América con los estudios pedagógicos que había publicado. Por entonces entraba en sus planes conseguir que la reina de España le confiase la educación intelectual del príncipe de Asturias D. Alfonso, que contaba á la sazón cuatro años escasos.

Aquel caballero peruano, que se llamaba D. Ramón Merino Ballesteros, era activo propagandista del sistema Frœbel, que por entonces constituía la gran novedad pedagógica, y como tuve ocasión de conversar algunas veces con él, me enteré de su plan, que era reunir en torno del tierno príncipe, á manera de juguetes, cuantos objetos pudieran contribuir á instruirle deleitándole.

Tenía esperanza de realizar su aspiración, y como uno de sus propósitos era que el educando co-

nociese á sus antepasados los Reyes de España por medio de una completa galería de retratos, encargó á Zamacois uno de ellos para que sirviera de modelo. Tanto le agradó la labor del joven artista, que calculando que la colección, aunque en el Palacio de Madrid no quisieran adquirirla, sería fácilmente comprada por algún aristócrata español, contrató con él dos retratos al mes, pagándole por cada uno no recuerdo bien si 250 ó 300 francos. El tamaño de los lienzos era pequeño: 50 centímetros de alto por 30 de ancho, sobre poco más ó menos.

Formalizado el trato, lo primero que hizo Zamacois fué llamar á sus padres y hermanos á París. Con el trabajo contratado vivirían anchamente y sobre todo él, amante de su familia, sería feliz.

Su proyecto se realizó en breve: D. Miguel, su padre, doña Pilar, su madre y Ricardo y Leonardo, se reunieron en la capital de Francia con su querido hijo y hermano y alquilaron una casa en el Pasaje *Laferriere*, barrio de *Batignolles*, donde en medio de sus penas disfrutaron un período de calma, de bienestar y de satisfacción, porque aunque los retratos de los Reyes de España no llegaron á completar ni con mucho los de la monarquía goda, toda vez que las esperanzas del pedagogo peruano quedaron defraudadas, gracias á las gestiones que mi amigo y maestro D. Francisco de Paula Madrazo hizo en su calidad de taquígrafo del Congreso cerca de los Diputados y Senadores vizcaínos, pudo lograr que la Diputación de Viz-

caya concediese una pensión al joven artista que debía ser una gloria del arte pictórico, no sólo de España, sino del mundo entero.

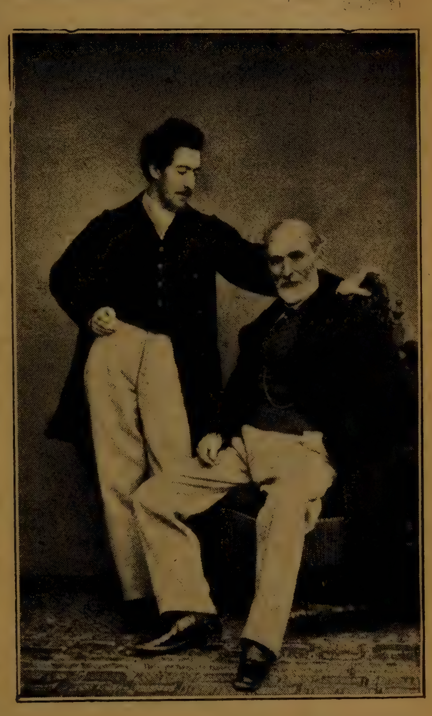
Para mostrar su gratitud á su favorecedor, pintó un cuadrito en el que aparecíamos Eduardo retratando á Madrazo, que ocupaba el sitio más á propósito para servir de modelo, y yo en calidad de espectador.

El cuadro, que era pequeño, resultó una preciosidad. Madrazo le conservaba con el mayor esmero y otro tanto hizo su viuda. Cuando ésta falleció, bastantes años después que su marido, procuré adquirir el cuadro, pero no me fué posible. ¿Dónde estará aquella obra, minúscula por su tamaño, grande por su factura, que revelaba al mismo tiempo que el mérito del artista, la nobleza del corazón del hombre?

Reproduzco el retrato de Eduardo Zamacois al lado del de su excelente padre, en aquella época en que consolaba sus penas el brillante porvenir de su hijo, que ante todo y sobre todo adoraba á sus padres y que celebraba sus triunfos, más que por la satisfacción de sus nobles aspiraciones, por que le proporcionaban el medio de ofrecer á los autores de sus días una vejez tranquila, desahogada y dichosa.

D. Miguel, cuya robustez hacía augurar que viviría mucho tiempo, se vió obligado en Enero de 1863 á sufrir una operación quirúrgica, de la que al pronto quedó bien; pero desgraciadamente, la triste realidad defraudó las esperanzas con-

cebidas, y falleció en París el 19 de Abril de aquel mismo año, con la satisfacción de dejar al más cariñoso de sus hijos en el camino de la celebridad y de la fortuna, porque sus cuadros se cotizaban ya á alto precio, no solo en París sino en Londres y en Nueva York, España le consideraba como uno de los más inspirados pintores, complacía á Vizcaya haberle ayudado á vencer las dificultades materiales con que luchó al llegar á París, y además estaba en condiciones ventajosas de reemplazarle para atender á los seres á quienes el noble y honrado don Miguel había consagrado toda su vida.



Eduardo Zamacois y su padre.

Mientras permaneció en París, reino entre Eduar-

do Zamacois y yo la más afectuosa intimidad. Su familia y la mía se veían con frecuencia y se estimaban sinceramente; queriendo darme una muestra de su reconocimiento por el interés que me inspiró en los primeros días de su estancia en París, pintó al óleo mi retrato ofreciéndome con él una verdadera obra de arte, porque además de ser por su dibujo y colorido un cuadro de mérito, es por su estilo y su factura una muestra evidente de la influencia que ejercieron en él los grandes pintores españoles Rivera y Velázquez. Contrasta el retrato á que aludo con toda la obra que contribuyó á la gloria del inolvidable pintor. Gran dibujante y gran colorista, hay en los cuadros del gran discípulo de Messonier, psicología, intención, gracia, cuanto contribuye á encantar. Cuando hizo mi retrato, estaba todavía impresionado por la escuela española, y es seguro que agradaría á los futuros historiadores del arte pictórico conocer el cuadro en que aparece su concepción primera del dibujo, el colorido y la composición, de la que pasó rápidamente á tener la personalidad que aparece en los cuadros de género que pintó desde 1862 hasta 1871.

Su hermano Ricardo, que fué un actor genial, un verdadero y admirable artista escénico, mostró en París aficiones literiarias cuando apenas contaba quince años, y con este motivo se aficionó á mí, me confió sus primeros ensayos entre los que figuraban una colección de fábulas, que tanto por su fondo filosófico, como por su forma, más correcta

de lo que suelen ser las fábulas, juzgué digna de ser impresa; y tanto me agradaron que traté de que mis editores las publicaran con un prólogo que es- y que es el único que para otros he escrito en mi vida, por haberme persuadido pronto de la inutilidad y hasta de la impertinencia de estos proemios de pie forzado.

No recuerdo porque motivo quedó la colección de fábulas sin ver la luz pública.

Poco después de mi regreso á Madrid en la Primavera de 1863, vinieron también á España la madre y los dos hermanos menores de Eduardo Zamacois, estableciéndose en la Corte. La hermana mayor, que continuaba siendo una gran artista, se reconcilió con su madre y sus hermanos, juntos lloraron al jefe de la familia cuyas cenizas reposaban en París, y Ricardo y su hermano Leonardo me veían con frecuencia, siendo siempre acogidos por mi con el mayor afecto.

Ricardo fué auxiliar mío durante algún tiempo: más adelante hablaré de su colaboración en mis trabajos, de su ingreso en el teatro, de su mérito artístico, y de su desastrosa y prematura muerte, como también de la de su hermano Eduardo, no menos prematura y llorada.

XVII

Indiqué anteriormente que había encontrado en Carlos Bannelier un verdadero amigo. La amistad que entonces nos unió ha subsistido, cada día

más íntima, hasta su muerte acaecida en 1897; pero aún sin esto, sus méritos personales y la notoriedad que adquirió como compositor y como crítico musical, bastarían para justificar el recuerdo que deseo consagrarle.

Cuando nos conocimos en la Estación del Norte el día que debíamos pasar en Enghien, simpatizamos desde luego, y su conversación me demostró que poseía una inteligencia privilegiada y un noble corazón.

Había perdido á su madre casi á la misma edad en que yo perdí á la mía, y profesaba intensa adoración á su memoria.

Desde la niñez manifestó decidida vocación y grandes disposiciones para cultivar el arte musical. Su madre favorecía esta inclinación: no así su padre que la combatió desde el primer momento.

Originario de Borgoña, había establecido en París un importante almacén de vinos de su país, se consideraba hombre práctico, había formado mala opinión de los artistas, deseaba que su hijo adoptara su profesión, y como nada había más refractario que el comercio para aquel joven que veía el mundo bajo un aspecto completamente distinto, surgió en el seno de la familia el antagonismo que era de temer.

Hijo respetuoso, sacrificó sus aspiraciones con el firme propósito de realizarlas cuando pudiera disponer de su voluntad, y logró en cambio que en vez de dedicarle al comercio, le permitiese su

padre emprender los estudios necesarios para ingresar en el Cuerpo de telegrafistas del Estado.

Inteligente y aplicado, aprendió en breve tiempo los idiomás inglés, alemán, español é italiano, y después de un brillante examen, al cumplir la edad reglamentaría, formó parte del Cuerpo de telégrafos.

Cuando nos conocimos, prestaba servicio en la oficina telegráfica del palacio del Luxemburgo, donde en aquella época residía el Senado.

Conoció en su mocedad al marido de Mad. Pradelles, fué un hermano para él, apadrinó á la única hija que tuvo, le asistió durante la larga enfermedad que le llevó al sepulcro y continuó siendo un verdadero y leal amigo de la viuda y la huérfana.

Mad. Pradelles era, como indiqué, una mujer de claro talento, de carácter franco y resuelto, muy instruída, de mucha iniciativa, ingenua, sincera, práctica y al mismo tiempo capaz de comprender la lucha que su joven amigo sostenía al verse condenado á sacrificar sus ideales para no disgustar al autor de sus días.

En el Bearne, su país, había hecho Mad. Pradelles los estudios necesarios para obtener el diploma de profesora de primera enseñanza, estableció un colegio en Pau, perdió en poco espacio de tiempo á sus padres, con lo que heredó de ellos, que no fué mucho, se trasladó á París, fundó una escuela de niñas en la *rue Saint Jacques,* que no tardó en acreditarse, y se casó. Dos años después

enviudó, y cuando la conocí seguía dirigiendo el colegio.

La proximidad del Bearne á España, permite á los habitantes de los dos países fronterizos hablar una especie de *patois*, que dicen los franceses y que nosotros podemos llamar *caló*, en el que abundan modificados, por no decir estropeados, muchos vocablos de los dos idiomas.

Gracias á esto, sabía Mad. Pradelles lo suficiente para enseñar el francés á un español. Cuando resolvió trasladarse desde Pau á París, viajó en el mismo vagón desde Burdeos con la joven que se dirigía á la capital de Francia para desempeñar las funciones de ama de gobierno del padre de Ferrán; lograron entenderse no sin alguna dificultad, y convinieron en perfeccionarse mútuamente en sus respectivos idiomas.

Clotilde y la que todavía no era Mad. Pradelles, tenían sobre poco más ó menos la misma edad; las dos eran mujeres de talento, de iniciativa, de acción: la española más romántica que la francesa, pero poco agraciada, de facciones bastas, de aspecto más varonil que femenil; la francesa, natural, llana, ingenua, expresiva, simpática, con esa belleza que la edad no destruye, porque es el reflejo de un alma hermosa.

Durante el viaje que hicieron juntas, se contaron sus respectivas historias. Clotilde, por lo que más adelante supe, inventó una novela cuyo solo extracto llenaría muchas páginas. Hago caso omiso de ella, porque lo único que interesa á mi propósi-

to indicar, es que fueron amigas hasta que la española insinuó á la francesa un plan que acariciaba para resolver el problema de su vida, que se le aparecía nebuloso y funesto.

Continuaron tratándose; pero la viuda, que tenía una hija á la que adoraba, se propuso en beneficio de otra madre, evitar la realización de un desdichado proyecto.

Creo haber referido que Clotilde era hija de uno de los operarios de la fábrica de molduras que establecieron en Madrid los padres de Ferrán. Sus hermanos entraron de aprendices en la fábrica y ella, que parecía despejada, fué educada en un colegio á expensas de los que llamaba sus amos. La madre de Augusto esperaba que fuese con el tiempo una servidora inteligente, leal y agradecida. Naturalmente entrometida, enredadora, lista y taimada, dió muchos disgustos á su protectora y contribuyó á las disensiones que surgieron en la familia.

El padre de Ferrán había ido á la Habana en compañía de una hermana política suya casada con el capitán de un buque mercante, para establecer en la capital de la Isla de Cuba una fábrica de molduras doradas como la que tan buenos resultados había dado en Madrid. Si el éxito era favorable, lo que en un par de años podía saberse con exactitud, el marino renunciaría á su profesión y se pondría al frente de la fábrica. Entre tanto su esposa, que conocía el procedimiento del dorado de la madera, se encargaría de la direc-

ción de los trabajos, D. Adriano pintaría retratos, y al cabo de algún tiempo podrían regresar todos á la Península con algunos ahorros, acaso una fortuna.

La fábrica prosperó; pero el marino no pudo realizar el proyecto trazado de antemano, porque precisamente al hacer el que suponía último viaje desde Santander á la Habana, el barco que mandaba se fué á pique y después de salvar á los viajeros como era su deber, pereció con algunos de los tripulantes, dejando á su viuda dos hijos: un niño de dos años y una niña de dos meses á la que no llegó á conocer.

Este fatal suceso, trastornó los planes concertados.

La viuda no abandonó al pronto la dirección técnica de la fábrica; pero de acuerdo con su hermano político, resolvió liquidar su participación y regresar á España.

Poco entendida en asuntos financieros y teniendo absoluta confianza en su cuñado, convino con él en cederle sus derechos á cambio de una modesta pensión vitalicia, que en caso del fallecimiento de la interesada debía dividirse en dos partes: una para su hijo hasta que llegase á la mayor edad y la otra para su hija mientras que no tomase estado.

La buena señora, después de consignado el pacto en una escritura notarial, regresó á la Península con sus hijos, el mayor de cuatro años, la menor de dos, y fijó su residencia en Santander.

Ferrán permaneció algunos años más en la Habana, y por motivos que no juzgo pertinente referir, perdió la mayor parte de la fortuna que había obtenido como artista y como industrial.

Abrumado por los disgustos que le proporcionó su carácter débil y á menudo fantástico, resolvió tornar á Europa y establecerse en París, donde esperaba utilizar sus relaciones con la colonia cubana para seguir pintando retratos.

Algo llegó á saberse en Madrid de lo que pasaba en la Habana, y esto motivó las disensiones de familia á que aludí al hablar de la madre de mi amigo Ferrán.

La joven Clotilde, que prestaba servicios domésticos en la Corte á aquella señora, se enteró, como no podía menos de suceder, de los disgustos conyugales que surgieron, pensó que la convenía ponerse de parte del ausente, y entabló con él una correspondencia misteriosa, más amañada que verídica, destinada á informarle de lo que se pensaba de él en su hogar.

Transcurrieron algunos años sin que se descubriera el doble juego de la aprovechada servidora; pero al fin se descubrió, y como por entonces ya residía en París D. Adriano, procuró que la llevase á su lado para servirle de ama de gobierno, y de ser posible para gobernarle.

Cuando la casualidad la reunió en un vagón con la futura Mad. Pradelles, se dirigía á París á inaugurar sus nuevas funciones.

La situación de D. Adriano había mejorado: ga-

naba lo necesario para vivir con holgura, pagar la pensión á su cuñada y hacer ahorros. Sin ser un verdadero artista, sabía pintar retratos en los que mejorando los originales no faltaba el parecido, y esto agradaba en extremo á los retratados. Así es que no le faltaban encargos, generalmente bien retribuídos.

A pesar de sus devaneos, ya seniles por entonces, tenía lo que suele llamarse buen fondo, y creyéndose poco estimado por sus propios hijos, miraba con cariño á los dos sobrinos que vivían modestamente en Santander. Pensando en el triste porvenir que les aguardaba, creía deber hacer en su favor algo más que cumplir un contrato.

Con el fallecimiento de su esposa, entró en posesión de la parte de bienes gananciales que le correspondía; pero era pusilánime y no quería desmembrar lo heredado para no perjudicar á sus herederos forzosos. De lo que le producían sus trabajos pictóricos en París podía disponer á su antojo, y resolvió emplear una parte de aquellas ganancias en beneficio de los hijos de su hermana política.

No agradó este propósito al ama de gobierno; pero su táctica consistía en aplaudir al pronto las determinaciones de su señor, sin perjuicio de ir poco á poco, con la socorrida resistencia pasiva, á donde la interesaba llegar. Su imaginación novelesca la hizo temer que el deseo que se apoderó de D. Adriano de proteger á sus sobrinos, se extendiese á la madre de ellos para crear una nueva

familia, ya que suponía que había perdido el cariño de sus propios hijos, lo que no era verdad, pues Augusto le respetaba y su hija le quería sinceramente, y partiendo de aquel supuesto, trató de evitar lo que pòdía poner en peligro el porvenir á que aspiraba.

El famoso y siempre eficaz axioma *divide y vencerás* acudió en su ayuda, y mostrándose propicia á que los sobrinos fuesen protegidos por su afectuoso tío, procuró separarlos de su madre, malquistar á ésta con su cuñado, proporcionarla con maña los mayores disgustos, socabar su salud, que por desgracia no era muy buena, y conseguir á fuerza de una malévola perseverancia su propósito, que era pasar de ama de gobierno á ama de casa, tener en su día un apoyo en los huérfanos á quienes procuraría atraerse á fuerza de meloso cariño, y sobre todo aprovechar el caudal que á costa de ahorros pudiera dejar el retratista.

En su concepto había que dar una esmerada educación á la niña y esto podía conseguirse llamándola á París para que ingresase en un buen colegio. Por entonces tenía quince años y no había tiempo que perder. Su hermano contaba diez y siete, y las cartas que escribía á su tío revelaban inteligencia y buenos sentimientos. En París aprendería el francés, y con sus relaciones podría Ferrán colocarle en alguna casa de comercio.

Ante esta perspectiva, la madre aceptaría con gusto el sacrificio que la imponía la separación. Era una lástima que la buena señora no hablase

francés, y que ni por su edad ni sus achaques estuviera en condiciones de aprenderle. Más tarde, según el rumbo que tomaran las cosas, podría reunirse con sus hijos.

Poco á poco fué desarrollando el ama de gobierno su pérfido plán. Ferrán comunicó á su hermana política su propósito de perfeccionar y completar á sus espensas la educación de sus sobrinos, y la cariñosa madre, pensando únicamente en el porvenir de sus hijos, aceptó la oferta con agradecimiento. Aprovechando el viaje á París de una familia de Santander, envió á la niña en Febrero de 1860, y el niño que ya era un hombrecito, partió de Santander, también á fines del mismo año.

Durante el primer mes de su estancia en París, se encargó Mad. Pradelles de enseñar á la sobrina de D. Adriano lo más indispensable del idioma francés para que pudiera ingresar en el colegio donde debía instruirse y educarse.

Clotilde colmó á la joven de caricias y agasajos, á pesar de lo cual no consiguió captarse su simpatía. La intuición femenil, que rara vez se engaña, la hizo adivinar en ella una enemiga; pero se resignó á ser amable por educación ya que no podía ser expansiva por cariño.

Cuando al llegar á París la encontré en casa de D. Adriano, me pareció seria y reservada. Lo era en efecto, y á pesar de sus pocos años guardaba en su alma la profunda pena que la había causado separarse de su madre; pero esta buena señora que veía su salud muy quebrantada y te-

mía dejar huérfanos y desvalidos á sus hijos, la exhortó á que aceptase el sacrificio como ella le aceptaba.

Si su temor se realizaba, el tío que tanto se interesaba por sus sobrinos, podría reemplazarla.

Alguna noticia, no muy favorable, tenía del ama de gobierno; pero ésta la escribió una carta muy sentimental ofreciéndola atender á sus hijos con el mayor esmero, y eso la tranquilizó. El deseo de aquella pérfida mujer era llegar á una intimidad que la permitiera comunicarla confidencialmente noticias que disgustándola, empeorasen su salud.

Mad. Pradelles comprendió con su gran perspicacia el propósito de su amiga, que no cesaba de decir que aunque se quedaran huérfanos los sobrinos de D. Adriano, en ella encontrarían lo que perdierán, y se propuso evitar que le realizase, porque la interesó vivamente la que fué su discípula antes de ingresar en el colegio.

En tal situación se hallaban las cosas cuando un día, dada la verdadera amistad que nos unía á Carlos Bannelier y á mí, no pude menos de manifestarle lo que me sorprendía y extrañaba que tanto Mad. Pradelles como él, fuesen amigos y al parecer amigos íntimos, de una mujer que por lo que me había referido Augusto y por la impresión que me había producido el escaso trato que había tenido con ella, me parecía no solo antipática, sino despreciable.

Entonces me confió la historia que á grandes

rasgos acabo de reproducir, contada con más pormenores, que he omitido, por Clotilde á Mad. Pradelles, y me insinuó que tanto esta señora como él continuaban tratándola, á fin de emplear el ascendiente que sobre ella tenían para evitar en lo posible la desventura de aquella madre á quien no conocían, pero que les interesaba vivamente.

A mi vez me interesó aquella página del corazón humano, tan mísero en unos seres, tan admirable y sublime en otros; y de las observaciones que hice por mi cuenta, deduje que el talento que el ama de gobierno revelaba á primera vista, no era más que un simple fuego fatuo, reflejo del refinado egoismo que se albergaba en un alma, perversa, bajo la apariencia de un artificioso y trasnochado romanticismo.

No era temible: más temor debía infundir la debilidad de carácter de D. Adriano y el ascendiente que había dejado que su ama de gobierno tomara sobre él.

El minucioso estudio que con creciente interés hice también de la colegiala seria, reservada y al mismo tiempo sencilla y bondadosa, me demostró que poseía un alma ricamente dotada con una clara y perspicaz inteligencia, con los más puros y nobles sentimientos y con un espíritu de generosidad y de justicia, acrisolado en la piedra de toque de un infortunio, que había servido para estrechar los lazos entre una buena hija y una buena madre.

Mi inesperada curiosidad al escudriñar en las

escasas ocasiones que teníamos de vernos, los misterios de su espíritu, la inspiró recelo; y además, como pude observar, me perjudicaba á sus ojos la simpatía que manifestaba en favor mío el ama de gobierno.

Pero la sinceridad triunfa siempre y cuando, no sin que transcurriera bastante tiempo, pudo conocerme y comprenderme; cuando se convenció de que me preocupaban su presente y su porvenir, de que sentía por ella un afecto de los que echan raíces en el alma, viven, florecen y llenan una existencia; de que asociaba á su madre á todos los proyectos que me inspiraba su felicidad, la discreta reserva se trocó en noble é ingenua confianza y la casualidad, dirán los descreídos, la Providencia, digo yo, nos unió para toda la vida.

La madre, condenada por una mujer envidiosa é intrigante á morir de pesadumbre lejos de sus hijos, asistió á la ceremonia nupcial, irradiando su rostro la felicidad que rebosaba en su alma.

Aquel día me otorgó Dios, no solo una esposa, sino también una madre como la que perdí en la adolescencia.

Muchas páginas necesitaría para referir como á fuerza de industria para con los malos y los débiles de carácter y de lealtad para con los buenos, conseguí crear un hogar, mi más constante aspiración. Como interesa todo lo que es acción, sean quienes sean los actores, las páginas á que me refiero serían leídas con curiosidad; pero, no: perdóneme el lector que guarde en el jardín misterio-

so de que tantas veces he hablado, los recuerdos de aquella lucha y de aquel triunfo, á los que he debido cuanto ha endulzado en mi vida familiar las amarguras que como á todos los seres humanos me ha deparado la vida social.

Sólo diré que D. Adriano quedó libre del compromiso á que le ligaba la escritura otorgada en la Habana, porque mi compañera y yo resolvimos debernos á nosotros mismos cuanto pudiéramos necesitar, y deseábamos además que aquella madre tan buena participase de nuestra suerte. Quiso, sin embargo, hacer algo en favor de su sobrino, y como en España era donde debía estudiar una carrera para buscarse un porvenir, resolvimos complacerle y al ausentarse de París fué nuestro hermano en su compañía á Barcelona.

En Francia es el matrimonio civil el único válido para los efectos legales; pero preferimos la legalidad española, que era entonces el matrimonio canónico, y fué indispensable que la ceremonia nupcial se celebrase en tierra española—la Embajada ó el Consulado—y que el Arzobispo de París autorizase á un eclesiástico para que bendijera nuestra unión. Las velaciones podían verificarse acto continuo en Saint Germain des Prés, parroquia á la que pertenecía la casa que debíamos habitar, *rue Mazarine*, número 12.

Opté por el Consulado, y el excelente amigo don Gaspar Muro me puso en relaciones con el Cónsul, que era á la sazón D Francisco Hormaeche, quien con la más exquisita amabilidad nos dió

todo género de facilidades. Pedí una audiencia al Arzobispo de París, venerable prelado que diez años después fué inicuamente sacrificado por la *Commune*, le manifesté mi deseo de contraer el matrimonio canónico á la usanza de mi país, y aplaudiendo como era natural mi resolución, me otorgó cuanto deseaba.

Siempre he creído y sigo creyendo, que los lazos de la familia moral debe formarlos la Religión y en su nombre la Iglesia; pero no desconozco la necesidad para la familia civil, sobre todo en los países donde hay libertad de cultos, de la intervención de los alcaldes ó de los jueces municipales.

El día 19 de Julio de 1861 fuimos amablemente recibidos en el Consulado español, y allí nos casó con arreglo al rito católico el abate Molinier, vicario de los matrimonios de Saint Germain des Prés, muy satisfecho de escamotear una pareja al código civil de su país.

Los franceses, que á pesar de su decantada civilización son generalmente supersticiosos, consideran los viernes días aciagos para contraer matrimonio. A Dios gracias, nunca he participado de estos pueriles temores. Emprendí un martes mi viaje á París, donde debían resolverse satisfactoriamente los dos problemas que me preocupaban, y me casé en un viernes, encontrando lo que ha constituído la mayor felicidad de mi existencia.

Fueron padrinos de mi boda la madre de mi esposa y Mr. Percot, un buen amigo de quien habla-

ré en breve, y asistieron al acto como testigos Carlos Bannelier y D. Adriano, y como amigos Urrabieta y su señora, Mad. Pradelles, el ama de gobierno que Judas femenino abrazó á la que tanto daño había querido causar, y la familia del Cónsul que nos dió muestras de sincera simpatía.

Mi padre, á quien había informado oportuna y detalladamente de mi proyecto matrimonial, con los documentos indispensables me envió su aprobación, necesaria por ser yo todavía menor de edad. Mi amigo Mena, que residía en Santander, gestionó para obtener los papeles indispensables á la que iba á ser mi esposa, y como había nacido en la Habana, recordando que el general Serrano era entonces Capitán general de la Isla, le escribí rogándole que me proporcionase aquel no menos indispensable documento, lo que hizo á vuelta de correo. La más dulce esperanza nos prometía lo que cumplió la realidad, á pesar de un contratiempo que surgió con un mes de anterioridad al día señalado para nuestro enlace.

Como antes recordé, México estaba en pleno período revolucionario y la casa editorial de Rosá Bouret tenía en aquel país el principal mercado de sus libros. Al exacerbarse la guerra civil, tomaron medidas previsoras disminuyendo las publicaciones y por consiguiente mi trabajo; pero cuando fué conocido el proyecto de la intervención anglo-franco-española y la resolución de los mexicanos de no dejarse dominar por influencias extrañas, suspendieron el envío de libros y

me llamaron para comunicarme que hasta que se normalizase la situación revolucionaria que atravesaba México, sólo podrían encargarme mensualmente trabajo por valor de 100 francos.

Con este motivo juzgué un deber de delicadeza aplazar el proyectado enlace; pero ni la que debía compartir conmigo dichas y desdichas, ni su madre, quisieron retrasar el momento que anhelábamos. Con mucho menos vivían otras familias, y hasta podía ser un bien que comenzásemos á sufrir privaciones materiales, compensadas con el desinteresado y verdadero cariño que nos estimulaba á estrechar el indisoluble lazo.

Agradecí el sacrificio que aceptaban y no me amedrenté. Dios abriría camino, y lo abrió en efecto, porque un Sr. Torres Caicedo, ministro de la República de Venezuela cerca del Gobierno francés, á quien conocí en la redacción del *Correo de Ultramar*, del que era activo é ilustrado colaborador, me puso en relaciones con un joven y distinguido literato chileno llamado D. Guillermo Blest Gana, quien por encargo de Mr. Gay, miembro del Instituto de Francia y autor de una extensa y documentada monografía de Chile, buscaba un escritor español que con el texto que había redactado y los nuevos y curiosos datos que le proporcionaría, pudiera confeccionar en idioma castellano la útil é importante obra *La Agricultura Chilena*, que tan estimada ha sido en la república.

Esta obra, que constaría según el propósito de Mr. Gay de dos abultados tomos en folio y debía

hacerse bajo su dirección en seis meses, me produciría 2.000 francos, con lo que mis ingresos mejorarían grandemente.

Por aquel tiempo una señora cuyo esposo, alto empleado del Ministerio de Comunicaciones, monsieur Fourcade, proyectaba, asociado al Sr. Gurtubay, establecer en España la venta al por mayor de petróleo, que entonces prometía ser un negocio de gran importancia, quiso aprender el idioma castellano con auxilio de un literato que pudiera á la vez darla á conocer la literatura española, porque era una señora muy ilustrada.

Por mediación de Mr. Percot fuí su profesor durante algunos meses, dándola tres lecciones semanales al precio de cinco francos cada una.

Mr. Fourcade realizó su propósito, estableció un gran depósito de petróleo en Madrid, que aún subsiste dirigido quizás por alguno de sus hijos; estableció, no se en qué punto de la provincia de Santander, una fábrica refinadora del artículo que tanta boga alcanzó y no ha perdido del todo; permaneció en Madrid una larga temporada con su familia y la razón social Fourcade y Gurtubay adquirió gran prestigio.

Dos discípulos más tuve en París, que pagaban al mismo precio las lecciones: una señora y un caballero cuyos nombres no recuerdo.

Mr. Melan, muy amigo de mis editores, por recomendación de éstos me encargó para *El Correo de Ultramar* una revista española mensual, pagándome por cada una cincuenta francos, tarea que

desempeñé mientras se publicó el periódico.

Como si no bastase aquel período de nueva y relativa prosperidad, me brindó la suerte la esperanza de un importante trabajo, que no llegó á realizarse, pero del que voy á decir algo porque de haberse llevado á cabo, la Bibliografía de la América latina contaría con una historia monumental de sus cada día más prósperos Estados.

Un italiano, hombre de gran talento, de asombrosa actividad, de privilegiada memoria y de una salud á toda prueba, el *signor* Luigi Nascimbene fué siendo joven á Buenos Aires en busca de fortuna, recorrió después las demás repúblicas de la América del Sur y del Centro, estuvo en México, y cuando al cabo de algunos años de ganarse la vida del mejor modo que le fué posible pudo disfrutar de un modesto bienestar, concibió el proyecto verdaderamente colosal de hacer una historia de la América latina, amplia, detallada, completa, sirviéndole de pauta la Universal de César Cantú, que en aquel tiempo marcaba el progreso de los trabajos históricos.

Hombre de voluntad enérgica, se dedicó á reunir datos, recorriendo de nuevo los Estados hispano americanos, con la deliberada intención de averiguar cuanto pudiera contribuir á la monumental obra que proyectaba.

Más de diez años empleó en esta labor de benedictino, y cuando en posesión de los elementos indispensables para realizar la magna empresa, pudo darse cuenta de su importancia, de lo que cos-

taría su impresión y de las dificultades que hallaría para encontrar un editor que poseyendo el capital indispensale se atreviera á arrlesgarle, decidió editar la obra por sí mismo; pero impetrando el auxilio moral y material de los Estados á quienes debía interesar que su historia fuese detallada é imparcialmente escrita.

Conocedor del mundo, comprendió que mejor que ir mendigando protección de cada uno de los gobiernos, debía para el logro de sus deseos trazar el índice de los capítulos de cada historia, índice detallado y razonado, lo que no dejaba de representar un trabajo que casi podía calificarse de portentoso; y formar con aquel esquema un cuaderno de un centenar de páginas remitiendo á los respectivos gobiernos latino-americanos unos cuantos ejemplares á fin de que enterados de su proyecto, acordasen la subvención que cada Estado podía darle para llevar á término una empresa, que redundaría tanto en honra del autor como de las repúblicas que hicieran un sacrificio pecuniario con el propósito de que sus respectivas historias llenasen el vacío que se notaba, pues hasta entonces sólo México había rendido tributo á su pasado.

Para formar aquel detallado índice que demostraba la asombrosa investigación que había realizado, el *signor* Nascimbene regresó á Europa, buscó en los alrededores de París una casa de campo donde emprender á sus anchas la árdua tarea, empleó en ella más de un año, y como quería hacer una labor lo más perfecta posible, aun-

que sabía el idioma español por haberle hablado continuamente durante veinte años, qniso que un escritor castellano examinase su trabajo antes de darle á la imprenta.

No recuerdo ni hace al caso, saber como le conocí: lo cierto es que me habló de su proyecto que me pareció admirable y que la ilusión, mi inseparable compañera, juzgó que los Estados hispanoamericanos se apresurarian á complacer á tan concienzudo historiador acudiendo con generoso desprendimiento á otorgarle los medios pecuniarios para realizar una obra que á todos había de honrar y engrandecer.

El *signor* Nascimbene me prometió que sería su colaborador, si como esperaba le facilitaban los gobiernos americanos el capital necesario para emprender la publicación, y firmó un contrato conmigo comprometiéndose á abonarme, si la obra se publicaba, 50 francos por cada pliego de 16 páginas de los que yo escribiese, y 25 por cada uno de los que él escribiera y me encargase yo de corregir.

La obra debía constar de diez ó doce tomos en folio, ¡y qué se yo los miles de francos que debían corresponderme, cuyo cálculo hice con la alegría que puede suponer el lector!

El índice de la Historia de los Estados de la América latina se imprimió formando un abultado folleto; con recomendación de los respectivos ministros y cónsules residentes en París se envió á los Estados hispano-americanos, y aguarda-

mos el resultado de aquella tentativa, no sin que el *signor* Nascimbene con sus cabellos blancos y yo con los míos castaños, todavía sin cana alguna, hiciéramos todo género de castillos en el aire, *chateaux en Espagne*, que dicen los franceses.

El resultado fué, que solo contestaron algunos gobiernos excusándose ú ofreciendo cantidades mezquinas, y que la magna empresa no pudo realizarse.

Dios sabe á dónde habrá ido á parar la riqueza en datos y documentos que reunió el italiano, habiendo empleado la mayor parte de su modesta fortuna en tan meritoria labor.

Al marcharme de París le dejé enfermo, triste, solo, porque era un solterón. Después nada he sabido de él. Como recuerdo, me regaló un folleto del famoso *índice*, que por sí solo tenía gran valor, porque en sus páginas se trazaba el plan de cada monografía y el asunto que debía tratarse en cada capítulo.

Cuando me enteré de que él por tantos títulos admirable D. Francisco Pí Margall, se proponía escribir ó estaba ya escribiendo y publicando una Historia de la América latina, recordé que en una ocasión me honró visitándome para hacerme un encargo de parte de Urrabieta, de quien era amigo, y siendo yo ferviente admirador de su talento, su austeridad, su acrisolada probidad y las virtudes públicas y privadas que inmortalizarán su glorioso nombre, fuí á verle pocos años antes del de su muerte á la calle de Columela y le llevé

el folleto del pobre *signor* Nascimbene, por si quería hojearle y podía serle útil.

Me recibió afectuosamente, y con aquella voz dulce, insinuante, tímida al parecer, que no recordaba del catalán, su idioma nativo, más que la poesía transformada su rudeza en encantadora melodía, me agradeció el obsequio, que podía serle muy útil y que además le permitiría consagrar un recuerdo al autor de aquel trabajo que solo al hojearle le pareció verdaderamente maravilloso.

XVIII

Para recordar la historia de mi casamiento interrumpí la de Carlos Bannelier y voy á reanudarla.

Al mismo tiempo que mi buen amigo desempeñaba su empleo de telegrafista, estudiaba el piano y la composición; pero como estos estudios disgustaban á su padre y él le guardaba todo género de respetos y consideraciones, necesitó valerse de la buena amistad que le profesaba Mad. Pradelles, y á casa de esta señora mandó llevar un piano de alquiler. Allí acudía cuando estaba libre de servicio y allí estudiaba horas y horas con la perseverancia que constituía lo más importante de su carácter.

Llegó un momento en que decidió realizar á toda costa su propósito de ser músico é hizo una nueva tentativa cerca de su padre para que cesase

en su inconcebible oposición. Este paso fué inútil, y entonces aguardó á la mayor edad para renunciar á la profesión que ejercía y consagrarse en absoluto á los estudios que le interesaban.

Bannelier aceptó el sacrificio por completo y alquiló en una calle próxima al Conservatorio de música y declamación un cuarto de los muchos que hay por allí para hospedar á los alumnos pobres. Creo que pagaba diez francos al mes, y no tenía en aquel mísero albergue más que la cama, un piano alquilado, un mal lavabo y dos sillas.

Muchos ratos pasé con él en aquel camaranchón recordando á Becquer, por que si Bannelier no era tan fantástico como Gustavo, si vivía en la realidad al caminar en busca del porvenir, no dejaba de acariciar ilusiones y esperanzas. ¿Qué artista se ha librado de estas falaces, pero siempre cariñosas amigas?

Su frugal alimentación se reducía á un almuerzo de 40 céntimos y á una comida de 60. Con cuarenta francos atendía á sus más apremiantes necesidades, y para conseguirlos daba lecciones de solfeo y de piano á precios irrisorios.

Mad. Pradelles que disfrutaba de una posición desahogada, le apremiaba para que siquiera fuese á su casa á almorzar y comer; yo mismo, enterado de sus interioridades, inventaba pretextos para obligarle á que comiera conmigo en el restaurant ó en mi casa cuando tuve hogar. Todo era inútil, quería sufrir, quería hacer los mayores sacrificios en aras de su pasión.

Además de las lecciones, traducía algunas cartas comerciales de Alemania, de Inglaterra, de España ó de Italia, para los fabricantes que recibían pedidos en aquellos idiomas que desconocían.

En aquel tiempo se perfeccionaba en el piano y estudiaba armonía, contrapunto y fuga, con la conciencia que ponía al servicio de todos sus actos. Trabajaba con el afán de quien quiere llegar pronto y bien al logro de sus deseos; á pesar de lo cual por favorecerme tradujo al francés haciendo un verdadero sacrificio, el drama que escribí con el título de *Un Hijo natural* y que entregamos al director del teatro del Odeón, forjándonos la ilusión de que sería admitido y representado.

La teoría de mi obra era completamente opuesta á la que planteaba la célebre comedia de Dumas hijo, que había alcanzado gran éxito. Entre lo legal y lo moral, optaba yo por lo moral. El hijo no elige padre, Dios se lo da; si no cumple los deberes que la religión y la moral le imponen, tanto peor para su conciencia. Y no hay que decir que hay padres desnaturalizados: para afirmarlo sería preciso penetrar en lo más hondo de su espíritu. De todos modos yo proclamaba el principio de que el hijo natural debía, como el legítimo, amar y respetar á su padre. No era el llamado á castigar á quien le había dado el sér, cualesquiera que fuesen las condiciones de su nacimiento.

Esta afirmación era la antítesis de la que informaba la comedia de Dumas hijo; y por respeto á este ilustre dramaturgo y también porque mi dra-

ma valía poco, le rechazó el director del Odeón.

La misma suerte sufrió en España; pero el actor D. José Mata tuvo noticia de mi obra, me la pidió para darla á conocer en América á donde se proponía hacer una *tournée*, la representó muchas veces y según me informaron los periódicos y el mismo artista, alcanzó una acogida en extremo lisonjera.

No es de extrañar. Con el asunto del drama, conservando el mismo título, escribí una novela que editó la casa Rosá Bouret, de la que ha tenido que hacer muchas ediciones, porque en todos los Estados de América, pero particularmente en México, logró el favor del público.

Me han explicado este éxito los que conocen aquellos países en los que, al menos en la época á que me refiero, parece ser que había gran número de hijos naturales, que no miraban con buenos ojos á los que al darles el sér habían tirado la piedra y escondido la mano.

Mi libro fué un consuelo para los padres que no estaban dentro de la legalidad. Lo cierto es que cuantas veces he ido á París y he visitado á los sucesores de Rosá Bouret, les he oído decir:

—¡Ah, *El Hijo natural!* ¡Se vende siempre! Es un filón que no se agota.

Los lectores de la novela, acudieron seguramente á ver el drama en el teatro.

Drama y novela se han publicado en España con el título de *El cuarto mandamiento.*

Siempre he creído que se debe honrar á los padres... aunque no lo merezcan.

Cuando abandoné á París para establecerme de nuevo en España, dejé á mi amigo Bannelier haciendo aquella vida de estudiante pobre. Ganó premios, sus maestros le consideraron y como además poseía un juicio crítico perspicaz y honrado, el editor de música Heugel que publicaba *Le Menestrel*, revista musical importante, buscó su colaboración. Cuando terminó la carrera de compositor en el Conservatorio, la célebre casa editorial de música Brandus y Compañía le nombró director de la sección de Ediciones y redactor en jefe de la *Gaceta Musical*, el periódico artístico más importante de Francia mientras que subsistió la poderosa casa de los Brandus, editores de Meyerbeer y de los principales autores de óperas y operetas francesas.

De la más absoluta pobreza pasó á la más inesperada prosperidad. La casa Brandus le asignó el sueldo anual de doce mil francos.

Durante su calvario, le confortó en sus dudas y en sus tristezas Mad. Pradelles. Cuando se vió en una posición desahogada, pagó con verdadero amor aquellas muestras de cariño.

La profesora dejó á su vez el colegio, cambió su nombre por el de Mad. Bannelier, y la hija de la viuda encontró un padre cariñoso y un maestro en aquel hombre, á quien estaba acostumbrada á ver y á querer desde que pudo darse cuenta de que vivía.

Como nuestra amistad fué cada día más íntima, no hemos cesado de darnos mutuas pruebas del

desinteresado afecto que nos ha unido, y más adelante tendré nuevas ocasiones de hablar de él y de la monumental *Monografía del Piano*, que comenzó á escribir y que no pudo terminar á pesar de haber empleado más de veinte años en su preparación.

Mientras permanecí con mi nueva familia en París, nuestro trato con Bannelier y con Mad. Pradelles fué frecuente y en extremo agradable. Durante treinta y siete años no hemos cesado de estar en comunicación, y aún conservo relaciones muy afectuosas con la hija de nuestra excelente amiga, que casó con Mr. Desjardins, gran violinista y uno de los más ilustres profesores del Conservatorio de París.

XIX

Instalados en nuestro modesto hogar, después de la lucha sostenida disfrutamos de un período de apacible tranquilidad.

Es general y en cierto modo justificada la aversión de los yernos á las suegras. A la que Dios me había deparado no había más remedio que quererla y hasta venerarla. Convencida de que mi único anhelo era ofrecer la mayor suma de felicidad á la que había de ser compañera de mi vida, le agradeció de tal modo, que llegó á estimarme tanto ó más que á su hija.

Uno de los inconvenientes de las suegras es su ingerencia en la vida íntima de los cónyuges.

No pueden acostumbrarse á la pérdida de toda iniciativa en el modo de ser y hasta de pensar de sus hijas y como es natural, esa tercera persona en el dúo conyugal estorba, molesta, mortifica. De este antagonismo nacen los disgustos que acibaran la existencia de los matrimonios, convirtiendo el hogar en palenque de lucha cuando la mamá política habita en el mismo albergue.

Más de treinta años vivió en nuestra compañía la que yo llamé siempre madre, porque madre amantísima fué para mí, y en todo este tiempo, ni un solo instante cesó la armonía en nuestro hogar. Ni en París desde que formamos una sola familia, ni en Madrid donde no se separó de nosotros más que breves períodos de tiempo, surgió el menor disgusto. Para ella no había más dicha que vernos dichosos; cuanto proyectábamos y hacíamos la parecía bien; las atenciones que merecía y la guardábamos eran agradecidas con una sinceridad sin igual. Por lo mismo la consultábamos, contábamos con ella para todo, y siempre era de nuestro parecer. Ella qué sabía: nosotros, á pesar de ser más jóvenes, conocíamos en su concepto mejor que ella lo que debíamos hacer. Procuraba borrarse, desvanecerse; sólo acudía cuando eran necesarios su auxilio, su experiencia, su cariño. Que su hija la adorase, nada tenía de extraño. Había visto en ella abnegación en todo y para todo. Ni un átomo de egoismo había en su álma; es decir, era egoísta de nuestra felicidad y no aspiraba más que á que se reflejase en ella.

Pocas veces he visto un ejemplo de altruismo más completo que el suyo. Y no fué solo buena hasta el extremo que refiero sin exageración alguna, para su hija y para mí, lo fué para sus nietos, para sus dos hermanos supervivientes, de los que algo diré más adelante, para nuestros amigos y hasta para nuestros servidores.

He querido retratar en alguna de mis novelas el carácter de esta angelical señora. Me ha sido imposible: dificilmente hubiera podido conseguirlo el más perspicaz psicólogo al querer condensar en un alma aquellos múltiples matices, todos hermosos y sin sombra de monotonía. De haberla podido retratar con exactitud, habría parecido un ser ideal, soñado, no un ser real y positivo.

En París hay, como en todas partes, pero más caracterizadas, dos clases sociales: la de los que pasan la vida trabajando y la de los que huelgan y se la pasan divirtiéndose. Supongo que en la actualidad sucederá lo mismo que cuando yo habité en la gran ciudad.

Los primeros, como las laboriosas hormigas, no se daban punto de reposo; los segundos, como las alegres cigarras, si no cantando, pasaban el Verano y las demás estaciones del año, entregados á los regocijos y placeres que en todo tiempo y más que nunca durante el segundo Imperio, ha ofrecido París á los afortunados mortales, lo mismo de Francia que de los demás países del mundo.

Por gusto y por necesidad pertenecí al primer grupo. A las ocho de la mañana me ponía á es-

cribir, dejaba la pluma para almorzar, volvía acto contínuo á la labor, y solo alguna que otra tarde al oscurecer salía con mi esposa á dar un corto paseo por el jardín del Luxemburgo, que estaba á diez minutos de nuestra casa.

Al regresar á nuestro hogar, comíamos con buen apetito los manjares que había condimentado la criada que teníamos á nuestro servicio, dirigida por nuestra madre, gracias á la que podíamos estar bien servidos, pues la maritornes, natural de la Aubernia, departamento de Francia que corresponde á nuestra Galicia, aunque cobraba 30 francos, estaba á la altura de las domésticas que en España sirven ó en aquellos tiempos servían por cuarenta ó cincuenta reales al mes de salario.

Mis dos mujeres, como yo llamaba á mi esposa y su madre, no estaban ociosas: la primera hacía labor cerca de mi mesa de trabajo, preparando la canastilla para el fruto de bendición que esperábamos. Su madre, mujer casera por excelencia, procuraba con el mayor esmero que nuestro modesto albergue nos fuera agradable.

Por rara casualidad ó solo por necesidad apremiante, salíamos á visitas en los días de labor. Yo, sin embargo, destinaba una tarde á la semana para ver á los editores, á los amigos parisienses y españoles ó para asistir á las clases del Conservatorio.

Algunas veces nos citábamos mi esposa, su madre y yo en el Luxemburgo á la hora en que las bandas militares, dos veces por semana, celebraban interesantes conciertos.

Aquella vida activa, laboriosa y al mismo tiempo apacible y feliz, realización de la que tanto había deseado, nos encantaba. El cariño es expansivo, locuaz; mi esposa y yo proyectábamos lo que debíamos hacer para conservar aquel bienestar que nos sonreía. Nuestra madre, en los períodos de descanso y durante las veladas, nos refería episodios de su accidentada historia.

Había quedado huérfana y pobre á los ocho ó diez años y había sufrido mucho antes de llegar á lo que consideraba como un oasis; es decir, á vivir á nuestro lado, viendo á su hija feliz y encontrando en mí un hijo que á la vez la quería y la veneraba sinceramente.

Los domingos, como los parisienses de la clase de los que trabajaban, los dedicábamos al esparcimiento del animo. Después de oir misa en la capilla de la Virgen de Saint-Germain des Prés, emprendíamos excursiones, algunas veces á Vicennes ó á Versalles, por lo general al Bois de Boulogne ó á los pintorescos pueblecitos de los alrededores de París.

En aquellos días festivos dejábamos en libertad á la doméstica, y almorzábamos y comíamos en las poblaciones que visitábamos, y cuando hacía mal tiempo se limitaba nuestro recreo á recorrer los interesantes museos del Louvre, de Cluny, del Jardín de plantas y del de Aclimatación, nos permitíamos el lujo de comer en alguno de los acreditados *restaurants:* el de Magny en nuestro barrio, el de Marguery en el Boulevard, el de

los *Trois freres provenceaux* en el Palais Royal.

A veces concertábamos excursiones con madame Pradelles y Bannelier, nuestros buenos amigos, ó éramos invitados á la casa de campo que poseían en Ville d'Avray los señores de Rodríguez ó á la que en Saint Maur habitaba la familia de nuestro padrino de boda Mr. Percot. En una de las visitas á esta última, conocimos al hijo del famoso impresor y editor Rivadeneira, que formaba parte del Cuerpo Consular de España y acababa de llegar no recuerdo de qué punto del Extremo Oriente. Joven muy ilustrado y simpático, era digno hijo del inteligente y emprendedor tipógrafo de origen, á quien debe la bibliografía de España la monumental obra *Autores Españoles*.

El buen amigo Percot era uno de los más acreditados é importantes comisionistas de París. El campo de sus operaciones era España, y después de conocerle y tratarle, se comprendía que su clientela fuese como era, muy distinguida y numerosa.

De clara y perspicaz inteligencia, noble, franco, servicial; de una actividad prodigiosa y una probidad absoluta, había logrado al ser intermediario entre los productores franceses y los consumidores españoles, ganar la voluntad y el aprecio de unos y otros y crearse una posición próspera que le aseguraba una importante y saneada fortuna.

Por su iniciativa y mediación, un antiguo é inteligente empresario de teatros, Mr. Couturier, arrendó en Madrid el de Variedades, y durante dos ó tres temporadas funcionaron en él compañías

dramáticas francesas, que representaban las obras que se estrenaban con éxito en París, y reunían en el entonces casi nuevo coliseo de la calle de la Magdalena un público escogido, compuesto de los numerosos franceses que por causas políticas ó por los buenos negocios industriales y financieros que podían hacerse en nuestro país en aquella época, habitaban en la Villa y Corte, y de familias aristocráticas que conocían el idioma de Moliere, por haberse educado en colegios franceses ó por la frecuencia con que visitaban á la capital de Francia.

En los dos ó tres meses que duraba la temporada, el teatro que Vallés, Luján y Riquelme hicieron después popular con la eficaz ayuda del genial Chueca, era un centro elegante, muy favorecido también por artistas y literatos, sin que faltasen los que andaban á caza de obras que traducir para que se representasen en castellano, de las que podían apoderarse impunemente porque todavía la propiedad intelectual estaba en el período de gestación.

Mr. Couturier, que era un hombre corpulento y al mismo tiempo esbelto, de mucho mundo, de claro talento, un completo negociante con aspecto de diplomático, llegó á ser en Madrid lo que se llamaba una persona de viso.

En mi calidad de revistero de teatros entré en relaciones con él, mi deseo de perfeccionarme en el idioma francés, me estimulaba á frecuentar su teatro, me hacía presentar á los principales acto-

res obedeciendo á mi afición por todo lo extranjero, y fuímos amigos como se puede serlo de los que se agitan en la esfera del arte escénico, no menos teatral que las obras que se representan en los teatros.

Mr. Couturier era además un republicano que odiaba, quizás también teatralmente, á Napoleón III; libre pensador, excéptico, *bon vivant* como dicen sus compatriotas. Charlaba por los codos, siempre de algo interesante ó por lo menos pintoresco, y no sé en sus interioridades lo que sería; pero en la superficie resultaba uno de esos hombres que agradan en el saloncillo de un teatro, en torno de la mesa de un café ó en las giras y excursiones de hombres solos.

En París nos encontramos, y por cierto que cuando esto sucedió, asistí á una escena que voy á referir porque retrata á un hombre despreocupado, con ingenio pero sin pizca de piedad.

Todavía no se había construído en París el magnífico templo de la Trinidad, que preside magestuoso la amplia y animada *Chaussée D'Antin*. Al final de esta calle pasó á mi lado un hombrón, en quien reconocí á Mr. Couturier. También él se fijó en mi y no tardamos en saludarnos cordialmente.

Me dirigía yo hacia el Boulevard de los Capuchinos, y satisfecho de nuestro encuentro quiso que charlásemos de sus amigos de Madrid, del motivo de mi estancia en París, empeñándose en obsequiarme con un *bock* de cerveza.

Nos encaminamos hacia el boulevard, y enton-

ces como ahora los parisienses saben que uno de los parajes más peligrosos por la aglomeración de coches, ómnibus, transeuntes y actualmente de bicicletas y automóviles, es la desembocadura de la *Chaussée D'Antín* en el Boulevard.

Un eclesiástico joven, de aspecto simpático, se vió de pronto entre dos carruajes que corrían veloces en opuestas direcciones; pero la rápida intervención y la fuerza hercúlea de Couturier, que detuvo con una mano los caballos de uno de los coches y cogió en vilo con la otra al buen curita, le libró de un atropello que pudo ser funesto para él.

Se formó un grupo de curiosos y el joven eclesiástico, todavía temblando, dijo á su salvador:

—No sé como demostrar á usted mi gratitud, le debo la vida.

Y Couturier con un aplomo que, lo confieso, heló momentáneamente mi sangre, exclamó:

—Si los carruajes hubieran podido atropellar á todos los curas y acabar con ellos, nada habría hecho para salvarlos. ¡Pero uno solo!...

De los que formaban el grupo en torno nuestro, unos se rieron y otros se indignaron; pero yo, que conocía á Couturier y sabía que más que un hombre perverso, era lo que por entonces se llamaba un fanfarrón del vicio, me apresuré á tranquilizar al pobre sacerdote, que no sabía qué pensar ni qué decir.

—No le haga usted caso—dije.—Es muy bromista. *Farceur* fué la palabra que pronuncié. Crea

usted que ha gozado librándole de la muerte.

Tranquilizado y sonriéndose, estrechó el clérigo mi mano. El exabrupto había sido una humorada de mi interlocutor. Seguimos nuestro camino comentándola, nos sentamos á una mesa en la *terrase* no recuerdo de cual café del Boulevàrd próximo á la *Chaussée D'Antín*, y poco después llegó un caballero no menos corpulento que Couturier, de quien era antiguo amigo, tomó asiento en nuestra compañía y el ex-empresario me presentó á él.

Era Mr. Percot, quien recordó haberme visto en Madrid en casa de Lhardy, uno de sus más importantes clientes y de sus mejores amigos, un día en que con otro joven, que seguramente fué Juanito Valero de Tornos, acudimos á casa del célebre fondista á encargar una de las comidas con que obsequiaba el marqués de Remisa el día último del mes á los redactores del *Fenix*.

Conocía á Madrid mejor que yo, hablaba el español con acento algo acatalanado pero correctamente, contaba entre sus clientes á muchas familias aristocráticas de la Corte, á algunos banqueros entre los que figuraba en primer término D. Guillermo Rolland, no eran para él un secreto ni los rincones de la coronada Villa, ni las aventuras y trapisondas de sus moradores, y exhuberante en todo, profesaba á España verdadero cariño.

Raro era el año en que no iba tres ó cuatro veces á Madrid. Según nos anunció, estaba estudian-

do un proyecto que sería una mejora para la Villa y Corte, y un buen negocio para quien lo emprendiera y supiera desarrollarle.

Era una vergüenza que en el Prado, el paseo más concurrido de la Corte de España, no tuvieran los paseantes á su disposición para sentarse más que unas antiguas, feas, sucias y desvencijadas sillas: las que años después pudimos ver los madrileños en los Jardines del Buen Retiro. Había propuesto al Municipio amueblar el elegante paseo madrileño con sillas y butacas de hierro, y si le otorgaban la concesión que había solicitado en toda regla, como por encanto transformaría el Salón del Prado y el Paseo de Recoletos, que ya por entonces empezaba á ser un bosquejo de lo que fué más tarde y sigue siendo en la actualidad. En un instante nos demostró lo que podía ganar el público en aseo, comodidad y baratura; porque como decía no sin cierto gracejo, era frecuente que las sillas de tosca madera blanca y de asiento de paja, se rompieran con detrimento de los que las ocupaban, y aunque el precio del alquiler de cada silla fuese el mismo—dos cuartos, porque todavía no habían hecho su aparición los céntimos—no faltaría quien ahorrase alguna cantidad importante en médico y botica.

Los sillones ó butacas, que como las sillas podrían plegarse y ocupar poco espacio, quedarían por las noches sugetos con cadenas y candados, sin vigilancia y sin riesgo de que los aficionados á lo ajeno se los llevaran, serían una no-

vedad, y estaba seguro, porque conocía el carácter español, de que muchos preferirían los sillones á las sillas *para dárse pisto*—añadió—porque conocía los modismos de la conversación familiar en nuestro idioma.

Mientras le oía, pensaba yo que mi padre podría ser un excelente administrador de aquel negocio. Aunque nada le dije, como se mostró muy afectuoso conmigo y recordando las costumbres españolas me ofreció su casa; como añadió que pensaba emprender en breve un nuevo viaje á Madrid y se ponía á mi disposición si deseaba que viese á mi familia aunque solo fuera para referir á mi padre y hermanas el buen estado de mi salud, resolví aceptar su oferta, fuí á visitarle y nuestra segunda entrevista hizo más afectuosas nuestras relaciones.

Mi padre, para quien ocuparse en asuntos de contabilidad era la suprema dicha, y que siempre buscaba sobresueldos que con su cesantía le permitieran vivir sin apuros, se entusiasmó cuando le referí el proyecto de Mr. Percot, que se realizó pronto porque obtuvo la concesión, y en el Verano de 1861 se cambiaron las viejas y peligrosas sillas del Prado, por los elegantes sillones y sillas de hierro que aún subsisten, aunque habiendo pertenecido á otros propietarios, y mi padre fué nombrado jefe de la oficina á cuyo cargo debía estar la explotación de los nuevos asientos.

Mi amistad con Percot fué desde entonces mayor y más íntima, me profesó sincero afecto, como

más tarde verá el lector me dispensó algunos favores de los que nunca se olvidan, y cuando se enteró de que proyectaba casarme, se ofreció á ser padrino de mi boda.

Después conocimos á su señora y á sus padres políticos. Las dos familiias habitaban una espaciosa casa con gran jardín en Saint Maur, cerca de Vincennes, á donde fuimos invitados á comer algunas veces, teniendo en una de ellas por comensal á Agustín Lhardy, quien al mismo tiempo que con su hábil dirección perpetúa el renombre de la casa que acreditó su excelente padre, es un notabilísimo pintor, paisajista de gran mérito, y posee un corazón de los más nobles y generosos.

Vestía aquel día el traje casi militar de los colegiales franceses; porque entonces, que podría tener quince ó diez y seis años, era estudiante, muy formalito, muy aplicado, muy sencillo y al mismo tiempo de un trato sumamente agradable.

El lector ve por mi relato, como la vida va trazando la novela de cada sér humano. Mi resolución de buscar fuera de mi patria lo que en ella no encontraba, me otorgó no solo lo que mi alma podía desear, sino que mejoró mi fortuna y hasta pude proporcionar á mi padre los recursos para vivir con un desahogo que por tantos medios había buscado inútilmente.

XX

El día 24 de Mayo de 1862 nació nuestra primera hija. ¿Qué podría decir para explicar la inefable

dicha que experimentó mi alma? Los que la han disfrutado la comprenden sin que yo la explique: para los demás no hay palabras que puedan expresarla.

Mi buen amigo Seijas se había ofrecido á apadrinar el fruto de bendición que llegase á mi hogar, y la recién nacida fué bautizada en Saint Germain des Prés con los nombres de Julia Eugenia. Carlos Bannelier representó al padrino, y nuestra madre fué la madrina.

Aquella santa felicidad nos duró poco. El 10 de Junio perdimos á nuestra hija, que sólo vivió diez y ocho días.

Había nacido muy robusta y las dos primeras semanas nada dejó que desear su salud. Los médicos que la visitaron, entre los que se hallaba un catalán llamado March, que era amigo nuestro, atribuyeron su inesperada muerte á una intoxicación producida por las emanaciones de la Casa de la Moneda, que separaba de la parte interior de nuestro albergue un patio que por un amplio balcón proporcionaba luz y aire á un gabinete donde llevamos la cunita de la niña, por ser el paraje que con más frecuencia habitábamos.

La ciencia tiene explicación para todo lo que con dolorosa ansiedad se la pregunta, y nos explicó cuando ya no había remedio, la causa de nuestra desgracia. Con alguna previsión de su parte, habríamos podido evitarla.

Afortunadamente hay un Dios que nada nos explica; pero que nos inspira gran respeto hacia su

misteriosa voluntad, y hay una Religión inspirada en El, que nos consuela.

En Francia es costumbre que los deudos más inmediatos acompañen á la última morada los restos queridos del sér que pasa á mejor vida. El trance es doloroso; pero desde el primer momento me pareció la costumbre francesa mejor que la española. Allí acompañan el padre al hijo, el hijo al padre, el esposo á la esposa, y las mujeres forman parte del acompañamiento como viudas ó huérfanas. Los que más estrechos lazos han tenido con el muerto, son los primeros que arrojan sobre el féretro el simbólico puñado de tierra.

Mi esposa, convaleciente aún, no pudo realizar esta obra de amor y de misericordia; pero yo y los verdaderos amigos que contábamos, acompañámos los restos de mi hija al cementerio de Montparnasse, donde fué sepultada.

Que se sufre menos estando rodeados de amigos que nos consuelen cuando se llevan para siempre las cenizas de lo que fué para nosotros calor y dicha... Es cierto; pero hay más amor, más grandeza de alma y más caridad en no abandonar al sér amado, hasta que la madre de todos, la fecunda y santa tierra nos recibe en su seno.

Tanto para que se restableciese por completo mi esposa, como para buscar en nuevos horizontes nuevas esperanzas, resolvimos pasar el resto de la primavera y todo el verano en Poissy, donde la familia de Just, á la que ya pertenecía Urrabieta, que también había tenido el sentimiento de perder

á su primer hijo, había alquilado una *villa* con todo género de comodidades y atractivos.

Poissy es una aldea situada á muy corta distancia de París, que abrevia el ferrocarril, en la que dos ó tres veces por semana, no lo recuerdo bien, se celebra mercado de bueyes, que dicen los franceses, ó de vacas, que diríamos nosotros, porque las reses que allí acuden en busca de compradores son destinadas al Matadero de París para el consumo de los parisienses.

No es esto nada agradable para los que van á Poissy á disfrutar de las bellezas del campo; pero el mercado y las posadas, *restaurants* y tabernas donde arreglan sus negocios vendedores y compradores, no molestan á las familias acomodadas que habitan hoteles, *villas* ó casas de campo, rodeadas todas de preciosos jardines y algunas hasta de verdaderos bosques.

En Poissy vivía entonces como un opulento señor feudal el gran pintor Messonier; pero en vez de ser señor de horca y cuchillo, era Providencia de los pobres y amigo llano y servicial de los vecinos ricos ó necesitados. Los que podían admirarle le admiraban; los que oían con asombro que ganaba un dineral pintando cuadros, casi todos diminutos, no se explicaban aquel en su concepto fenómeno, pero como disfrutaban una buena parte de las ganancias, sentían afecto y gratitud al que estaban seguros de hallar, con interés en sus penas, con dinero en sus apuros.

Para dar una idea de lo mucho que ganaba

Messonier, se decía y la referencia había llegado á la categoría de leyenda, que cada minuto de trabajo le valía diez francos y que cuando en las horas que destinaba á su tarea se veía obligado á recibir á algún amigo, á algún comprador de cuadros ó á algún vecino del pueblo, procuraba poner pronto término á la entrevista y después de mirar al reloj decía á su interlocutor:

—Me ha costado el gusto de hablar con usted tantos francos, según el tiempo invertido: 150 un cuarto de hora, 300 media hora y 600 una hora.

Era en efecto avaro de tiempo, y no le disgustaba el dinero; pero cumplía el precepto evangélico, siendo un buen administrador de lo que ganaba en beneficio de todas las pobrezas y desdichas de que tenía noticia.

Había fuera del casco de la población de Poissy muchas y preciosas quintas ó *villas*, como suelen llamarse cometiendo un italianismo; el paisaje era en extremo pintoresco y una inmensa selva que en coche y yendo deprisa se tardaba más de una hora en recorrer, unía á la gran aldea del mercado vacuno con el antiguo Real Sitio de Saint-Germain, en donde además del suntuoso palacio y de otros interesantes y notables monumentos, hay una terraza desde la que se goza de un panorama verdaderamente encantador.

A fines de Mayo fuí á buscar casa, y alquilé el piso principal de una situada en la *rue de la Pompe*, en el centro de un espacioso y bien cultivado jardín.

Su propietario era un señor ya anciano, pero vigoroso y agil, viudo, con una hija que frisaba en los cuarenta otoños, soltera, contrahecha, que sabía latín y no desperdiciaba las ocasiones de demostrarlo.

El cuarto estaba sin amueblar y debíamos alquilarle por tres meses: Junio, Julio y Agosto, pudiendo ampliar nuestra estancia hasta Septiembre, con opción á disfrutar del jardín. El precio era 50 francos al mes. Lo indico para que se vea cuan poco costaba entonces en París y sus alrrededores adquirir no sólo lo necesario, sino hasta disfrutar de lo superfluo.

Nada más fácil ni más barato que trasladar nuestros muebles y enseres en carros de mudanza de París á Poissy. Dos bastaron y cada carro costó cinco francos.

Mi esposa y su madre encontraron á su gusto la casa que yo había alquilado y era, en efecto, aunque modesta, cómoda y agradable, porque rodeada en tres de sus flancos por el jardín, un gran balcón que había en el cuarto lado, permitía ver una gran extensión de terreno con nutrido arbolado y en primer término la línea férrea.

El hermano de Mr. Bouret, á quien conocí en Madrid cuando fué á establecer una sucursal de la casa editorial de París, de la que luego se encargó el librero Moro, había arrendado una gran imprenta en Poissy y allí vivía con su esposa, su hija y su hijo Jorge, poeta en sus mocedades y más tarde distinguido literato y concienzudo tra-

ductor de los *Poemas* de Núñez de Arce y las *Doloras* de Campoamor.

Todos los individuos de aquella familia hablaban español, y nuestra madre que no sabía el francés pasaba ratos agradables con ellos y con la señora y las hijas de Just. Se organizaban excursiones, paseos, visitas á Saint-Germain; pero yo participaba poco de aquellos recreos, porque necesitaba trabajar.

Rara era la semana que no nos veíamos favorecidos con visitas gratísimas, algunas inesperadas.

Un día nos sorprendió mi antiguo amigo de la infancia Pedro López Sanchez, á quien acompañaba un joven, que después ha alcanzado merecida fama como orador parlamentario, jurisconsulto y escritor: D. Rafael María de Labra.

López Sánchez, que fué uno de los más ilustres catedráticos de la facultad de Derecho en la Uniuersidad de Madrid, era íntimo amigo mío desde el año 1848; supo que residía en París, con la actividad incansable que aplicaba á todos los actos de la vida, preguntó las señas de mi domicilio en el Consulado, fué á mi casa de la *rue Mazarine*, se enteró de que veraneaba en Poissy, y con su simpático acompañante, resolvió buscarme para darme un abrazo.

Me presentó á Labra; mi mujer y su madre los recibieron afectuosamente, comieron en nuestra compañía y las horas se nos pasaron sin sentir, dejándonos gratísimo recuerdo.

Desde aquel día fué Labra un amigo querido para mí, y nuestras relaciones han continuado sin interrupción, aunque no tan activas como yo hubiera deseado, porque el claro talento, la extensa cultura, la natural bondad y cuantas cualidades han hecho del gran orador y honrado y respetado político, una de las más importantes y simpáticas personalidades de la España contemporánea, me han inspirado admiración y sincero cariño.

Pero hemos seguido por distintos caminos: alguna que otra vez nos hemos encontrado y creo que siempre hemos tenido los dos una verdadera satisfacción.

Otra de las visitas que nos sorprendió no menos agradablemente, fué la de Mina García Goyena, recién casada con su constante pretendiente y adorador D. Cándido Ortíz de Pinedo, ingeniero militar, no recuerdo de qué graduación entonces. Buenos amigos míos los recién casados, desearon saber cómo me iba en París, conocer á mi esposa, porque á su tiempo anunciaron los periódicos de Madrid mi boda, reñirme, porque ni una sencilla carta les había escrito durante mi ausencia de España, y nos dieron otro día de satisfacción, porque honraron nuestra modesta mesa, los llevamos en un coche á Saint-Germain, mi mujer y los nuevos esposos congeniaron, y cuando regresamos á España continuamos tratándonos con sincero afecto.

Quien no nos sorprendió fué Seijas, que al darnos el pésame por la muerte de nuestra hija, su

ahijada, nos anunció que vendría á vernos, y cumplió su palabra,

Uno de mis más gratos recuerdos de Poissy, es los paseos que daba algunas tardes con el cura párroco del pueblo, Mr. Poyet, joven de veintiseis á veintiocho años, ilustrado, sinceramente piadoso, de una bondad que encantaba, de una caridad inagotable.

Como siempre he sido esencialmente religioso, cuando he encontrado un eclesiástico digno intérprete de la hermosa doctrina de Jesús, he experimentado verdadera satisfacción. Por desdicha mía, pocos he conocido y tratado durante mi vida: citaré entre ellos al cura de Poissy, que acabo de nombrar, á D. Bruno Lafuente, al inolvidable Manterola y á D. Ildefonso Serrano, cura párroco de Segura de León, á quien tuve ocasión de tratar en Madrid, aunque por breve tiempo. No dudo de que el número de sacerdotes como los que cito será grande; pero he sido poco afortunado y no recuerdo haber tenido ocasión de admirar, respetar y querer más que á los que he nombrado.

Mr. Poyet me permitía que le comunicase cuanto pensaba y sentía; no solo sobre la moral, que en este punto estábamos de acuerdo, sino respecto de los dogmas. Ni le sorprendían ni alteraban la serenidad de su espíritu los más atrevidos conceptos, las más radicales ideas, las más insidiosas dudas, que yo exageraba anhelando vivamente ser convencido de mis errores por la razón, el amor y la piedad.

Deseaba que aquel hombre tan bueno, tan inteligente, tan austero y al mismo tiempo tan sencillo, tan cariñoso, tan caritativo con los pobres de dinero como con los pobres de fé, disipase las dudas que me asaltaban como asaltan á cuantos piensan, sienten, y las confiesan, si no son ignorantes, indiferentes ó hipócritas, y que fortaleciese mis creencias.

En aquella hora crepuscular de nuestros paseos, bajo un cielo diáfano y puro, en pleno campo entre praderas y bosques, gozaba yo abriendo mi corazón á aquel sabio y misericordioso ministro de Dios, y aquella confesión me parecía más solemne, más religiosa, que las que en su mayor parte hace al pié del confesonario una rutina, que no censuro, que juzgo necesaria; pero que en mi concepto no ofrece al alma la fé que ve á Dios con toda su grandeza, y porque le ve así, le admira, le venera y le ama.

Sobre este importante tema insistiré cuando hable de los otros sacerdotes que he citado, mis maestros y amigos.

Permanecimos en Poissy hasta fin de Septiembre, y al volver á París nos instalamos en un cuarto tercero de la casa número 70 de la *rue de Grenelle Saint Germain*, casi esquina á la *rue du Bac*. En uno de los pisos entresuelos habitaban una señora y una joven, esposa é hija respectivamente del célebre novelista Alfonso Karr.

Daudet en su precioso libro *Mujeres de artistas*, ha pintado magistralmente los desdichados ma-

trimonios que suelen realizar los que cultivan las artes, y yo añadiría las letras.

Ni estos al elegir compañera, ni ellas al aceptar para siempre su compañía, piensan lo que hacen. La imaginación es quizás el principal factor de las indicadas uniones, y así salen ellas.

Para un matrimonio feliz entre artistas y literatos, hay nueve lo menos desdichados y á veces funestos.

El gran novelista Alfonso Karr, á quien yo consideraba como uno de mis tres maestros, estaba separado de su esposa, de la que no hacía el menor caso, aunque la auxiliaba pecuniariamente por imposición de la ley; y lo que es más inconcebible, tampoco se preocupaba de su hija.

Vivía en su famosa *Villa* de San Rafael dedicado á cultivar flores que enviaba á París diariamente, con lo que se proporcionaba una renta muy superior á la que le producían sus novelas y sus artículos, y ni aquella joven angelical y bella, de veinte años escasos, ni la que le había inspirado el amor suficiente para decidirse á darla su nombre, representaban nada en el alma del literato de tanto ingenio, aun cuando me figuro que representarían un remordimiento.

En el barrio, y sobre todo en la vecindad, eran muy estimadas aquella madre y aquella hija, que hacían una vida tranquila, honrada, laboriosa y que con noble discreción, no formulaban la menor queja contra el abandono de que eran víctimas.

Las tratamos en calidad de vecinas, las toma-

mos, afecto y siempre hemos deseado que encontrasen el premio de su sufrimiento y su abnegación. Seguramente lo habrán hallado, porque tarde ó temprano triunfa lo que es justo.

XXI

El célebre pianista Henri Herz, á quien visitaba de vez en cuando, era co-propietario de la fábrica de pianos que dirigía un hermano suyo, instalada en la *rue de la Victoire* en un espacioso local, en el que además de los talleres tenían cómoda y elegante habitación los dos hermanos, y había un precioso salón para conciertos, por el que pasaron los más afamados *virtuosi* del mundo entero. Creo que aún continúa el reputado Salón, en todo su tradicional apogeo.

Henri Herz era también profesor de piano en el Conservatorio de París, y deseoso de auxilíarme mientras estudié la organización de aquel importante establecimiento, me puso en relaciones con los profesores, sus compañeros y con algunos artistas alemanes y rusos que residían en París y que pudieron informarme de la organización de las escuelas de música de sus respectivos países.

El célebre y por entonces muy admirado pianista, se mostró siempre muy cariñoso conmigo, por efecto sin duda del original episodio que nos puso en relaciones.

Cuando vino á Madrid con el propósito de dar dos conciertos en el Teatro Real, procuré adqui-

rir algunos informes de su mérito como compositor y pianista, para amenizar las revistas que me proponía dedicarle. Mi siempre querido amigo Dámaso Zabalza me dió á conocer algunas de las brillantes y á la vez delicadas composiciones del pianista parisiense, y no se si porque al oirlas mi imaginación se forjó una idea de su figura, ó por pura casualidad, lo cierto es que le adiviné.

La tarde, casí al anochecer, del día señalado para el primer Concierto, se acercó á mi en la Plaza de la Villa un caballero alto, esbelto, elegante, y con acento francés, me preguntó en incorrecto castellano que camino debía seguir para llegar á la Plaza de Oriente.

Le miré con atención, no sé por qué me figuré que era el famoso pianista, y como había sabido que le hospedaba el aprovechado Cataldi:

—Si usted me lo permite—le dije en francés—le guiaré no sólo á la plaza por que me pregunta, sino hasta la casa en donde usted habita.

Entonces á su vez me miró con extrañeza.

—¡Hasta mi casa! ¿Acaso me conoce usted?

—No sé si mi imaginación me engaña; pero me parece que usted es el célebre pianista Henri Herz á quien seguramente proporcionará esta noche un gran triunfo el público *dilettante* de Madrid.

—Soy, en efecto, quien usted supone, y desearía que su amable vaticinio se realizase—me dijo sonriéndose.—Sin duda, añadió, ha estado usted esta mañana en el teatro cuando he probado el piano, y por eso...

—Aseguro á usted que no le he visto en mi vida hasta ahora.

—¿Entonces...?

—Soy periodista, escribo revistas musicales para uno de los diarios más importantes de Madrid, he oído tocar algunas composiciones de usted, y mientras las oía, mi imaginación se forjaba en los espacios de la fantasía la figura de su autor. Ya ve usted que le he adivinado.

—En ese caso, somos dos amigos que no se conocían y debían encontrase alguna vez. Ese momento ha llegado. Puesto que sabe usted donde vivo, vamos á mi casa y comeremos juntos.

Aquella noche alcanzó un verdadero triunfo. Habíamos oído á Thalberg, prodigio de ejecución; pero Herz unía al más perfecto mecanismo una delicadeza y una elegancia de expresión, que encantaron al auditorio.

Todos los periódicos, con entusiasta unanimidad, le colmaron de elogios y yo añadí á los míos no sólo los datos biográficos que había podido adquirir, sino varias anécdotas de sus viajes artísticos que me refirió de sobremesa.

Tan original manera de entrar en relaciones le agradó, me tomó afecto, mientras estuvo en Madrid fuí su acompañante y su *cicerone*, y en París correspondió con creces á las nuestras de admiración y aprecio que le dí en la Villa y Corte.

Cuando se celebraba algún concierto notable en la Sala Herz me enviaba un billete, y dos en cuanto supo que me había casado.

Por cierto que conservo un penoso recuerdo de uno de los conciertos á que asistí con mi esposa.

Una joven, Mlle. Barnar—discípula del famoso pianista Ravina tan conocido y estimado en España por aquel tiempo—que en anteriores conciertos había revelado sus admirables cualidades artísticas, contratada por un empresario para recorrer algunas capitales de Europa, antes de emprender el viaje que la prometía gloria y fortuna, organizó un concierto para despedirse del público parisiense que tantos aplausos la había tributado.

El médico catalán March, me presentó á la artista, que escasamente contaba veinte años y era bellísima. Los que estaban enterados de su vida íntima, y uno de ellos era mi amigo March, sabían que más que los triunfos que podía conseguir, la halagaba la idea de ofrecer á su madre un bienestar que compensase en su vejez los sacrificios que en su juventud había hecho por ella.

Se había quedado viuda en lo mejor de su edad, sin más recursos que una modesta pensión y el producto de las lecciones de piano que daba á domicilio, porque también ella había cultivado la música.

Consagrada exclusivamente á su hija, rehusó nuevas ocasiones de tomar estado; la enseñó el solfeo, el piano; cuando tuvo la edad reglamentaria la matriculó en el Conservatorio, y tanto se aplicó y tan felices facultades poseía la joven, que después de acabar su carrera alcanzando en todos

los cursos primeros premios, dió su primer concierto en la Sala Herz, entusiasmó al auditorio y consolidó en fama, viendo abrirse ante ella el más brillante y risueño porvenir.

En el descanso de la primera á la segunda parte, March me presentó á la madre y á la hija; ésta á su vez me presentó á su maestro Ravina que había ido á felicitarla, y tan simpáticas me fueron aquellas dos mujeres que vivían la una para la otra, que en el segundo entreacto volví con mi esposa á saludarlas, deseoso de que las conociese; porque si la joven se hacía admirar por su mérito artístico, tanto ella con su madre se hacían querer por su inteligencia y su bondadoso carácter.

La ovación que alcanzó Mlle. Barnar fué inmensa y merecida. En su rostro resplandecía la felicidad que experimentaba su alma.

Llamada por los espectadores varias veces al escenario para aplaudirla, se acercó tanto á la batería de las luces de gas del proscenio, que se incendió su falda de blanca gasa envolviéndola instantáneamente en una llama que horrorizó al público.

La joven corría despavorida pidiendo socorro; muchos espectadores subieron al escenario procurando con sus abrigos ahogar la llama; de entre bastidores acudieron nuevos auxiliares; la aterrada madre corría loca de un lado á otro. ¡Qué horror! ¡Qué desolación! Aún me estremezco recordando aquella espantosa escena.

La llama se apagó al quedar la falda convertida

en pavesas; pero la joven había sufrido tan terribles quemaduras, que cuando entramos en la parte de la sala destinada á los artistas, no pudimos acercarnos á aquellas dos desgraciadas mujeres, tan felices momentos antes; solo oimos los desgarradores gritos de la víctima, las dolorosas exclamaciones de la madre, y nos retiramos profundamente afectados.

March, á quien suplicamos que nos diera noticias del estado de la desventurada artista, vino al día siguiente á decirnos que no habían podido salvarla.

¡Qué horrible página de dos vidas que merecían ser felices! ¡Arcanos insondables de la Providencia!

También debí á Henri Herz el honor y la satisfacción de conocer á Mr. Viardot, célebre crítico de arte muy considerado y querido por los pintores y escultores de aquel tiempo. Estaba casado con una de las hijas del famoso tenor García, hermana de la *Malibran*, que como cantante y actriz ilustró el nombre de su esposo.

Mad. Viardot ha fallecido hace poco en edad avanzada, dejando unas interesantísimas *Memorias* de gran utilidad para la historia íntima del arte lírico-dramático.

No menos grato fué para mí conocer y estrechar la mano á escritores y artistas que entonces se hallaban en el apogeo de su gloria, á los que fuí presentado por Camille Doucet, Samson y Herz. Recuerdo entre éstos á los autores dramáticos Eu-

genio Scribe y Casimiro Delavigne, que con Auber formaban el Comité de estudios del Conservatorio; al genial Berlioz que desempeñaba las funciones de bibliotecario en el mismo establecimiento; á los maestros de composición Halevy, Carrafa, Ambrosio Thomas y Elwart; á los profesores de declamación Levasseur, Prevost, Beauvallet, Regnier y la gran actriz Agustina Brohan; á Marmontel, el eminente pianista; á Allard y Dancla, profesores de violín.

Claro es que mis relaciones con aquellas notabilidades literarias y artísticas fueron momentáneas, una ó dos entrevistas á lo sumo, mi nombre se borró seguramente de su memoria; pero yo que conocía y admiraba los de ellos, yo que he vivido siempre en el cielo del arte, y también, aunque poco y bien á pesar mío, en su infierno, experimentaba inefable placer al ver de cerca á aquellos seres privilegiados, al oir algunas de sus ideas, al estrechar su mano.

No siempre dejaban en mi espíritu gratos recuerdos mis entrevistas con hombres célebres. Ya he referido la penosa impresión que guardé de Julio Janín: la impresión que me produjo Lamartine, el gran poeta, el gran orador, el que yo consideraba uno de mis maestros, por haberme enseñado á sentir.

Vivía en la *rue de la Ville de l'Eveque*, era ya muy anciano y se hallaba sumido en la mayor pobreza. Después de haber sido el primer poeta de Francia según Víctor Hugo, cuando al recibir

una carta con sobre «al primer poeta de Francia» que le llevó un cartero, dijo: «No es para mí, es para Lamartine»; despues de haber sido Presidente de la segunda República, de haber ganado y derrochado muchos millones; después de haber perdido trágicamente á su única hija y más tarde á su adorada esposa, de quien fué ídolo en el ocaso de su existencia, tuvo necesidad de trabajar desesperadamente para pagar sus deudas y para mal vivir, y lo que es aún más triste, se vió obligado, lleno de años y de achaques, á explotar por sí mismo una edición de sus obras, ofreciendo á quien las comprase y le llevase el tomo primero, enriquecer el ejemplar con un autógrafo-dedicatoria.

A pesar de este reclamo que le obligaba á comerciar con su gloria, el éxito de la edición fué muy mediano.

Cuando me presenté á él para entregarle de parte de Eduardo Bustillo su *Romancero*, y para estrechar aquella mano que había sido fiel servidora de un cerebro sublime y de un alma privilegiada, me causó profunda pena oirle, no hablar de su pobreza y sus desdichas, que entonces le habría escuchado con veneración y amor, sino de la edición de sus obras, de la importancia que me daría en España un ejemplar dedicado á mí, con su firma auténtica. Lo pedía casi como una limosna.

Aquella entrevista me hizo sufrir mucho, y compadecí al gran poeta, sin dejar de admirarle y de agradecerle lo que había enseñado á mi alma.

XXII

D. Alejandro Mon me llamó para decirme que Mr. Mocquart, secretario del Emperador, deseaba que se tradujese al español una novela que había escrito y publicado, no queriendo ser menos que el duque de Morny que entretenía sus ocios hilvanando operetas como la de *Mr. Chouflery*. Le había indicado que yo podría encargarme de la traducción y habían convenido que fuese á verle. Fuí, en efecto, me recibió con la afectada amabilidad de los que se creen personajes y me dió el ejemplar de su obra, asegurándome que la estaban traduciendo á todos los idiomas europeos en vista del gran éxito que había alcanzado en Francia... entre los amigos, debió añadir.

Nunca he sido aficionado á la gente palaciega. Acostumbrados á doblar el espinazo ante los soberanos, se hierguen ante los simples mortales, y aunque este desahogo es natural y disculpable, me ha inspirado siempre gran aversión, neutralizada con algo de piedad.

La novela valía poco y por mi gusto no habría emprendido su traducción; pero debía pagar al Embajador los favores que me había dispensado, y acometí la empresa, terminándola sin más provecho que el que para ser útil á Ríos Rosas, me proporcionaron mis relaciones con Mr. Mocquard.

Desde que salí de Madrid, aunque de tarde en tarde, escribía á D. Antonio refiriéndole mis pros-

peridades y no mis desventuras, porque es piadoso y prudente á la vez, alegrar á los amigos contándoles los bienes y no entristecerles con la impertinente reseña de los males.

Me felicitó con afectuosa sinceridad por mis ganancias, por el resultado de mis estudios respecto del Conservatorio, por mi boda, y no dejaba de recordarme su consejo de que me consagrase á la política bajo su dirección, único medio como decía con su gran experiencia del mundo, de que mi labor literaria fuese conocida y apreciada por los que dan y quitan reputaciones.

La realidad me ha demostrado cuanta razón tenía el ilustre tribuno; pero también me he persuadido de que para desempeñar ciertas funciones en la vida social, no basta querer: es preciso poder, y yo carecía entonces y he carecido siempre de las cualidades y de los defectos indispensables para ser político de profesión.

Si puedo terminar la tarea que voy llevando á cabo para distraer con los recuerdos del pasado las tristezas del presente, dedicaré á este importante tema la atención y el exámen que requiere. Lo que ahora me propongo referir, es que cuando Ríos Rosas resolvió censurar en el parlamento la conducta observada por el general Prim con motivo de la intervención de Inglaterra, Francia y España en las luchas civiles que sostenían los mexicanos, me ofrecí á comunicarle reservadamente cuantos datos me fuera posible adquirir respecto de las interioridades y misterios de aquella nego-

ciación diplomática que había colocado á Francia en actitud hostil contra España, y que aceptó mi oferta encareciéndome la mayor diligencia y amplitud en aquel servicio confidencial.

La historia refiere que en la lucha entablada en México por los monárquicos y los republicanos, con pretexto de amparar y defender los intereses de los ingleses, franceses y españoles, comprometidos por la revolución, convinieron las tres potencias en enviar barcos de guerra y tropas para que interviniendo en la contienda pudiera elegir el agitado país por medio de un plesbicito, la forma de gobierno que prefiriese.

Unidas las tres naciones por tan noble y benéfico fin en la apariencia, cada una de ellas acariciaba en secreto un plan, cuya realización estaba encomendada á los respectivos jefes expedicionarios.

Inglaterra comprendió que no debía meterse en honduras, retiró sus barcos y se limitó á no perder un mercado que la era ventajoso, lo que se prometía conseguir á favor de una neutralidad que la permitiera quedar en buenas relaciones con el partido que triunfase.

Francia había preparado las cosas á fin de que México se convirtiese en un Imperio, eligiendo al infortunado Maximiliano para que fuese, con su cuenta y razón, quien ostentase la corona imperial. Prim, á quien se había confiado la dirección de la empresa ó intriga diplomática, según propalaron, quizás sus enemigos, acariciaba la idea de

ser el Emperador ó por lo menos el soberano de los descendientes de Guatimocin. Pero las personas imparciales aseguraron, que bien informado de las aspiraciones de la mayoría de los mexicanos, que optaban por la república como forma de gobierno y eran acaudillados por el astuto, enérgico y valiente Juárez, no quiso hacer el juego de Francia y se retiró también con sus huestes, irritando á Napoleón III su inesperada resolución.

También soliviantó al general O'Donnell, jefe entonces del gobierno español, y por cierto que su actitud demostró una vez más la falta de carácter de los políticos que gozan fama de enérgicos, cuando los que dispensan el poder insinúan opiniones contrarias á las suyas, ya sea por propia inspiración, lo que rara vez sucede, ó por la de las camarillas palaciegas, que es lo más frecuente.

Cuando O'Donnell supo la retirada de Prim y el mal efecto que había producido en Francia, cuentan las crónicas de aquel tiempo que se dirigió furioso á Palacio resuelto á pedir á la Reina, no solo la destitución del marqués de los Castillejos, sino una solemne desaprobación de su conducta.

Antes de ver á la Reina, salió á su encuentro el Rey, y con la alegría pintada en aquel rostro casi infantil que tenía, le dijo sobre poco más ó menos. «Me figuro á lo que vienes. Isabel está contentísima y te verá con mucho gusto. ¡Ese Prim es el mismísimo diablo! ¡Qué talento tiene! ¡Qué genio! ¡Y que energía! Anda, anda; no pierdas un instan-

te, vé á Isabelita y ella te dirá cuán grande es su satisfacción.»

Aquellas palabras aumentaron sin duda la secreción de bilis del que se juzgaba amo de España; pero se la tragó, y al hallarse en presencia de la soberana, el que iba resuelto poco menos que á pedir la cabeza del indómito Prim, le colmó de elogios, es muy posible que asegurase que había salvado la honra de España, y no tuvo más remedio que defenderle en el Congreso de los que desde el primer momento pensaron como él, entre los que figuraba el insigne Rios Rosas capitaneando á la oposición que se levantó contra O'Donnell en el mismo campo ministerial.

Meditando hoy sobre aquel suceso, me parece que Prim, ya fuese por natural perspicacia ó por despecho si en efecto ambicionó lo que no pudo obtener, obró muy cuerdamente. Pero entonces, confieso que el carretero de marras resurgió en mí, y como respiraba la atmósfera francesa y mi buen amigo y protector me escribía censurando terriblemente al que nos proporcionaba un conflicto con Francia; sin examinar el hecho imparcialmente y deseoso de servir al gran tribuno, mientras aquel asunto se ventiló en el parlamento español, viví sugestionado por los franceses y por el deseo de complacer á Ríos Rosas.

Antes de referir la parte que tomó en este importante suceso histórico, viene á mi memoria un episodio de la vida íntima del ilustre hombre político y voy á relatarle.

A principios de Noviembre de 1862, contestando á una carta mía que por temor de que al ir dirigida á su nombre fuese interceptada, remití, como había hecho con otras, por mediación de mi padre, me decía que este le era muy simpático y había pensado hacerle una proposición que me consultaba.

Hay que advertir que en aquel tiempo se hallaba el ilustre político dominado por la monomanía persecutoria, que más ó menos exacerbada no le abandonó hasta el fin de sus días.

O'Donnell y su gran consejero áulico Posada Herrera, al constituir la Unión liberal consideraron que nadie mejor que Ríos Rosas podía resolver el difícil problema de la desamortización eclesiástica, que era el hueso que en el festín del presupuesto encontraban los gobiernos más ó menos liberales; y como al mismo tiempo podían librarse de su inmediata y siempre temida fiscalización, le nombraron Embajador de España en Roma.

No se equivocaron: el gran tribuno con su característica entereza venció las naturales resistencias de la Curia romana y arregló del mejor modo posible la antes y desde entonces llamada cuestión clerical, por medio de una transacción que agradó á los liberales templados y disipó por algún tiempo los escrúpulos de la Reina.

Pero mientras duraron las negociaciones y después de terminadas, recibió anónimos amenazadores, se percató de las sinuosidades de la política del Vaticano en lo económico y lo temporal, no

se ocultó que había adquirido taimados enemigos en Roma, y al regresar le dominó el temor de ser víctima de los que en España, confundiendo lo absoluto con lo relativo, lo de Dios con lo del César, odiaban á los desamortizadores de los bienes eclesiásticos.

Aquel hombre de tan privilegiado talento, de carácter tan entero, que en la tribuna parecía un león, y lo era cuando su enérgica palabra condenaba una iniquidad, se vió afligido por el temor de ser envenenado y bien puede calificarse de horrible la vida que pasó desde que regresó de Roma hasta que murió en edad no muy avanzada.

No conocí el estado de su ánimo hasta que al regresar á Madrid pasé á su lado en la mayor intimidad cinco ó seis meses. Por eso me chocó el deseo que me manifestó de almorzar y comer en casa de mi padre. Alegaba que la circunstancia de vivir mi familia en la calle del Príncipe, le era favorable dada la proximidad del Congreso. Después del almuerzo podría trasladarse al palacio de la representación nacional, y al terminar las sesiones volver á casa de mi padre. Desde allí, ya de noche, iría un rato al Ateneo como acostumbraba y después se retiraría á su albergue, en uno de los pisos bajos del núm. 46 de la calle del Pez.

Como es de presumir, comuniqué aquel deseo á mi padre, que fué á verle, se pusieron de acuerdo y convinieron en que desde el día siguiente iría al modesto cuarto cuarto interior que habitaba mi familia, de doce á una para almorzar y para co-

mer desde las siete en adelante ó sea cuando acabasen las sesiones del Congreso.

En mi casa se comía á la española: el desayuno á primera hora, la comida de dos á tres y la cena de nueve á diez de la noche. Tanto porque el servicio debía ser más esmerado, como porque tratándose de un personaje no era cosa de sentarse con él à la mesa, dispuso mi padre que le sirvieran particularmente á las horas designadas.

Cuando llegó á almorzar encontró la mesa puesta con un sólo cubierto, y según me escribió mi padre, porque todo lo que relato es con referencia á sus cartas, no mostró buena cara.

Preguntó por qué no habían puesto los cubiertos necesarios para la familia, y no satisfaciéndole las explicaciones que le dieron, manifestó que su deseo era participar, al mismo tiempo que de los manjares, de la compañía de mi padre y de mis hermanas.

Aquel día no era posible complacerle; pero desde el siguiente se haría lo que deseaba.

No se conformó del todo y pidió que, por lo menos, una de mis hermanas participase aquel día de su almuerzo y su comida.

Mi padre accedió á su deseo, no sin que le extrañase; pero como no costaba trabajo darle gusto y aquel podía ser uno de los muchos caprichos que tienen los grandes hombres, se limitó á ordenar que pusieran un cubierto para mi hermana Rafaela, que tenía entonces doce años.

Almorzó con buen apetito, estuvo muy amable

con mi hermana y con mi padre y al marcharse encargó á la primera que no olvidase que debía acompañarle en la comida.

Mi padre observó que hasta que mi hermana empezó á almorzar por repetidas insinuaciones de Ríos Rosas, permaneció éste en un compás de espera, lo que aumentó su extrañeza; pero se limitó á pensar que era algo raro aquel hombre tan ilustre.

Por la tarde pronunció en el Congreso uno de los discursos con que inició su famosa disidencia, y al llegar á la casa de la calle del Príncipe para comer, se sentía muy fatigado.

Refirió á mi padre con su natural vehemencia lo que había pasado en el parlamento, se sentó á la mesa en compañía de mi hermana, aguardó á que tomase la sopa para empezar él á comer, la comida fué de su gusto, repitió dos veces del principio, hablando de lo que le preocupaba comió y bebió abundantemente y se mostró muy complacido.

Cuando llegó Rios Rosas á casa de mi padre empezaba á llover, mientras duró la comida arreció el temporal y al disponerse á retirarse, la lluvia era torrencial.

Mi padre le rogó que esperase mientras que iba á buscar un coche; pero no quiso que se molestara, alegando que desde la calle del Príncipe á la de la Montera donde estaba entonces el Ateneo, poco podía mojarse. Con que le prestase un paraguas, bastaría.

Deseaba ver lo que decían de su discurso los periódicos de la noche, y no hubo medio de detenerle.

Dormían tranquilamente mi padre y mis hermanas, cuando á la una de la madrugada los despertó un fuerte campanillazo. Mi padre se vistió á escape y sin esperar á la criada, que continuaba durmiendo, se acercó á la puerta y abrió sin temor porque sabía que quien llamaba debía ser persona de confianza. Era el dueño de la finca un banquero, el señor Aparicio, vivía en el piso principal y el portero no abría la puerta más que á personas conocidas ó á las que acompañaba el sereno.

Apenas abrió mi padre la puerta, entró azorado un caballero á quien no conocía y que sin más preámbulo, exclamó con acento indignado:

—Soy hermano de D. Antonio de los Ríos y Rosas á quien dejo en gravísimo estado, casi espirando, y vengo á saber qué le ha dado usted de comer; por que no hay duda de que ha sido envenenado. Si no se logra salvarle, tendrá que intervenir el juzgado, y de todos modos será preciso que justifique usted su inocencia ó que declare quien le ha incitado á envenenar á mi hermano.

Dado el carácter violento de mi padre, comprenderá el lector el efecto que produjo en su ánimo aquella impremeditada acusación. Después de calificarla como merecía, su interlocutor tuvo que calmarle. Era una infamia—dijo mi padre—atribuirle tan execrable delito. Lo que habría sucedido

era que había comido con exceso, que había salido á la calle después de comer, se había mojado y lo que padecía era sin duda un cólico bilioso. Pero de todos modos, aquello no podía quedar así. Mi padre resolvió ir á casa de D. Antonio con aquel hermano, que por lo menos había cometido una lijereza acusándole de de envenenador. Si los médicos aseguraban que había sido envenenado, mi padre respondería ante los tribunales. A mi hermana Dolores, que contaba diez y ocho años y había acudido al recibimiento donde pasaba la escena que refiero, la ordenó que conservase las sobras de la comida de que había participado mi otra hermana, y salió con D. Francisco encaminándose en un coche que pudieron encontrar á casa de D. Antonio.

Durante el trayecto mi padre, según me escribió, habló poco. Quien habló mucho fué su interlocutor, que ya más tranquilo parecía querer borrar la mala impresión que con su atolondramiento había causado.

Cuando llegaron, el peligro del enfermo había desaparecido. El médico, que no le había abandonado desde las doce de la noche, cuando avisado D. Francisco por su hermano fué á verle y en medio de los dolores que sufría, escitado por la monomanía persecutoria, dijo que le habían envenenado, afirmó que no había tal envenenamiento, que se trataba pura y simplemente de un fuerte cólico bilioso. Las medicinas que le había recetado habían surtido efecto y todo quedaba reducido á que pa-

sase todo el siguiente día en la cama y á dieta.

Dió entonces D. Francisco todo género de satisfacciones á mi padre, quien volvió á su casa más tranquilo; pero muy ofendido. La idea de que hubieran dudado un solo instante de su honradez, le mortificaba. Rios Rosas se restableció pronto, y como mi padre, también acalorado ante las desconsideradas invectivas de D. Francisco, le anunció que quedaba roto el trato que había hecho con su hermano, cesaron las breves relaciones que habían sostenido, lo que después sintió por el perjuicio que podía causarme aquel rompimiento.

En una de sus cartas, aludiendo al suceso que acabo de referir, me indicaba mi ilustre amigo que había sentido el disgusto que la lijereza de su hermano había causado á mi padre, y que tanto él como yo debíamos olvidar.

Le olvidamos en efecto, y desde que Rios Rosas inició su disidencia contra el gabinete O'Donnell, hasta que estimulado por sus consejos y sus ofertas, que coincidían con mis deseos, resolví volver á España, nuestras relaciones, que llamaré políticas, fueron muy activas.

Desde el 8 de Noviembre de 1862 hasta mediados de Abril de 1863, puede decirse que casi diariamente le escribí cartas, en su mayoría de ocho ó diez carillas, comunicándole cuanto por medio de mis primitivas relaciones y las que adquirí para estar mejor informado, pude saber acerca de lo que el gobierno francés pensaba respecto de la conducta de Prim, de la actitud del gobierno espa-

ñol, y de cuantos pormenores se relacionaban con la fracasada intervención anglo-franco-española en México.

Conservo copia de aquellas largas y minuciosas epístolas, con las escasas cartas que durante aquel tiempo recibí de Rios Rosas, porque además de ser muy perezoso para escribir como sucede á la mayoría de los oradores, estaba ocupadísimo; pero en ellas se mostraba reconocido á mi labor, sobre todo sabiendo como sabía que necesitaba el tiempo para emplearle en los trabajos literarios que me proporcionaban mi único modo de vivir.

Recuerdo que entre algunos datos curiosos que habían pasado poco menos que inadvertidos ó permanecían envueltos en el mayor misterio, pude referirle que el gobernador de Guanajuato en México había iniciado el proyecto de erigir una estatua á Prim, y abrió al efecto una suscripción en la que tomó parte la mayoría de los miembros de la asamblea mexicana. Esto indignó á Napoleón, y no era para menos.

Corría también muy acreditada la versión de que el Conde de Reus antes de salir de España para emprender la expedición á México, había obtenido una carta autógrafa de la Reina autorizándole á retirarse con las tropas cuando lo juzgase oportuno. Con este motivo decían sus defensores, que al retirarse había obrado con prudencia, porque había evitado á su patria los gastos de una costosa expedición en la que las venta-

jas no habrían igualado al sacrificio, y añadían que el general había dado una gran muestra de caballerosidad, no justificando su conducta con la carta de la Reina, lo que habría destruído las acusaciones de que era objeto.

Si era verdad lo de la carta, la Reina se había extralimitado y había sido desleal á su gobierno.

En una de las que yo envié á Rios Rosas á fines de Diciembre le decía:

«Los hombres de Estado y los periodistas con quienes he hablado de la situación política de España, coinciden en creer que O'Donnell á pesar de haber aprobado, aunque ya sabemos que de mala gana, la determinación de Prim, está de acuerdo con los que la combaten, y que si la aprueba ostensiblemente, es por debilidad, por el deseo de no perder su influencia en palacio, de contemporizar; lo que no extrañan, conociendo como conocen su carencia de principios políticos. «¿No hay en España—me preguntan—educación constitucional? ¿No hay una opinión pública capaz de pedir cuenta á los ministros del uso de los poderes que les han otorgado? ¿Cómo se permite en un país regido constitucionalmente que la soberana reine y gobierne á la vez? ¿Son los ministros juguete de palacio?»

El día 15 de Abril de 1863 me escribió Ríos Rosas una carta á la que acompañaba el terrible discurso de oposición contra Prim y contra el gobierno que había pronunciado en el Congreso en la tarde del 13. «En este discurso que le remito—me

decía—verá usted contestadas en su mayor parte las preguntas formuladas por los políticos y los periodistas franceses, que me comunicó usted en una de sus últimas cartas.»

Al mismo tiempo que el ejemplar de su discurso que me envió Ríos Rosas, recibí dos más que encargué á mi padre que me remitiera; dí uno de ellos á Mr. Mocquart, otro á Mr. Dreolle y otro á Mr. Limairac director de *La Patrie*. Los periodistas reprodujeron muchos de sus párrafos, comentaron las acusaciones fulminadas por el gran tribuno contra el gobierno de O'Donnell y colmaron de elogios su elocuencia, su valentía y su patriotismo.

O'Donnell se vió obligado á presentar la dimisión del ministerio, que como consigna la historia fué admitida, aunque encargando la Reina al mismo presidente la constitución del nuevo gobierno, que ofreció á Ríos Rosas la embajada de París.

La noticia fué acogida con entusiasmo por el gabinete francés: aunque la información periodística en aquel tiempo no era tan extensa y minuciosa como en la actualidad, me pidieron datos biográficos del presunto embajador los directores de *El Constitutionnel* y de *La Patrie*, y *Le Monde illustré* me encargó el retrato y la biografía del político español, cuya actitud en el parlamento le había alcanzado celebridad europea.

No convenía á Ríos Rosas alejarse de la Corte, porque su influencia política en aquellos momen-

tos era grande, decisiva, y aspiraba á reconstituir la Unión liberal, no con los vividores que habían contribuído á su desprestigio, sino con los más inteligentes y leales que se habían agrupado en torno suyo para fundar sobre sólidas bases una política, liberal en la esencia y conservadora en el procedimiento.

Para realizar aquel propósito, que á pesar de cuanto había visto en la esfera política, mi candidez y mi inesperiencia me hacían considerar como el único remedio de los males que afligían á España, deseaba mi ilustre amigo fundar un periódico.

Apoyaba su política *El Eco de Ambos Mundos*, y por su mediación me encargó la dirección de aquel periódico dos revistas semales, una política y otra literaria. *El Reino* recibía también sus inspiraciones; pero Ríos Rosas deseaba tener un periódico exclusivamente suyo, y me confió que uno de sus más leales amigos ponía á su disposición 6.000 duros para acometer la empresa. Juzgaba que en aquellos momentos en que su prestigio había llegado á un gran apogeo, podría conseguir el periódico de tres á cuatro mil suscripciones. Calculando los gastos como se calculaban entonces, en treinta mil reales al mes, si yo podía obtener de la empresa de publicidad Saavedra y Compañía, que tenía en París la especialidad de los anuncios para España y la América latina, un contrato por valor de cinco ó seis mil francos anuales, sería posible costear el periódico y hasta hacer

de él uno de los más importantes de la península.

La fatalidad me empujaba de nuevo hacia la política; pero la que debía desarrollar Ríos Rosas, en mi concepto era salvadora, y ayudarle en aquella noble y fecunda empresa, era para mi un deber y al mismo tiempo una esperanza.

En su concepto, debía adelantar mi regreso á Madrid después de dejar arreglado el asunto de los anuncios y de convenir con alguno de los periodistas que nos enviase correspondencias de Francia á cambio de las que yo enviaría de España. Pero no se atrevía á llamarme de un modo categórico, porque según me decía, si sus planes fracasaban no podría subsanar el perjuicio que sufriría al verme en Madrid sin los recursos necesarios para mis atenciones.

Empleando, como se proponía, toda su influencia para que por lo menos se restableciera en el Conservatorio la cátedra de Literatura que para D. Eduardo Vélaz de Medrano, distinguido crítico musical, se creó por un gobierno moderado y suprimida porque el agraciado no se presentó á desempeñarla, esperaba conseguirla para mí; pero los mil reales mensuales que en caso favorable percibiría, no eran en su concepto suficientes. Deseaba mi vuelta á España, me la aconsejaba; pero me dejaba en libertad de resolver, no sin anunciarme que en las primeras elecciones de Diputados á Cortes que se verificasen, presentaría y apoyaría mi candidatura con toda su influencia.

Sus indicaciones eran semillas que caían en te-

rreno propicio para que fructificasen. Mi esposa, su madre y yo padecíamos, aunque benigna, esa enfermedad que se llama nostalgia. Grandioso era París; pero nuestra pobre España nos atraía. No hay como perder lo que se ha querido para desearlo. En nuestras veladas hablábamos de Madrid, de Santander, de lo que había de bueno en nuestro país y no se hallaba en Francia; la imaginación y el sentimiento nos hacían considerar como un destierro vivir siempre en París por próspera que fuera nuestra situación, y como lo que decía Ríos Rosas en sus cartas era la mejor prueba del afecto que me profesaba, del interés que le inspiraba mi porvenir, nos sentíamos muy inclinados á seguir su consejo.

Otra circunstancia relacionada con el estado de mi salud, acabó de decidirnos.

Durante los tres años de mi estancia en París solo había sufrido una enfermedad. En Diciembre de 1860 llegó la temperatura á 16 grados bajo cero y así permaneció más de un mes. Congelado el Sena, andaba la gente sobre su superficie como por tierra firme y el frío, como puede figurarse el lector, era intenso. Salía de mi hotel á lo más preciso, y mientras iba á pie á mis quehaceres podía soportar la temperatura. Lasalamedas del Luxemburgo, cubiertas de nieve congelada, convidaban á los patinadores, y patiné también algunas veces para desentumecerme. Pero un día que necesité ir al Boulevard Montmartre, me entretuve más de lo que esperaba y para regresar á mi albergue mon-

té en la imperial de un ómnibus, cuyo itinerario comprendía á la *rue Dauphine* y podía dejarme á tres ó cuatro minutos de la *rue de Savoie.*

Subí á la imperial porque en el interior del carruaje no había puesto vacante, á poco de estar sentado en aquella altura y á la intemperie sucedió lo que temí, experimenté un frío intenso y cuando al llègar á la *rue Christine* mandé parar el ómnibus y quise bajar, me fué imposible. El frío había paralizado mis miembros y fué preciso que tres ó cuatro obreros que iban á mi lado en el ómnibus me bajasen con las mayores dificultades, y que movidos por un sentimiento de caridad, me llevasen en lo que los niños que juegan llaman silla de la reina, hasta el hotel cuyas señas les dí, porque mi cerebro y mi lengua se habían librado de la parálisis, que de no ser así, quizás habría acabado con mi existencia.

Aquellos bienhechores á quienes no volví á ver, pero sí he recordado siempre con gratitud deseándoles todo género de bienes, me desnudaron, me depositaron en la cama, la dueña del hotel mandó llamar á un médico, mientras llegaba me dió á beber una tisana muy caliente, me puso planchas abrasando en las plantas de los pies, echó dos ó tres mantas sobre mi cuerpo, y cuando llegó el doctor empezaba yo á entrar en reacción, lo que consideró de buen augurio, no sin echar algunos piropos á mi buena naturaleza, que á Dios gracias ha sido y sigue siendo, relativamente, en mi vejez como fué en mi juventud.

Dos ó tres tazas más de tisana completaron la obra, transpiré, dormí en grande y al siguiente día pude levantarme y entrar de nuevo en posesión de mis nervios y mis músculos. Pero como resíduo de aquel accidente, me quedaron unas palpitaciones que me hacían sufrir y sobre todo temer que mi corazón, hasta entonces sano é imperturbable en sus funciones fisiológicas, se hubiese resentido.

Como en la librería de Rosá Bouret abundaban los libros de medicina, busqué en un *Diccionario* el artículo dedicado á las enfermedades del corazón, le leí y mientras le leía experimentaba los efectos que veía descritos. Se apoderó de mí una incesante y penosa aprensión, esperaba á cada momento la rotura de un aneurisma que me figuraba padecer, cuando salía á la calle—ríase el lector si no tiene que acusarse de lo que ahora me acuso—temeroso de perder la vida de repente, llevaba en el bolsillo un papelito con mi nombre y las señas de mi domicilio para que los que recogiesen mis restos supieran donde debían conducirme, y así pasé cerca de un mes sin que lograse tranquilizarme el médico que me asistía, al asegurar que las palpitaciones eran nerviosas, que tenía el corazón sano y bueno, que eran reliquias del gran enfriamiento que había sufrido, y que la digital que me hacía tomar acabaría con aquella molestia.

La digital acabó, en efecto, con las palpitaciones; pero deterioró mi vista de tal modo, que des-

de entonces no volvió á ser lo que había sido en mi niñez y en mi juventud.

Pasado aquel chubasco, recuperé la salud por completo y ni un solo día hice cama, mientras permanecí en París; pero las diez y en muchas ocasiones las doce horas diarias de trabajo, y sobre todo la nociva costumbre que adquirí de ponerme á escribir apenas acababa el almuerzo ó la comida, haciendo caso omiso de las cariñosas admoniciones de mi esposa y de su madre; al cabo de dos años de aquel abuso que yo consideraba una necesidad y mejor aún el cumplimiento de un deber, mi salud se alteró y llegué á verme en un estado lamentable.

Razón de sobra tenía mi cuerpo para resentirse de los esfuerzos á que mi espíritu le había obligado.

A principios de Abril resolvimos volver á España. Seguramente recuperaría la salud, y si no tornaba triunfante; es decir, con fama y con fortuna, no podrían mis amigos y compañeros acusarme de haber perdido el tiempo. Antes por el contrario, no había dejado de aprovecharle, porque había ganado algunos miles de francos y había adquirido alguna reputación en América, á donde iban mis obras, que no podían ser conocidas en mi patria, porque las leyes españolas prohibían y creo que siguen prohibiendo, la entrada de libros escritos en español y publicados en el extranjero, hasta que sus autores ó editores, previo un molesto y pesado expediente, consiguen que sean de-

clarados de utilidad pública, en cuyo caso solo se autoriza la introducción de quinientos ejemplares.

Había resuelto el problema de mi vida familiar, encontrado en Bannelier un verdadero amigo y entablado relaciones con literatos, periodistas y editores franceses que podían serme útiles, figurando entre los primeros además de los que he citado Carlos Iriarte, escritor y dibujante meritísimo, Magnabal, jefe de la secretaría particular de los ministros de Instrucción pública, hispanófilo de gran inteligencia y vasta erudición, Germán de la Vigne, traductor de Cervantes y de las novelas picarescas de nuestra literatura, y la célebre poetisa Desbordes Valmore.

Mi permanencia en París me había perfeccionado en el idioma francés y hasta había logrado escribir en él. Además, mi espíritu observador me había permitido formar un juicio bastante exacto de Francia y particularmente de lo que era París, calificado entonces de *cerebro de Europa* y hoy de *ville lumiére*. De mis estudios, aunque á la ligera y de ocasión, había deducido que, salvo las excepciones que tienen todas las reglas, la síntesis de los individuos y de la colectividad parisienses podía formularse diciendo que en la esterioridad eran brillantes, de una exquisita y al parecer ingénua amabilidad, de una educación refinada hasta en las clases más humildes; pero en el fondo de un egoísmo superior en ellos á todos los demás sentimientos, de una superficialidad incurable en los

afectos, en el trato, en todo; de una informalidad astuta y hasta divertida.

Sólo citaré dos ejemplos de ambos extremos entre muchos que podría citar. Al pasar yo un día por una calle, salió de una casa un caballero y le dí involuntariamente un pisotón, que me habría valido de cualesquiera de mis queridos compatrietas, si no una corrección manual, por lo menos algún epíteto de los que manualmente deben ser corregidos.

Al mismo tiempo pronunciamos los dos la palabra que más se pronuncia en Francia:

—¡Pardón!—dijo él.

—¡Pardón!—exclamé yo; y añadí: usted es quien debe perdonar mi torpeza.

—¡Oh! no—continuó él—el torpe he sido yo que he obligado á usted á pisarme por haber colocado mi pie debajo del suyo.

¿Puede haber mayor finura, amabilidad, corrección y longaminidad?

Veamos ahora el polo opuesto. Dos hermanos, importantes industriales que habían hecho gran fortuna y aparentaban conservarla, aunque la habían dilapidado en gran parte, y que vivían como unos potentados; no mientras permanecí tres años en París, sino algunos después, para estimularme á adquirir acciones de una empresa editorial de la que á su tiempo diré algo, me ofrecieron un cargo importante en el Consejo de administración de la misma, que tenía en Madrid una importante sucursal.

Di crédito á su promesa, empleé mis ahorros, unos cinco mil y pico de duros, en la adquisición de 50 acciones, que compré con 5 francos de prima cada una. Pasó tiempo y como la promesa quedó incumplida, en uno de mis viajes á París reclamé el cumplimiento y uno de aquellos caballeros me dijo con la mayor tranquilidad y frescura:

—¿Tiene usted algún documento en el que conste que le ofrecimos lo que reclama?

—No por cierto; pero usted no me negará que la promesa me fué hecha con la mayor formalidad.

—Estando los dos solos no se lo negaré; pero amigo es usted muy cándido. Cuando un francés le ofrezca algo, sea lo que sea, y escriba y firme la oferta aunque sea en un papel de fumar, esté usted tranquilo: cumplirá lo ofrecido. Las palabras se las lleva el aire, y nada puede usted reclamar sin ese requisito.

—Pero sí puedo calificar la conducta de usted y de su hermano—añadí; y la califiqué como puede suponer el lector.

Y á esto me limité, porque por regla general no hay miedo de llegar á vías de hecho en Francia, como sucede en nuestro batallador país con mucho menos motivo. Allí cuesta caro en metálico dar un bofetón, y he presenciado algunas reyertas en las que los dicterios subían de punto sin que se acercasen los contrincantes para desahogar su indignación con la fuerza bruta. Después

de injuriarse hasta la saciedad, cada cual se iba por su lado. Las luchas sangrientas son excepcionales: hay que hacer esta justicia á los franceses.

XXIII

No terminaré los recuerdos de mi estancia en París sin consignar uno muy grato para mí.

A principios del año 1863 llegó á París el Obispo de Cuenca en el Ecuador, Ilmo. Sr. Ordóñez, en compañía de un hermano suyo y de la señora de éste.

Muy recomendado á Mr. Bouret por su agente general en la república del Ecuador, entre los varios obsequios que dispensó á los viajeros, fué uno de ellos el banquete que les dió en su hotel de la *rue de la Abbaye*.

Mad. Bouret quiso que mi esposa y yo tomásemos parte en el convite, y el resultado de aquel agradable festín fué que se establecieron relaciones sinceramente amistosas entre el señor Obispo, sus hermanos y nosotros.

Los hemos recordado siempre con verdadero afecto, y una de las más gratas satisfacciones que he experimentado en mi vida literaria, me la proporcionó el señor Obispo una tarde en que sus hermanos acompañados de mi esposa salieron á compras y me quedé en su compañía.

Era hombre de gran corazón, de superior inteligencia, de una bondad misericordiosa, y cuando los azares de la conversación nos llevaron á

hablar de la influencia que podía ejercer la novela en los jóvenes, le oí con gusto afirmar que esta forma literaria podía auxiliar á la oratoria sagrada, por ser á veces más eficaz para la duración de los efectos lo que se lee á solas, que lo que se oye aunque sea en el templo.

—Por eso—añadió—reconozco la influencia de la novela que puede ser luz ó caos, gérmen de puros sentimientos ó de desastrosas pasiones. Lo doloroso es que no acierten á escribir novelas que hagan interesante lo bueno, los que son buenos de corazón, y que solo sepan dorar la píldora venenosa los que aman poco ó nada á Dios, los que creen poco ó no creen, los que solo esperan alcanzar fama y ganar dinero, sin cuidarse de hacer el bien á sus semejantes.

—Siento—le dije con temor—que no haya usted leído alguna de mis novelas, porque oiría con gusto y respeto su opinión, aún cuando fuera adversa.

—Está usted en un error—añadió—he leído todas las que ha publicado el editor en cuya casa nos hemos conocido, como leo cuantas llegan á las librerías de mi diócesi; y las leo porque reconozco que la lectura de esas obras de la imaginación y el sentimiento, no deben prohibirse en absoluto. El fruto prohibido ha sido, es y será siempre el más codiciado y sabroso. Creo servir á Dios y á la moral, examinando las novelas que caen en mis manos y viendo las que pueden y deben leerse: muy pocas por desdicha. Las que me parece que

contienen semillas sanas, las recomiendo á mis diocesanos y á los eclesiásticos que se hallan bajo mi jurisdición, para que á su vez las recomienden.

—No habré tenido la suerte de que las mías hayan alcanzado ese favor.

—Sigue usted estando en un error. A pesar de algunos matices de panteismo que aparecen de vez en cuando en las novelas de usted, porque la idea de Dios es la que exclusivamente domina y absorve su espíritu, he recomendado su lectura y tengo verdadero gusto en comunicárselo.

—Y yo más en oirlo á persona tan venerable, porque confieso que desde el primer momento en que me consagré al cultivo de las letras, pensé no escribir nada que pudiera avergonzarme recordando á mi madre, nada que pudiera avergonzar á mi esposa y á mis hijos al leer mis libros.

El buen Obispo me tendió la mano que besé, y añadió:

—Quiera Dios que no se aparte usted nunca de esa senda. Se lo pediré en mis oraciones.

Confieso que opiniones análogas que he oído á eclesiásticos y á padres de familia, han sido la más grata recompensa que he debido á mis trabajos literarios.

No haber hecho daño ni con una idea, ni con una frase y haber logrado tener lectores, puesto que mis libros se han vendido y es caso raro hallarlos en los baratillos donde he buscado algunos que se me han extraviado, es un goce, al menos

para mí, superior al que efrecen á la vanidad los escándalos en letra de molde.

XXIV

Resuelto á trasplantar á España al volver á ella algo de lo bueno y útil que había visto realizado con éxito en París, estudié las asociaciones artísticas y literarias que había fundado y organizado el Barón Taylor, inteligente y acaudalado filántropo, con ánimo de establecer en mi patria las que pudieran tener razón de ser y arraigar en nuestras costumbres.

Celebré algunas conferencias con aquel hombre ilustre ya de avanzada edad y me proporcionó los Estatutos y reglamentos de todas las Sociedades que había organizado.

Mi amigo Bannelier se encargó de seguir la negociación pendiente con la Agencia de anuncios; dejé establecidas reaciones con periodistas y editores, y después de las indispensables despedidas y de malvender como sucede siempre en casos semejantes, el mobiliario y los enseres que habíamos utilizado, emprendimos el viaje á Madrid.

En aquel tiempo no estaba aún terminado el ferrocarril entre París y la capital de España. La línea férrea terminaba en Bayona, y en España sólo funcionaba desde Valladolid hasta Avila: en el resto del trayecto había que utilizar las diligencias.

A las once de la noche del 25 de Abril salimos

de París, y el día siguiente á las dos de la tarde llegamos á Burdeos, donde nos detuvimos una hora para comer, prosiguiendo el itinerario hasta Bayona. Pernoctamos en esta población, y como en ella terminaba la vía férrea francesa y era preciso para continuar el viaje utilizar las diligencias españolas, adquirimos tres asientos de berlina de la que debía salir á las doce de la noche.

En la administración de aquellos anticuados vehículos tuve la agradable sorpresa de estrechar la mano de mi antiguo amigo y condiscípulo José González, hijo del famoso galerero de Almería *Juan y medio*, cuyas cualidades y espíritu aventurero dí á conocer en el Libro primero de estos recuerdos.

Prosiguiendo en sus trece, desempeñaba el oficio de mayoral de las diligencias que recorrían el trayecto de Madrid á Irún y viceversa.

En aquellos tiempos, ser amigo de un mayoral era para los viajeros sobre poco más ó menos lo que en los actuales contar con la protección de un senador ó un diputado ministeriales. El inesperado encuentro de que hablo nos fué en extremo satisfactorio y útil.

Mangón, que este era el mote que tenía mi antiguo amigo y condiscípulo, porque no era posible ser mayoral sin ostentar un mote, nos colmó de atenciones y en todas las paradas acudía á preguntarnos si íbamos á gusto ó deseábamos algo.

En la madrugada del 29 arribamos á San Sebastián: poco después continuamos la marcha, llega-

mos al medio día á Valladolid y allí, no sin gran trabajo, logramos que nuestro buen mayoral nos acompañase á comer, porque era muy mirado.

Desde Valladolid hasta Avila podía aprovecharse el ferrocarril español, cuya construcción en la parte anterior y posterior de la línea avanzaba por entonces rápidamente. La diligencia fué colocada en un furgón, los viajeros ocupamos los vagones que nos correspondían con arreglo á los billetes que habíamos adquirido, ya anochecido llegamos á Avila, y después de cenar volvimos á ocupar nuestros respectivos asientos en la diligencia que durante la noche debía atravesar el puerto de Guadarrama y terminar el viaje en las primeras horas de la mañana siguiente.

Refiero estos pormenores para que los que actualmente en el Sud-exprés se trasladan de Madrid á París y viceversa en pocas horas, puedan apreciar el progreso alcanzado desde aquella época en que el mismo viaje duraba cuatro días bien corridos.

Cuando partimos de París hacía un tiempo primaveral y de él disfrutamos hasta poco después de salir de Avila. Un espantoso temporal de nieve nos sorprendió en el Guadarrama, y el día 30 llegamos á Madrid á las ocho de la mañana bajo una lluvia torrencial.

Pronto olvidamos aquel contratiempo al vernos en los brazos de mi padre y de mis hermanas. ¡Qué grato es volver á la patria cuando se ha vivido algún tiempo lejos de ella!

XXV

Como lo que más me interesaba era saber á qué atenerme respecto de la situación que debía ocupar en Madrid á mi regreso de Francia, mi primera visita fué para Ríos Rosas.

De él esperaba la solución del problema de mi porvenir, y dejando para más adelante la reseña de otros pormenores de mi vida desde que llegué á la Corte hasta que las circunstancias me obligaron á seguir nuevos derroteros, voy á referir la breve y triste historia de mis relaciones con el ilustre hombre de Estado con cuya afectuosa protección creía contar en absoluto.

En nuestra primera entrevista apenas pudimos hablar, porque cuando llegué conversaba con algunos amigos políticos sobre el acontecimiento del día.

El ministerio presidido por el marqués de Miraflores, que había sustituído á principios de Marzo al que formó O'Donnell cuando derrotado el gobierno por efecto de la oposición de Ríos Rosas recibió el encargo de constituir un nuevo gabinete, había resuelto que no se celebrase aquel año la fiesta cívica del Dos de Mayo. Esta resolución había indignado á los progresistas, y como consecuencia natural, al entonces llamado pueblo soberano.

¿Cómo era posible que Madrid dejase de honrar la memoria de los héroes y mártires de la Independencia?

Aquello, según decían los liberales y repetían en calles y plazas los descendientes de los manolos y de los chisperos, era un crimen de leso patriotismo.

Recordaba la gente que cuando fué á París el marqués de la Habana á reemplazar á Mon en la Embajada, al manifestar al Emperador en el discurso de rúbrica que el gobierno de España deseaba mantener con el de Francia las más cordiales relaciones, en la contestación pronunció Napoleón la depresiva frase: «De la Reina depende...», ó lo que es lo mismo, imponía condición al sostenimiento de la amistad de ambos países.

Los progresistas ponían el grito en el cielo porque el Embajador y el gobierno habían sufrido aquella especie de reprimenda, se indignaban de que el león español se apocase ante el águila imperial y consideraban la supresión de la fiesta cívica como una satisfacción á Napoleón el pequeño, que así le llamaban, por haber vencido en 1808 á Napoleón el grande.

Los progresistas se mostraban furiosos, la misma soberana proclamando que ante todo y sobre todo era española, quería que la procesión suspendida se verificara, aunque con retraso; pero el gobierno mantuvo su acuerdo y la procesión no se celebró.

Precisamente estábamos á 2 de Mayo cuando fuí á visitar á Ríos Rosas, que era el inspirador y el sostén del gobierno que presidía el Marqués de Miraflores, y ya puede suponer el lector que la ca-

sa del ilustre prócer se vió aquel día frecuentada por gran número de diputados, periodistas y amigos particulares.

Con este motivo no pudimos conversar, como deseábamos, de los asuntos que nos interesaban; permanecí muy poco tiempo en aquella reunión en la que los ánimos estaban soliviantados, mi ilustre amigo me encareció que no tardase en volver á verle y nos separamos, pensando yo que si la supresión de la fiesta cívica obedecía al deseo de desenfadar al Emperador de Francia, valían más los chisperos y los manolos de 1808 que los gobernantes de 1863.

Me disgustó no haber podido saber algo acerca de la cátedra á que aspiraba, porque la escena que acababa de presenciar, las frases que oí reveladoras de la latente lucha política, evocando mis recuerdos del pasado, me demostraron una vez más que no era aquella la atmósfera propicia á mi carácter y á mis aficiones.

En cuanto se apaciguaron los ánimos, por haberse suspendido las sesiones de las Cortes el día 6, volví á visitar á mi amigo y protector, teniendo la fortuna de poder celebrar con él una larga y afectuosa conferencia.

Se mostró muy satisfecho de los servicios que le había prestado desde París, hablamos del proyectado periódico cuya publicación juzgaba urgente, y anticipándose á contestar á la pregunta que yo no acertaba á formular, me manifestó rotundamente que debía renunciar á mi propósito

de cifrar mi porvenir en la consecución de la cátedra del Conservatorio.

El ministro, á quien había hablado en mi favor, se mostraba reacio. En su concepto era de todo punto necesaria una reforma radical en el Conservatorio y entonces sería oportuna la creación de la cátedra. Utilizaría alguna de las indicaciones de la *Memoria* que yo había enviado desde París: la Biblioteca de obras didácticas referentes al teatro, el Museo de instrumentos de música, y algunas otras mejoras de las propuestas por mi le parecían bien. Sus palabras demostrarían á Ríos Rosas que había mirado con interés su recomendación; pero en aquellos momentos en que se imponía al gobierno la mayor moralidad, como con tanta razón y elocuencia había consignado en sus discursos el ilustre orador, crear una cátedra y adjudicarla sin previa oposición, podía ser objeto de justificadas censuras.

En una palabra, ni el ministro tenía á bien complacer á Ríos Rosas, ni este, por su parte, demostraba gran empeño en vencer la dificultad, porque como añadió insistiendo en sus proyectos respecto de mi porvenir, lo que por entonces me convenía era supeditar la literatura á la política.

Si contaba con recursos suficientes para atender al menos á mis obligaciones hasta que se fundase el periódico, lo que debía verificarse en breve, en cuanto apareciese se me señalaría un sueldo de importancia, y en las elecciones que debían verificarse muy pronto, porque á la suspensión

de las Cortes debía seguir su disolución, sería presentada por él mi candidatura á diputado y apoyada con toda su influencia. En estas condiciones y al lado suyo como uno de sus más leales amigos, mi porvenir sería risueño y brillante—añadió con excesiva bondad.

Ante aquellas afectuosas ofertas que ratificaban las que por cartas me había hecho repetidas veces, le confié que podía esperar sin buscar recursos con el apremio de la necesidad.

Esta declaración le satisfizo en extremo:

—Soy pobre—añadió—todo el mundo lo sabe y prefiero mi honrada pobreza á las fortunas mal adquiridas por algunos hombres políticos. No cuento para subsistir más que con mi cesantía de ministro, insuficiente dados los gastos que exige mi posición. De no ser así, de poder disponer de otros recursos, nombraría á usted secretario mío, cargo compatible con el de redactor del periódico; pero no hay que pensar en eso.

Al oir su indicación, le aseguré que si juzgaba que mis servicios podían serle útiles, estaba por completo á su disposición. Precisamente las funciones de secretario de un hombre como él, era labor muy grata para mí, y le rogué que me honrase desde luego con su confianza.

Convencido de mi sinceridad y mi desinterés, aceptó al fin mi oferta y convinimos en que después de destinar unos cuantos días á mis asuntos particulares, iría á su casa dos horas por la mañana y otras dos por la tarde á despachar su co-

rrespondencia y ponerme por completo á sus órdenes.

Cuando me disponía á despedirme, entró un joven á quien Ríos Rosas recibió muy cariñosamente. Era su sobrino D. Francisco Giner de los Ríos, uno de los más brillantes alumnos de la Universidad, discípulo predilecto del famoso Sanz del Río y que después como profesor, como filósofo, como escritor y como fundador de la *Institución libre de enseñanza,* ha conseguido con su poderosa inteligencia y su no menos poderosa voluntad, veladas una y otra por la más apacible y discreta modestia, ejercer una gran influencia en el desarrollo de la instrucción pública y en la organización del profesorado.

Poco expansivo, aunque correcto y amable, me saludó cortesmente, después nos vimos en casa de su ilustre tío algunas veces, y cómo á los demás sobrinos y al hermano de mi amigo y protector, debí parecerle un intruso, porque no tuve la fortuna de ser santo de la devoción de ninguno de ellos.

A mediados de Mayo comencé á desempeñar mis funciones de secretario particular de Ríos Rosas y no tardé en enterarme de la penosa situación en que se hallaba su espíritu.

La monomanía persecutoria le dominaba de tal modo, que temiendo ser víctima de sus imaginarios enemigos, no bebía más agua que la que todas las mañanas cogía en un cántaro pequeño de la fuente que había en el patio de la casa, la buena mujer, ya de edad, que estaba á su servicio. Des-

de un antepecho del comedor pasaba el cántaro á su servidora, no la perdía de vista mientras le llenaba, le recogía de sus manos y le depositaba en un cuarto, que cerraba, guardando cuidadosamente la llave.

Su desayuno consistía en tres ó cuatro huevos pasados por agua, sin pan, y almorzaba y comía en casa de su hermano D. Francisco.

La sirviente divulgaba y comentaba aquellas precauciones de su amo, no sin temor de que se descubriese su locuacidad, porque á pesar de lo amable y bondadoso que era con ella, como con todo el mundo, le temía; y cuando estaba yo solo, y hambrienta de charla, me refería las tristes debilidades de aquel gran hombre, acababa siempre encargándome, por Dios y por los Santos, que no me diera por entendido con su señor, que aunque desconfiaba de ella, era buenísimo y le tenía mucha ley.

Tratándole en la intimidad, no había en efecto más remedio que quererle sinceramente y sentir el injustificado y lamentable martirio que padecía.

Es cierto que de vez en cuando se excitaba su noble y justiciero espíritu; pero sabía ocultar sus temores, su trato era en extremo correcto y amable, y solo sus parientes sabían la monomanía que le aquejaba.

Como la esperanza de mi anhelada cátedra, se desvaneció la del periódico que se proponía fundar. El amigo que le había prometido una cantidad para sufragar los gastos de la publicación, no

pudo realizar su oferta; pero como yo esperaba de un momento á otro noticias satisfactorias de la negociación que seguía Bannelier en París con la Agencia de anuncios, indiqué á Ríos Rosas que antes de renunciar á su deseo debíamos esperar el resultado de las gestiones de mi amigo.

Entonces me insinuó que aunque en mis cartas le había hablado de los ingresos que podrían obtenerse de la publicidad, no se había fijado en aquel detalle. ¿Qué servicio podría prestar el periódico para obtener los seis ú ocho mil reales que yo esperaba conseguir?

A esta pregunta contesté, que lo que habría que hacer sería publicar en la cuarta página del periódico los anuncios que enviase la Agencia.

—¿Y qué clase de anuncios serán esos?—añadió.

—Seguramente los que publican los demás diarios que están en relaciones con la Agencia; por regla general, específicos, drogas, cosméticos, panaceas. Los que explotan las flaquezas humanas por medio de la publicidad periodística, ganan un dineral. Holloway, según cuentan, ha hecho una gran fortuna con sus píldoras, Raspail no le va en zaga, le *Revalenta arabiga,* realiza curaciones maravillosas según afirma su inventor.

Interrumpiéndome indignado, exclamó Ríos Rosas.

—¿Cree usted que yo puedo consentir que un periódico mío proclame la verdad y la justicia en sus tres páginas primeras y propague en la última la mentira, la farsa, la inicua explotación de

los pusilánimes y los imbéciles? ¡Eso sería una indignidad! Escriba usted á su amigo que rompa todo trato con esa Agencia embaucadora.

No pude menos de admirarle una vez más, porque pensaba y he pensado siempre lo que en aquel momento puso de relieve su honrada austeridad; pero descendiendo de las alturas de la conciencia á la mísera realidad, tampoco pude menos de decirle:

—En ese caso tendremos que renunciar á publicar periódicos, porque el anuncio, el reclamo, los negocios que necesitan publicidad, como por otra parte las subvenciones ministeriales ó financieras son los más importantes y en muchos casos los únicos recursos de los diarios.

—Así es, en efecto—añadió—pero por lo mismo aseguro que en esas condiciones, jamás seré propietario de un periódico. Renuncio á mi propósito.

Refiero este rasgo de aquel importante hombre político, porque demuestra su acrisolada probidad al mismo tiempo que su intransigencia con lo que siendo verdaderamente indigno, es sin embargo aceptado hasta por los que admiran á don Quijote, pero juzgan más conveniente á sus intereses imitar al escudero del admirable hidalgo de la Mancha.

Como corolario de aquella escena, desahogó el gran tribuno su indignación pintando con breves y elocuentes rasgos cómo comprendía que debían ser los periódicos, y en sus elocuentes palabras vi formulado magistralmente el concepto que en mi

fuero interno había formado de la misión de la prensa.

Tenía razón, mucha razón; pero el resultado práctico de aquellas sus admirables y nobilísimas ideas, era para mí que no podía contar con la cátedra, ni con el prometido sueldo del periódico. No por eso debía desanimarme; según me insinuó Ríos Rosas, en breve sería diputado á Cortes, á su lado haría carrera y en caso necesario obtendría para mi un alto empleo compatible con la diputación.

Me separé de él agradecido y al mismo tiempo apenado, porque pensaba que el brillante porvenir político que me ofrecía era incompatible con las condiciones de mi carácter, y eso que entonces no conocía como después he conocido las pequeñeces, las miserias y hasta las iniquidades de la política. La idea de penetrar en aquel antro me asustaba; pero no podía retroceder, y saqué fuerzas de flaqueza.

No siendo posible fundar un periódico diario, pensé que bastaría uno semanal para difundir las ideas que deseaba divulgar Ríos Rosas; calculé que con mis propios recursos podría sufragar los primeros gastos, le hablé de mi propósito, le aprobó y convinimos en que se titulase *El Fomento de España*, título candoroso, inocente y hasta *cursi* para la actual generación; pero que entonces representaba todavía una noble aspiración.

Estábamos á fines de Julio, y tanto porque la lucha política á pesar de hallarse cerradas las Cortes

mantenía en continua agitación al gobierno y á su inspirador, como porque nos encontrábamos en pleno verano disfrutando la más ó menos apacible siesta á que desde tiempo inmemorial nos entregamos los españoles, no debía publicarse la revista hasta el mes de Septiembre ú Octubre.

XXVI

A principios de Agosto apareció en la *Gaceta* el Real decreto disolviendo las Cortes y señalando el 4 de Noviembre para las nuevas elecciones. Con este motivo, la secretaría que yo desempeñaba entró en un período de gran actividad.

Hasta entonces mi misión había sido fácil y poco trabajosa. Durante los tres ó cuatro primeros días abrí en presencia de mi jefe las cartas que de diez á once de la mañana aportaba el cartero, le indicaba el nombre de los firmantes, leía las que le interesaban, me ordenaba lo que debía contestar á cada una de ellas, y despachaba en seguida las urgentes para que las firmase antes de ir á almorzar á casa de su hermano, lo que hacía diariamente á las doce. Por la tarde volvía yo á las cuatro, terminaba la labor pendiente, y como en su calidad de diputado disfrutaba Ríos Rosas de la franquicia del Correo, me llevaba las cartas y competentemente autorizado las depositaba en el buzón del Congreso, del que no se abusaba entonces como después se ha abusado, según cuentan las crónicas y los ujieres.

Cuando juzgó que interpretaba á su gusto las respuestas que debía dar á las cartas importantes, me honró con la más absoluta confianza. Llegaba yo á las diez de la mañana, y hasta que se recibía la correspondencia solíamos pasar ratos muy agradables hablando de literatura, á la que tenía gran afición. La poesía le deleitaba; sus poetas favoritos eran Goethe, Lord Byron, Lamartine, Victor Hugo, Espronceda y Zorrilla. Sabía de memoria algunas composiciones de los dos últimos y se complacía recitándolas.

Poseía una vasta cultura, y nadie oyéndole mostrar en aquellos diálogos íntimos verdadera ternura, hubiera creído que era el tribuno elocuente y bilioso que hacía de su escaño del Congreso un Sinaí y de sus frases rayos del Júpiter Olímpico. La oratoria era su encanto y aseguraba que sin amor á la poesía, sin sentirla, sin inspirarse en ella las palabras y hasta las inflexiones y modulaciones de la voz, no era posible ser buen orador. En aquellos diálogos me permitía meter baza, y como por lo regular estábamos de acuerdo en ideas y sentimientos, ganaba terreno en su ánimo y llegó á favorecerme con una intimidad que le agradecía y me encantaba.

Tenía una debilidad que me confesó. Las novelas de Dumas padre y de Eugenio Sué, de Montepín y Gaboriau, éstas con los crímenes difíciles de descubrir que narraban sin perdonar los más espeluznantes detalles y aquellas con las aventuras extraordinarias que entretenían y fascinaban

al lector, le interesaban hasta el punto de no perder un solo folletín de los que publicaba *La Correspondencia*, cuyo propietario, D. Manuel María Santana, gran conocedor del público, sabía elegirlos á maravilla.

Por aquel tiempo daba á luz el periódico callejero una novela de Julio de Saint Félix, titulada *Las primas de Satanás*, y antes que las noticias, leía Ríos Rosas el folletín, poniéndose de mal humor si visitas intempestivas le privaban de aquel gusto, que él mismo calificaba de malsano y antiliterario.

Recuerdo que un día, á mediados de Septiembre, llegó Alonso Martínez, que era á la sazón uno de los ministros más importantes, en el momento en que mi jefe comenzaba á leer el folletín de *La Correspondencia*, que había quedado en el número anterior en una situación del mayor interés.

Aunque mayor era el que debía inspirarle la matinal visita del ministro, me encargó que fuese á la sala, donde le había introducido la doméstica, y le rogara que esperase unos instantes, pretextando que había pasado mala noche y no se había levantado. Sobre todo me encareció que le entretuviera del mejor modo posible hasta que él terminase la lectura.

Cerca de media hora tardó en presentarse, y no dejé de verme apurado, porque en mi calidad de secretario tenía que guardar cierta circunspección y no hablar de política. La situación fué difícil para mí; pero Alonso Martínez era hombre de

mucho mundo, muy amable, adivinó mi apuro y nos limitamos por iniciativa suya á hacer la apología del dueño de la casa, con muchas variaciones sobre el mismo tema, en tanto que el temido tribuno devoraba las palpitantes aventuras de *Las primas de Satanás.*

Su natural indolencia y el calor sofocante que disfrutábamos, le estimulaban á prolongar nuestras conferencias artístico-literarias, relegando á segundo término la política; y mientras se vestía para salir á la hora acostumbrada, por orden suya abría yo las cartas, le enteraba de prisa y corriendo de su contenido, me indicaba lo que debía contestar á las de verdadero interés, dejaba á mi cuidado las demás respuestas, como todas las epístolas debían ser lacónicas, firmaba en blanco en los pliegos que juzgábamos necesarios y se marchaba.

Por regla general me quedaba yo hasta la una ó una y media despachando las cartas, y sólo dejaba en suspenso hasta la tarde las que me parecía que debía someter á su aprobación; pero acabó por decirme que no necesitaba verlas porque tenía absoluta confianza en mí, y mientras el calor fuese como era insoportable, debía prescindir de las visitas de la tarde, á no ser que fuesen de todo punto necesarias, y aun en este caso podíamos vernos por las noches de nueve á diez.

En distintas ocasiones llegaron el hermano ó alguno de los sobrinos de Ríos Rosas cuando me ocupaba en abrir las cartas, y comprendí que no

les agradó verme desempeñar aquella tarea. Con las epístolas políticas podían venir las familiares, las de personas de la mayor intimidad de mi jefe, y era natural que no conociéndome á fondo, juzgasen peligrosa aquella ilimitada confianza.

Difícilmente sería creído si dijese que cuando alguna de las epístolas era particular, lo que veía en seguida por su encabezamiento, la ponía aparte sin leerla. Puedo asegurar que no sólo aquellas cartas, sino cuantas durante mi vida han llegado á mi poder sin ser para mí y las he abierto inadvertidamente, las he enviado á su destinatario sin enterarme de su contenido. Una especie de pudor, un impulso de delicadeza, algo que no dejarán de comprender los lectores que hayan experimentado lo que yo, dominaba mi curiosidad y gozaba más venciéndome que satisfaciéndola. Tanto peor para los que duden de esta afirmación.

Las firmas en blanco debieron también ser motivo de alarma. Semejantes muestras de afecto, de seguridad en mi honradez y en mi discreción, debían molestar y molestaron, particularmente á D. Francisco. Pero este buen señor, que conocía el carácter de su hermano y sabía que no admitía reconvenciones resolvió, á juzgar por su actitud, mostrarse afectuoso conmigo, ya que de tanto favor disfrutaba.

Mucho más andaluz que D. Antonio, creía ser maestro en el arte de servirse de la aguja de marear y se prometió catequizarme á fuerza de amabilidad.

Al comenzar las tareas electorales me preguntó Ríos Rosas si tenía amigos en algún distrito que pudieran iniciar mi candidatura y evitar en lo posible el carácter de cunera que tendría sin aquel requisito.

Contesté que contaba en Navarra con dos ó tres amigos de alguna influencia y en Guadalajara con mi pariente D. Miguel Mayoral, médico muy acreditado y querido en aquella capital.

—Nada se pierde con presentar la candidatura por dos distritos—me dijo.—Escriba usted á sus amigos y á su pariente, asegúreles que el gobierno le apoyará con toda su influencia y encárgueles que le indiquen el distrito en que juzguen más seguro el triunfo.

Mena estaba en Bilbao y escribí á Landa, que residía á la sazón en Pamplona y que después de informarse me indicó que debía optar por el distrito de Santesteban. Mayoral contestó á mi carta manifestándome que debía elegir el distrito de Pastrana, donde con sus relaciones podría secundar la acción del gobierno, que en su concepto era lo principal.

Mi protector y jefe juzgó que debía presentarme por los dos distritos, y se pusieron en juego para mi triunfo, como para el de todos los que se hallaban en mi caso, los resortes que en análogas circunstancias sirven desde que se adoptó el sistema representativo, para hacer con la ayuda de un servilismo cómodo y utilitario, una cuquería desvergonzada y un indiferentismo formado

de desidia y de despecho, la comedia de la soberanía nacional.

Hasta los hombres más austeros, más íntegros y más fervientes defensores de la moral y la justicia, sacrifican sus creencias en aras de sus intereses, y aun despreciando como desprecian al corrompido é inepto cuerpo electoral, con un egoismo que suponen buena fe ó ineludible necesidad, le utilizan y fundan el gobierno de los pueblos sobre tan deleznables cimientos.

Admirable es en la teoría el sistema representativo y no menos admirable el parlamentarismo su más amplia y perfecta manifestación; pero en todos los tiempos y en todos los países, la práctica de estos sistemas no ha sido más que la reproducción hipócrita del tristemente humano *Quia nominor leo.*

Ríos Rosas tan puritano, tan honrado, tan justiciero, tan furibundo enemigo de las iniquidades; con nobles fines sin duda alguna, aceptaba como fatal é indispensable aquella inveterada falsificación de la voluntad nacional, de aquella voluntad que no existía ni ha existido nunca más que como una figura retórica, para ocultar las vergüenzas, las miserias y las concuspicencias de los seres humanos bajo una capa de equidad, de legalidad, de moralidad y de patriotismo.

Yo, que ahora expreso estas opiniones sin temor de ser desmentido por la sinceridad y fundado en la experiencia de mi larga vida, no dejaba de utilizar los procedimientos que censuro; por-

que si no me entusiasmaba la política ni reconocía en mí condiciones para brillar y hacer fortuna á su sombra, me halagaba la idea de ser diputado de la nación, aunque no sin darme cuenta de que si triunfaba mi candidatura no sería por mis méritos, sino por la protección de Ríos Rosas, quien en su deseo de favorecerme escribió de su puño y letra al gobernador de Navarra y llamó á Madrid al de Guadalajara, manifestando á uno y otro el interés que le inspiraba mi elección.

Estas demostraciones de su afecto y la ilimitada confianza que me dispensaba, eran motivo para su hermano D. Francisco y acaso para otros individuos de su familia, de una bien educada aversión hacia mí, que él primero supo dominar, mostrándose conmigo muy afectuoso y hasta expansivo.

Con el gracejo que hay que reconocer en los andaluces, procuraba ganar mi voluntad y no sin habilidad averiguar lo que le convenía saber; pero yo sin su gracejo, correspondiendo á su amabilidad y pasando á propósito por torpe más que por avisado, me abstenía de responder á sus preguntas de un modo categórico.

Al cabo de algunas conferencias empleadas en inútiles discreteos, me acusó de demasiado reservado para con él, y de un modo directo y franco formuló una pregunta, alegando que no obedecía á mera curiosidad de su parte, sino al interés que le inspiraba su hermano.

Me ví apurado y sonriéndome para quitar cru-

deza á lo que resolví contestarle, le pregunté á mi vez:

—¿Ignora usted el significado de la palabra secretario?

—No, por cierto—insinuó un tanto amostazado—y, francamente, me extraña que me dirija usted esa pregunta.

—Pues sí lo sabe usted, lo que no dudo—añadí—comprenderá que cumpla mi deber de secretario, guardando los secretos de mi jefe.

Después de aquella escena cambió de táctica, me felicitó por mi conducta, no volvió á interrogarme y hasta esquivó las ocasiones de verme.

Transcurrieron un par de semanas, el trabajo de la secretaría aumentaba, las noticias que se recibían respecto de mis candidaturas eran satisfactorias; y así las cosas, en uno de los primeros días del mes de Octubre al llegar yo por la mañana á la casa de Ríos Rosas pregunté á la sirvienta si se había recibido el correo.

Me contestó afirmativamente y me dijo que su señor había ordenado que le llevase las cartas á su despacho.

—Anúnciele usted que estoy aquí—indiqué á la doméstica.

—Me parece que hoy tiene cara de pocos amigos—murmuró la entrometida servidora al alejarse.

En efecto, cuando me llamó noté algo en él que no pude explicarme.

—He resuelto abrir yo las cartas—me dijo—y

dictar á usted las respuestas de las que merezcan contestación.

Trabajo me costó no preguntarle la causa de aquel cambio; pero él era bilioso, yo también, le debía atenciones y decidí callar y esperar las explicaciones que seguramente me daría cuando lo juzgase oportuno.

Me dictó unas cuantas cartas, y con una frialdad que me sorprendía é irritaba, al ver que me disponía á llevármelas al correo como de costumbre:

—No se moleste usted—me dijo.—En lo sucesivo vendrá todas las tardes á recogerlas un ujier del Congreso.

En vista de aquella inesperada é inconcebible actitud, me retiré temeroso de no poder contenerme. ¿Qué había ocurrido? Por más que me devanaba los sesos, no podía explicarme un cambio tan repentino. Escudriñaba mi conciencia, recordaba lo que había hecho en los últimos días, pensaba si habría cometido alguna indiscreción y no encontraba causa, ni siquiera pretexto que justificara ó por lo menos explicase tan radical transformación.

¿Sufriría mi tan querido protector la influencia de la monomanía que le aquejaba?

Tardé más de lo acostumbrado en volver á mi casa y procuré ocultar el estado de mi ánimo para no alarmar á mi familia; pero con mi carácter no podía permanecer mucho tiempo sin aclarar la duda que me mortificaba.

Por la tarde, ya casi de noche, me dirigí á la

calle del Pez para despachar las cartas que por la mañana habían quedado pendientes de contestación y aguardar á D. Antonio que solía retirarse á las ocho ú ocho y media.

Si continuaba en la misma actitud, le exigiría una explicación, y si como aún me hacía creer la ilusión, todo había sido efecto de un acceso de la enfermedad que de vez en cuando transformaba su natural bondad en furibunda aspereza, olvidaría lo que había sucedido.

Llamé á la puerta y por el ventanillo me dijo la doméstica:

—El señor no está en casa.

—¿Ha dejado algún recado para mí?

—Lo único que me dijo al marcharse es que no abriera la puerta á nadie.

—¿Ni á mí tampoco?

—Ni á usted.

Aquella determinación acabó de exasperarme. Volví al día siguiente y D. Antonio me recibió en su despacho.

Cambiamos con gran seriedad unas cuantas frases de buena educación, y como la impaciencia me mortificaba, le manifesté la sorpresa que me habían causado los desaires que me había hecho el día anterior. Si tenía alguna queja de mí, si involuntariamente había cometido alguna falta, dadas las afectuosas relaciones que nos ligaban, lo prudente, lo noble era reconvenirme, pedirme explicaciones.

Entonces levantándose de su asiento y con la

voz tonante que empleaba en el Congreso para sus apóstrofes, exclamó:

—¿Desea usted saber por qué ha perdido mi confianza?

—No sólo lo deseo, sino que lo exijo.

—Conteste usted ante todo á las preguntas que voy á hacerle. ¿Ha sido usted redactor de los periódicos moderados *El Fénix*, *El Conciliador* y *El Horizonte?*

—Sí, señor; redactor literario.

—¿No es usted amigo del Marqués de Remisa?

—Cuando fuí redactor del *Fénix* le conocí, le traté; pero después no he vuelto á verle.

—Hay quien afirma que va usted á visitarle con frecuencia.

—Miente quien haga semejante afirmación.

—Es inútil que pretenda usted demostrar lo que me consta de un modo indubitable. Tarde ó temprano todo se descubre. Usted es un espía de la Reina Madre cerca de mi persona. La ha visitado usted en París y ahora por conducto de su cuñado el Marqués de Remisa, gracias á la infidelidad de usted, saben tanto ella como los moderados mis enemigos, cuanto pienso y cuanto hago.

Indignado ante aquella calumnia, protesté con toda la energía de una conciencia que nada tiene que reprocharse; comprendí que dominado por la monomanía persecutoria era imposible razonar con él en aquellos momentos; dado su carácter violento y el mío, que ante las injusticias no le iba en zaga, pensé que de prolongar aquella situación

podíamos fácilmente pasar de las palabras á los hechos, y me limité á decirle:

—No creo digno de mi honradez humillarme á demostrar á usted lo calumnioso de su acusación. Quien puede suponerme capaz de desempeñar el infame papel que usted me atribuye, no merece consideración de ningún género. Ya sé que la política no tiene entrañas, y después de lo que hace usted conmigo, veo que me he equivocado al juzgarle. Justo es que pague mi error. Quédese usted con los miserables que me han calumniado, con los distritos en que me ha apoyado su influencia. Olvido los perjuicios que me ha causado la amistad de usted: lo que no olvidaré nunca es la ingratitud, la inconsideración y sobre todo la injuria que me ha inferido usted al dudar de mi lealtad.

—Justifíquese... pruébeme que carece de fundamento mi acusación—añadió en el mismo tono.

—Sería vergonzoso y humillante para mí intentarlo siquiera. Mejor es que nos separemos para siempre y mejor sería que no nos hubiéramos conocido.

Sin pronunciar una palabra más, abandoné á aquel gran hombre, á quien de cuando en cuando hacían tan pequeño la enfermedad que padecía y la mala fé de los que la explotaban en beneficio propio.

Aquel inesperado é inmerecido rompimiento que destruía mis legítimas esperanzas, me indignó; pero no me anonadó.

Me indignó por la injusticia del hombre á quien

yo suponía justo y por la perversidad de los calumniadores.

Jamás había visto á la Reina Madre, á quien por lo que había oído sin conocer todavía su deleznable historia íntima, consideraba como causante de las desdichas que pesaban sobre el país. Ni una sola línea publiqué en *El Fénix* que se refiriese á la política que defendía el periódico, y ni siquiera en mis revistas de la vida social había tenido ocasión de aludir á aquella funesta ex-soberana.

Se hallaba en París cuando pasé los grandes apuros que he referido, y ni un instante se me ocurrió buscar su auxilio alegando que había sido redactor del *Fénix*.

Al regresar á Madrid, comprendiendo que en mi calidad de secretario particular de Ríos Rosas debía permanecer alejado de los hombres políticos á quienes conocía, lo mismo de sus amigos que de sus adversarios, no fuí como era mi deber á visitar al general Serrano para darle gracias por el favor que me había dispensado desde la Habana, ni tampoco á los directores y redactores de los periódicos á quienes conocía y estimaba desde antes de emprender mi viaje á París.

Mis inclinaciones literarias, mis relaciones, todo lo sacrifiqué á aquel hombre que tantas muestras de afecto me había dado, que había agradecido cuanto había hecho para servirle y que, aunque no con gran entusiasmo de mi parte, se había propuesto contribuir á mi carrera política proporcio-

nándome una posición relativamente importante.

Motivos de sobra tenía para indignarme al ver que en un momento y por una sugestión malévola, había olvidado mis sacrificios y procedido, no con la nobleza que debía esperarse de su gran talento y su gran corazón, sino como un sér vulgar, mezquino é inconsiderado.

Confiaba en que la verdad triunfaría en cuanto se calmase la exacerbación de su enfermedad, á la que atribuí su conducta, y aunque estaba resuelto á renunciar á cuantos beneficios pudiera otorgarme, deseaba que se realizase mi esperanza porque le había profesado sinceramente y seguía profesándole admiración y afecto.

Podía haberme defendido, podía haberle probado lo injusto de sus acusaciones, la falsedad de la calumnia y seguramente habría vuelto á su gracia y obtenido por lo menos el cargo de diputado. Pero me indignó de tal modo la facilidad con que acogió la patraña ideada contra mí, que preferí aguardar á que me hiciese justicia ó mantener la inconcebible ruptura de nuestras relaciones.

La situación en que yo quedaba era difícil y penosa. Había gastado mis ahorros en vivir, en poner casa, que tuve que amueblar y proveer de los enseres necesarios, y en todo el tiempo que dediqué á Ríos Rosas, solo había cobrado el importe de las revistas que enviaba mensualmente al *Correo de Ultramar*, á la *Moda*, y los derechos de autor de la zarzuela en un acto el *Colegial*, que arre-

glé á la escena española para que escribiese su música el compositor Avelino Valentí, á quien conocí en París por mediación de Eduardo Zamacois y que regresó á Madrid antes que yo para gestionar la representación en el Teatro de la calle de Jovellanos de la obra, que por fortuna alcanzó buen éxito; pero cuya propiedad me ví obligado á vender al editor D. Alonso Gullón.

Sentía no haber conseguido la cátedra que tanto deseaba: no así perder la posición que se me había ofrecido en el periódico diario que se quedó en proyecto, ni la diputación. Habría sido un diputado vulgar, adocenado, incóloro, monosilábico, ó habría tenido que imitar, sin su admirable elocuencia, el ejemplo de Moret que por primera vez fué representante del país en las nuevas Cortes principalmente organizadas por Ríos Rosas, y que asqueado de lo que vió al percatarse de los misterios de la política, renunció el acta después de pronunciar un soberbio discurso, que sorprendió y asombró al Congreso, y que no tardó mucho en ser olvidado hasta por su mismo autor.

No había nacido yo para político. A pesar de mi poca experiencia, comprendía que no eran compatibles las preocupaciones, los afectos, los intereses de la familia con los de la profesión política, y para mi la familia era lo primero, lo esencial, lo indispensable.

Por rara excepción podía citarse un hogar feliz entre los de los dedicados á cultivar la cosa pública. Basta al efecto, recordar lo que pasó cuando el

Imperio ruso, después de haber considerado como reyes de España á Carlos V y á Carlos VI, reconoció á doña Isabel y envió un Embajador. Organizó este alto funcionario un banquete, y como era de rúbrica se propuso invitar á los personajes que formaban el gabinete.

—Dirija usted una invitación—dijo al secretario —al Exmo. Sr. Presidente del Consejo de ministros y señora.

El jefe del gobierno era entonces Narváez.

—No puede ser—insinuó el secretario—están separados.

Lo mismo sucedió con los ministros de la Gobernación y de Estado, que si no recuerdo mal eran D. Cándido Nocedal y D. Luis González Bravo.

Otro de los individuos de aquel gobierno, el honrado y consecuente D. Claudio Moyano, tuvo en aquellos días un gran disgusto familiar.

La novela de la vida encuentra sus más accidentados, dramáticos y escabrosos capítulos en la esfera donde se agitan las grandezas y las miserias de los personajes políticos y de sus satélites de todas clases.

Estas consideraciones me consolaron pronto del desengaño que acababa de sufrir. Mi compañera, que por intuición pensaba como yo, infundió nuevos ánimos á mi espíritu, la dicha que reinaba en nuestro hogar disipó mis temores, y me dispuse á buscar en el trabajo que era más de mi gusto, los medios de recuperar el tiempo perdido y las ilusiones malogradas.

XVII

Antes de referir como conseguí mi propósito terminaré el episodio de mis relaciones con Ríos Rosas.

Se verificaron las elecciones, triunfó el gobierno como triunfa siempre, y el gran orador ocupó la presidencia del Congreso.

Muy cerca de diez años transcurrieron sin que él diera señales de recordar el daño que me había causado, ni yo á pesar de su comportamiento conmigo dejase de admirar las cualidades que han inmortalizado su nombre en la historia del Parlamento español.

Pero en todo aquel tiempo ni siquiera tuve ocasión de verle, porque aunque en algunas cortas temporadas fuí periodista militante por encargarme el propietario de *La Epoca*, de cuya redacción formé parte durante cinco años, la reseña de los debates parlamentarios, opté por ir al Senado á desempeñar aquella tarea, y solo frecuentando el Congreso hubiera podido encontrarle.

También concurría al antiguo Ateneo; pero yo que no dejaba un solo día de visitar aquel centro de cultura, empleaba para realizar mis visitas las mañanas ó las tardes, mientras que Ríos Rosas solía pasar en el salón de lectura una ó dos horas por las noches.

Fuí uno de los primeros habitantes del entonces incipiente barrio de Salamanca y utilizaba con fre-

cuencia el tranvía que se inauguró, no recuerdo bien si en 1871 ó en 1872. Lo que no he olvidado es que á fines de este último año ó á principios del siguiente, monté en uno de los coches en la calle de Alcalá cerca del Ministerio de la Guerra. No había más que un asiento vacante y le ocupé, apercibiéndome á poco de sentarme de que se hallaba á mi lado Ríos Rosas, que según supe después vivía á la sazón en la última casa de la acera de la derecha de la calle de Serrano, con entrada por la de Maldonado.

Durante el trayecto fueron apeándose los viajeros y al llegar á la calle de Serrano, antes de la de Jorje Juan, quedamos solos en el carruaje Ríos Rosas y yo.

Mi domicilio estaba en la casa número 14 de la calle de Serrano, que es en la actualidad el 26, y me disponía á apearme, cuando de pronto y como quien hace un esfuerzo, me dijo Ríos Rosas:

—Siempre le he estimado á usted y le estimo.

—También yo he profesado á usted y sigo profesándole admiración y afecto—añadí yo.

—Causé á usted gran perjuicio...

—No, por cierto: á aquel disgusto ya olvidado por mí, debo vivir en mí verdadero elemento.

—Venga usted á verme: deseo que hablemos. Mi salud no es buena... Me agradará saber qué ha sido de usted en todo este tiempo.

Me indicó las señas de su domicilio, me tendió la mano que estreché con emoción y prometí ir á visitarle.

—No tarde usted mucho—insistió.

Nos separamos y dos días después fuí á verle. Hablamos largamente con la sinceridad y el cariño de los buenos tiempos de nuestras relaciones; me preguntó con bondadoso interés cómo había salido del conflicto en que sin duda alguna me habría colocado su brusca determinación; reconoció que había dado crédito con demasiada facilidad á las calumniosas acusaciones que de mí le habían hecho; sintió que no hubiera tratado de sincerarme, sobre todo cuando supo que después de separarnos me había dedicado exclusivamente á trabajos literarios, y por último celebró nuestro casual encuentro en el tranvía.

Más de dos horas duró aquel coloquio tan satisfactorio y al mismo tiempo tan penoso para mí, porque me pareció muy decaído, dominado por un gran pesimismo respecto de los resultados de la revolución, juzgando perdida á España y expuesta á ser como en sus primitivos tiempos dominada por extranjeros.

Entonces, como oportunamente verá el lector, pensaba yo del mismo modo; pero era joven y no me resignaba á ver á mi patria repartida entre las naciones que la codiciaban y siguen codiciándola.

Malograda la revolución, quedaba una esperanza, que acaricié como tantos otros que jamás pudieron imaginar que buscarían en ella una tabla salvadora. No quise, sin embargo, afligirle revelándole que en aquellos momentos, á pesar de mi aversión á la política, era un activo conspirador.

Prometí volver á visitarle; pero apremiantes ocupaciones me impidieron cumplir mi promesa tan pronto como deseaba. En los periódicos ví anunciado su fallecimiento y por estar enfermo no pude acompañar sus restos á la última morada.

Aquel hombre eminente que en varias ocasiones había sido árbitro de los destinos de España, sólo poseía al morir una cantidad que no recuerdo á cuanto ascendía, pero que no llegaba á cien reales.

Su gloria, una de las más grandes y más puras de nuestra nación, es universalmente reconocida: su ejemplo de desinterés y abnegación es el que sigue teniendo escasos, muy escasos imitadores.





LIBRO QUINTO

1864 á 1873.

I

Una vez más fué cierto para mí el tristemente consolador refrán «no hay mal que por bien no venga».

Perdí un porvenir político que no me entusiasmaba gran cosa, y si con él se desvaneció, mi esperanza de obtener la cátedra objeto de mis aficiones y medio de conseguir el bienestar modesto, pero seguro, que deseaba y necesitaba; como siempre he contado con la energía suficiente para vencer las dificultades materiales, ni me abatí ni desesperé de resolver satisfactoriamente el problema que mi rompimiento con Ríos Rosas planteó bruscamente ante mí.

Algunos días antes de aquel suceso apareció mi proyectada revista *El Fomento de España*, cuyo prospecto y organización fueron muy del agrado de mi protector, porque los que se proponían malquistarme con él no habían realizado aún su malévolo designio.

Sin haber hecho, por falta de experiencia y de recursos, la debida propaganda, al publicarse el tercer número del periódico contaba un centenar de suscriptores, lo que en concepto del impresor Fortanet y de algunos amigos inteligentes en asuntos periodísticos era buena señal.

A pesar de esta risueña esperanza, temí verme obligado á renunciar á mi propósito por carecer del capital, casi insignificante, necesario para los gastos de la publicación hasta que bastasen los ingresos á costearla; pero no tardé en descubrir nuevos horizontes, que me mostraron lo que siempre había considerado como mi tierra de promisión.

Fuí á ver á Madrazo, mi maestro, mi amigo, casi un padre para mí, y apenas se enteró de lo que me había pasado con Ríos Rosas, se apresuró á ofrecerme un puesto en la redacción de *La Epoca*, cuya dirección le había sido encomendada por el eminente publicista catalán D. Juan Mañé y Flaquer, quien al ser nombrado ministro de Ultramar el notable jurisconsulto también catalán D. Francisco Permanyer, había arrendado, no recuerdo si por uno ó dos años, el influyente periódico creado por D. Diego de Coello y Quesada, del que era á la sazón copropietario D. Ignacio María Escobar, no menos activo y diligente periodista.

Madrazo me presentó á Mañé y Flaquer, á quien ya me había recomendado para que me confiase la sección literaria de *La Epoca*, y admitido por aquel ilustre escritor, que desde entonces hasta

el fin de su gloriosa vida fué para mí un cariñoso amigo, comencé á desempeñar mi nuevo cargo en los primeros días de Octubre de aquel año 1863 tan agitado para mí.

Me asignaron treinta duros mensuales, limitándose mis tareas á escribir revistas de teatros, de salones, crónicas parisienses: ocho ó diez artículos cada mes, lo que no me privaba de colaborar en *El Correo de Ultramar* y en *La Moda*, quedándome además tiempo de sobra para redactar y administrar mi periódico *El Fomento de España*.



D. Francisco de Paula Madrazo.

Comenzó para mí un período de actividad, de lucha, de fiebre y al mismo tiempo de esperanzas y satisfacciones, en el que no se daban punto de

reposo las ideas, los proyectos, los sentimientos, ni el trabajo, que antes, entonces, siempre y aún ahora mismo en el ocaso de mi existencia, han sido y son la atmósfera propicia, el elemento esencial á la salud y el bienestar de mi cuerpo y de mi alma.

Los nueve años que transcurrieron desde principios de 1864 hasta 1873, constituyen la época más dichosa de mi vida pública y de mi vida íntima.

Al mismo tiempo que en *La Epoca*, colaboré como redactor también literario en *La Política* y en *La Patria* y escribí para la *Revista hispano-americana*, que con merecido éxito publicaba y dirigía D. Rafael María de Labra, mi novela *El bello ideal del matrimonio*, de la que los editores San Martín y Jubera hicieron una segunda edición en un libro que se vendió pronto y mereció un primoroso artículo de Federico Balart, á quien con aquel motivo conocí y estimé en lo mucho que valía. Para los citados editores traduje dos novelas de Paul de Kock, las últimas que escribió el popular novelista francés. Un editor argentino llamado Medina, que se estableció en Madrid, me encargó una novela y para él escribí *El coche del diablo*.

II

El buen éxito que alcanzaron aquellas obras, estimuló á los editores Manini hermanos á contratar conmigo una novela del género de las que en aquel tiempo se publicaban por entregas, re-

gularmente con gran éxito y que eran más ó menos voluminosas, según el número de suscriptores que tenían y la aceptación que alcanzaban.

Había yo conocido en París por conducto del genial dibujante Alfredo Perea, hermano del Perea mudo que durante tantos años dibujó también para los periódicos taurinos, á Urbano Manini, hermano mayor de los editores que tanta fortuna habían hecho con las obras de Fernández y González y de Pérez Escriche, y que cuando estos se retiraron del comercio fundó una casa editorial de la que fuí principal proveedor.

En Barcelona habían llegado las publicaciones por entregas al mayor grado de apogeo y uno de los más importantes editores, D. Salvador Manero, que como la mayor parte de los que habían hecho fortuna, y algo de esto ocurrió también en Madrid, había comenzado por ser repartidor de entregas, me propuso que escribiera para su casa algunas novelas, con cuyo motivo hice un viaje á Barcelona y contraté mis dos obras *Los 300.000 duros*, historia de un pobre hombre, y *Un odio á muerte*, que también alcanzaron el favor del público, sobre todo la primera en la que me propuse bosquejar un Don Quijote de la política y que refundida por mí es la única de aquellas novelas que tanta notoriedad y dinero me proporcionaron, que forma parte de mis *Obras literarias*.

Aquella producción de novelas que durante quince años disfrutó del favor de un público poco acostumbrado á leer, contribuyó á fomentar la afición

á la lectura, tan escasa en España y que tan provechosa ha sido para los escritores que vinieron después y sobre todo para los periódicos rotativos y las revistas ilustradas, actual forma de la literatura productiva.

Fernández y González había inaugurado aquel período tan próspero para los editores. Gaspar y Roig, que fueron los primeros que adoptaron el sistema de las publicaciones por entregas, pusieron al alcance de las más modestas clases la adquisición de obras célebres que costaban muy caras en las librerias, y obtuvieron un éxito fabuloso con *El genio del cristianismo* de Chateaubriand, algunas novelas de Walter Scot, *El diablo mundo* de Espronceda y sobre todo con *Los monfies de las Alpujarras, El cocinero de Su Majestad* y *Men Rodríguez de Sanabria*, las mejores novelas de Fernández y González, las que revelan todas sus cualidades de verdadero artista, las que justifican y perpetúan su legítima fama.

Los Manini, cuyo padre había editado obras de lujo, imitaron el ejemplo de los inteligentes Gaspar y Roig y fundaron en la calle Ancha de San Bernardo una casa editorial que disfrutó durante ocho ó diez años de gran prosperidad. Dos libreros que tenían puestos en las calles de Madrid y algunos menestrales que se habían ganado la vida repartiendo entregas de Gaspar y Roig ó de los Manini, inteligentes y audaces como Miguel Guijarro y Rodríguez, fundaron á su vez establecimientos editoriales que adquirieron notorie-

dad y les proporcionaron capitales de consideración.
La remuneración que percibían los autores por su trabajo, si no igualaba á la que disfrutaban en Francia Eugenio Sué, Dumas y otros no menos célebres, y en Inglaterra Dickens, era muy aceptable y no dejaba de parecer hasta exorbitante á los mismos novelistas.

Cada entrega constaba de ocho páginas de letra del cuerpo 9 ó 10 y el reparto se componía de ocho entregas, que pagaban los editores á los novelistas á 5 ó 6 duros, lo que les proporcionaba cada semana de ochocientos á mil reales de ganancias.

Los Manini primero y después su hermano, me pagaron á 5 duros cada entrega y el editor Manero, de Barcelona, á 6. Como aquella labor sólo exigía mucha imaginación para despertar y sostener el interés de los lectores, no ofrecía gran dificultad y en cuatro ó cinco horas podía escribirse un pliego de diez y seis páginas, lo que representaba un jornal, llamémosle así, de diez ó doce duros diarios.

Fernández y González, casi ciego, no podía escribir; pero dictaba á dos escribientes que acudían á prestarle servicio, uno por la mañana y otro por la tarde y raro era el día, porque siempre estaba agobiado de encargos, que no dictase un par de pliegos de diez y seis páginas cada uno, lo que le proporcionaba de 20 á 24 duros.

Pérez Escrich, menos fecundo, premioso para dictar, lo que le obligaba á escribir las cuartillas de su puño y letra, se aprovechó del éxito de sus

famosas novelas *El cura de aldea* y *La mujer adúltera* para exigir mayor precio por su trabajo, y consiguió que el editor Guijarro aumentase sus honorarios.

Creo haber dicho en otro lugar que Madrazo, además de hábil periodista, era profesor de la Escuela de taquigrafía que costeaba la Sociedad Económica de Amigos del País y taquígrafo del Congreso de los Diputados.

Los domingos reunía en su casa á sus discípulos más adelantados; por indicación suya y para hacer ensayos oratorios, acudía yo á aquellas sesiones, simulábamos que éramos oradores parlamentarios, defendía él por ejemplo una proposición de ley, yo la combatía ó viceversa, rectificábamos y todo apostrofándonos á veces y sacándonos á relucir trapillos, por fortuna para él y para mí imaginarios; en una palabra jugábamos á la política casi siempre con irónico y divertido gracejo por parte del maestro, y los alumnos tomaban en taquigrafía nuestros discursos, con lo que se ejercitaban y todos pasábamos un rato agradable.

Tres de los discípulos de Madrazo que asistían á aquella parodia parlamentaria, han pasado á mejor vida. Era uno de ellos Manuel Zapatero, que figuró entre los más notables taquígrafos y redactor del *Diario de Sesiones* del Congreso; otro, Cortés, que si no recuerdo mal desempeñó iguales funciones en el Senado y creo que dirigió durante muchos años una Academia de taquigrafía, y otro por último Eduardo Medina, que resultó un

notabilísimo periodista, fué en varias ocasiones redactor jefe y director de *La Correspondencia de España,* y asociado con Luis Navarro, simpático é inteligente periodista, fundó una empresa editorial que proporcionó á los socios mucho provecho y mayor honra, porque con su buen talento y su gran ilustración, dieron á conocer en España las interesantes y después tan populares obras de Julio Verne y publicaron durante algunos años la *Revista Europea,* que tanto contribuyó á la cultura de nuestro país y al renombre de algunos escritores nacionales y estranjeros que merecían ser no solo conocidos, sino ádmirados.

El cuarto de los discípulos de Madrazo que tomaba parte activa en aquellos ensayos oratorio-taquigráficos y que aún vive cuando escribo estas líneas, era Tomás Luceño, tímido y apocado por entonces, guardando muy en secreto el númen que le ha inspirado los celebrados y aplaudidos sainetes que como á Ricardo de la Vega le han dado un puesto de honor al lado del gran sainetero D. Ramón de la Cruz.

Pues bien, aquellas sesiones útiles y entretenidas, si no hicieron de mí un orador porque carecía de facultades para serlo, me proporcionaron alguna facilidad para expresar con rapidez lo que se me ocurría decir, y pensé que si acertaba á dictar á un taquígrafo las novelas que me encargasen los editores, una hora diaria equivaldría á las cinco ó seis que necesitaba para escribir un par de entregas.

Madrazo solía dar cierta solemnidad á la sesión que celebraba la Económica matritense para premiar á los discípulos aventajados de la Escuela de taquigrafía; al mismo tiempo se adjudicaban los premios á la virtud; la concurrencia era numerosa y escogida, y en una de aquellas fiestas se leyó un soneto que dediqué á la Taquigrafía y que por ser la única composición poética que hasta entonces había inspirado el arte de seguir en su rápido vuelo á la palabra, agradó mucho á los alumnos. Quizás sean aquellos los únicos versos míos que me sobrevivan, porque casi todos los que han escrito manuales ó tratados estenográficos los han reproducido, y se conservan en tan interesantes y útiles libros.

Pero además contribuí á que se abriesen nuevos horizontes á los jóvenes taquígrafos que sólo aspiraban á prestar servicios en los Cuerpos colegisladores y alguna que otra vez, cuando se trataba de causas célebres, en los Tribunales de justicia.

Indiqué á Madrazo mi propósito de aplicar la taquigrafía á la producción de novelas, me recomendó á uno de sus mejores discípulos llamado José Gutiérrez, hice un ensayo que me dió excelente resultado, pude aceptar mayor cantidad de trabajo y en una hora, á lo sumo hora y media, dictaba tres entregas ó sea 24 páginas, lo que me proporcionaba de quince á diez y ocho duros diarios y además me permitía atender á mis tareas periodísticas.

Esta próspera situación duró para mí desde mediados de 1865 hasta 1872. Cierto es que no siempre tenía trabajo suficiente para ocupar al taquígrafo; pero en los siete años á que me refiero dicté mis novelas *Los 300.000 duros* y *Un odio á muerte* para Manero, de Barcelona; *Cristobal Colón, Hernán Cortés* y *El país del oro*—que aparecieron sin mi firma—*Mendigos y ladrones*, la *Fiebre de riquezas* é *Ignacio de Loyola* para Urbano Manín; *Pepe-hillo* y la ampliación del *Sancho Saldaña* de Espronceda, para un dependiente de los Manini llamado Castro y Cerbó que se transformó en editor y además una obra para él mismo, de dos grandes tomos, titulada *Los Ministros en España*; para Labajos *La bandera Española* y para Estrada (D. Gregorio) el libro *Dios, patria y rey:* treinta tomos en 4.° de 700 á 800 páginas cada uno ó sea de 240 á 250.000 páginas, labor que me habría sido imposible realizar sin el auxilio de la taquigrafía.

III

Desde que me separé de mi padre para ir á París, sólo en breves y agitados períodos he dejado de anotar en cuadernos y agendas lo que he ganado y he gastado. También mi excelente padre tuvo la curiosidad de apuntar lo que mis hermanas y yo gastamos y ganamos desde que vinimos al mundo hasta que formamos nnevas familias. Pues bien, examinando mis notas puedo

calcular que en cada uno de los años indicados me produjeron, uno con otro, mis trabajos literarios: novelas y periodismo, de diez y ocho á veinte mil pesetas anuales.

Solo los autores dramáticos, y no los mejores sino los más aprovechados, ganaban por aquel tiempo tanto ó más que Fernández y González, Pérez Escrich y yo.

También Ortega y Frías y Tárrago y Mateos podían vivir con holgura; pero trabajaban menos que nosotros y por eso no nos igualaban en las ganancias.

Fué aquel período, sino próspero para la literatura, ventajoso para los que la cultivábamos con más ó menos acierto. Ni antes ni después han podido vivir exclusivamente del producto de las letras los que no se dedicaron á hacer en el teatro, sobre poco más ó menos, lo que hacíamos nosotros en los libros, género al que no sin razón, y salvo algunas excepciones, podía y debía llamarse de pacotilla.

Consigno estos detalles, quizás curiosos para los literatos que nos han sucedido, porque tanto en Madrid como en Barcelona, aquel período del apogeo de las novelas por entregas, tan desdeñadas sin haberlas leído por los críticos de más valía, no ha vuelto á reproducirse en España, si he de juzgar por lo que desde entonces observé mientras necesité ganar mi vida como escritor, y por lo que me confian hoy los que sólo de las letras desearían vivir y necesitan buscar la realización del legíti-

mo deseo que abrigan, en un empleo de la administración ó de empresas particulares.

He tenido la suerte, si bien trabajando como un obrero, de haber encontrado cultivando las letras lo necesario para atender con holgura á mis obligaciones y disfrutar de algo de lo que suele calificarse de supérfluo y es quizás para el espíritu tan indispensable como los alimentos para el organismo.

Sólo en dos ocasiones, de las que hablaré á su debido tiempo, por los azares de la vida y en breve plazo, he tenido que recurrir á otros medios de subsistencia.

Una circunstancia debida al precepto cristiano «no hagas á otro lo que para tí no quieras», que me ha servido de inspiración y de guía en todos los actos de mi vida, me proporcionó el afecto y la predilección de los editores, no por mis méritos de escritor, sino por mi conducta para con ellos.

Quiero decir con esto, que jamás falté á lo estipulado en nuestros contratos, que entregué siempre mi labor en los plazos convenidos, que no pedí anticipos pecuniarios; y esta regularidad, tan indispensable para toda producción, para todo género de negocios, rara vez observada por escritores y artistas y hasta por artífices y artesanos, fué la causa principal de que no me faltase trabajo y de que tanto los editores como los directores de los periódicos en que colaboraba, se complaciesen en tratar conmigo, me guardasen la mayor consideración y me explotasen lo menos posible.

IV

Sobre esto de la explotación hay bastante que decir: tiene algo de cierto; pero mucho de leyenda. Los escritores fulminan anatemas contra los editores, lo mismo que los autores dramáticos contra los empresarios y directores de escena.

No hay duda de que han existido y quizás existan en la actualidad empresarios de teatros y editores que han explotado y explotan el talento de los que debiendo á la Providencia tan precioso don, informales, desarreglados, derrochadores ó pura y simplemente pobres de espíritu, son tan perezosos y tan míseros que se prestan á ser explotados por los que sin el menor escrúpulo de conciencia, aprovechan las ocasiones de medrar á toda costa; pero no es esta la regla general.

Cuando asistía yo á la clase de García Luna en el Conservatorio de música y declamación, era condiscípulo mío un joven, hijo de un librero de viejo, que por haber leído algunas comedias de las que ya usadas adquiría su padre á bajo precio, se aficionó al arte escénico y creyó que podría ser actor. El maestro le desengañó, le perdí de vista y al cabo de diez ó doce años volví á hallarle al entrar en el portal de una casa de la calle de Jacometrezo, esquina á la de Chinchilla, en el que había un puesto de libros.

Mi antiguo compañero había heredado la industria de su padre, que ya de por sí era lucrativa, y además había montado lo que podríamos

llamar una fábrica de comedias, sainetes y zarzuelas.

Como si se tratara de la cosa más natural del mundo, me confió que la casualidad le había puesto en relaciones con un joven de mucha chispa, que de una sentada escribía una comedia en un acto capaz de desternillar de risa á los oyentes más serios ó hipocondríacos.

Versificaba con asombrosa facilidad, comenzaba su labor sin saber á dónde iría á parar; pero todo le salía como una seda, las situaciones cómicas brotaban de su rápida pluma que era una bendición y bien podía asegurarse que era uno de los mejores discípulos de Bretón de los Herreros y émulo de Narciso Serra.

Pero cuando le conoció no tenía sobre qué caerse muerto: era un bohemio que sólo por casualidad podía comer algo de vez en cuando, sin más lecho para dormir que los bancos de la plaza de Oriente ó el quicio de alguna puerta.

Ignoraba si tenía familia, si era provinciano ó madrileño, y el joven por su parte creo que también lo ignoraba, ó por lo menos mostraba empeño en ocultar su origen.

El librero, que estaba casado y habitaba un espacioso piso bajo en la casa en cuyo portal tenía su comercio, le propuso hospedarle y mantenerle á condición de que cada semana escribiese una comedia en un acto.

Antes de comer había de leerle por lo menos una ó dos escenas, otro tanto debía suceder para

que le sirviesen la cena. El día que no tenía gana de escribir ó le faltaba la inspiración, se quedaba sin comer.

El joven no debía firmar sus obras. Se las entregaría á sus Mecenas, éste procuraría que se representasen, cobraría los derechos y si alçanzaban éxito mejoraría el deteriorado guardarropa de su huesped.

Llamábase este Pelayo del Castillo, y cuando pudo emanciparse y escribir para el teatro por su cuenta y riesgo, demostró lo mucho que valía y adquirió cierta fama, aunque jamás provecho, porque antes ó después de estrenadas, vendió á bajo precio sus producciones.

Más de un año vivió bajo la tutela del comerciante en libros viejos, le presentó á otros dos ó tres compañeros de su calaña, entre ellos á un Pedro Escamilla que hizo comedias, dramas y novelas, primero para el librero y después para algunos autores perezosos ó aficionados á engalanarse con plumas ajenas.

Cuando la casualidad me puso de nuevo en relaciones con mi antiguo condiscípulo, tenía cuatro huéspedes regimentados todos como antes he indicado, y de acuerdo con algunos empresarios á quienes sólo exigía la mitad de los derechos ó un tanto alzado por cada representación, según me confió teniendo en cuenta nuestro antiguo conocimiento para ser franco conmigo, realizaba un buen negocio y en su conciencia—los explotadores suelen tenerla ancha—hacía una verdadera

obra de caridad, puesto que ofrecía albergue y comida á unos desdichados que sin su ayuda habrían perecido de inanición.

Cómo el fabricante de comedias, valiéndose de máquinas humanas cuya industria he referido, ha habido siempre algunos ejemplares.

Aquel Juan de la Puerta Vizcaíno de quien hablé al contar como se arregló para conseguir que unos editores nos comprasen á García Luna, á Becquer y á mí el drama *Esmeralda* que escribimos inspirándonos en la novela *Nuestra Señora de París* de Victor Hugo, tenía talento sin duda alguna para explotar á sus prójimos de todas clases y condiciones; pero no era escritor más que de cartas preparatorias de sus originales y siempre lucrativas empresas.

Sorprendió á los que le conocíamos, que la casa de Manini hermanos anunciase y publicase dos novelas suyas de grandes dimensiones, que no dejaron de tener éxito á pesar de no ser conocido como autor en la esfera literaria.

Bien es verdad que la mayoría de aquellos bonachones y todavía poco ilustrados lectores, apenas se enteraban del nombre de los novelistas. Algunos se figuraban que los repartidores que les llevaban las entregas eran los que escribían las novelas que tanto les interesaban.

En los círculos de los literatos, no sé si con verdad, pero seguramente con verosimilitud, corrió la voz de que las novelas de Puerta Vizcaíno estaban escritas por Escamilla.

De gran inteligencia, de fecunda imaginación, poeta lírico, autor dramático y novelista, daba pena verle convertido en un bohemio que malbarataba sus producciones y pudiendo ganar honra y provecho, se conformaba con hacer una vida á la vez laboriosa y miserable.

Posteriormente se representaron en los teatros algunas obras que firmó y entre ellas *El Arcediano de San Gil,* que obtuvo mucho y muy merecido éxito.

Sólo le ví una vez y me fué muy simpático, porque en el fondo era bueno. Después nada supe de él; pero le deséé sinceramente el renombre y la fortuna que merecía.

V

No era un caso extraordinario, que si no novelas completas, por lo menos algunos capítulos de ellas fuesen escritos por colaboradores anónimos.

Fernández y González y Pérez Escrich solían cumplir bien sus compromisos; pero á veces una indisposición, una ocupación inesperada les impedían entregar con la debida anticipación el original para el reparto de cada semana.

Los editores, para conjurar estas eventualidades que tanto podían perjudicarles, añadían en los contratos una cláusula autorizándoles á suplir aquellas faltas, encargando el reparto á otro escritor designado por el autor, ó en último término, al que tuvieran por conveniente á fin de que no se

paralizase la distribución semanal de las entregas.

Agradecí tanto á Fernández y González como á Pérez Escrich que aceptasen mi colaboración para aquellos casos extraordinarios y algunas veces, no muchas por fortuna, me ví precisado á sacar de apuros á los Manini.

Este trabajo era violento, difícil, y me imponía un verdadero sacrificio cuando era preciso ganar tiempo. En aquellos casos, el viernes por la noche, perdida por los editores la esperanza de contar con el original necesario para el reparto que debía hacerse el próximo lunes, me enviaban el aviso y los últimos cuadernos de la novela que yo debía continuar.

Llamaba á mi vez al taquígrafo, mientras llegaba leía las entregas para enterarme de la situación en que se hallaban los personajes de la novela, me trazaba el plan para cumplir mi cometido sin alterar la marcha de la acción que desconocía, dictaba durante cuatro ó cinco horas hasta las doce ó la una de la madrugada, el taquígrafo se llevaba las notas, velaba aquella noche y de la imprenta iban á recoger en su casa las cuartillas que había podido traducir. El resto lo llevaba él á la imprenta y los cajistas componían á escape para que en la noche del sábado pudiera empezarse la tirada que solía terminar el domingo al anochecer. Los plegadores velaban, y gracias á estos esfuerzos combinados los lunes podían los repartidores recoger los cuadernos y llevarlos á los suscriptores que los esperaban con avidez.

Bien se comprende los trastornos y gastos que aquel indispensable modo de salir del paso ocasionaba á los editores. También yo tuve que suplicar á compañeros y buenos amigos que colaborasen en tres ó cuatro de mis obras por causas ajenas á mi voluntad, como indisposición de mi salud, viajes de imprescindible necesidad ú ocupaciones ineludibles y perentorias.

García Cuevas, autor en sus mocedades de comedias y zarzuelas muy aplaudidas, magistrado después de brillante carrera y literato de verdadero mérito, favoreció con algunos capítulos trazados por su pluma mis novelas *Mendigos y Ladrones*, *Pepe hillo*, mi obra histórica *Los Ministros en España* y la continuación de la novela de Espronceda *Sancho Saldaña*. En la novela *Ignacio de Loyola* me auxilió, superando mi trabajo, Martín Melgar que en la época en que colaboró conmigo inauguraba con gran acierto sus tareas literarias, prometiendo mucho y cumpliendo más tarde sus promesas, si no en cantidad al menos en calidad.

Mí íntimo y siempre buen amigo Juan Cancio Mena me prestó su valiosa ayuda en las obras *La Bandera Española* y *Dios, Patria y Rey*, publicadas en 1872 y 73.

Los pormenores que refiero carecen seguramente de interés para el público en general; pero siquiera á título de curiosidad, agradarán á los escritores de hoy permitiéndoles conocer las interioridades y misterios de la vida íntima literaria de ayer.

VI

Añadiré á los enunciados, un caso que quizás sea único en su género.

Fernández y González, á quien conocía y admiraba, por más que dado su modo de ser y las circunstancias especiales de su vida, nuestro trato tenía que ser superficial, se informó de que dictaba á un taquígrafo mis novelas, el procedimiento le pareció ventajoso y me pidió que le cediese á mi auxiliar durante unos días para ver si podía y le convenía utilizar sus servicios.

Gutierrez, que trabajaba conmigo y que por su inteligencia, su laboriosidad ysu honradez fué en breve un excelente amigo mío, necesitó ausentarse de Madrid durante un mes y por recomendación de Madrazo trabajé con Luceño, que ya era un completo y perfecto taquígrafo.

Luceño me auxiliaba cuando Fernández y González resolvió ensayar el procedimiento taquígrafo y él fué quien á ruego mío acudió al desmantelado hotel que en la calle de Mendizabal próximo á la de Quintana, habitaba el popular novelista.

Había alquilado aquel albergue señorial, porque tenía ocho ó diez perros, á los que profesaba gran cariño, y como es de presumir al informarse de sus aficiones á los canes, ningún casero quería tenerle por inquilino.

En el periódico *Gente Vieja* que publicó Juan Valero de Tormes en las postrimerías de su vida,

refirió Luceño con su formal y por lo tanto más insinuante gracejo, sus entrevistas con Fernández y González y el resultado del ensayo.

Estaba acostumbrado á sus dos fieles y laboriosos amanuenses Mariano Lerroux y Frasquito... no se qué; dictaba declamando con cierta solemnidad y la taquigrafía se veía obligada á cambiar sus impacientes alas por las perezosas y también solemnes ruedas de las galeras aceleradas.

Por regla general trabajaba Fernández y González cuatro ó cinco horas por la mañana y otras tantas por la tarde. Su desayuno era una copa de *fin champagne*, y mientras dictaba repetía las libaciones. Lo único que en su aristocrático albergue estaba en prósperas condiciones era la bodega, siempre provista de los más exquisitos y celebrados vinos y licores, que en su mayor parte procedían de París y que según aseguraban los comisionistas, costaba trabajo cobrar su importe.

Notorio fué y sigue siendo entre los que se complacen recordando su indiscutible genio y su no menos indiscutible desarreglo, que Fernández y González poseía un gran fondo de honradez y que ganaba mucho dinero.

Durante nueve meses le entregó el editor Guijarro mil reales cada día por el original que le llevaba. A la caída de la tarde se paraba delante de la puerta del hotel de la calle de Mendizábal una berlina, que con la célebre yegua *Pastora* había comprado el novelista para tener coche como Dumas padre en París, y en aquel modesto ve-

hículo llegaba á la calle de Preciados donde Guijarro tenía su librería.

Recibía un billete de Banco de 50 duros por el original que entregaba; desde allí se dirigía á la calle de Carretas donde Casas el sombrerero, establecido en el núm. 1, cambiaba billetes y ya era sabida por el cambiante ó sus dependientes la clase de monedas que habían de darle.

El coche le llevaba al café Oriental, que aún existe en la Puerta del Sol esquina á la calle de Preciados, y allí comía con la frugalidad de los bebedores empedernidos.

Despedía al cochero, se quedaba un buen rato de sobremesa con algunos amigos que iban á hacerle tertulia, pasaba la velada en los saloncillos de los teatros ó en visitas á gente maleante, donde solían aligerarle el peso de las monedas, y á las doce recalaba en el Café Inglés, donde pasaba un par de horas rodeado de amigos, admiradores y alguno que otro bohemio desdichado que esperaba pescar por lo menos un café con tostada de arriba ó de abajo, cuando el generoso y espléndido novelista no disponía que le sirvieran tortilla con jamón ybistek con patatas, que era lo que por regla general cenaba él á la una de la madrugada.

A esta hora, sobre poco más ó menos, llegaban el coche, la *Pastora* y el cochero. El mozo del café servía la cena al último, y á las dos ó á veces más tarde, los amigos acompañaban hasta el co-

che al novelista, necesitado por regla general de aquel auxilio.

Su excelente y sufrida compañera, que conservaba el traje y las costumbres de la humilde clase á que pertenecía, porque casó con él cuando no era más que un simple sargento de caballería, le esperaba para abrir la puerta del hotel. A pesar de su estado, por regla general lastimoso á aquella hora, no se olvidaba de dar á su consorte, más de nombre que de hecho, un duro que la reservaba para sus gastos antes de agotar los mil reales recibidos al anochecer, que por regla general no llegaban á la madrugada.

Pagaba con puntualidad el alquiler de su hotel, el de la cochera, la manutención de la yegua y el salario del cochero, que se daba buena vida puesto que sólo trabajaba algunas horas de la noche. Su guardarropa le costaba muy poco: en verano un traje ligero que le duraba dos ó tres años, y en Invierno la socorrida capa que tapaba el no muy cuidado traje de abrigo. Completaba su indumentaria un sombrero de copa, indispensable en aquella época á todos los que no eran menestrales.

Quiero decir con esto, que sus gastos personales eran insignificantes; á pesar de lo cual siempre estaba exausto su bolsillo y lo regular era que demorase el pago de las facturas de los vinos y licores que le enviaban de París.

Un día vino uno de sus escribientes á mi casa, próxima á la suya, pues entonces vivía yo en la

calle de Quintana esquina á la de Ferraz, y me dijo que D. Manuel deseaba verme.

Me apresuré á complacerle, y me sorprendió con la noticia de que se proponía pasar una temporada en París. Como yo había vivido algunos años en la capital de Francia, juzgaba necesario informarse por mí de lo que podría hacer para ganar allí mucho dinero, cosa que desde luego no le parecía difícil, porque si al fecundo Dumas, según había oído decir, le pagaban cada línea impresa á dos francos, aunque por no ser francés no le abonasen más que la mitad, saldría seguramente de pobre... ¡Un pobre que cobraba mil reales diarios!

Sabido es que jamás supo Fernández y González lo que era modestia. Valía mucho; pero él no se paraba en barras al justipreciar su mérito.

—No lo sé á punto fijo—me insinuó;—pero seguramente mi fama ha llegado á París y en cuanto allí se sepa que voy, todas las puertas se me abrirán de par en par. Los más célebres novelistas franceses, los que más dinero ganan, están agotados. Usted debe saber que casi todos necesitan colaboradores. Yo, en cambio, puede d ecirse que aún estoy vírgen: podré surtir de folletinee á tres ó cuatro periódicos. En fin, supongo que aquello será para mí una California; pero de todos modos he querido oir á usted sobre el particular.

No había medio de contradecirle, se sulfuraba, su boca despedía rayos y truenos y además sufría porque era muy nervioso.

Por otra parte, jamás ha sido de mi agrado dar malas noticias; y como en otras ocasiones análogas, me escapé por la tangente, asintiendo á sus exageradas suposiciones.

—Pero aunque le paguen á usted bien sus novelas—le dije—necesitará partir la ganancia con un traductor.

—En el primer mes, sin duda alguna—me replicó;—pero no pasará mucho tiempo más sin que yo hable y escriba el francés como el mismísimo Víctor Hugo.

Hay que advertir que ignoraba por completo el idioma en que creía poder escribir á los treinta días de haber llegado á París.

Mi optimismo, ciertamente culpable, pero de todo punto necesario en aquella ocasión, le puso muy contento, fué expansivo y me confló que una *hembra*, como él decía, le había sorbido el seso y su plan era llevársela á París.

No le faltaría á su santa y pacienzuda consorte con qué vivir; pero ya estaba harto de las miserias de España. Los editores de Madrid eran unos tiranos y unos usureros que se enriquecían con su ingenio y á él le pagaban cantidades irrisorias. Además, las mujeres españolas no estaban tan bien educadas como las francesas, y él quería hacer de la que entonces absorbía su pensamiento toda una *madama*.

Me dirigió otras varias preguntas de una candidez y un desconocimiento de la vida real tan originales é inesperadas, que no pude menos de

pensar que aquel hombre de genio estaba en una verdadera infancia respecto de los detalles más sencillos y triviales de la existencia.

La dama que le había inspirado aquel amor casi póstumo, porque ya contaba cincuenta años algo corridos, al mismo tiempo que el deseo de trasplantarse, era según me confió una estanquera muy guapa y muy festejada por los fumadores aficionados á los buenos palmitos.

Se habló mucho en los cenáculos literarios del doble proyecto de D. Manuel Fernández y González; pero nadie creyó que le realizaría.

Sin embargo, de la noche á la mañana supimos que había licenciado á los perros, desalquilado el hotel, dejado á su mujer legítima en un modesto albergue con algunos recursos para vivir hasta que él la señalase una pensión que la enviaría desde Francia, y que estanquera y novelista habían tomado las de Villadiego.

Los representantes de las casas de exportación de vinos y licores de París que no habían podido cobrar las últimas facturas, celebraron la determinación del novelista, porque en Francia estaba en vigor la prisión por deudas y no dudaron que tendría que pagar lo que debía ó pasar una temporada en Clichy; pero sus esperanzas quedaron defraudadas, porque pocos días antes de la llegada de D. Manuel, fué suprimido por el gobierno aquel castigo. La suerte le era propicia.

VII

Los pormenores que he referido y que no dejarán de interesar por tratarse de un escritor que goza de celebridad, me llevan como de la mano á contar al lector lo que me dió que hacer aquel inesperado y novelesco viaje.

Los editores Manini habían empezado en Septiembre de 1867 la publicación de una novela de Fernández y González, que por titularse *La Virgen de la Paloma* y estar dedicada al pueblo de Madrid representado por su Concejo, prometía alcanzar un éxito superior á los obtenidos hasta entonces por el popular novelista.

En la dedicatoria se declaraba amante de la tradición y de la fe, lo que en aquellos tiempos de la noche de San Daniel y de la sublevación de los artilleros en el cuartel de San Gil, era en cierto modo una valentía.

«Cuando veo á punto de irse á pique la nave del Estado—decía—vuelvo mis ojos al trono, garantía del orden, de la justicia y de la paz. Cuando mis desdichas ó mis enfermedades me afligen, me vuelvo lleno de fe á la Santa Madre de Dios. Así pues, la dedicatoria que hago de este libro á mis compatriotas y al puablo de Madrid que me ha adoptado, sale de mi corazón.»

Estas declaraciones valieron al genial escritor una dádiva de la Mayordomía mayor de Palacio y á los editores una copiosa suscripción obtenida

por la Primera entrega que los repartidores, bien organizados, introducían por debajo de las puertas en todas las casas de la Villa y Corte donde no había portero, que eran la mayoría, yendo dos ó tres días después á recoger la suscripción ó la entrega-prospecto para utilizarla de nuevo.

Fué una inspiración del novelista y de los editores publicar aquella obra. La Virgen de la Paloma disfrutaba, como en la actualidad, de la devoción de los barrios bajos de Madrid y de los madrileños en general. La capilla en donde se venera desde que fué trasladada la imagen del portal en donde fué adorada durante muchos años, siempre estaba lleno de fieles; los exvotos, las misas, los donativos en metálico y en especies se multiplicaban, y no sólo en la Corte, sino en toda España despertó viva curiosidad el anuncio de la novela titulada *La Virgen de la Paloma*, historia de tres ángeles, escrita nada menos que por Fernandez y González, que confesaba que en sus enfermedades y aflicciones volvía los ojos á la Santa Madre de Dios.

Todo marchaba á pedir de boca cuando se cruzó en su camino la estanquera, de la que no se enamoró al verla, porque por desdicha suya su miopía era de tal naturaleza que no le faltaba casi nada para ser ciego.

Fuera como fuese, lo cierto es que se enamoró de la bella vendedora de *tagarninas*, que así se llamaban por entonces á los cigarros de dos cuartos, tan tradicionalmente pésimos como los que

actualmente, aunque más caros, expende la afortunada Tabacalera, y que de acuerdo con lo que escribió en uno de los primeros pliegos de la novela de que se trata, afirmando que el amor «es la pasión más dominante del corazón», resolvió trasladarse á París con la señora de sus pensamientos.

Y como lo pensó lo hizo, despidiéndose de editores, compañeros, amigos y acreedores á la francesa, sin duda por adivinación, con cuyo motivo la novela *La Virgen de la Paloma*, de la que ya se habían repartido cuatro cuadernos ó sea 16 entregas, estuvo á punto de defraudar el interés de los lectores y de causar á los editores un grave perjuicio.

Apenas supieron, no sin gran sorpresa, los hermanos Manini la desaparición del novelista deliberaron si debian dar parte á la autoridad gubernativa para que dispusiera su detención y su regreso á Madrid á fin de que cumpliera el contrato que había firmado; si por las dificultades que aquel paso violento ofrecería sería más oportuno revelar al público la fuga del insigne D. Manuel ó si, por último, lo más práctico y beneficioso para ellos sería anunciar que al partir el autor había dejado terminada la obra, y fundándose en una de las cláusulas de lo pactado con él, encargar á otro autor la terminación de la novela.

Optaron por esta última determinación, y como no había tiempo que perder, porque para completar el quinto reparto no tenían bastante original

con el que les había quedado, me llamaron á escape, me explicaron lo crítico de la situación en que se hallaban y me pidieron que fijando el precio á mi gusto continuase y terminase la novela.

No era lo mismo sacar de apuros á los editores escribiendo unas cuantas cuartillas para suplir la enfermedad, la ausencia ó la pereza del autor de una obra en publicación, que continuar y terminar una novela ideada y quizás planeada por un novelista de la fama de Fernández y González, y alegué todo género de escusas y reparos; pero insistieron, suplicaron; de negarme á complacerles se verían obligados á denunciar ante los Tribunales y la opinión al insigne escritor, y para evitar un escándalo y poner en salvo los intereses de los editores, accedí á sus ruegos sin darme al pronto cuenta de las dificultades que iba á verme obligado á vencer.

Tres días faltaban para entregar el cuaderno semanal á los repartidores, y de los dos pliegos de que se componía faltaban ocho páginas. Me dieron todos los publicados y las pruebas de los todavía inéditos, me fuí con ellos á mi casa, los leí y al llegar al final de lo que había escrito Fernández y González, me ví en un verdadero conflicto como podrá observar el curioso lector que posea ó pueda adquirir, lo que no es cosa fácil, la novela de que se trata.

El maestro había inaugurado su relato con un milagro operado por la Virgen de la Soledad, llamada después de la Paloma, en un solar que ser-

vía para guardar leña y trastos viejos, donde después se edificó el templo dedicado á la venerada imagen; y con el arte que todo novelista que conoce su oficio debe emplear, después de interesar á los lectores ante la perspectiva de nuevos y admirables milagros, para informarles del hallazgo en la leñera del lienzo que debidamente restaurado fué objeto de sincera adoración, primero en el portal de la casa habitada por una joven beata y después en el templo en donde aún se venera, retrocede á los comienzos del siglo XVIII, describe la célebre batalla de Villaviciosa con motivo de la Guerra de Sucesión, nos presenta á una aldeana de Móstoles que entre las víctimas del combate encuentra á un joven militar moribundo, le salva y al cabo de muchas peripecias se casa con él, tienen un hijo, y poco después de nacer, el marido es condenado á muerte por haber matado á un noble, la mujer, gravemente enferma, es conducida al hospital y el tierno niño es depositado en la Inclusa por orden de la Justicia para que le alimenten y cuiden en el piadoso asilo, mientras dura la enfermedad de su pobre madre.

Pasa la infeliz bastante tiempo entre la vida y la muerte, mejora pero se queda ciega, y si desea saber qué suerte espera á su marido encarcelado y acusado de asesino, su mayor ansia al entrar en la convalecencia es estrechar en sus brazos á su adorado hijo.

Al fin lo consigue, y mi buen D. Manuel Fernández y González, sin duda preocupado por su amor

tardío y su viaje á París, refiere con la mayor tranquilidad á los lectores que en cuanto la amorosa madre se persuadió de que era su idolatrado hijo el niño que tenía en sus brazos, le puso al pecho y el angelito se despachó á su gusto.

Aquel sí que podía considerarse como un milagro del novelista. Una mujer que después de unas cuantas semanas de enfermedad en las que ha estado separada de su hijo logra seguir criándole, es un suceso que bien puede calificarse de fenomenal.

En esta situación se encontraba el hasta entonces principal personaje de la obra, cuando por la inesperada desaparición del autor y mi deseo de salvar su nombre y los intereses de los editores, resolví continuar y acabar la novela.

No se me ocultó que era un atrevimiento de mi parte dar al público la modesta prosa de un escritor novel por la tan admirada de un novelista justamente célebre; pero la sustitución pasó inadvertida, los suscriptores recibieron lo que les habían ofrecido y quien salió peor librado fuí yo, porque necesité hacer investigaciones históricas, visitas minuciosas á los barrios bajos, idear las situaciones y escribir el relato inspirándome en el estilo del autor que firmaba la obra, para que no se notase el cambio de pluma y de temperamento del suplente. Fué para mí un trabajo extraordinario, difícil y molesto; pero en cuatro meses le dí cima y los estudios que había hecho me inspiraron el drama también titulado *La Virgen de la Paloma*,

que se estrenó á fines de 1867 en el teatro de Novedades, se representó muchas noches con creciente éxito, y del teatro de la Plaza de la Cebada pasó triunfante al de la calle de Jovellanos, por ser empresario de los dos coliseos el maestro D. Joaquín Gaztambide y juzgar que el público escogido vería con curiosidad la obra que tanto había agradado al público de los barrios bajos.

Por cierto que á pesar de mi amistad con el célebre compositor y de las muchas ocasiones que tenía de favorecer á sus teatros en los periódicos en que yo escribía entonces, me costó trabajo que se decidiera á representar el drama.

Alegó lo que siempre alegan empresarios y editores: la falta de experiencia del novel autor y yo lo era, porque no se habían representado más que una zarzuela y tres comedias mías, las cuatro obras en un acto, que aunque bien recibidas por el público no me autorizaban á considerarme como dramaturgo de profesión.

Gaztambide, que era al mismo tiempo que un músico genial un hábil empresario, lo mismo con la batuta del director de orquesta que discutiendo con autores, actores y dependientes del teatro, era un rey absoluto y á menudo despótico.

Todo debía doblegarse á su omnímoda voluntad y á su interés.

Cuando le leí el drama *La Virgen de la Paloma*, manifestó con su laconismo autocrático que necesitaba algunas correcciones que yo no podía hacer por mi escasa experiencia; pero que un autor ex-

perimentado realizaría en breve, quedando entonces una obra que seguramente *daría dinero.*

Si aceptaba su consejo, se pondría en escena á la mayor brevedad. De lo contrario tendría que guardármela para mejor ocasión, porque él no la admitiría.

Como el drama tenía más probabilidades de éxito en el teatro de Novedades que en cualesquiera otro de los cuatro ó cinco que funcionaban aquel año, aunque la proposición no me agradó accedí á ella, preguntándole quién juzgaba que podía hacer las correcciones y qué participación tendría en la obra.

A esto me respondió que nadie mejor que Emilio Alvarez podía hacer las enmiendas indispensables y que constituyéndose en colaborador mío, nada más natural ni justo que partir con él los derechos de autor.

Emilio Alvarez era en efecto un hábil confeccionador de obras dramáticas: no carecía de inspiración; pero éra perezoso, no se movía más que cuando la más absoluta necesidad de dinero le apremiaba, siempre andaba á la cuarta pregunta y aunque dió muestras de su feliz ingenio, prefería vivir en una humilde casa de huéspedes, comer poco y mal y pasar el tiempo dormitando, á trabajar como podía y sabía.

Su competencia en asuntos teatrales era reconocida y ponderada; autores y actores le querían sinceramente, oían con interés sus observaciones y los empresarios no vacilaban de vez en cuando

en hacerle préstamos, porque como era honrado estaban seguros de recuperar en trabajo los anticipos que le hacían.

Acepté de buen grado la colaboración de Emilio Alvarez, que fué bien escasa: algunos cortes, siempre beneficiosos, cambio de algunas frases, casi nada y sobre todo nada trascendental.

Con su ingénita probidad me dijo que en buena ley no debía tener participación en los derechos de autor, de los que en último término nada cobraría, porque debía al empresario una cantidad y seguramente aprovecharía la ocasión de reintegrarse. Así fué en efecto, según me confió cuando yo percibí mi parte alícuota.

El drama se representó con fortuna, como ya he indicado; la mitad de los derechos me produjo cerca de diez mil reales, hice por mi cuenta una edición del libro ilustrándole con una estampa en litografía, facsímile del cuadro de la Virgen que se veneraba en la capilla de la calle de la Paloma, se vendieron unos mil ejemplares á peseta cada uno, y desde entonces fuí considerado como del gremio de autores dramáticos.

Emilio Alvarez que solo de tarde en tarde daba señales de vida, puso término á sus resabios de bohemio aceptando el cargo bien retribuído de director de una Escuela de declamación que se fundó en la República de Chile, y sino recuerdo mal, en la penúltima década del pasado siglo se trasladó á Santiago donde fué muy considerado, alcanzó la prosperidad que su talento y su probidad

merecían y donde según he podido inquirir falleció poco antes de comenzar el presente siglo.

VIII

Reanudando mi interrumpido relato acerca de las novelas por entregas, que por su influencia en el desarrollo de la afición á la lectura, merecen figurar siquiera sea modestamente en la historia de la literatura española del siglo XIX, debo añadir que por regla general eran los editores los que indicaban á los autores el título que habrían de tener las obras, y en muchas ocasiones hasta el asunto de la primera entrega, que repartida con profusión debía ser el anzuelo que pescase á los suscriptores.

Esta ingerencia, en cierto modo depresiva, rezaba principalmente con los autores noveles; pero en cierto modo la justificaba el gran conocimiento de los gustos y aficiones del público que poseían los editores.

No todos los aspirantes á alimentar las que podríamos llamar fábricas de novelas que funcionaban, aceptaban la intromisión del editor.

Manuel Murguía que demostró ser un perfecto novelista con sus preciosas obras *La madre Antonia* y *Desde el cielo*, pasó una temporada penosa en Madrid. Su excelente padre quería que fuese farmacéutico, y como nada había más opuesto á la brillante imaginación del joven, se negó éste á vender drogas y confeccionar recetas; las paternales

remesas de dinero cesaron y él hoy justamente reconocido como el mejor historiador de Galicia, su patria chica, pasó en Madrid días de abstinencia y durmió muchas noches en los bancos de la Plaza de Oriente. Nada más fácil para él entonces que haber mejorado su situación escribiendo novelas, y algunos pasos dió con tal propósito; pero rebelde á toda clase de imposiciones se negó rotundamente á consentir que un editor le indicase el asunto y el título de las obras.

Otro escritor de privilegiadas dotes, poeta inspirado y que seguramente habría sido un perfecto novelista, si no hubiera preferido ser un bohemio... aunque aristocrático por naturaleza y distinguido por su cultura y su probidad en medio de su inveterada pobreza, dió un nuevo ejemplo de orgullo literario.

Me refiero á Florencio Moreno Godino, más conocido entre los escritores de aquellos tiempos y también de los modernos con el seudónimo de *Floro Moro Godo*, de quien algo hablé en el tomo anterior, y que falleció en 1906 ó 1907 á los ochenta y cinco años en un hospital de Madrid.

Según decían los que pretendían conocer su abolengo, era hijo natural de una aristocrática dama y por su porte, sus ideas y sus sentimientos, bien se comprendía que era de origen distinguido.

Siendo yo redactor del *Diario Español*, Mauricio López Roberts, tan bueno siempre, enterado de su penuria le admitió en la redacción con un modesto sueldo. A pesar de la deteriorada ropa

que vestía, se observaba en sus modales, en su aseo y en su conversación ese sello de natural elegancia que caracteriza á las razas privilegiadas.

Azares que ocultaba con esmero, le habían obligado á cambiar de posición, y aceptaba las privaciones con una dignidad que á veces se convertía en arrogancia.

Escribía poco porque era perezoso; pero escribía bien: más le agradaba hablar que escribir y su conversación era siempre agradable. Nunca se quejaba de su mala suerte.

Se había acostumbrado á trasnochar y hasta que se encencían en las calles los faroles, todavía de aceite por entonces, no salía de la humilde casa de huéspedes donde habitaba.

Lo primero que hacía era ir á la redacción, desempeñaba su breve labor y desaparecía para encaminarse á un cafetucho que había en la Plaza Mayor próximo á la Escalerilla de Piedra que dá acceso á la calle de Cuchilleros. El café que allí se servía costaba dos cuartos la taza y la clientela solía ser de la que de vivir por entonces en la Villa y Corte Rinconete y Cortadillo, habrían renovado con ellos el famoso patio sevillano donde tenían su emporio aquellos ilustres bribones. En el café que cito era conocido, estimado, oído y agasajado por aquellos parroquianos que salían de vez en cuando á cometer sus habituales fechorías y tornaban á referirlas y comentarlas.

Por esa ley ineludible de los contrastes, él, fino y atildado, se complacía en tratar siquiera fuese su-

perficialmente á aquellos personajes de la hampa; él, de una acrisolada honradez oía la narración de las proezas justiciables de aquellos tomadores, descuideros ó espadistas que eran á sus ojos personajes interesantes del libro de las miserias de la vida.

No le iba mal teniendo relaciones con aquella gente que le respetaba, porque desde la media noche hasta la madrugada, lo mismo en Invierno que en Verano, recorría las calles y las plazas de Madrid, y tanto sus contertulios del café de la Escalerilla como los serenos y los polizontes, que así llamaban á los agentes de Orden público, le saludaban y hasta solían echar con él largos y amenos párrafos.

No sé como pudo vivir más de ochenta años sin saber donde dormiría, no diré cada noche sino cada día; ni como podría atender á las necesidades de su estómago. Pero realizó este milagro sin que jamás haya llegado á mi noticia que sacrificase á sus necesidades su honradez y su dignidad, que era lo que más estimaba.

Cuando cansado de buscar trabajo sin encontrarle, decidió hacer novelas por entregas, se dirigió á los Manini, y como aunque escribía poco, tanto por su talento como por la excéntrica vida que hacía, gozaba de cierta fama en los círculos literarios, aceptaron su oferta encargándole desde luego una obra cuyo asunto y título le indicaron.

Como Murguía rechazó la ingerencia de los editores, y prefirió seguir resolviendo cada día el di-

fícil y penoso problema de su azarosa y desdichada vida.

Dado el carácter de aquellas novelas, que en buena ley constituían una industria, natural era que los editores invadiesen una parte de la iniciativa de los autores, sobre todo de los noveles.

Ni á Fernández y González, ni á Pérez Escrich, ni á Ortega y Frias, ni á mi nos impusieron su voluntad. Solo Urbano Manini me indicó que en su concepto una historia novelesca de Cristóbal Colón podía ser del agrado del público y me preguntó si quería encargarme de realizar su proyecto.

Acepté desde luego la proposición; me proporcionó la biografía del descubridor de América que había escrito Lamartine; de un centenar de páginas escasas tenía que hacer cuatro tomos en 4.° de 800 páginas cada uno; pero salí del compromiso buscando nuevos datos en la Historia para dar más relieve á la figura del protagonista y añadí algunos episodios imaginarios.

El editor tuvo una idea feliz, porque colocó algunos miles de ejemplares de la novela *Cristóbal Colón*, y juzgando haber encontrado un filón en los conquistadores del Nuevo Mundo, me encargó que escribiese la historia y las proezas de Hernán Cortés.

Tampoco se equivocó: antes por el contrario, el resultado superó á sus esperanzas. La nueva novela alcanzó una tirada de 25.000 ejemplares, cosa nunca vista hasta entonces, porque el máximum

de los suscriptores á las novelas, tanto en Madrid como en Barcelona, no solía pasar de 12 á 14.000.

Hernán Cortés obtuvo, por tanto, un resultado que el mismo editor juzgó fabuloso. Esta novela apareció anónima: en la portada sólo se anunció que estaba inspirada en obras de autores célebres nacionales y extranjeros. Si hay ejemplares de ella con mi firma, según me han asegurado porque yo no he visto ninguno, se debe á que cuando liquidó su casa editorial Urbano Manini vendió las propiedades y existencias de las obras que había publicado á Felipe González Rojas, que convertido á su vez en editor, inauguró su empresa con una nueva edición de la novela *Hernán Cortés*, poniendo mi nombre en la portada.

También parece ser que la tirada fué copiosa, con gran satisfacción y provecho del que en la actualidad es uno de los primeros editores y capitalistas de Madrid.

Los que posean un ejemplar de la novela *Hernán Cortés,* que á los suscriptores de la edición que hizo Urbano Manini costó 70 reales, podrán observar que el tomo cuarto abulta como dos de los anteriores. Consta en efecto de 1.384 páginas, debiéndose este aumento de volumen á las exigencias del editor, que hubiera deseado que la novela fuese el famoso y desconocido cuento de nunca acabar.

Como es de presumir, el editor que debía á Cristóbal Colón y á Hernán Cortés pingües ganancias, quiso que Francisco Pizarro completase la galería

y me encargó en las mismas condiciones la narración de la conquista del Perú, novela que de mutuo acuerdo titulamos *El país del oro*.

Después dió á luz con mi nombre las novelas *Mendigos y ladrones*, *La fiebre de riquezas*, *Ignacio de Loyola*, y con esta última puso término á las publicaciones por entregas, que después de la Revolución de Septiembre de 1868 entraron en un rápido período de decadencia.

Los lectores se convirtieron en actores; el interés novelesco pasó de las páginas del libro á la vía pública, á los hogares, á los comicios, á las Cortes, á las columnas de los periódicos. La realidad sobrepujaba á la ficción.

Todavía continuaron los editores de Madrid y Barcelona publicando novelas en la misma forma; pero como el número de lectores había quedado reducido á una tercera ó cuarta parte, los precios del original bajaron y á mediados del año 1872, tanto por lo exiguo de la remuneración de un trabajo que no dejaba de ser penoso porque era forzado, como por los motivos que más tarde conocerá el lector, cesé de *fabricar* novelas por entregas.

Pero habría sido ingratitud de mi parte no recordar aquel trabajo tan bien remunerado, que si me colocó en la modesta clase de obrero literario, me ofreció en cambio recursos suficientes para vivir con desahogo y las satisfacciones de una popularidad relativa, que no dejó de serme grata y en ocasiones útil.

IX

En aquellos tiempos los periódicos carecían de la circulación que muchos años después alcanzaron. *La Correspondencia* hacía una tirada de 20 á 24.000 ejemplares. El veterano *Diario de Avisos*, por las noticias de las funciones religiosas, de los espectáculos y por los anuncios, era el predilecto de los comercios y de las familias de la clase media. Los demás periódicos eran políticos de partido, y como sólo podían adquirirse por suscripción, porque aún no se había establecido la venta, sus respectivas tiradas no pasaban de cinco ó seis mil ejemplares.

La Esperanza, órgano del genuino partido carlista; *El Pensamiento Español* y *La Regeneración*, que representaban lo que hoy se llama el clericalismo; *Las Novedades* y *La Iberia*, progresistas; *La Discusión* y *El Pueblo*, demócratas, y *La Epoca*, órgano del partido que entonces se denominaba liberal conservador, eran los más importantes y de mayor circulación.

Mi colaboración literaria en el último de los citados diarios, precedida de mis anteriores trabajos periodísticos y de mi permanencia durante tres años en París, lo que por entonces *vestía* como se dice ahora, me permitieron penetrar en el amplio círculo que forman en todos los países y principalmente en sus capitales, los que bullen, figuran por cualquier concepto, hacen fortuna sea como

sea ó se distinguen por algo, llegando á ser lo que se califica de *personas conocidas.*

Sería pueril é inútil ocultar que aquella vida activa, que aquellas numerosas aunque en su mayor parte superficiales amistades, me ofrecían impresiones agradables á cambio de alguno que otro disgusto, que compensaban el bienestar y la apacible felicidad que encontraba en mi hogar.

Por poco comunicativo y hasta huraño que sea un individuo, y yo he sido todo lo contrario hasta que la edad, los achaques, los desengaños y sobre todo las dolorosas pérdidas de seres amados que he sufrido han cambiado mi modo de ser, envanece á unos y agrada á otros, que es lo que á mí me sucedía, representar algún papel, por modesto que sea, en la comedia de la vida.

Conocer gente y ser conocido, no solo ofrece satisfacción, sino utilidad. Oía decir con frecuencia que era muy conveniente tener amigos en todas partes; y si por desdicha nuestra la verdadera amistad escasea, la que podríamos llamar su moneda falsa que cuando está bien falsificada como los famosos duros sevillanos pasa fácilmente, hace menos penosa nuestra peregrinación por el mundo.

Nada más triste que llegar á una gran ciudad donde no se conoce á ninguno de sus moradores, que andar por calles y frecuentar paseos en donde no encontramos ni una cara amiga, que pasar la velada en un teatro en el que ni siquiera de vista conocemos á los espectadores.

Estas sensaciones las experimenté en una visita que hice en 1894 á las más célebres ciudades de Italia, y eso que conocía el idioma, podía enterarme de lo que hablaban en torno mío y sostener conversaciones superficiales con algún amable interlocutor de los que tanto abundan en Italia como en España.

Pero donde más penosamente me impresionó, hara cinco ó seis, esta especie de soledad en medio de la muchedumbre, fué en el teatro de la Comedia de Madrid una tarde que se representaba *Los galeotes*, magistral comedia de los hermanos Alvarez Quintero.

En 1890 dejé de salir de mi casa por las noches. Sólo de tarde iba al teatro Real, porque mi afición á la música ha sobrevivido á las demás aficiones que me han sido gratas. Compraba y leía las obras dramáticas que alcanzaban éxito; pero tanto me interesó y me entusiasmó la lectura de *Los galeotes*, que resolví asistir á su representación.

Acostumbrado como estaba en otro tiempo á ver y saludar en los teatros á amigos ó compañeros, á buscar y encontrar en butacas ó palcos caras conocidas, me ví entre numerosos espectadores sin conocer á ninguno ni siquiera de vista. Bien es verdad que el público que llena los teatros por las tardes es casi siempre distinto del que los frecuenta por las noches; pero en el espacio de ocho ó diez años cambia el aspecto de las poblaciones y más que en mi propio país, me pareció estar en un país extranjero.

En el período de mi mayor actividad—¿por qué no confesarlo?—me agradaba encontrar en todos los parajes que frecuentaba amigos, conocidos, cambiar saludos, cultivar relaciones. Particularmente en los teatros, los entreactos solían á veces ser tan interesantes ó más aún que los actos de las obras que se representaban. Allí nos encontrábamos los revisteros de las funciones teatrales, que no nos atrevíamos á calificarnos de críticos, reservando este título á Cañete, Balart, Manuel de la Revilla y Valera, que por entonces empezaba á dar á conocer su gran cultura y su exquisita y delicada concepción de la belleza artística. Allí teníamos ocasión de estrechar la mano siempre afectuosa de Campoamor y oir los improvisados juicios angelicalmente malévolos que le merecían la obra que se representaba, los episodios de la última sesión del Congreso ó del Senado, el artículo ó el suelto sensacionales de algún periódico, los episodios más ó menos pecaminosos de la vida social.

Los literatos más afamados, los artistas más distinguidos, los políticos, los banqueros, las mujeres más admiradas y codiciadas, lo que suele llamarse *todo* Madrid, ilustraban aquellas veladas, amenas páginas del libro de la vida social; se hacían visitas á los palcos, se charlaba en los pasillos durante los entreactos, cada cual representaba su papel y no faltaban curiosos que se detenían en el vestíbulo para ver á las personas notables.

—«Aquel es el maestro Arrieta—decía un ma-

drileño á un provinciano.—La señora mayor que está en el palco platea de la izquierda junto al proscenio es doña Manuela, casada en segundas nupcias con el general O'Donnell, y que según afirman gobierna á los gobiernos que preside su esposo; las señoritas que la acompañan son hijas suyas de su primer matrimonio.—La que aparece tan vistosa en el palco de enfrente es la duquesa de la Torre, la más festejada de todas las deidades madrileñas, aunque es cubana.—Aquel caballero tan alto y tan grueso es Retes, autor dramático y alto empleado de Hacienda. Los críticos le miran con respeto desde que dió una solemne paliza á uno que censuró una de sus comedias. El que va con él es Echevarría, su inteligente é inspirado colaborador. ¡Qué simpático, ¿no es verdad?—Aquellos dos á quienes siempre se ve juntos son Eguílaz, el aplaudido autor de *Los soldados de plomo* y *La cruz del matrimonio* y Diego Luque, que según dicen, es quien más entiende en España de las cosas de teatros. Son inseparables.»—Ayala, Hurtado, Núñez de Arce, Ortiz de Pinedo, que á cada instante improvisaba un chiste sangriento; todos los que brillaban por cualquier concepto, eran objeto de curiosidad.

Llenaría muchas páginas si citase á los que en aquellos tiempos formaban el numeroso grupo de las personas distinguidas, grupo en que las vacantes se cubren pronto con nuevas figuras que ofrecen siempre el mismo animado espectáculo.

No faltaba en el de aquellos tiempos, sobre todo

en los teatros, D. Manuel María Santana, afortunado propietario de *La Correspondencia*, que solía retirarse al terminar el primer acto, no sin que le acosasen á preguntas cuantos le conocían y trataban, que eran casi todos los espectadores, porque le suponían con más caudal de noticias que las que publicaba su periódico, y saber lo que no podía decirse era lo que más deseaba la insaciable curiosidad de los que aspiraban á estar bien informados.

D. Manuel, con aquella expresión cariñosa de sus ojos azules al parecer dormidos, aunque hasta las nueve ó nueve y media de la noche estaban muy despiertos, y aquella sonrisa que le ayudaba á callar lo que no quería decir, salía del teatro dando apretones de manos, montaba en su berlina y se dirigía á su morada, donde apenas llegaba se entregaba al descanso para levantarse al día siguiente á las cinco de la mañana y á veces á las cuatro, lo mismo en Invierno que en Verano.

En los últimos años de su atareada vida solo iba á los teatros por las tardes y anticipaba la hora de su retirada. Los que estaban enterados de sus interioridades, pretendían que en aquellas madrugadas, que aprovechaba para idear y plantear proyectos, arriesgaba gran parte de la fortuna que *La Correspondencia* le proporcionaba por las noches.

En una de aquellas alboradas resolvió construir en Leganés una magnífica quinta que debía emular á las que en Carabanchel poseían el banquero

Salamanca y la condesa del Montijo. En otra resolvió establecer una fábrica de papel continuo en la vecindad de la Fábrica del gas, donde más tarde con buen acierto y plausible piedad, fundó un benéfico asilo su hijo menor Eduardo, que por este acto obtuvo el título de vizconde de los Asilos.

En la quinta de Leganés y en la fábrica de Madrid gastó muchos millones sin poder realizar sus buenos deseos, porque ni la fábrica ni la quinta lograron proveerse de lo que más necesitaban, que era agua abundante.

Pero la multiplicación, cada día mayor, de la pieza de *dos cuartos* que convirtió en escudo nobiliario el activo, simpático y afortunado periodista, le resarcía de sus pérdidas y después de vivir como un príncipe, pudo al pasar á mejor vida dejar una importante fortuna á sus herederos.

Más adelante tendré nuevas ocasiones de hablar del primer marqués de Santana: ahora viene á mi memoria el recuerdo de un episodio que merece la pena de ser referido.

Los banqueros han utilizado en todo tiempo la poderosa influencia de la prensa, y nadie ignora que en Europa y América constituyen los más importantes ingresos de los periódicos de gran circulación la remuneración de los servicios que con su publicidad pueden prestar á los que forman esa avasalladora clase social que se denomina plutocracia.

En la época á que se refiere el relato que voy haciendo, los diarios políticos, y especialmente los

de las diversas fracciones ó grupos del partido moderado, eran preferidos por los capitalistas españoles y por algunos extranjeros que se habían enterado del mucho partido que podían sacar de nuestra siempre esquilmada nación explotando minas, construyendo ferrocarriles, haciendo jugadas de Bolsa ó emprendiendo otros negocios análogos.

La *Correspondencia* contaba sin duda muchos más miles de lectores que el más importante de los periódicos políticos; pero aquellos lectores formaban en las clases modestas de la sociedad, no eran valores apreciables para las empresas financieras que se ideaban y ejecutaban con el apoyo interesado ó generoso de los más influyentes políticos: al fin y al cabo no pasaba de ser un diario de noticias, amable con todo el mundo, optimista, más dispuesto á favorecer que á perjudicar, lo que no podía menos de suceder siendo como eran sus principales redactores Antonio de Trueba, Fernando Martín Redondo y José Bravo y Destuet, que tenían más de santos que de pecadores.

Fué *La Correspondencia*, en su infancia, el primer periódico callejero ajeno al trato de los capitalistas, limitándose á buscar sus ingresos en los *dos cuartos* que con el mayor gusto abonaba cada comprador, y en el producto de los anuncios locales y de las drogas que, como vimos á su tiempo, con tanta energía rechazó Ríos Rosas.

Los banqueros, que cuando *La Correspondencia* era *autógrafa* y tenía por clientela personajes po-

líticos y los más reputados periódicos de Europa, la consideraban y hacían la corte á su propietario; al transformarse en *impresa*, como cambió de ambiente y se convirtió de publicación aristocrática en popular, la desdeñaron, lo que no agradó á Santana; pero D. José de Salamanca necesitó que apareciera en el diario callejero un anuncio de muy pocas líneas, aunque todas interesantes para uno de sus negocios, le envió al periódico, se publicó y sin duda, por orden superior, el inteligente, probo y leal administrador D. Hilarión de Zuluaga, presentó al banquero un recibo de 500 pesetas, importe de la inserción del anuncio.

A pesar de la explendidez legendaria de Salamanca, que tan pronto apaleaba los millones como carecía de los fondos más indispensables para la fastuosa vida que hacía, el *récipe* del administrador de *La Correspondencia* le sacó de quício.

Pagó, porque jamás regateaba; pero se indignó del precio señalado al anuncio y dominado por el amor propio, en vez de olvidar aquel que calificó de abuso y considerar que al exigirle aquella exagerada cantidad reconocían su grandeza, se le ocurrió fundar un periódico que compitiese con *La Correspondencia* y que de ser posible la arruinase.

Los hombres de más talento no pueden librarse de incurrir alguna que otra vez en las más pueriles flaquezas de los míseros mortales.

No recuerdo á punto fijo en qué año—debió ser en el 1857 ó 58—estando reunidos á mediados de

Diciembre en el café Suizo Manuel del Palacio, Ramón Rodríguez Correa, Becquer, José Ramos que murió joven no sin haber dado muestras de su privilegiado talento, algunos otros literatos de los que por entonces figuraban todavía en la bohemia, cuyos nombres se han borrado de mi memoria, y yo, el primero de los que he citado, con el tono pausado y magistral que empleaba de exprofeso para decir las cosas más insignificantes y triviales:

—Muchachos—insinuó—se acerca la Nochebuena y es preciso inventar algo para que la pasemos alegremente.

—Se me ocurre una idea—exclamó Correa con su viveza ratonil.

—Veamos esa lucubración, que por ser tuya ha de ser portentosa—añadió Palacio parodiando á los oradores cursis que tanto abundaban por entonces y á quienes tantas veces puso en ridículo con sus de exprofeso disparatados discursos.

—Pues mi idea es—dijo Correíta como le llamábamos afectuosamente—convidar á cenar al millonario banquero Salamanca en una fonda en la que sólo cueste seis reales el cubierto.

—¡Gran idea!

—¡Soberbia!

—¡Fenomenal!—dijeron varios de los circunstantes.

—Idea que seguramente desdeñará Salamanca—indicó Becquer.

—Estás en un error—replicó Correa.—Según he

oído decir, es un hombre á quien agrada todo lo raro, lo excéntrico, lo absurdo. Además, es muy campechano y si le escribimos una epístola en verso en la que rebosen el ingenio y la gracia, es capaz de aceptar nuestro convite.

—No hay más que hablar sobre el asunto—exclamó Manuel del Palacio: á escribir esa epístola, á invitar á *cenar* al Me*cenas*, y si no acude tanto peor para él.

Todos los circunstantes en mayor á menor cantidad contribuímos á la improvisada epístola; uno de los presentes que aseguró que sabía escribir muy bien, aunque Manuel del Palacio explicó que lo que quería decir era que tenía buena letra, se encargó de copiarla, y nos citamos el día siguiente en el mismo café para firmar aquel extrambótico documento.

Becquer y yo resolvimos no autorizar con nuestro nombre un acto que nos parecía por lo menos irreverente: al fin y al cabo Salamanca era un personaje y ofrecerle un cubierto de seis reales, resultaba una broma pesada, de la que seguramente se desentendería arrojando la epístola al cesto de los papeles inútiles.

¡Qué poca experiencia teníamos de la vida alegre!

La epístola, suscrita por los que no la juzgaron impertinente, ni siquiera indiscreta, llegó á su destino; Salamanca celebró la graciosa ocurrencia, aceptó el convite y pasó la Noche buena con los poetas de buen humor, encontrando sabrosos,

gracias á la salsa de la conversación, los vulgarísimos manjares que le sirvieron.

El famoso banquero sabía vivir, comprendió que aquel rasgo humorístico aumentaría su popularidad, y el festín acabó alegremente tuteándose los comensales, á pesar de no ser figón la fonda en donde cenaron.

Quien más partido sacó de aquel estrafalario banquete fué Correa. Algo aprovechó también á Manuel del Palacio, que desde entonces fué gran amigo de Salamanca. Los demás apuntaron en su hoja de servicios la proeza y continuaron utilizando los cubiertos de seis reales, aunque no siempre; pero Correa, que fué quien cayó más en gracia al banquero, pudo figurarse que había hecho su suerte.

Desde entonces se vieron con frecuencia, la bolsa del millonario estaba á la disposición del amigo que con sus incesantes chistes y su ingeniosa desfachatez le hacía pasar ratos deliciosos, y cuando resolvió fundar un periódico para castigar el abuso de que se había juzgado víctima, confió á su querido Rigoletto la realización de su plan.

No se habían inventado todavía las poderosas máquinas rotativas; las más rápidas, denominadas de reacción, solo imprimían 4.000 ejemplares por hora; como Salamanca quiso hacer las cosas en grande, encargó á Correa que comprase una de aquellas máquinas y en el piso entresuelo de una casa bastante vieja de la calle de Atocha,

próxima á la iglesia de San Sebastián, fueron instaladas la imprenta, la redacción, la administración del periódico. La dirección de aquel importante negocio editorial, para el que no escatimó gastos, fué confiada al autor de la idea de obsequiar á un millonario con una cena de estudiante pobre.

En Abril de 1864 apareció el primer número de *Las Noticias*—así se tituló el periódico—y por haber corrido la voz de que era de Salamanca y que se publicaba para competir con *La Correspondencia*, despertó viva curiosidad.

El célebre banquero que tan buen ojo tenía para conocer á las personas con quienes trataba, se equivocó grandemente al confiar á su amigo la dirección de aquella importante empresa.

Había en Ramón Correa un fondo de honradez que jamás desmintió; pero carecía de formalidad y hacía gala de ello, todo lo sacrificaba al placer de lucir su fecundo ingenio, y si era admitido en los círculos de la aristocracia del dinero y de la política por sus salidas de tono, sus *cosas*, sus veleidades, sus chistes y la flexibilidad de su carácter, sin olvidar su claro talento que era de lo que menos caso hacía, tenía que pagar aquel privilegio como el gran Quevedo en su época, á quien sus admiradores, según el drama de Florentino Sanz, otro ilustre perezoso, exclamaban al verle: «Hacednos reir.»

Era Correa un hombre cuyo trato se deseaba, á quien sus amigos hicieron diputado y director

de no recuerdo qué departamento del Ministerio de Hacienda para que pudiera vivir con desahogo; á quien la célebre María Buschental recibía con gusto, como á otros cuantos amigos privilegiados, y daba de vez en cuando comidas y hasta hospedaje; pero al mismo tiempo era el menos á propósito para dirigir y sacar á flote una empresa como la que le confió Salamanca.

Poco disfrutó de aquella fortuna: el banquero se cansó de sufragar los crecidos gastos del periódico y la publicación cesó en Abril de 1866. Solo vivió dos años, al cabo de los cuales Santana, que no había dejado de experimentar algún temor, pudo respirar á su gusto.

Antes de dirigir *Las Noticias* había fundado Correa dos ó tres periódicos satíricos que le dieron fama y le proporcionaron muchos amigos, porque sus chistes siempre oportunos y graciosos, revelaban más ingenio que *intención* de hacer daño, y consolidó su reputación en *El Contemporáneo*, uno de los periódicos más importantes y mejor escritos de cuantos vieron la luz en España en el pasado siglo.

Fundado y dirigido por Albareda—José Luis, como le llamaban sus numerosos amigos y las muchas y elegantes damas que tanto le agasajaban—hizo una brillante campaña política y literaria con la colaboración de escritores notables, entre los que se distinguieron Correa por sus sátiras contra los políticos adversarios de las ideas que *El Contemporaneo* defendía y Bécquer por sus

críticas literarias, sus *Cartas de mi celda* y las admirables leyendas, que después de seis años de esperanzas, casi siempre fallidas, le dieron el renombre que merecía, siendo desde entonces reconocido y aclamado como una gloria de las letras españolas.

Todavía se publicaba *El Contemporáneo*, que cesó á fines de 1864, cuando Correa fundó *Las Noticias*.

Intimo amigo de Becquer y uno de sus más fervientes admiradores desde que le conoció á poco de llegar á Madrid, le ofreció uno de los primeros puestos en la redacción del nuevo periódico callejero; pero el adorable poeta que á pesar de su escasa experiencia de las materialidades de la vida solía ver con claridad los riesgos de los edificios que se construyen sin base sólida, alegó su falta de salud y de idoneidad para desempeñar el *oficio* de periodista.

D. Luis González Bravo, asíduo y entusiasta lector de los trabajos literarios de Becquer, le nombró dos ó tres años después fiscal de novelas, no recuerdo bien si con 30 ó 40.000 reales de sueldo; cargo análogo al de censor de teatros que desempeñaron Ferrer del Río y después Narciso Serra, y que se creó para que la propaganda revolucionaria perseguida en la prensa periódica, no pudiera guarecerse en las páginas de las populares entregas de que antes he hablado.

X

Enterado el lector de mi gran amistad con Becquer y muy interesado en conocer cuanto con él se relaciona, extrañará que nada haya dicho de él hasta ahora en el presente libro. Bien habrá adivinado que al regresar á España después de tres años de ausencia, lo primero que hice fué buscarle realizando aquel vivo deseo al día siguiente de mi llegada á Madrid.

Poco aficionado á escribir cartas, solo dos ó tres recibí de él mientras estuvimos separados; pero por mi padre á quien solía visitar de vez encuando para adquirir noticias mías, supe que se había casado algunos meses antes que yo, y que había mejorado de posición, porque el cantante y empresario D. Francisco Salas le había encargado el arreglo de algunas operetas alemanas y francesas de universal reputación no conocidas en España, entre otras el *Fidelio* de Beethoven y el *Frá Diavolo* de Auber, que alcanzaron gran éxito.

Además me había enterado de que los trabajos literarios que publicaba en *El Contemporáneo* le habían alcanzado celebridad y los recursos necesarios para vivir con holgura.

Al mismo tiempo colaboraba en la importante revista ilustrada *El Museo Universal*, en la que aparecían preciosos é interesantes dibujos de su hermano Valeriano, que también se había casado. Uno y otro habían vencido por fin en la lucha sos-

tenida durante seis años. El verdadero mérito triunfa al cabo, aunque no siempre bastante á tiempo.

Supe por último que había tenido un hijo, y como suponía que habría sabido elegir una compañera digna de su alma privilegiada, esperaba hallarle en el seno de un hogar feliz y deseaba con ansia darle un abrazo, confiarle mis desventuras y prosperidades en el tiempo que había transcurrido sin vernos, y oir las que á su vez tendría que referirme.

Olvidé que solo era expansivo cuando hablaba de sus ideas y sus sentimientos, y en nuestra entrevista después de tres años de separación charlamos ampliamente de su colaboración en *El Contemporáneo,* que debió á los buenos oficios de Correa gran amigo de Albareda; de su estancia en el Monasterio de Veruela, á donde había ido á buscar fuerzas para reponer su quebrantada salud y donde la segunda vez que fué al famoso monasterio en 1864. después de nuestra entrevista, escribió las *Cartas de mi celda,* que tanto admiraron los escritores y el público ilustrado, y por último, de las *Rimas,* que en su mayor parte había escrito en los años 1860 y 61, de las que me recitó algunas que me encantaron. Quiso á su vez que le refiriese pormenores de mi vida literaria en París, y ni él ni yo omitimos ningún detalle que pudiera interesarnos.

Más de dos horas, que me parecieron muy cortas, duró aquella conferencia, y no dejó de extra-

ñarme que no me hablase de la familia que había creado. No hay que atribuir aquella omisión á disgustos íntimos, á contrariedades domésticas. Era la consecuencia lógica de su naturaleza, exuberante de cuanto bullía y palpitaba en su espíritu creador de bellezas, reservada ó más bien indiferente respecto de la vida fisiológica y vulgar.

Sumido en una constante y enfermiza somnolencia para todo lo material; sin sufrir el efecto de las privaciones; amable y bondadoso siempre aunque de un modo pasivo; con una paciencia y una resignación que rayaban en la santidad, parecía seguir su marcha por el mundo como un autómata: sólo se despertaba y se exaltaba, mostrándose sublime, cuando el arte, como una circulación ideal, vivificaba todo su sér.

«La inteligencia del hombre—dice uno de los *Pensamientos* que aparecen en el tomo segundo de sus obras—embotada por su contacto con la materia, no concibe lo puramente espiritual, y esto ha sido causa de que cada uno se represente el cielo, no tal como es, sino tal como quisiera que fuese.

»Yo le sueño con la quietud absoluta, como primer elemento de goce; el vacío alrededor, el alma despojada de dos de sus tres facultades: la voluntad y la memoria, y el entendimiento, esto es, el espíritu, reconcentrado en sí mismo, gozando en contemplarse y en sentirse.»

No hay que olvidar esta confesión para comprenderle y juzgarle.

Durante el período en que sólo nos separaron cortos intervalos de tiempo, no le oí quejarse de sus desventuras, de su pobreza. Era aseado, pulcro, cuidaba su escasa y sufrida ropa; pero todo esto lo hacía maquinalmente, más que por el *qué dirán*, que tanto preocupa á muchos, por un refinamiento que le estimulaba inconscientemente á honrar en su persona física y social su persona moral é intelectual.

Lo que constituye el mecanismo de la vida ordinaria, si no lo desconocía lo practicaba sin interés, como una función inexcusable. Parecía insensible y hasta indiferente como hombre y como amigo; pero basta leer sus *Rimas*, sus *Cartas de mi celda*, el prólogo que aparece en la primera edición de sus obras, para convencerse de que aquella frialdad era aparente sin que él quisiera que lo fuese. Había algo de pudor en su reserva, algo de discreción en su indiferentismo.

Meditando sobre su psicología, porque su recuerdo es uno de los que evoco más á menudo, he llegado á pensar que obedecía á una causa psíquico-fisiológica. Su alma robusta, exuberante de salud, vivía aprisionada en un cuerpo endeble, enfermizo. En los momentos en que el espíritu dominaba á la materia, era el poeta sublime, el admirable narrador de los misterios de la conciencia, de las creaciones de la imaginación, de los insondables sentimientos que él lograba sondear; pero estos esfuerzos del prisionero que le ofrecían la libertad y le permitieron dejar en el mundo para

su eterna gloria cuanto admiramos de su espíritu, debilitaban y agravaban la pobreza de su cuerpo, y entonces volvía á ser la endeble y deteriorada máquina que movía sus ruedas sin apercibirse de que se movían, al impulso de una fuerza desconocida que no deseaba conocer.

Cuando las observaciones que acabo de apuntar influyeron en mi ánimo, me expliqué que nada me insinuase con relación á su nuevo estado, que consideraba quizás como un suceso natural y corriente en la vida física y social del sér humano.

Como á poco de regresar á Madrid comencé á desempeñar mi cargo de secretario particular de Ríos Rosas y esta ocupación absorbía el tiempo de que podía disponer, sólo por rara casualidad nos encontramos alguna que otra vez después de mi primera visita; pero en medio de mis preocupaciones sentía viva curiosidad por saber qué había pasado á mi querido amigo mientras estuve ausente.

García Luna podía haberme enterado; pero entonces era uno de los más activos é importantes redactores de *El Eco del País,* periódico de Gasset, y me abstuve de buscarle, lo mismo que hice respecto de otros buenos amigos que se ocupaban de política, por los motivos que á su tiempo indiqué.

Ferrán, que también habría podido realizar mi deseo, no estaba en Madrid. Más tarde pude averiguar que al regresar de París, su primer cuidado fué buscar á Becquer y entregarle la carta de presentación que para él le dí.

Aunque todo en Gustavo era austeridad y virtud, mientras que Ferrán, alma también poética, sufría eclipses prosaicos y lamentables debilidades, se comprendieron, se estimaron y no tardaron en ser verdaderos amigos. En 1860 escribió Becquer el prólogo de la colección de cantares, que con el título de *Soledad* compuso Ferrán.

Ramón Correa, que por entonces era inseparable compañero de Becquer, conoció y trató con intimidad á Augusto y éste le estimó tanto que le dedicó el libro que acabo de citar. Los tres se reunían diariamente en el piso cuarto de la casa de la calle de Espoz y Mina, y es de suponer que dadas las aficiones de Ferrán á tratar más con pobres que con ricos, más con personas de las clases populares que con las de elevada posición social, todo lo contrario de lo que sucedía á Correa, el círculo de sus habituales relaciones estaría formado por las primeras.

A ciencia cierta no sé lo que ocurrió durante los dos ó tres accidentados años en que Ferrán agotó su patrimonio, viéndose obligado, primero á pasar una temporada en Tarazona y después á aceptar el cargo de redactor único del periódico que fundó en Alcoy el librero Martí.

Seguramente acudirían á aquellas reuniones culinarias amigas de la portera y de sus hijas, á quienes Ferrán estimaba: cuando el dinero abunda todo es alegría y la satisfacción del presente hace olvidar las preocupaciones del porvenir. Lo que me atrevo á afirmar es que si Becquer tomó

parte en aquellos festines, fué en cuerpo, mas no en alma.

Augusto llegó á Madrid á principios de Agosto de 1860 y Becquer contrajo matrimonio el 19 de Mayo de 1861, Dada su apatía ingénita y el concepto que tenía del amor y de la mujer en la vida real, pues el lector recordará que no quiso ser presentado á la que le inspiró sus más hermosas poesías amatorias, nada más difícil que explicar con probabilidades de acierto la verdadera causa de su enlace.

Lo que observé en las muy contadas ocasiones en que nos vimos desde mi regreso de París hasta su muerte, es que jamás hablaba de las interioridades de su hogar.

Cuando por tener que ocuparnos de asuntos literarios, vivir á gran distancia el uno del otro, y faltarme tiempo para atender á mis tareas, pude conseguir que almorzase conmigo dos ó tres veces, natural era que mi mujer le preguntase por la suya. Contestó lacónicamente, y sólo al ver á mi hijo, que entonces tenía sobre poco más ó menos la edad que el suyo, tres años escasos, nos habló de él sin olvidar los pueriles detalles que tanto preocupan y encantan á los padres.

¿No era feliz en su hogar? Creo que ni era desgraciado ni dichoso. Vivía, como ya he dicho, más que en un mundo real, en un mundo ideal.

Mientras fué fiscal de novelas, como yo estaba en el gran período de mi producción de aquel género literario; seguro de que ni con inmoralidades

ni con teorías subversivas habría de comprometerle, me pidió que le llevase mi original, lo que nos proporcionaría ocasión de vernos, y que yo mismo sellase mis cuartillas con el sello de la fiscalía.

Además dió orden de que cuando fuese á verle y no estuviera en casa, me dejasen entrar en su despacho y utilizar el sello.

Esto no sucedió más que una vez y fué la única en que ví á su esposa, que al enterarse de mi llegada acudió á saludarme al despacho á donde me había guiado una doméstica.

Podría tener de veintitres á veinticuatro años; agraciada como la mayoría de las mujeres de la edad que representaba, nada extraordinario se notaba en ella; era al parecer una de tantas señoras como hay por el mundo que desempeñan en una casa funciones útiles, que pueden ser y son fieles esposas y excelentes madres, sin perjuicio de pasar un buen rato conversando con las amigas de las contrariedades domésticas, de las torpezas y picardías de las criadas y de otras cosas por el estilo.

Deduje de aquella rápida impresión, que mi admirado amigo tenía una mujer de su casa, y pensé sin que el tiempo me haya hecho cambiar de opinión, que no se casó, sino que le casaron.

En otro de los *Pensamientos* á que antes me he referido, puede ver el lector una confesión del poeta que confirma mi suposición.

«He pasado los días más hermosos de mi exis-

tencia—dice—aguardando á una mujer que no llega nunca.

»¿Dónde me ha dado esa cita misteriosa? No lo sé. Acaso en el cielo, en otra vida anterior á la que sólo me liga ese confuso recuerdo.

»Pero yo la he esperado y la espero aún, trémulo de emoción y de impaciencia. Mil mujeres pasan al lado mío: pasan unas altas y pálidas, otras morenas y ardientes, aquellas con un suspiro, éstas con una carcajada alegre, y todas con promesas de ternura y melancolía infinitas, de placeres y de pasión sin límites. Este es su talle, aquellos son sus ojos y aquel el eco de su voz, semejante á una música. Pero mi alma, que es la que guarda de ella una remota memoria, se acerca á su alma... ¡y no la conoce!...

»Así pasan los años y me encuentran y me dejan sentado al borde del camino de la vida... ¡siempre esperando!...

»Tal vez viejo, á la orilla del sepulcro, veré con turbios ojos cruzar aquella mujer tan deseada, para morir como he vivido... ¡esperando y desesperado!...»

La vida fué en efecto para él un continuo sufrimiento, con muy breves períodos de tregua.

Su hijo era quizás lo único que alegraba su alma soñadora en aquel hogar, donde su mala salud necesitaba asiduos cuidados, donde podía vivir en el hermoso campo de la fantasía con los séres ideales que creaba, y no pedir á la vida, como nunca le había pedido, más que la calma ma-

terial para poder permanecer la mayor parte del tiempo posible en el mundo de sus ideas, de sus quimeras y de sus delicados y hermosos sentimientos.

En los seis últimos años de su vida, las dolencias físicas le hicieron pasar penosas temporadas; pero gracias al interés que inspiró á González Bravo, á quien por esto solo puede perdonarse cuanto hizo de malo—y no fué poco—en la esfera política, logró vivir con holgura y atender fácilmente á sus obligaciones.

La Revolución de 1868 acabó con la fiscalía de novelas; pero Becquer continuó escribiendo para el *Museo Universal*, y cuando en 1870 fundó Gasset *La Ilustración de Madrid* èn competencia con *La Ilustración Española y Americana* de Abelardo de Carlos, le confió la dirección literaria del nuevo periódico ilustrado, en él que colaboró con su genial y admirable lápiz su hermano Valeriano.

Antes de terminar el presente libro referiré los pormenores de la muerte del poeta y del dibujante, que en el intervalo de tres meses escasos bajaron al sepulcro.

XI

A los seis años de mi íntima y asidua amistad con Becquer en Sevilla y Madrid antes de mi viaje á París, siguieron otros seis en los que á pesar de residir en la misma población, sólo de tarde

en tarde nos veíamos. El hacía una vida tranquila, escribía cuando su salud se lo permitía, salía poco de su casa, entretenía sus ocios haciendo dibujos para su hijo con los que al mismo tiempo que le distraía educaba su corazón y su inteligencia. Yo, por el contrario, vivía en continua agitación; dedicaba la mañana á dictar al taquígrafo las novelas que tenía en curso de publicación y pasaba una á dos horas en las redacciones de los periódicos en que colaboraba; visitaba por las tardes á los editores y me ocupaba de las publicaciones que hacía por mi cuenta: *El Fomento de España* primero, *La Novela* después.

El primero de estos periódicos no cumplió lo que prometió al principio, y me ví obligado á ceder su propiedad á unos señores Pinetti que habían creado una sociedad de crédito de las que por entonces se multiplicaban ofreciendo fabulosas ganancias á los incautos que les entregaban sus ahorros. Su campo de operaciones era el crédito agrícola, y con auxilio de escritores especialistas continué dirigiendo la publicación y redactando su sección literaria. Me asignaron quinientos reales al mes, duró dos años, en los últimos meses se eclipsaron las pagas aunque con la promesa formal de que de un momento á otro me abonarían los atrasos, y una mañana, precisamente la del día en que habían sido citados numerosos acreedores para pagarles, nos enteramos losque acudimos á la cita de que los directores de la sociedad, que tenía por título el del periódico, habían desa-

parecido de Madrid. Esta muerte violenta, puso fin á la revista que con tan buenos como cándidos deseos, se había propuesto fomentar la moral, la cultura y la riqueza de España.

La Novela, muy bien acogida por el público, fué primero semanal y después diaria. Los suscriptores recibían por una módica cantidad un periódico de amena literatura y dos pliegos de 16 páginas: uno de novelas españolas y otro de novelas extranjeras, las dos escogidas, delicadas, artísticas; el polo opuesto de la mayoría de las que se publicaban por entregas.

Una de las que más agradaron al escogido público que aceptó de buen grado aquel periódico genuinamente literario, fué escrita por Rafael Serrano Alcázar, inspirado poeta que dió muestras de ser también un perfecto novelista. Se titulaba *La amiga íntima.*

Cuando conocí á Serrano Alcázar, estudiaba el último año de Derecho y por su gusto se habría dedicado exclusivamente al cultivo de las letras; pero su padre, uno de los más importantes abogados de Murcia en aquel tiempo, tenía empeño en que su hijo ejerciese como él la abogacía, y no solo fué un notable jurisconsulto, sino un inteligente y honrado político á quien estimó y consideró mucho Cánovas del Castillo, y que se distinguió en el Parlamento como orador, no de los que sólo saben hablar, sino de los escasos que conocen á fondo los asuntos de que tratan.

Desempeñó elevados cargos en la magistratura,

siendo uno de ellos el de Fiscal del Supremo.

Pero en el fondo de su alma fué poeta toda su vida, y al morir en edad no muy avanzada, ha dejado además de la novela que antes cité, dos tomos de poesías que conservados en las buenas bibliotecas, demostrarán en todo tiempo que fué digno de ocupar uno de los primeros puestos en el Parnaso español.

Ha sido uno de mis más queridos amigos, de los más dignos de estimación por su privilegiada inteligencia y su aún más privilegiado corazón. Su recuerdo no se extingue en el mío: es uno de los más gratos que conservo con devoción.

XII

Tampoco duró mucho *La Novela*. Mis tentativas editoriales fracasaban, porque carecía del capital necesario para sufragar los gastos que por lo menos durante el primer año exige una publicación que carece de los alicientes del escándalo ó de la actualidad.

En empresas de mayor vuelo é importancia sufrí iguales derrotas, porque ante las complicaciones económicas que surgían, como surgen en todos los negocios, me arredraba la idea de verme en compromisos que alterasen la paz y el bienestar de mi familia. Pero los fracasos no me desanimaban, y apenas repuesto de uno de ellos, reanudaba la lucha en que había sido vencido. Las dificultades que en los primeros años de mi juventud

encontraron mis aspiraciones, me enseñaron lo que ante todo y sobre todo debe hacer el hombre que desee adquirir una próspera posición social, que es conocer y aquilatar los medios con que cuenta para llegar al fin que se propone, persuadirse de que este fin es realizable, y por último disponer de voluntad y de perseverancia para realizarle.

No hay obstáculo que sea insuperable, si la voluntad y la perseverancia se empeñan en destruirle, cuando lo que se desea es factible y razonable.

Me empeñé en consagrarme al cultivo de las letras, vivir con el producto de mis trabajos literarios, quizás lo más difícil que entonces como ahora puede conseguirse en España, y lo logré.

Cuando creé un hogar y tuve hijos, pensé cuánto sufrió en los últimos años de su vida mi buen padre por carecer de una fortuna que dejar á mis hermanas, ya que yo no necesitaba de su auxilio, y me propuse librarme de la penosa inquietud que él había sufrido.

No se me ocultaba que el trabajo, por bien remunerado que esté y aunque se tenga la costumbre del ahorro, es insuficiente para reunir un capital que pueda ofrecer el bienestar á la esposa y á los hijos que quedan en el mundo cuando le abandonamos.

Aparte de los millones que consigue la plutocracia, Dios y también nosotros sabemos cómo, sólo la industria y el comercio pueden proporcionar en

mayor ó menor escala, la riqueza digna y noblemente adquirida.

Y como mi mayor y más constante anhelo al constituir una familia fué librarme de la penosa preocupación de los padres poco afortunados ó poco previsores, que por desgracia abundan entre los escritores y los artistas, la voluntad y la perseverancia no me abandonaron ante el fracaso de las tentativas que hacía para realizar mi deseo.

Bien es verdad que estaba entonces en el mejor período de mi juventud, tenía tiempo por delante, las contrariedades hacían muy poca mella en mi ánimo, era en mi hogar todo lo dichoso que se puede ser en el mundo, ganaba más de lo necesario para atender á mis obligaciones, y disfrutaba además en la esfera de mi actividad satisfacciones que no por ser más ficticias que reales, dejaban de halagar, no á mi vanidad, que á Dios gracias jamás he sentido su influjo, tampoco á mi amor propio, porque uno de mis mayores triunfos ha sido dominarle, sino una flaqueza de mi espíritu que necesitaba estimar y ser estimado, ver de color de rosa hasta lo negro, creer, admirar y esperar.

En los importantes periódicos en que colaboraba, podía dispensar favores de los que tanto agradan á todas las clases sociales y particularmente á la de los artistas y escritores.

Las revistas de Madrid, más de salones y de fiestas aristocráticas, que publicaban los diarios,

se limitaban á descripciones ricas en hipérboles y más ricas aún en nombres de damas ilustres, en pormenores de los trajes, joyas y adornos que lucían. De vez en cuando ilustraban aquellas crónicas, monótonas para la mayoría de los lectores, interesantísimas para los personajes de la comedia que cometiendo un galicismo solía llamarse y sigue llamándose del *Gran mundo*, algún suceso novelesco, alguna aventura amorosa y pecaminosa á un tiempo, alguna anécdota que corría de boca y aparecía en el periódico con las socorridas iniciales que todos descifraban y los eufemismos de una taimada discreción.

Pedro Fernández, seudónimo que adoptó para firmar las revistas á que aludo D. Ramón Navarrete, novelista, autor dramático, director de la *Gaceta Oficial* y principalmente indispensable factor en fiestas y convites aristocráticos, fué maestro en el arte de confeccionar aquellas crónicas mundanas, y aventajadísimos discípulos suyos dos escritores que le superaron haciendo célebres los seudónimos de *Alma viva* y *Montecristo*.

No recuerdo por qué causa dejó de colaborar en *La Epoca*; pero encargado yo de sustituirle, en vez de imitarle preferí inspirarme en los artículos de idéntico género que con la rúbrica de *Crôniques* publicaban los periódicos parisienses (1).

«De los franceses aprendimos los españoles la

(1) Copio los párrafos entrecomados, del prólogo del tomo 4.° de mis *Obras literarias*, que contiene las crónicas que publiqué en *La Epoca*.

labor que para llenar bien su artístico cometido, debería *bordar* mejor que *escribír* los asuntos de la vida íntima ó de la vida social que constituyen la agradable y sugestiva base de su efímera existencia, y que por lo mismo que su misión se reduce á entretener, distraer, agradar, pensar riendo en cosas tristes, tratar jugando los más arduos problemas, es el género literario que más dificultades ofrece y que más personalidad impersonal necesita.

»Durante la primera mitad del pasado siglo, Larra, gran discípulo de los franceses fué en nuestra patria gran maestro de los españoles. Mesonero Romanos, más observador que pensador, más pintor de costumbres que cronista, ocupó un puesto distinguido en la república de las letras; pero no formó escuela. Los pocos—ocho ó diez á lo más—que en la segunda mitad del siglo XIX hemos cultivado la crónica en calidad de periodistas, todos hemos bebido en las fuentes del Sena lo que no podían darnos las del Manzanares para producir este género *esencialmente parisiense*.

»Alfonso Karr, Henri de Pene, Pierre Veron, Jules Noriac, Aurelien Scholl y otros más, cuya lista sería larga, gozaron de gran celebridad y fueron los modelos que nos guiaron por la nueva senda de *la causerie* francesa, que siendo *la charla* y *el palique* españoles, es además otra cosa, mezcla de ingenio, de sinceridad, de ligereza, de malicia, de muchos ingredientes agridulces, que exigen un arte exquisito y suma habilidad para

combinarlos y producir el elíxir que el lector saborea cuando está bien hecho; pero que parece el más insulso de los brebajes cuando sucede lo contrario.

»Alarcón, Blasco, Agustín Bonnat, que murió muy joven, Francisco de Acuña que, elegante y perezoso por naturaleza, pronto se hizo diplomático y dejó la crónica escrita por la hablada, Salvador López Guijarro, compañeros y amigos míos, todos, más ó menos, libaron como yo en las crónicas de los autores parisienses que he citado.

»Actualmente la crónica ha dejado de ser pintoresca y objetiva para ser sentenciosa y por regla general subjetiva. Las crónicas modernas tienen el temperamento de las de Larra; pero esto mismo sucede á las que escriben los nuevos cronistas parisienses. Se bromea menos, hay más tristeza en el fondo del alma, se estudia, se ahonda más y se busca en la ciencia lo que el arte por sí solo no ha dado. Pobre de mí, admirando muy sinceramente á los que nos han sucedido, creo que nosotros fuímos más felices que son ellos. Creíamos en el arte, nos bastaba, y con su ayuda procurábamos distraer el espíritu de nuestros lectores. Las crónicas de hoy durarán más que las nuestras; son faros que marcan derroteros; lucirán siempre, y por tener un valor real, serán conservadas bajo la eterna forma del libro en las bibliotecas. Nuestras crónicas no pasaban de ser fuegos artificiales, más ó menos bonitos. Para recrear la vista del públi-

co, solíamos quemarnos el alma; pero los espectadores no ven ni les importa lo que sucede entre bastidores. Piden que les diviertan por su dinero y nada más.»

De acuerdo con la teoría que antecede, titulé *Misterios de Madrid* á las revistas que publiqué en *La Epoca* ,y procuré hasta donde me fué posible darlas amenidad é interés describiendo y comentando cuanto de novelesco, curioso, sensacional y divertido acontecía en la Villa y Corte.

Deseoso de dar alguna novedad á los demás trabajos literarios que tenía á mi cargo en los periódicos que he citado, aproveché cuanto había aprendido durante mi permanencia en París, y escribí y publiqué por vía de ensayo, también en *La Epoca*, con el título de *Retratos á la pluma*, biografías en forma novelesca de Ayala, de Barbieri, de Arrieta, de Fernández y González y de otros más.

Lograron la fortuna de agradar á los lectores y particularmente á los agraciados. No era yo el inventor de aquel procedimiento artístico-literario. Un escritor francés de mucho ingenio, pero de muy mala ralea, Eugenio de Mirecourt, había alcanzado un éxito de escándalo contando con arte maravilloso la vida y milagros de las celebridades de su tiempo: hombres y mujeres. Al lado de los méritos, que no siempre reconocía, revelaba las debilidades de los biografiados y más salpimentaba sus escritos con la calumnia que con la usticia.

Las víctimas se defendieron, la prensa en gene-

ral censuró al difamador no sin reconocer su talento, se vió obligado á batirse varias veces y consiguió lo que se había propuesto: notoriedad y dinero. De las biografías, que aparecían en tomitos de un centenar de páginas sobre poco más ó menos, se vendían muchos miles de ejemplares; pero al fin y al cabo, como no podía menos de suceder, el libetista desapareció de la escena avergonzado de su obra.

El escándalo es un arma de dos filos: quien á hierro mata á hierro muere.

Cayeron en mis manos algunos de aquellos libelos, y despreciando su contenido admiré el continente. Procuré adaptar á los retratos que me propuse trazar las bellezas del dibujo, de la composición y del colorido del maestro, y como los originales aparecían entonces á mi vista en el escenario representando admirablemente su papel, no entre bastidores, y como por añadidura mi ánimo propendía á buscar lo bueno y lo bello, fuí un retratista de los que agradan porque aciertan á colocar al original en la mejor postura para que resalten sus cualidades y atractivos.

Lo que sucede por regla general en estos casos, es que los favorecidos elogian el buen golpe de vista del pintor, el parecido de la pintura, y juzgando merecérselo todo, no agradecen el optimismo del retratista.

Los *Retratos á la pluma* me proporcionaron algunos grados de calor en el afecto de los retratados y de los que aspiraban á formar parte de la

galería á juzgar por su deseo de auxiliarme refiriéndome episodios de su vida que eran, en su concepto, los más á propósito para dar interés y colorido á mis retratos.

No sucedía en aquella época lo que en la actual. Los escritores de ahora, más eruditos, más persuadidos de la importancia del papel que desempeñan en la sociedad y más cuidadosos de sus intereses, han prescindido en buena parte de la doctrina de Platón, y por regla general sólo les entusiasman las obras de los compañeros que á su vez pueden entusiasmarse con las suyas. Quiero decir, que los que como yo entonces, disponen ahora de la publicidad que otorgan los periódicos, saben administrar los elogios y los prodigan á los que en igualdad de condiciones pueden prodigárselos.

Gran parte de mis colegas, y yo con ellos, éramos más generosos ó quizás más incautos. Como ahora sucede, siempre estábamos dispuestos á manejar el bombo y los platillos á beneficio de las actrices y los actores, de los poetas dramáticos, pintores, escultores y arquitectos. De los toreros no hay nada que decir: entonces como siempre inspiraban no solo admiración, sino idolatría.

En los tiempos á que me refiero, funcionaban unas sociedades llamadas irónicamente de *Soccorros mútuos*. Los afiliados á ellas tenían por principal obligación asegurar en sus conversaciones y en los periódicos de que eran redactores ó colaboradores, que sus compañeros eran los más inte-

ligentes, castizos, inspirados, geniales, fecundos y admirables escritores de su tiempo.

Siempre hubo grupos más ó menos numerosos del género de los que indico, y á mi me cupo en suerte formar parte del que con su cariñosa ingenuidad y su teje maneje agradable y simpático para lograr lo que deseaba, fundó Eusebio Blasco á quien como él ha referido, sonrió la suerte el mismo día en que llegó á Madrid desde Zaragoza, su ciudad natal.

Pocos en efecto, han sido en la república de las letras más afortunados que él, lo que mereció por su inagotable ingenio, la gracia y la soltura de su estilo y las demás originales y preciosas cualidades que brillan en sus amenas é interesantes obras.

Solicitado, perseguido, hasta estoy por decir que acosado por la fortuna, no supo sin embargo aprovecharse de aquel favor constante; y aunque fué modelo de hijos, amante y fiel esposo, y lo que cariñosamente solemos llamar un padrazo; creo que por su carácter ligero, veleidoso, impresionable, imprevisor y al mismo tiempo sufrido y resignado, no fué dichoso á pesar de contar con todos los elementos para serlo.

A sus privilegiadas dotes intelectuales unía una laboriosidad incansable y una actividad eléctrica para realizar sus proyectos.

Cuando empezaba á saborear los triunfos escénicos en el género bufo, que tanta fama y tanto dinero proporcionó á Arderíus, su importador des-

de Francia á España, se le ocurrió fundar una sociedad con algunos redactores de los periódicos más importantes que se publicaban, cuyo único propósito fuese auxiliarse mutuamente para adquirir celebridad.

Angel Avilés que era entonces un joven muy fino, circunspecto, ilustrado, juicioso; es decir, que poseía las cualidades que más tarde debían proporcionarle una brillante y aprovechada carrera, formaba parte de la redacción de *La Política*. Allí nos conocimos, nos estimamos, y un día me pidió que asistiese á una junta de periodistas que Blasco había convocado en su casa, sin enterarme del objeto de la reunión.

No sé por qué motivo era Avilés huesped de Blasco; pero vivía en familia con él en la calle de Cervantes. Acudí á la cita y en compañía de Blasco y Avilés se hallaba Miguel Ramos Carrión, ya aplaudido autor del *Sarao y la Soirée*, zarzuela hábilmente trasplantada á la escena desde la primera y segunda parte del genial libro de Antonio Flores *Ayer, hoy y mañana*. Le había conocido cuando era adolescente, porque alguna que otra vez solía ir á la radacción del *Diario Español* con su padre el señor Ramos Baquero, que no dejaba un solo día de favorecernos con su visita.

Poco después fueron llegando los invitados á la reunión, y cuando pasada la media hora de cortesía concedida en España á los descorteses, nos hallábamos reunidos diez de los doce designados para formar la asociación, explicó Blasco el obje-

to de la que debíamos constituir, todos acogimos con entusiasmo su proyecto.

Lo primero que nos propuso fué que cambiásemos el ceremonio *usted* por el *tú* cariñoso y fraternal, y acto continuo nos tuteamos todos como si hubiéramos sido amigos de la infancia.

Entre los concurrentes no he olvidado, ni sería posible olvidarle habiéndole tratado, á Ramón Chico de Guzmán conde de la Real piedad, el aristócrata más demócrata que he conocido. La cruz de Santiago ó de Calatraba, no estoy seguro cual de las dos era, que ostentaba en su pecho sentía los latidos de uno de los corazones más nobles y generosos que ha habido en el mundo. Dotado de una singular inteligencia, era ingeniuamente modesto. Frecuentaba la más selecta sociedad y no desdeñaba á los humildes por quienes mostraba particular predilección y de los que era muy querido. Se le veía en los salones, en los teatros, en las redacciones de los periódicos en que colaboraba, en los paseos, en el Casino, en el Congreso rodeado siempre de amigos leales.

Desgraciamente murió joven, no había cumplido 33 años; pero bien puede asegurarse que desde la cuna hasta la tumba, todo le sonrió porque él sonreía á todo. Cuantos le conocieron y trataron, le amaron con sinceridad.

Juan Alvarez Guerra era otro de los circunstantes. Hijo de un ilustre estadista, heredó de su progenitor el talento y las virtudes cívicas que tanto respeto y tanto aprecio le conquistaron. Disfruta-

ba de prestigio entre los periodistas, su clara inteligencia y la llaneza bien educada de su trato le hacían simpático á cuantos le conocían. No recuerdo que alto empleo desempeñó en Filipinas primero y después en Madrid. Mientras la asociación duró, fué uno de los más estimados compañeros. Después nos hemos visto algunas veces, siempre con mútua satisfacción.

Antonio Sánchez Pérez formó también parte de aquel cenáculo. Desde entonces hemos sido buenos amigos y seguimos siéndolo cuando escribo estas líneas. ¿Quién habiéndole conocido no se ha prendado de su noble y hermoso corazón? No creo que haya tenido ni un solo enemigo. Su claro talento, su recto espíritu, su inagotable bondad, su honradez en todo y para todo, le han granjeado el sincero aprecio de cuantos le han tratado; y como además de hombre de ciencia y de letras ha sido y es político, su consecuencia y su lealtad á las ideas que siempre ha profesado aceptando penosos sacrificios, han sido causa de que no sólo sus correligionarios, sino hasta sus adversarios le quieran y respeten. No he visto en sér humano una ecuaminidad más completa que la suya. Con razón le llamábamos todo el *maestro*.

Es gran matemático, y ha conseguido que vivan en su alma en feliz consorcio el buen sentido práctico y la imaginación. Es además uno de los contados literatos que han sabido elegir la compañera de su vida.

Completaban el grupo de los asociados por Blas-

co: Antonio Ramiro, que demostró sus grandes cualidades de autor cómico con su comedia titulada *Un primo primo* representada con mucho éxito, y que falleció poco después en plena juventud; José Campo Arana, autor dramático y poeta lírico, que también murió en lo mejor de su edad en un manicomio, y Antonio Pérez Rioja, autor de notables artículos literarios, que habiendo desempeñado en Cuba el importante cargo de secretario del Gobierno civil de la Habana, volvió á la Península tan pobre como fué.

Todos cumplimos lo pactado y cada cual en el periódico en que colaboraba aprovechó las ocasiones de celebrar á sus compañeros.

De poco nos sirvió poder disponer de lo que hoy se llama una *buena prensa*, porque en los dos años escasos que duró la asociación, sólo Blasco y Ramos Carrión se prestaban por sus obras dramáticas á ser elogiados, y en buena ley no necesitaban de los auxilios de la asociación: sin ellos habrían triunfado. Los demás no pudimos utilizar la buena voluntad de los compañeros, porque no era cosa de celebrar los artículos que publicábamos en los periódicos; y en cuanto á mí, no daba importancia á las novelas por entregas, que eran lo que podían encomiar mis consocios. Antes por el contrario, deseaba que pasasen inadvertidas todas, porque más me perjudicaban que me favorecían en el concepto de los literatos, que no las leían pero se daban tono denigrándolas. Blasco, sin embargo, aprovechó una ocasión de favorecer-

me mostrando al mismo tiempo el ingenio y la gracia de que estaba dotado (1).

No exagero si afirmo que he sido uno de los periodistas que más ha prodigado los elogios á cuantos necesitan del favor de la prensa para hacer carrera, ganar fama ó satisfacer vanidades. En cambio, poco he tenido que agradecer en este concepto á mis compañeros.

Pero no dejé de explicarme aquella falta de reciprocidad. Era para los que podían favorecerme un compañero; pero no un camarada.

Antes de emprender mi viaje á París frecuenta-

(1) En el número de *Gil Blas* del 18 de Septiembre de 1867, apareció en la sección titulada *Noticias frescas*, firmada por Eusebio Blasco, la siguiente noticia:

»TINTAS DE COLORES.—El publico y yo leemos con verdadero gusto los artículos de Julio Nombela, el chispeante revistero de *La Epoca*, que publica de cuando en cuando las biografías de varios hombres conocidos.

Se me ocurre una observación. Las biografías de ciertos personajes ¿se deben escribir con tinta simpática ó con tinta antipática?

Y todavía avanzo más en mis observaciones. Ciertas biografías, ¿se deben escribir con tinta?

Yo rogaria á Julio Nombela que escribiera con otro líquido, según de quien hablara. Por ejemplo: la biografía de Méndez Núñez, debe escribirla con agua; la de Carlos Rubio, con aceite; la de Ríos Rosas, con vinagre; la de Arrieta, con miel; la de García Gutiérrez, con néctar; la de Gaztambide, con goma; la de Arderíus, con engrudo; la de Toca, con árnica; la de Cúchares, con sangre; la de Zorrilla, con jarabe; la de Ortiz de Pinedo, con cicuta; la de Santistéban, con revalenta; la de Bretón de los Herreros, con mostaza, y la mia... con opio.»

ba los cafés donde se reunían los escritores y los artistas.

En aquellas tertulias derrochaban su ingenio cuantos cultivaban las letras y las artes y eran además hombres de buen humor, capaces de sacrificar al éxito de un chiste las reputaciones más acrisoladas.

No era mi centro el de mis compañeros. Al regresar de París, sólo de tarde en tarde fuí al Suizo, formando parte del grupo en que por entonces se pasaba un buen rato oyendo á Roberto Robert, cuyo ingenio era incisivo pero en extremo culto, y á Emilio Sala, que como pintor prometía lo que después cumplió con creces y cuya conversación era instructiva y amena.

Pero mi asiduo trabajo me impedía acudir con frecuencia á disfrutar de aquellos agradables ratos; y como en los saloncillos de los teatros donde también se murmuraba de lo lindo, permanecía poco y callaba más que hablaba; como no tomaba parte en bromas, aventuras, intrigas, compadrazgos; en una palabra, como no era un *camarada* de mis *compañeros,* nuestro trato fué superficial. Era un extraño entre ellos, pagaba á los que lo merecían el tributo de mi admiración; pero era una disonancia en el concierto de los que vivían como debe vivirse para disfrutar de las pompas, vanidades y provechos que ofrece el trato social.

Al mismo tiempo me faltaban las más esenciales condiciones para ser estimado y celebrado. De mi no podía contarse nada sustancioso ni digno

de una conversación de café. Ni me había escapado con una estanquera guapa, ni para sacar dinero á un editor había empleado el ingenioso ardid de entregarle un centenar de cuartillas en blanco asegurando que eran original, ni podían repetirse frases mías como la del buen Narciso Serra, que contestó á un amigo que le dijo que *debía* ir al Café del Príncipe:—Pues porque *debo*, no voy... En una palabra, era un sér insignificante, vulgar, incoloro, sin leyenda, á quien solo podía motejarse de hurón ó de egoista, porque vivía esencialmente para mi familia, iba al teatro con mi mujer, salía á paseo con ella y con mis hijos, y sin calumniarme no podían atribuirme ninguna de esas flaquezas, tan frecuentes, tan chistosas, tan toleradas y hasta celebradas.

Para lograr algún prestigio en el concepto de la mayoría de mis compañeros, necesitaba hacer algo que pudiera contarse, y resolví jugarles una mala pasada.

Indiqué anteriormente que los periodistas Medina y Navarro, convertidos en ilustrados editores, dieron á conocer en España las obras de Julio Verne. Como el público en su gran mayoría no estaba preparado para apreciar todo el mérito de aquellas novelas, se me ocurrió escribir una más sencilla del mismo género, formé mi plan y en unas cuantas sesiones dicté al taquígrafo Gutiérrez mi novela LA PIEDRA FILOSOFAL, *historia de un doctor que ha resuelto el problema de vivir sin comer*; pero persuadido de que si se publicaba con mi

nombre poco ó nada dirían los periódicos en su favor, convine con los editores en anunciar la obra como traducida del alemán al francés y del francés al español. Así se hizo y *La Correspondencia* refirió á sus lectores que se había publicado en Leipzig una novela del género de las de Julio Verne titulada *Herr Maguen* (El Sr. Estómago.)

Medina y Navarro procuraron que todos los periódicos reprodujesen el anuncio, y algunos días después apareció en *La Epoca* una noticia algo más detallada de la novela. Daba una idea del asunto de ella, y como su autor presentaba á un sabio médico que había resuelto el problema de vivir sin comer sustituyendo los manjares con unas píldoras de su invención, añadía que según afirmaban los periódicos alemanes, había despertado mucho interés, alcanzando gran éxito.

Poco después *La Correspondencia*, *La Epoca* y *La Política* anunciaron que la novela alemana *Herr Maguen* había sido traducida al francés y que muy en breve se publicaría en español, con el título de *La piedra filosofal.*

Era preciso un nombre para el autor, y con las letras de mi apellido formé el anagrama *Obleman.*

La novela se publicó y como habíamos logrado excitar la curiosidad, en poco menos de un mes se vendió la edición, que constaba de 3.000 ejemplares, y fué preciso hacer otra no menos numerosa, que también se vendió muy pronto.

En gacetillas y artículos de crítica más ó me-

nos extensos, colmaron de elogios mis excelentes compañeros al Sr. Obleman, y aunque corrió la voz de que yo había sido el traductor, no hubo para mí la más sencilla mención.

No me cogió de nuevas: lo esperaba.

Se leyó la novela, se discutió en los cafés y en los saloncillos de los teatros, algunas veces en mi presencia; sobre su asunto se hicieron en los periódicos sabrosos comentarios; nadie se preocupó de pedir á los libreros Durán ó Bailly-Bailliere, que eran los únicos que vendían libros extranjeros, un ejemplar del original alemán, ni siquiera de la presunta traducción francesa, para ver si el traductor había sabido lo que se hacía. Todo se habría reducido á olvidar la obra, si Campoamor no hubiera descubierto el sencillo y pueril misterio que la rodeaba.

Puse por epígrafe á uno de los capítulos *Una dolora en prosa*, y á los dos ó tres meses de la aparición de *La piedra filosofal*, el inspirado, profundo y donoso autor de las *Doloras en verso*, el gran Campoamor, se acercó á mí en el vestíbulo del teatro de la Zarzuela y me dijo:

—Según mis noticias ha traducido usted esa novela alemana de que tanto han hablado los periódicos y que sería prodigiosa si en efecto hubiera resuelto su autor el problema de vivir sin comer. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—Tengo curiosidad por saber si al poner por título á uno de los capítulos *Una dolora en prosa*,

ha sido una libertad que usted se ha tomado ó una galantería del Sr. Obleman.

Al pronunciar este nombre me miró intencionadamente, y sin darme tiempo para contestarle. añadió:

—Obleman... ¡Nombela! las mismas letras. ¡Ah picarón! Ahora lo comprendo todo como dicen en las malas comedias. El autor alemán es usted, y nos ha engañado á todos como á chinos. Reciba usted mi enhorabuena por la novela y por su habilidad para explotarla. Pero le desenmascaré á usted.

Y llamando á unos cuantos periodistas y escritores que formaban grupos en el vestíbulo del teatro donde nos hallábamos, les reveló con la alegría infantil de los rapaces que juegan al escondite y descubren al que se oculta, que había descifrado la charada.

Desde entonces hasta que pasó algún tiempo, al encontrarnos me llamaba Obleman y lo mismo hicieron muchos de los que se enteraron; pero no tuvieron á bien decirlo en los periódicos para no revelar mi jugarreta y el público no supo que la novela era mía hasta que se hizo de ella una nueva edición con mi nombre. Logré mi objeto; pero los que cayeron en la red que les tendí, no me lo perdonaron.

Salvador María Granés que ha sido y sigue siendo, á pesar de sus muchos años, uno de los más fecundos autores cómicos júzgó que el argumento de la *Piedra filosofal* agradaría en la escena; ade-

rezó con él, no recuerdo si una comedia ó una zarzuela, y á pesar de la sabrosa salsa que puso de su parte, la obra no tuvo éxito. No era teatral.

XIII

Lo que acabo de referir me recuerda la lucha que me ví obligado á sostener para que se admitiese y representase en el Teatro Español, del que era empresario y director mi pariente Manuel Catalina, una comedia que escribí, sin que lograse ver reelizado mi deseo.

Pensé que en una época en la que se afirmaba como ya afirmó en la suya el gran Quevedo que era *poderoso caballero Don Dinero*, una comedia que demostrase que no era tan poderoso como se suponía, lograría despertar algún interés en el público, y puse manos á la obra.

El protagonista de mi obra era un banquero que se juzgaba omnipotente, y sin embargo se veía en situaciones en las que su riqueza encontraba quien la dominase.

La titulé *Don Dinero*, hablé de ella á Catalina, que además de estimarme por nuestro parentesco estaba muy agradecido por los continuos elogios, justos en mi concepto, que tributaba á su acertada dirección, á su mérito artístico y á la Compañía que había formado, en la que brillaba como estrella de imponderable magnitud aquella adorable actriz que se llamó Matilde Díez, sustituida pero no reemplazada en el concepto de sus admiradores supervivientes, de los que formó parte.

La comedia tenía tres actos, rogué á Catalina que me citase para leérsela, y fué tan bondadoso que al día siguiente me otorgó el favor por mí solicitado.

Oía la lectura con atención, casi estoy por decir que con interés, porque siempre me dió pruebas de afecto; pero ni yo le preguntaba el efecto que iba produciendo la obra en su ánimo, ni él daba muestras de aprobación ni de desaprobación.

Al fin terminé la lectura y guardé silencio esperando el fallo de mi juez.

—La comedia que acabas de leerme—me dijo—no puede rechazarse. Está bien pensada, bien planeada y bien escrita; pero con gran sentimiento, por tratarse de tí á quien tan sinceramente estimo, te declaro que ningún primer actor aceptará el papel del marqués que es el que en la obra que acabas de leerme le correspondería. Todos los personajes con quienes lucha le vencen; en las situaciones más culminantes queda en el peor lugar, al final su anulación es completa; no inspira simpatía sino más bien aversión, y debes comprender que no es posible pedir la abnegación que sería necesaria para desempeñar ese papel, á quien por ser la primera figura en el escenario de un teatro, no puede ni debe perder un instante el prestigio, que no sin excepcionales condiciones ha podido alcanzar. Repito que la comedia, salvo los retoques que en todas hay que hacer, no puede rechazarse; pero también te aseguro que ni Romea, ni Valero, ni ningún actor de primera fila

la representará. En tu *Don Dinero*, Clara, la Marquesa, Elena, Carlos y Rafael, son más importantes, porque son más simpáticos, que el Marqués. Mientras que no conseguiría arrancar al público un solo aplauso, los demás personajes serían celebrados y aplaudidos; porque en último término y prescindiendo de consideraciones artísticas, son más los pobres que los ricos, más los desgraciados que los felices, y no hay nada que agrade tanto como ver humillados á los que tienen por base de sus triunfos la humillación de los demás (1).

Sobre poco más ó menos tal fué el discurso que me espetó mi querido pariente, y como tenía con él la más completa confianza, contesté á su sermón con otro del que hago gracia al lector, cuya tesis se reducía á demostrar que el arte era una cosa y otra el interés de los artistas; que en efecto, sabía lo de las *arias coreadas* y que por ellas los autores se veían reducidos á hacer obras á la medida y gusto de los actores, opinando yo que los verdaderamente inspirados, lo mismo podían lograr un triunfo despertando aversión, que ganando las simpatías del auditorio.

—Pero en fin—añadí para concluir—tú eres el dueño del teatro; estoy seguro de que te agradaría complacerme y cuando no lo haces poderosos motivos debes tener para ello. Los respeto y no hablemos más del asunto.

(1) La comedia *Don Dinero*, que no llegó á representarse, forma parte del tomo I de mis *Obras literarias*.

Pero fué preciso hablar. Catalina que seguramente sintió no haber podido aceptar mi comedia, habló de ella á algunos autores que formaban el núcleo de sus más íntimos amigos, lamentándose acaso para que me lo dijesen de no haber podido complacerme.

Algunas noches después fuí al Teatro Español y visité en su cuarto á Matilde Díez.

—He sabido—me dijo—que ha escrito usted una comedia, que se la ha leído á Catalina y que ha sentido mucho no poder aceptarla. ¿Quiere usted ir á mi casa un día de estos á leérmela para que yo la conozca?

—Con mucho gusto.

—Mañana no tengo ensayo y desde las tres en adelante le espero á usted, si le es posible complacerme.

—No faltaré—añadí con la alegría que pueden suponer los autores que hallándose en mi caso se ven favorecidos con un ruego como el que me hizo la gran actriz.

Vivía Matilde con su hija Consuelo en la Carrera de San Jerónimo en el piso tercero de la casa donde durante tantos años estuvo establecida la sastrería de Isern, y cuando llegué á la hora convenida estaban todavía madre é hija de sobremesa. Poco después se alejó la última discretamente; y acto continuo comencé la lectura.

—No sé—me dijo cuando terminé—si la comedia me ha agradado porque es buena ó porque la protagonista se encuentra en una situación análo-

ga á la en que yo me veo desde hace algún tiempo. Catalina ha debido pasar mal rato asistiendo al desarrollo de una acción que sin duda le ha recordado lo que nunca debió olvidar. En la comedia que acaba usted de leerme Clara es el personaje principal, y siendo humilde y desvalida resulta superior al Marqués, su antiguo amante y padre de su adorada hija: me explico la impresión que la comedia ha producido en Catalina. Pero además—añadió al mismo tiempo que asomaban á sus ojos algunas lágrimas—no son un secreto para nadie por desdicha mía, las relaciones que entre él y yo han existido; que esa niña, ya casi una mujer, á quien ha hallado usted conmigo, es nuestra hija. El público que asistiera á las representaciones de la comedia de usted, vería á la mujer abandonada triunfar del que se esmeró en humillarla, y enterado como está de los más íntimos pormenores de mi vida, porque las actrices vivimos siempre en casas de cristal, interesándose por mí, queriéndome como me quiere sinceramente á pesar de mis debilidades y mis culpas, me aplaudiría por compasión más que de ordinario, y el actor sufriría como hombre, porque en el fondo es bueno, y á la vez como artista. No importa: pondré el mayor empeño en que la comedia se represente.

Excuso añadir que aunque en efecto empleó toda su poderosa influencia, no logró realizar su amable y un tanto interesado deseo.

No por eso dejé de agradecer cuanto hizo en mi

favor, y sobre todo la confianza que la merecí.

Es una lástima que no quede de los grandes artistas escénicos más que un recuerdo, vivo entre los que pudieron admirarles, vago y borroso entre los que sólo los conocen por lo que de ellos han dejado escrito sus contemporáneos.

No es posible formarse una idea de lo que fué Matilde Díez en la escena y en la vida íntima. No era una de esas matronas que imponen. De estatura más bien baja que alta, era de una esbeltez insuperable. Sus ojos de un azul claro y al mismo tiempo profundo, irradiaban sobre sus facciones dándolas la expresión que exigía la situación del personaje que representaba. Sin afectación, con un arte supremo que se convertía en una naturalidad ingenua, sugestiva, encantadora, su voz era de una dulzura, de una intensidad que penetraba en el alma de cuantos la escuchaban é infundía en ella los sentimientos y hasta los matices de su exquisita sensibilidad.

No era posible verla y oirla en *Amor de madre*, en *Cecilia la cieguecita*, en *La trenza de sus cabellos* y en todas las obras sentimentales de su repertorio, sin que los ojos de los espectadores se llenasen de lágrimas. Hacía sentir lo que verdaderamente sentía, porque prestaba su alma á los personajes ficticios que encarnaba; y al mismo tiempo en los papeles cómicos, su natural gracejo, su ingenuidad, su voz, su acción, todos los detalles con que enriquecía los tipos que imitaba ó creaba, la hacían admirable y adorable á la vez.

La interpretación de la linda y conmovedora comedia *El Pilluelo de París* la habría bastado para revelar los poderosos recursos del arte que poseía y que no eran en ella producto del estudio, sino de su propia naturaleza. En *La escuela de las coquetas*, en *Marcela ó cuál de los tres* y en *El hombre de mundo* era inimitable.

Desde que apareció en el teatro, conquistó no solo la admiración sino el cariño del público. Casi al mismo tiempo que ella comenzó su gloriosa carrera Julián Romea, que se distinguió siempre por su naturalidad. El escenario del teatro fué para él, como para Matilde, el escenario de la vida; y cuando se enteraron los espectadores de que los que se amaban en la esfera artificial del teatro se amaban también en la esfera real y habían decidido contraer matrimonio, aquella boda interesó vivamente al público, y al presentarse los esposos en el teatro después de haber bendecido la Iglesia su unión, fueron saludados con delirantes aplausos. A la bendición religiosa siguieron las bendiciones populares, y no hubo un solo espectador de palcos y lunetas, como se llamaban entonces las butacas, de las galerías y la *cazuela* ó el *gallinero*, como denominaban al paraje que en los teatros del Príncipe y de la Cruz equivalía al que en el Teatro Real llamamos todavía paraíso, que no se llevase en el alma algún reflejo de la felicidad de la feliz pareja.

Difícilmente habrá habido en el mundo cónyuges más queridos. Cuando nació el único hijo

que tuvieron, se extendió á él la adoración que inspiraban sus padres y todos hablaban de aquel Alfredo como de cosa propia.

¡Poco dura la dicha en este pícaro mundo! Surgieron discusiones en el seno del matrimonio: el hombre es débil, como dice la canción popular, y el actor más debil que el hombre. Nadie vestía el frac como Julián Romea, nadie como él lucía en la escena las bellezas y los atractivos varoniles; á pesar de hallarse en aquellos tiempos el romanticismo en pleno apogeo, algunas damas, sobre todo las de más viso, las de más brillante posición, prescindían alguna que otra vez de la fidelidad conyugal para incurrir en la pecaminosa distracción de ser festejadas por un artista célebre y buen mozo.

La vanidad, el amor propio, el efímero goce de un triunfo que no es más que un capricho de la ociosidad bajo la apariencia de un amor irresistible, impulsa á muchos hombres á sacrificar á este oropel el oro de sus afectos, la dicha de un hogar, sin apercibirse de que labran inconscientemente las pesadumbres, los achaques, los desengaños y los remordimientos que han de amargar el ocaso, casi siempre prematuro, de su vida.

En esta flaqueza incurrió Julián Romea: el públieo que no perdía de vista á Matilde, á quien consideraba como algo de su propio sér, sufrió con ella al ver desaparecer la dicha del hogar que tanto le había interesado.

Continuaron durante algún tiempo los dos ar-

tistas bordando comedias y dramas en la escena; pero sus almas se separaron para no volver á reunirse.

Poco después, no fué un secreto para los aficionados á los espectáculos teatrales lo que Matilde, herida por un nuevo desengaño, me confió en nuestra entrevista.

Fué aquella la única debilidad en toda su vida, y le fué perdonada. Jamás cesó de ser el ídolo de los que la habían visto desplegar en la escena su prodigioso talento y su admirable sensibilidad.

Mi *non nata* comedia me proporcionó también la amistad de otra actriz que disfrutó de grande y merecida notoriedad: Josefa Palma. Pero si como artista valía mucho, valía más como mujer por su claro talento, su viva y brillrnte imaginación y la inagotable bondad de su alma.

Estaba casada con Florencio Romea, hermano de Julián, excelente persona y actor discreto y útil; pero nada más que útil y discreto.

Cuando los esposos separados no pudieron soportar más la violenta situación en que se hallaban, Matilde fué la Dama de las compañías que formó Manuel Catalina y Josefa Palma la de las que formó Julián Romea, hasta que la malograda Carmen Berrobianco y algunas otras después fueron las predilectas del gran actor.

Josefa Palma se había enterado, porque en los teatros se sabe todo, de la historia de mi comedia; y como entre los cómicos corrió la voz de que Catalina no la había aceptado por que Matilde había

tenido empeño en que se representase, quiso también conocerla, no para favorecerme con su protección ó su influencia, porque entonces no estaba contratada, si no por esa curiosidad que desde el Paraíso terrenal domina más ó menos á cuantos pertenecemos al averiado género humano.

En mi deseo de ver en escena mi comedia, la insinué que quizás su cuñado Julián Romea accediese á representarla; pero me recordó que por el motivo ostensible que había alegado Catalina para no aceptarla, se negarían á su vez á admitirla todos los primeros actores.

Julián Romea había sido en el teatro español quien más había practicado la teoría de las *arias coreadas*, y siendo como era un inspirado artista, un hombre de superior inteligencia y necesitando ganar mucho porque mucho gastaba, todo lo sacrificó á su interés personal.

Procuró rodearse de medianías cuando no de nulidades, no representó más obras que aquellas en las que su papel era el primero, el único de verdadera importancia; apartaba de su lado á los que por sus cualidades prometían llegar á rivalizar con él, y no solo contribuyó á la escasez de buenos actores, sino á la paralización de la literatura dramática, porque los autores no podían dar rienda suelta á su inspiración, necesitaban amoldar sus obras á las exigencias del actor que debía interpretarlas, y este actor procuraba para brillar rodearse de sombras.

En su tiempo tuvo Romea imitadores: posteriormente ha tenido aventajados discípulos.

Después de una larga y penosa enfermedad, cansado el cuerpo y quizás más cansada el alma, se presentó de nuevo ante el público que tanto había admirado al artista y tanto perdonado al hombre, y eligió para su reaparición la obra *Un testamento*, que en su mocedad le había servido para inaugurar su carrera artística.

Con este motivo escribí y publiqué en *La Epoca* un artículo que he reimpreso en el tomo 6.º de mis *Obras literarias*, en el que haciendo justicia á su indiscutible mérito, no oculté la funesta influencia que había ejercido en el arte escénico y en la literatura dramática. Insinuaba además, que si había considerado lo que había hecho y lo que había dejado de hacer, seguramente habría expeimentado un gran remordimiento.

Aquel estudio retrospectivo, según me confió Josefa Palma algunos años después, le había mortificado.

Nadie me había presentado á él ni había tenido ocasión de tratarle; pero cuando retirado ya del teatro supo que era yo amigo de su hermana política, que vivía en la calle de Lope de Vega, número 50, en la misma casa en que él ocupaba el piso principal, (1) manifestó deseo de conocerme.

Se acercaba al final de la vida, estaba muy

(1) La casa á que me refiero no existe ya. Fué demolida y en su solar se ha edificado una iglesia, cuya ornamentación está terminándose cuando escribo estas líneas.

achacoso, no salía de su albergue, recordando el pasado distraía sus dolencias y el aburrimiento que le causaba el cambio que se había operado en su modo de ser, antes en plena actividad, rodeado de admiradores, de amigos, escuchando alabanzas á todas horas, y entonces condenado á ociosidad forzosa, astro sin satélites, árbol caído, triste sombra de un antiguo esplendor.

Accedi gustoso á la indicación que me hizo Josefa Palma, y quedamos citados una mañana en su casa para bajar á la habitación de Romea.

Me recibió con mucha cortesía; pero al mismo tiempo con mucha seriedad, como haciendo un esfuerzo. Su hermana política comprendió con su exquisito tacto que en la escena que se preparaba sólo debían tomar parte el gran artista y el modesto escritor, y pretextando un quehacer urgente nos dejó solos.

Después de unos cuantos segundos de silencio, rompió Julián Romea el hielo y exclamó:

—He deseado conocer á usted, porque al juzgar hace ya años mi larga y accidentada vida artística, con un derecho que respeto y una bondad que debo y quiero agradecer, me produjo su bien dorada acusación una gran amargura.

—Lo siento—contesté—pero al escribir lo que ha molestado á usted quise ser justo y creo que realicé mi propósito.

—Con una gran delicadeza en la forma, afirmó usted que había sacrificado el arte á las conveniencias del artista.

—Esa es mi creencia, y aunque tanto por lo que usted representa como por su amabilidad al dispensarme el honor de recibirme, debería guardar á usted todo género de consideraciones, juzgo que estimará usted más que una rectificación forzada por el respeto, la ratificación leal de una opinión que no es infalible, que puede ser y quizás es un error de mi inteligencia.

Al oirme, me tendíó la mano, y me dijo:

—Es usted un enemigo noble, y un enemigo así es el mejor de los amigos.

Entonces con voz conmovida, sin indignación, sin rencor, como quien desea desahogar un pecho oprimido durante mucho tiempo, me habló de sus deseos, de sus entusiasmos, de sus esperanzas al comenzar la carrera que tanta gloria le había ofrecido; de los obstáculos que opusieron el despecho y la envidia á su marcha triunfal; de las luchas que necesitó sostener en el teatro, más peligroso que un campo de batalla, y con verdadera elocuencia procuró demostrarme que la abnegación, compañera de la juventud, no puede subsistir cuando hay que disputar palmo á palmo el terreno á los adversarios.

—En todas las esferas—añadió—se repiten estos combates. La ambición de gloria supera á todas las demás ambiciones. He sido rico y he tenido muchas alternativas de pobreza. Ahora vivo de mi jubilación, y esto ni me aflije ni me importa. He oído constantemente durante muchos años los aplausos del público, he disfrutado todos los pri-

vilegios de la fama, y más que la enfermedad que me consume, más que la escasez de recursos, me aterran y me desesperan el silencio que me rodea, el olvido en que vivo, la indiferencia de los que parecían subyugados por mí.

Y exaltándose, continuó:

—La gloria... ¡Ah! la gloria es el goce supremo de la vida. Todo se sacrifica para conseguirla, y cuando se consigue todo se arrostra para conservarla. Los que nos la disputan, los que aspiran siquiera á arrebatárnosla, son nuestros mayores enemigos; el terrible instinto de conservación nos impulsa á aniquilarlos, y si yo he hecho lo que usted supuso al escribir lo que me llegó al alma, fué en defensa propia, obedeció á una fuerza superior que anuló lo que había de bueno en mi inteligencia y en mi corazón. El Dante no ha descrito un tormento superior al que sufre quien en posesión de la gloria, se ve obligado á defenderse de los que aspiran á arrebatársela. Fuí egoista: de tal me acusó usted. Entonces no creía serlo... Ahora quiero creer que no he hecho más que defenderme. Pero si estoy en un error y usted en lo cierto, compadézcame en vez de acusarme, porque sufro en esta soledad en que vivo el más cruel de los martirios. Si quiere usted saber lo que el arte me ha inspirado, lo que he pensado y he sentido al mismo tiempo que luchaba, haga usted la obra de caridad de venir á verme alguna que otra vez. Deseo que conozca usted á fondo el alma del joven que aún vive en el cuerpo caduco del viejo,

para que al recordarme cuando ya no figura entre los vivos, disculpe usted al egoista y estime al que no tuvo más remedio que serlo para conservar lo único que verdaderamente ha codiciado en el mundo.

Nos separamos después de aquella interesante y melancólica entrevista, y estreché su mano con veneración.

Me he detenido más de lo que pensaba al referir este episodio del crepúsculo de un gran astro, porque causó en mi ánimo una impresión que á pesar de los muchos años transcurridos, no se ha borrado ni siquiera se ha difuminado en mi memoria.

Poco después falleció el gran artista; pero antes de que esto sucediera fuí algunas veces á visitarle y le proporcioné esos gratos momentos que ofrecen á los hombres gloriosos vencidos por la edad, los que los admiran, consideran y aman cuando todos los abandonan y los olvidan. Ha sido este uno de mis mayores goces. En aquellas conversaciones de última hora, me demostró Julián Romea que merecía la gloria que había alcanzado y que perdudará en la historia del arte escénico.

XIV

Prosiguiendo la interrumpida narración de mis recuerdos, voy á referir por qué feliz casualidad reanudé mi antigua amistad con Nicolás Salme-

rón, á quien dejé en Almería con la justa reputación de ser el mejor y más brillante alumno de aquel Instituto.

Desde la calle de la Salud donde me instalé pocos meses después de regresar de París, y donde nació mi malogrado hijo Julio de quien en el tomo 4.° y último de estas memorias hablaré con la extensión que merece su breve pero fecunda historia literaria y pedagógica, me trasladé con mi familia á la calle de Quintana núm. 15, en el barrio de Argüelles, que no estaba entonces tan habitado y urbanizado como ahora.

Frente á mi casa, que hacía esquina con la calle de Ferraz, había un inmenso solar donde á la caída de las tardes del Verano que allí pasamos, solían reunirse los numerosos vecinos de la casa, de los que pronto fuimos amigos.

Era uno de ellos D. Fernando de Madrazo, hermano de los célebres pintores D. Federico y don Luis y del no menos distinguido arquitecto don Juan; ejercía la profesión de abogado y era además hombre de vasta erudición. En su casa conocí al genial é inolvidable pintor Mariano Fortuny, que poco después contrajo matrimonio con la bella é interesante Cecilia de Madrazo, hija de don Federico.

También habitaba en uno de los pisos terceros un señor Rute, modesto empleado en las oficinas del ferrocarril del Norte con el mísero sueldo de 4000 reales anuales, padre de cuatro ó cinco hijos, hombre honrado á carta cabal, sencillo, bonda-

doso, laborioso en su oficina y ante todo y sobre todo filósofo teórico y práctico.

Pertenecía á una familia de Andalucía de las más distinguidas; una de esas familias en las que unos de sus individuos son ricos y otros pobres. A él le había tocado ser de los últimos; pero nunca le oí quejarse de su suerte.

Se casó joven, porque también á los filósofos les llega el famoso cuarto de hora, y para atender á sus obligaciones solicitó y obtuvo el modesto empleo que desempeñaba. No por esto dejó el estudio que con verdadero entusiasmo dedicó á los filósofos antiguos y modernos.

Alguna que otra vez se distraía de sus estudios filosóficos, y el resultado de sus distracciones se convertía en un robusto infante; pero tornaba pronto á sus aficiones y celebraba conferencias con los más aventajados discípulos de Sanz del Río. Krause era su ídolo como el de todos los jóvenes filósofos de aquel tiempo, y Salmerón, el apacible y reflexivo Salmerón, que ya era catedrático de la Universidad Central, se complacía conversando con él, se veían á menudo y se estimaban muy sinceramente.

Rogué á mi vecino, para los demás de la casa estrafalario, para mí objeto de admiración y hasta de veneración, que cuando Salmerón fuese á verle me avisase para darle un abrazo, por que recordaba cuanto nos habíamos querido, él tan aplicado, yo tan haragán, y deseaba felicitarle por sus triunfos y reanudar la amistad que nos

profesábamos cuando asistíamos al Instituto de Almería.

No tardó en proporcionarme aquella satisfacción, y mientras habité en la casa de la calle de Quintana tuve ocasión de asistir á varias conferencias de las que celebraban el ya ilustre profesor llamado más tarde á ser una de las primeras eminencias científicas y políticas de España, y su amigo y aventajado discípulo.

Perdí de vista al excelente señor Rute y nada he sabido de él después; pero siempre he recordado su amor al estudio y su santa paciencia.

XV

No sonriendo ni á mi familia ni á mí la idea de pasar el Invierno en el barrio de Argüelles, que era á la sazón poco menos que un desierto dejado de la mano del municipio, nos trasladamos á uno de los pisos principales de la casa núm. 11 de la calle de la Bola. En el contiguo al que alquilamos vivía el editor D. Agustín Jubera, y con este motivo nuestras relaciones fueron más frecuentes y cordiales.

Se había asociado con el antiguo y acreditado librero D. Antonio San Martín, y los dos contribuyeron á la rehabilitación y prosperidad del libro, algo postergado por las entregas, publicando obras de autores tan justamente celebrados como Fernández de los Ríos, D. Salustiano Olózaga, Campoamor y otros de no menos notoriedad.

Abundaban los aspirantes á ver sus trabajos literarios en letras de molde, y deseosos los editores de poner mano en alguna obra digna de publicarse, pidió San Martín á su buen amigo y correligionario Fernández de los Ríos que examinase unos cuantos manuscritos. Jubera se dirigió á mí con idéntico objeto, y gracias á esta distinción tuve la honra y la suerte de ser, al menos en Madrid, el primer admirador de D. José María de Pereda, el ilustre novelista español del siglo XIX.

Un día se presentó un joven al librero San Martín y le manifestó que era de la provincia de Santander, que en sus ratos de ocio había escrito una colección de artículos que titulaba *Escenas montañesas*, que no sabía si merecían la pena de ser publicados y que si no lo llevaba á mal se los dejaba para que los examinase ó diese á examinar á persona competente. Si resolvía publicarlos, podía hacerlo desde luego. Su pretensión en este caso se limitaba á que le diesen unos cuantos ejemplares de su obra. Antes de regresar al punto de su habitual residencia, volvería á saber la resolución del editor.

San Martín entregó el manuscrito á Jubera y éste me encargó que le leyera y le dijese qué me parecía.

Como mi esposa había vivido en Santander, á donde llegó desde la Habana cuando apenas contaba cuatro años, y tanto ella como su madre profesaban gran cariño á la capital montañesa, leímos en familia las cuartillas de aquel autor en-

tonces desconocido, que debía ser una de las más puras y legítimas glorias de la literatura española.

Mientras que yo saboreaba la sencillez, la naturalidad y la pureza del estilo de aquellas narraciones, mi mujer y su madre admiraban el arte, la verdad de aquellos cuadros, de aquellas escenas copiadas de la realidad, según aseguraban.

La velada se prolongó más de lo acostumbrado, aguardamos con ansia la siguiente para terminar tan sabrosa lectura, y no sólo aseguré á Jubera que la publicación de aquel libro sería un gran éxito, sino que á pesar de la resistencia que los editores suelen oponer á que les lean trabajos literarios, conseguí que oyese una de las escenas, y tanto le agradó que después que nos separamos continuó leyendo las cuartillas y no pudo prescindir de devorarlas todas.

Cuando el joven autor de las *Escenas montañesas* volvió á la librería para saber qué habían resuelto los editores, San Martín le anunció que la obra se estaba componiendo en la imprenta y que por ignorar su domicilio no le habían enviado pruebas.

Yo fuí el portador de las primeras galeradas, porque deseaba conocer y felicitar á aquel escritor desconocido, que me parecía próximo á conquistar una reputación grande y legítima.

A pesar del carácter reservado y un tanto adusto de Pereda, conversamos larga y sinceramente y desde entonces fuimos buenos amigos.

El libro se publicó y fué objeto de general ad-

miración. Con él nació en España la novela regional; cada nueva obra fué un nuevo triunfo para su autor, y después de alcanzar gran renombre con el *Sabor de la tierruca*, *Sotileza*, la *Puchera* y tantas otras obras en las que ha dejado retratada de mano maestra una región interesante con una pluma émula del pincel de Velázquez, puso digno coronamiento á su genial labor con *Peñas arriba*.

Fuí siempre ferviente admirador de Pereda; pero poco pude disfrutar de su trato, porque pasó la mayor parte de su vida en Santander ó en el pintoresco pueblo en donde había nacido. Cuando venía á Madrid nos veíamos, y aunque no era expansivo, aunque sus nervios parecían siempre irritados y no transigía con lo que no juzgaba recto y justo, fué siempre afable y cariñoso conmigo, hasta donde le era posible serlo.

Bien es verdad que jamás le contradije; y no por bondad, sino porque en muchos detalles de la vida estaba completamente de acuerdo con él.

XVI

En medio de mis ocupaciones y preocupaciones literarias, aprovechaba las pocas oportunidades que se me presentaban para trasplantar á España algunas de las instituciones que había visto funcionar en París con excelentes resultados.

Uno de mis propósitos fué fundar en Madrid un Orfeón como los que tanto éxito alcanzaban ya en

Cataluña y que podía contribuir á la cultura de las clases obreras madrileñas.

Estudié en París la organización de las Sociedades corales, y estimulado siempre por las ilusiones, juzgué que no sería difícil la creación en Madrid de un Orfeón normal y más tarde la de tantos Orfeones como distritos contaba la capital.

Solicité de la Junta directiva del Fomento de las Artes una entrevista para comunicarla mi proyecto, se apresuró á acoger mi ruego, expliqué lo que creía que debía hacer aquella importante asociación para difundir el amor al arte y la moralidad entre los artesanos, ofrecí mi desinteresada ayuda, la idea fué acogida con entusiasmo por los circunstantes, y como adivinará el lector la cosa no pasó de proyecto por entonces.

Muchos años después confié mi deseo de fundar un Orfeón en Madrid al maestro Antonio Llanos y á Felipe Ducazcal, que era á la sazón empresario del Teatro Español.

Felipe, como le llamaban sus amigos y tenía muchos, era de los pocos españoles que ejecutan con rapidez lo que resuelven, venciendo los obstáculos que se oponen á sus deseos.

Le agradó la idea, puso á nuestra disposición el teatro, costeó los gastos de la instalación de la escuela que había de amaestrar á los artesanos; llamó á muchos de estos, que acudieran deseosos de coadyuvar á la civilizadora aunque modesta empresa que nos proponíamos realizar, formulé un reglamento, escribí algunas poesías á propósi-

to para los coros, Llanos las puso música, traduje algunas de las que cantaban los Orfeones de París que el maestro adaptó á la música de los compositores franceses, y en menos de quince días todo quedó arreglado para que comenzase la enseñanza de los orfeonistas.

También me propuse fundar en Madrid una *Sociedad de Autores*, lo más semejante que fuera posible á la de *Gens de Lettres* de París, lo que no dejaba de ser cosa difícil, porque eran muy escasos los que vivían exclusivamente de las letras y más escasos los bien avenidos. Hasta entonces los autores dramáticos, que eran los que por los derechos que recaudaban podían subsistir con el producto de su trabajo, eran en su mayoría empleados del gobierno ó políticos en activo servicio. Apenas podían contarse diez ó doce que como yo estuvieran consagrados únicamente á tareas literarias.

Resuelto de todos modos á realizar mi propósito, á pesar de carecer de la autoridad necesaria para convocar á personajes como eran en su mayoría los literatos, á principios de Febrero de 1868, dirigí una circular á los que juzgué que aceptarían mi pensamiento y me ayudarían á realizarle con su consejo y su influencia. Al viejo Ateneo de la calle de la Montera acudieron, accediendo á mi ruego, D. Cayetano Rosell, D. Antonio Hurtado, D. José Castro y Serrano, D. Eduardo Gasset y Artime, el bibliotecario Escudero y Peroso y los poetas Ruiz Aguilera, Becquer y Eduardo Bustillo.

Expuse mi propósito, que fué bien acogido por los que asistieron á aquella junta preparatoria, convinimos en que yo redactase un proyecto de estatutos, en nuevas reuniones fué examinado mi trabajo y cuando obtuvo la aprobación de todos los reunidos, resolvimos imprimirle y convocar á los escritores residentes en Madrid para darles á conocer nuestro pensamiento y de ser posible constituir la asociación.

Distribuimos más de doscientas invitaciones, y la magna reunión se celebró en el salón de actos del viejo Ateneo el 16 de Febrero, á la que acudieron 117 de los invitados, entre los que se hallaban además de los iniciadores, González Bravo, Labra, Figuerola, Escosura (D. Patricio), Moreno Nieto, Escobar (D. Ignacio), Pirala, Ros de Olano, Frontaura, Pío Gullón, Madrazo (D. Francisco de Paula), Campoamor, Sánchez Pérez, Moret (D. Segismundo), García Gutiérrez, Chico de Guzmán, Luis Rivera y muchos más que omito, porque la lista sería larga.

Los que enviaron su adhesión al propósito que nos había reunido fueron 80, figurando entre ellos el Conde de San Luis, Cánovas del Castillo, Silvela (D. Manuel y D. Francisco), el Marqués de Molins, el de Miraflores, el de Morante, Valera, Ayala, Hartzenbusch, Amador de los Ríos, Núñez de Arce, Bretón de los Herreros, Eusebio Blasco y Giner de los Ríos (D. Francisco), para no citar más que á los de mayor notoriedad.

Como se ve, entre los circunstantes y los adhe-

ridos se hallaban en concepto de autores, no solo los que lo eran de profesión, sino numerosos personajes políticos que no olvidaban su origen y abolengo literarios.

Por indicación de gran número de los concurrentes presidió la junta González Bravo, que si no recuerdo mal formaba parte del Gobierno, y en representación de los iniciadores de la Asociación completamos la mesa provisional D. Cayetano Rosell como vicepresidente y yo como secretario.

González Bravo pronunció un elocuente discurso encomiando la idea que nos reunía, Rosell explicó el pensamiento que debíamos realizar, yo leí la lista de los que habían acudido á la junta y las cartas de los que se adherían á la idea, hablaron algunos de los circunstantes y se nombró la indispensable Comisión para que examinase los estatutos en el término de quince días y los sometiese á su discusión y aprobación en una nueva junta general.

Fueron elegidos para formar la Comisión Escosura (D. Patricio), el célebre economista D. Luis María Pastor, Rosell, Hartzenbusch, Ruiz Aguilera, D. Laureano Figuerola y yo en calidad de secretario.

La sesión terminó con un nuevo discurso de González Bravo dando un voto de gracias á los concurrentes, otro á los iniciadores, otro al Ateneo y encomiando lo valioso de las adhesiones recibidas.

En medio del mayor entusiasmo se levantó la

sesión, se formaron animados grupos, fuí muy felicitado porque se supo que la iniciativa había partido de mí; todos celebraban que hubiese sido posible reunir por amor al arte y espíritu de compañerismo á los que vivían desunidos y odiándose cordialmente, y no dudé de que la asociación de los autores españoles sería muy pronto un hecho consumado.

Sometidos los estatutos al examen de la junta general, fueron amplia é inteligentemente discutidos en diez ó doce sesiones, á las que acudieron con verdadero interés los que formaban el núcleo de la naciente sociedad, y una vez aprobados se acordó celebrar una nueva reunión para elegir la junta directiva.

A partir de aquel momento se ingirió capciosamente la política en el seno de aquella asociación exclusivamente literaria. En vez de designar para presidirla al venerable Hartzenbusch, al activo é inteligente Rosell ó á cualesquiera otro de los que ante todo y sobre todo eran literatos, se presentaron dos candidaturas á la presidencia de personajes que carecían de las condiciones esenciales para formar parte de la asociación, que no habían asistido á las juntas preparatorias y ni siquiera se habían adherido al proyecto en vías ya de completa realización.

El elemento conservador, inspirado y dirigido por González Bravo, apoyaba la candidatura del Rey consorte D. Francisco de Asís; el elemento liberal, capitaneado por el activo, inquieto y per-

severante D. Patricio de la Escosura, puso enfrente del melífluo é insignificante monarca al Duque de Montpensier, que ya conspiraba, como se vió poco después, contra su hermana política.

Con este motivo se formaron dos partidos beligerantes; las pasiones, que ya estaban caldeadas, se exacerbaron; menudearon los cabildeos, las intrigas, y tan encarnizada se presentaba la lucha, que se aplazó indefinidamente la sesión deseada por los dos bandos políticos y temida por los que, ajenos á aquel pujilato, veíamos en peligro la asociación que había comenzado bajo tan favorables auspicios. Al fin quedó en suspenso lo que estaba preparado, y la naciente sociedad no volvió á dar señales de vida.

El general «bonito», como llamó en su mocedad la Reina doña Isabel al Duque de la Torre cuando sólo era D. Francisco Serrano, y el bizarro general D. Juan Prim, se encargaron de arrojar del trono á la que tanto bien había hecho á los que conspiraban contra ella y tanto daño á los que todavía disculpaban sus flaquezas y se condolían de las ingratitudes de que era víctima.

Despechados los más listos y vividores miembros de la unión liberal, hartos de ayuno los progresistas tantas veces engañados y siempre preteridos é impacientes los demócratas, se confabularon para destronar á doña Isabel; triunfó la Revolución conocida en la historia con el nombre de la *Gloriosa*, y los héroes de aquella, llamémosla epopeya, nos ofrecieron una *España con honra*.

Una vez más creyó el enfermo que el cambio de postura aliviaría sus dolores crónicos y se abandonó á la más dulce esperanza. También fuí de los crédulos.

Arrepentidos quiere Dios, pensaba yo con mi natural optimismo. ¿Por qué los que nos prometían una España con honra no habían de realizar su promesa?

Viven aún numerosos testigos del planteamiento y vicisitudes de aquella revolución tan fecunda en saludables principios, tan noble y generosamente aceptada por la mayoría del país y tan torpe ó codiciosamente explotada por los que no pueden aunque quieran enmendar sus errores ó contener sus apetitos.

Pero entre los revolucionarios triunfantes había hombres inteligentes y enérgicos como Prim; sociólogos y políticos tan honrados y competentes como Pí Margall, Ruiz Zorrilla, Salmerón, y tan generosos y á la buena de Dios como Topete. Además entre los que los secundaban, aparecía la mayor parte de los intelectuales de aquel tiempo, y el pueblo soberano seguía siendo, á pesar de su falta de cultura y de recursos para vivir, lo mejorcito del país, cuando no se le indigestaban los derechos individuales y no le embriagaban sus constantes explotadores con un alcohol amílico al que llamaban patriotismo.

Ante estas consideraciones, mi buena voluntad me estimuló á esperar que algo bueno saldría de aquellas Cortes constituyentes que se proponían

regenerar y reorganizar á nuestra España, tanto más querida cuanto más desgraciada era.

Por de pronto me privó la *Gloriosa* del sueldo que ganaba en *La Epoca* y del gusto de escribir para el público más ilustrado y distinguido de aquellos tiempos.

Al final de una revista literaria anuncié sencillamente la próxima aparición de dos libros de carácter político. El autor de uno de ellos era Fernando Garrido, que por aquel tiempo figuraba mucho; pero á quien ni de vista conocía: su obra se titulaba *Historia de los Borbones*, y con esta noticia terminaba mi artículo.

El director del periódico tuvo á bien añadir que la tal historia sería seguramente apasionada é injusta. Al formular esta apreciación se olvidó de borrar mi firma y me hizo pasar por apasionado é injusto, toda vez que apreciaba un trabajo que aún no había sido publicado.

Me sentí ofendido, rogué al director que insertase una aclaración de lo ocurrido, no lo juzgó oportuno y como no hubo avenencia, al día siguiente publicó el periódico mi carta de despedida explicando la causa de mi resolución.

Sentí dejar á un director tan cariñoso y tan inteligente como D. Ignacio Escobar, á compañeros tan dignos de aprecio por su talento, su laboriosidad y su carácter como Maldonado Macánaz, Cos Gayón, Bravo y Destuet (D. Diego), que tenía á su cargo la sección extranjera, Rebollo que era además taquígrafo del Congreso, los entonces co-

roneles Sánchez Bregua y López de Letona, pariente este último de aquella delicada poetisa sevillana á quien consagré un afectuoso recuerdo, y también al administrador del periódico el recto honrado y laborioso Juanco.

Pero los honorarios que perdí, los gané con creces gracias á una buena señora que tenía en la calle de Fuencarral una casa de huéspedes destinada á albergar exclusivamente extranjeros, á quien conocí porque habitaron en su compañía los esposos Bussier y algunos otros franceses á quienes traté antes de emprender mi viaje á París.

En los primeros días de Octubre llegó á Madrid un norteamericano, Mister O'Rian, que era en la capital de Francia uno de los más importantes corresponsales políticos del gran periódico *New, York Herald.*

Pór telegrafo le encargó su director que se trasladase á Madrid y enviase telegramas y correspondencias de cuanto sucediera en España relacionado con la Revolución.

Se hospedó en la casa que he citado, preguntó á la dueña si conocía á algún periodista español que supiera el francés para poder escribir en este idioma, la buena señora se acordó de mí, me buscó y me puso en relaciones con su huesped.

En nuestra primera rápida entrevista llegamos á entendernos.

¿Cómo no, si de buenas á primeras me ofreció quinientos francos mensuales, sin imponerme más obligación que la de verle todos los días y comu-

nicarle las dos ó tres noticias políticas más importantes, para que pudiera telegrafiarlas, y darle tres veces por semanas notas escritas en francés de los sucesos más culminantes y de la actitud de los revolucionarios más caracterizados?

Además me insinuó que el director de su periódico deseaba publicar traducidos al inglés dos folletos escritos, uno por un republicano y otro por un demócrata de los que más autoridad gozasen. En el acto le designé á Castelar y á Moret, le pareció acertada mi elección y me encargó que sin escatimar el precio de aquel trabajo me apresurase á satisfacer su deseo.

Inmediatamente hablé á los dos eminentes oradores, primeras figuras en aquellos momentos, y accedieron á complacer al director del *New York Herald*.

Mientras permaneció en Madrid mister O'Rian, desempeñé la labor que tan bien me remuneraba; pero aquella prebenda solo duró tres meses, porque el corresponsal del periódico *neoyorkino* tornó á París, persuadido de que en Madrid solo podía espigar en el campo de la política menuda.

XVII

Deseoso de independencia y cada día más aficionado al periodismo tal como me figuraba que debía ser, pensé en la fundación de un diario, que por lo menos iniciase las reformas que me parecían necesarias.

Carlos Frontaura escribía y publicaba con gran éxito *El Cascabel*, periódico festivo que entre suscriptores y compradores llegó á colocar màs de 40.000 ejemplares semanales.

Había adquirido fama anteriormente con su periódico satírico *El Grillo*, y sobre todo como gacetillero de *El Estado*, gran diario que dirigió Campoamor con la cooperación de publicistas tan eminentes como Severo Catalina y Jiménez Serrano, que por desdicha murieron en plena juventud, de Teodoro Guerrero y de Frontaura. Este último, á quien tan poco favoreció físicamente la naturaleza, adquirió celebridad por que al describir una fiesta social en el diario que acabo de citar, después de enumerar á las elegantes y agraciadas damas que á ella concurrieron, añadió: «el sexo feo estaba representado por Moyano y por mí».

Sabido es que el inteligente, sabio y honrado estadista D. Claudio Moyano, era un dechado de fealdad, aunque de cierto modo simpática.

Pero lo que la naturaleza había dado de menos al exterior de Frontaura, se lo había prodigado al formar su alma.

Observador constante y perspicaz de cuanto veía; avisado y al mismo tiempo desapasionado crítico de cuanto no se avenía con la moralidad y la honradez tales como las comprende, define y practica el buen sentido, su gracejo; su desenvoltura, su gran acierto para poner el dedo en la llaga, más para señalarla que para cauterizarla,

lograba identificarse con lo que había de sano en todas las clases sociales.

Hablé á Frontaura de mi propósito, le agradó, convinimos en realizarle, y no tardó en aparecer *La Cosa pública*, cuyo primer número vió la luz el 26 de Noviembre de 1868 explicando el plan que nos proponíamos realizar. Circuló con profusión, despertó curiosidad, interés y nos proporcionó en breve tiempo un éxito periodístico.

Formaron parte de la redacción Enrique Bedmar, Eduardo Zamora y Caballero, Ricardo Sepulveda y algunos otros que no lograron adquirir notoriedad como los que he citado.

Aceptábamos de la revolución triunfante lo que representaba justicia, progreso, cultura, libertad bien entendida, como se decía entonces y sigue diciéndose sin que se haya conseguido que la entiendan los que de liberales blasonan. Los principios fundamentales inscritos en la bandera revolucionaria eran objeto de escenas, diálogos ó monólogos en los que de un modo práctico, ameno y en ocasiones pintoresco, explicábamos lo que la mayoría de los españoles desconocía ó aplicaba á su conveniencia. La sinceridad con que elogiábamos lo bueno y censurábamos lo malo; y sobre todo, la independencia que reflejaban nuestros escritos, alcanzaron en breve al periódico una fama, que entonces y después han procurado los historiadores de la prensa periódica condenar al olvido.

Vivió *La Cosa pública* prósperamente hasta fines

de Junio de 1870, y no murió por falta de recursos ni por que el público nos abandonase, sino porque surgió entre Frontaura y yo una diferencia en el modo de juzgar las candidaturas de los aspirantes á monarca que patrocinaban las diversas fracciones, llamadas á convertir la interinidad en una nueva monarquía más ó menos democrática.

Más conservador que yo, mi buen amigo se inclinaba á favor del Duque de Montpensier, candidato de los antiguos elementos de la Unión Liberal Serrano, Topete, Ayala, etc. Por mi parte no consideraba digno de ocupar el trono al hermano político de la reina destronada, que había conspirado contra ella y había proporcionado recursos á los revolucionarios para destronarla.

No tenía candidato favorito, porque todos me parecían peores, y no logrando llegar á un acuerdo, convinimos en que el periódico desapareciera; pero en su próspera situación era una lástima perder lo que tanto trabajo nos había costado conseguir, y como al dejar de ser redactor de *La Política* para encargarme de la dirección de *La Cosa pública*, quedé en buenas relaciones con D. Antonio Mantilla, le propuse la adquisición de nuestro diario por el que después de varios regateos nos dió 30.000 reales.

XVIII

No es mi propósito recordar en estas páginas los sucesos que con más ó menos velocidad iban

demostrando al sufrido y siempre engañado pueblo, lo mismo que á las personas de buena fe interesadas en la paz y la felicidad del país, que lo de la *España con honra* era una figura retórica y que si los manifiestos y programas ofrecían lo que la dolorida patria necesitaba y ansiaba, en su gran mayoría los autores de aquellas hermosas y fecundas promesas, pensaban sólo en su medro, en la satisfacción de sus ambiciones, en el *yo* de partido, de grupo ó de taifa.

Mi natural impresionabilidad y mi buen deseo me impulsaban á creer que, si no por virtud al menos por conveniencia, se operaría un cambio radical en la política.

No sucedió lo que esperaba, y lamentando cuanto veía y más lo que temía, me dediqué de nuevo exclusivamente á mis tareas literarias.

Abelardo de Carlos que había transformado su microscópico periódico *La Moda* en *La Moda Elegante* con profusión de grabados, mayor tamaño y todos los elementos que aún conserva y que contribuyeron entonces á su apogeo, proporcionando en poco tiempo á su propietario una fortuna que fué aumentándose hasta el punto de hacer de él un millonario, quiso fundar en Madrid una *Ilustración* mejor que la que algunos años antes había publicado Fernández de los Ríos, semejante á la inglesa y á la francesa, que por entonces eran las más importantes revistas ilustradas; y á este fin adquirió la propiedad del *Museo Universal*, revista también ilustrada que habían acreditado

los editores Gaspar y Roig, y la convirtió en *La Ilustración Española y Americana.*

Desde Cádiz me encargó que negociara la compra-venta asociado á un pariente suyo que si no recuerdo mal se llamaba Tortosa, y que organizase los trabajos preliminares para la redacción é ilustración del periódico.

Cuando el trato quedó cerrado, trasladó á Madrid el periódico *La Moda Elegante* y alquiló un espacioso cuarto en la casa núm. 12 de la calle de Carretas.

Con este motivo, le conocí personalmente después de habernos tratado mucho tiempo por cartas. Vivía yo entonces en la calle de Quintana á donde fué á visitarme, y como en el breve período de tiempo que pasó en Madrid nació mi hija Rosa, quiso ser su padrino para que fuésemos compadres á la usanza andaluza.

Grata tarea fué para mí organizar la redacción de aquella importante revista, que debía enriquecerse con la colaboración de los más distinguidos literatos y artistas.

Uno de los primeros á quienes me dirigí fué á Eduardo Rosales, que con su *Testamento de Isabel la Católica* se hallaba en todo el apogeo de su gloria, y no olvidé á Vicente Palmaroli, que también figuraba en primera línea.

Rosales, á quien los inteligentes en el arte pictórico colocan en el grupo excepcional de Velázquez y Goya, estaba ya amenazado por la enfermedad que pocos años después causó su muerte.

Le admiraba, y después de tratarle, aunque por poco tiempo, le profesé sincero afecto.

Hizo un precioso dibujo que representaba á Carlos I en el estudio del Ticiano contemplando el retrato que el insigne pintor había hecho de él y que se publicó en el primer número de *La Ilustración*.

Por mi labor, que consistía en escribir para cada número el primer artículo y la explicación de los grabados, me asignó Abelardo de Carlos treinta duros mensuales. Era poco; pero yo ganaba un *buen jornal* con las novelas por entregas, y como figurar en primer término en una revista tan importante como *La Ilustración Española y Americana* me ofrecía la atención de un público escogido y la consideración de los literatos, lo que perdía en dinero lo ganaba en importancia. Durante el año 1870 apareció en todos los números mi nombre al pie del primer artículo, revista de los sucesos políticos, sociales, literarios y artísticos que formaron la historia de aquel período de tiempo.

Castro y Serrano fué un literato poco fecundo; pero con tres ó cuatro libros que publicó y los escasos artículos y cuentos con que enriqueció las páginas de algunos periódicos, demostró su gran talento, su perspicaz observación, su estilo llano, ingenioso y castizo, y alcanzó por derecho propio el sillón que más tarde ocupó en la Real Academia de la Lengua.

Como admiraba su talento y estimaba su trato

al parecer ingenuo y cariñoso, le presenté á Abelardo de Carlos indicándole que debía ser uno de los más asíduos colaboradores de *La Ilustración*.

Colaborador fué, aunque no asíduo; pero no tardó en conseguir que el editor le nombrase censor de los originales que los autores destinaban al periódico; por supuesto censor secreto, porque no quería malquistarse con sus compañeros.

Con su gran habilidad para tirar la piedra y esconder la mano; siempre afectuoso conmigo, celebrando cuanto yo hacía, fué minándome el terreno para quedarse dueño del campo.

En su concepto era lástima que escribiese novelas de las que se vendían á cuartillo de real la entrega, y ni á *La Ilustración* ni á mí favorecía que mi nombre apareciese en los carteles que en las esquinas anunciaban las pecadoras novelas y al mismo tiempo al pie del primer artículo del periódico. Con profunda pena, al parecer, hablaba de estos sus resquemores al editor, que era muy impresionable pero al mismo tiempo muy comedido, y después de vacilar, cuando estaba á punto de terminar el prímer año de la publicación, me preguntó si no habría medio de que renunciase á publicar novelas por entregas, lo que me perjudicaba en el concepto de algunos literatos y perjudicaba al periódico en cuya redacción ocupaba yo el lugar preferente.

Mi respuesta fué breve y rotunda: mi mayor deseo era renunciar á aquella labor de pacotilla; pero me proporcionaba el bienestar material de

que disfrutaba, y lo que procedía era que me retirase para evitar el perjuicio que en su opinión le causaba.

A esta solución se opuso, indicándome como una transacción que continuase escribiendo en el periódico, pero con un pseudónimo. No me pareció decorosa esta mascarada, insistí, y abandoné con pena aquella revista que con tanto interés y tanto gusto había contribuído á crear.

XIX

No por esto se entibió nuestra amistad. Abelardo me pidió que de vez en cuando dedicase algún articulo á *La Ilustración*, y el último que publiqué por entonces fué la necrología de mi querido y malogrado amigo Eduardo Zamacois cuyo inesperado fallecimiento en plena juventud, porque aún no había cumplido veintinueve años, y en todo el apogeo de su gloria artística, fué un verdadero duelo nacional.

Desde que nos separamos en París sólo tuve noticia de él por su hermano Ricardo, que en 1864 me auxilió en mis tareas literarias hasta que se dedicó al teatro, demostrando privilegiadas disposiciones para el arte escénico. Nos veíamos de tarde en tarde; pero doña Pilar, su excelente madre que continuó manteniendo afectuosas relaciones con mi familia, nos refirió que Eduardo se había casado en París, que había tenido un hijo, que era feliz

en su hogar y que su reputación y su fortuna crecían por momentos.

Cuando los prusianos sitiaron á la capital de Francia, se trasladó el gran artista á Madrid con su esposa y su hijo, que á la sazón contaba cuatro años.

Apenas supe su llegada en los primeros días de Enero de 1871, fuí á verle á la casa de huéspedes de la calle de Carretas, núm. 6, donde se alojó y conocí á su esposa y al pequeñuelo Miguel que era el encanto de sus felices padres. Hablamos larga y cariñosamente de nuestros respectivos proyectos, y me anunció que se proponía alquilar un estudio para seguir trabajando, porque presumía que lo menos en un año no podría regresar á París.

Tenía muchos encargos, le halagaba la idea de vivir en España algún tiempo, y nos despedimos prometiéndonos vernos á menudo.

¿Cómo podía imaginar que sería aquella la última vez que estrechase su mano?

Transcurrieron cuatro días y al llegar á mi casa por la noche después de haber pasado la velada en el teatro, encontré á mi mujer y á su madre consternadas. Habían leído en *La Correspondencia* la noticia de la muerte de Eduardo Zamacois, á quien estimaba mucho, y con tan dolorosa nueva me comunicaron su pesadumbre y su tristeza.

Al día siguiente fuí á la casa mortuoria para informarme de la causa de tan repentina desgracia; varios amigos y su hermano Ricardo, que

velaban el cadaver, me enteraron de la rápida enfermedad que tan funesto desenlace había tenido; allí supe también que Elisa, la hermana de Eduardo, había asistido á sus últimos momentos y había llevado á su casa á la atribulada viuda y al huérfano, y acto contínuo fuí á darles el pésame y á ponerme á su disposición.

La esposa de mi malogrado amigo, anegada en llanto, inspiraba la más piadosa simpatía. Quería referirme lo ocurrido y los sollozos ahogaban sus palabras.

Elisa me refirió que el día 9 salió su hermano á buscar un estudio sufriendo el intenso frío de uno de esos días madrileños en que el aire del Guadarrama hiela el ambiente. Se enfrió y necesitó guardar cama; pero como no tenía fiebre el médico anunció que no era cosa de cuidado. Un par de días de reposo bastarían á devolverle al estado normal. No fué así por desdicha. A pesar de las precauciones que se tomaron para que se restableciera, á las cuarenta y ocho horas de permanecer en el lecho experimentó una fiebre muy alta y en breves horas acabó con su vida una angina diftérica.

Al abandonar la estancia donde la viuda, la madre y la hermana del finado procuraban consolarse mútuamente sin conseguirlo, ví á Miguelito que con los hijos de Elisa jugaba sin darse cuenta de que había perdido á su amoroso padre. En mis notas de aquel día escribí: «Le he abrazado, le he besado y he llorado pensando en mis hijos.»

Aquel interesante niño, á quien en memoria de su padre había dado Eduardo el nombre de Miguel, es en la actualidad uno de los más geniales y afamados literatos de Francia.

El 14 de Enero se verificó el entierro de Eduardo Zamacois. Sobre el féretro aparecía una corona de laurel. Entonces no se abusaba como ahora de las coronas. Formaban en el fúnebre cortejo D. Federico y D. Luis de Madrazo, Rosales, Gisbert, Casado del Alisal, Ferrant, Maureta, Valdivieso, Algarra y otros pintores no menos célebres cuyos nombres no vienen á mi cansada memoria. También acudieron á rendirle el último homenaje Arderíus, Salas, Gaztambide, Manuel del Palacio, algunos periodistas y muchos de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes.

No fué aquel un acto oficial: el verdadero mérito de Eduardo Zamacois despertaba sincera admiración en sus maestros y en sus compañeros; su natural modestia, su carácter sencillo, noble, bondadoso inspiraban la más viva simpatía á cuantos le trataban.

Pocos años más tarde, después de haber triunfado en la escena su hermano Ricardo, que fué un completo artista escénico, murió también de un modo desastroso. Este suceso entraña uno de esos terribles secretos de familia que deben ser lamentados, pero respetados. ¡Cuántas veces el que hacía reir con su donosura al público, se retiraba á su cuarto para llorar! La gloria de Eduardo vivirá en sus obras, cada día que pasa más estimadas

y celebradas. La de Ricardo se extinguirá con los que le vieron en la escena y recuerden su talento, su inspiración, su arte. Mientras viva, no se extinguirá en mí el verdadero afecto que profesé á aquella familia de geniales artistas y de buenas personas.

XX

Como los dos hermanos Becquer, el uno con la pluma y el otro con el lápiz, habían sido importantes colaboradores del *Museo Universal*, deseé que al transformarse esta revista en *La Ilustración Española y Americana* continuasen favoreciendo con su preciosa labor al nuevo periódico; pero no fué posible.

D. Eduardo Gasset y Artime, incansable y siempre acertado fundador de periódicos, de acuerdo con Bernardo Rico que no había podido entenderse con Abelardo de Carlos, resolvió publicar una *Ilustración de Madrid*, encargó su dirección literaria á Becquer, la artística á Rico, ofreció una colaboración valiosísima de escritores y dibujantes, siendo uno de los principales de estos últimos Valeriano Becquer, se estableció la natural competencia, y por este motivo nos encontramos Gustavo y yo en una situación delicada, que no amenguaba lo más mínimo nuestro afecto; pero que nos obligaba á luchar en noble y buena lid, y por consiguiente á renunciar, aunque con mútua pena, á nuestras entrevistas.

En aquel año 1870 solo nos vimos tres veces: en casa de García Luna, cuando gravemente enfermo este antiguo y buen amigo, acudimos á verle sin poder prestarle auxilio porque falleció; en la calle de Oriente, donde estaba la redacción del *Eco del país*, periódico de D. Eduardo Gasset, y donde nos reunimos los amigos del finado para hacer una suscripción en favor de la viuda que quedó en la mayor pobreza, y en la Puerta del Sol una tarde muy fría de la segunda quincena del mes de Diciembre.

Esta vez fué la última en que estreché su mano. Vivía en la calle de Claudio Coello, núm. 7, hoy 23, y yo en la de Serrano, núm. 14, hoy 26. Cuando nos encontramos no se sentía bien, estaba muy fatigado y además muy triste por la muerte de Valeriano, acaecida el 23 de Septiembre de aquel mismo año. Se proponía utilizar un ómnibus, que era el único vehículo que por entonces prestaba servicio á los vecinos del Barrio de Salamanca; y al llegar al punto de parada de aquel carruaje, vimos que estaban ocupados todos los asientos del interior. Sólo quedaban libres tres ó cuatro en la imperial.

Resolvió Becquer aprovechar uno de ellos y le expuse lo peligroso que podía ser para él sufrir sentado el frío glacial que hacía. Era mejor que nos dirigiésemos á pie al barrio: charlando se nos haría corto el trayecto y el ejercicio neutralizaría los efectos de aquella temperatura siberiana; pero me aseguró que le faltaban fuerzas para

emprender la caminata, no quise separarme de él ya que llevábamos el mismo camino, y subimos á la imperial del ómnibus.

Durante el viaje apenas hablamos: el frío era tan intenso que nos obligaba á cerrar la boca y á defendernos escondiendo la mayor parte de la cabeza en el cuello de los gabanes. Al llegar á la calle de Jorge Juan nos apeamos, y como por mi retirada de *La Ilustración* cesaba la causa que obedeciendo á un sentimiento de delicadeza, nos había tenido poco menos que incomunicados, prometí ir á visitarle.

Nos despedimos, tiritando los dos: él se encaminó á paso ligero por la calle de Jorge Juan y yo á mi casa á donde llegué casi helado.

Me acosté enseguida para entrar en calor; pero no pude reaccionarme tan pronto como deseaba y permanecí dos días en cama con alternativas febriles.

Tanto porque el médico me recomendó que no saliera á la calle hasta que me encontrase completamente bien, como porque esperábamos de un momento á otro la llegada á nuestro hogar del tercer hijo, me limité á enviar una criada á casa de Becquer para preguntar por él, porque temí que el trayecto en la imperial del ómnibus, que produjo mi indisposición, hubiera sido de peores consecuencias para él.

Por la doméstica supe que padecía una fiebre infecciosa y que el médico temía no poder dominarla.

El día 21 se agravó y expiró el 22 á las diez de la mañana. Casi al mismo tiempo nacía mi hija Laura, y aunque poco después me anunciaron la dolorosa noticia de la muerte de mi admirado y querido amigo, no pude ir á la casa mortuoria á dar el pésame á la familia, ni al entierro que con la mayor modestia se verificó al día siguiente.

Tan importante como lastimoso suceso, pasó inadvertido ó poco menos para el público. *La Correspondencia* ni siquiera insertó la noticia. De los periódicos que entonces existían sólo *La Opinión Nacional* y *La Epoca* anunciaron el fallecimiento de Becquer, dedicándole tres ó cuatro líneas. *Gil Blas*, recordando que en el breve espacio de tres meses habían sucumbido los dos hermanos, gloria uno de las artes y el otro de las letras, se limitó en un arranque de soberbia á llamar implacable á Dios. *La Ilustración de Madrid* no pudo hasta el día 27 anunciar la inesperada y sensible muerte de su director, prometiendo publicar en el número próximo una amplia biografía y el retrato del malogrado vate. Retrato y biografía, escrita ésta por Narciso Campillo, aparecieron en el primer número de Enero del siguiente año.

A esto se redujeron las honras periodísticas que se hicieron á Becquer: reconozcamos que la actual generación de escritores habría sido más generosa, honrando con mayor solemnidad la memoria del más sincero y esencialmente poeta, no ya de España, sino del mundo entero.

Como disfrutaba de una posición desahogada

no hubo necesidad de que sus compañeros y admiradores sufragasen los gastos de su entierro; pero surgió la noble idea de coleccionar y publicar sus obras, y con este propósito el día 24 se celebró una reunión en el estudio del laureado pintor Casado del Alisal, plaza del Progreso, 9, á la que asistieron unos cuantos amigos de Becquer. Como presumirá el lector, fuí uno de los que con más interés y entusiasmo acudieron á la cita y contribuyeron á tan laudable proyecto.

Cuando estudiábamos el medio de allegar fondos para dicho objeto, nos sorprendió la visita de D. Manuel Silvela, que á la sazón era ministro de Estado.

—He sabido por los periódicos—nos dijo—el sitio y la hora en que los admiradores de Becquer pensaban reunirse para honrar su memoria coleccionando y publicando sus obras, medio el más eficaz de rendir homenaje á los literatos de verdadero mérito, y como soy uno de los que más le admiran, me he permitido acudir á esta cita y coadyuvar á la nobilísima empresa que se proponen ustedes acometer.

Aquel acto del ilustre hombre de Estado nos sorprendió y nos entusiasmó. Le felicitamos y nos felicitamos de poder contar con su valiosa cooperación, en tanto que él, rogándonos que olvidásemos al gobernante para no ver más que al compañero en el cultivo de las letras, al admirador de Becquer, tomó parte activa en nuestras deliberaciones.

Rasgos como el que cito, abundan en la vida de D. Manuel Silvela, cuya privilegiada inteligencia y generoso corazón le captaron el sincero aprecio y la más ferviente admiración de cuantos le conocieron y trataron.

Los que asistimos á la reunión, acordamos contribuir con mil reales cada uno á la realización del pensamiento que nos había congregado, abrir para el mismo fin suscripciones en la redacción de *La Ilustración de Madrid* y en el estudio de Casado del Alisal, costear la impresión de las obras y entregar el dinero que sobrase, que seguramente sobraría, á la viuda y los huérfanos de Becquer.

Una Comisión se encargó de buscar en los periódicos en que había escrito sus poesías, leyendas, críticas y demás trabajos literarios; el proyecto se realizó pronto con verdadero amor y acierto; la edición, convenientemente anunciada en los periódicos, se vendió en poco tiempo y la gloria de Becquer se consolidó. Su esposa y los tres hijos que dejó, heredaron con la gloria importantes recursos y más tarde cedió la primera al inteligente editor D. Fernando Fe por una cantidad equitativa, el derecho de publicar nuevas ediciones de las obras de su ilustre esposo, habiéndose agotado en los cuarenta años transcurridos tres muy numerosas, que han extendido en España y en la América latina la fama del gran pensador, del gran poeta, del gran escritor, ya sancionada por tres generaciones, y destinada á ser eterna.

¡Cuántas veces al divagar sobre el porvenir que nos esperaba, me había confiado Becquer su creencia de que no llegaría á cumplir los treinta años, maldecidos por Espronceda en su *Diablo mundo*! Sus antepasados no habían llegado á los cuarenta. Pertenecía á una de esas familias condenadas á no pasar de un límite fatal marcado á su vida. Valeriano murió á los treinta y seis años, Gustavo á los treinta y cuatro. La idea de este fin prematuro, desde que tuvo uso de razón fué inseparable compañera de sus ensueños y sus esperanzas.

En sus leyendas parece complacerse describiendo en algunos de los personajes ojos de un verde triste, su color predilecto. Símbolo de esperanza para unos, símbolo de melancolía para él, podía calificarse su predilección de paludismo sentimental.

Permítame el lector que consigne, siquiera sea con brevedad, la impresión que el alma de Becquer dejó en la mía con sus confidencias amistosas, sus rimas, sus leyendas, con toda su obra, en fin, que no por haber podido ser encerrada en dos ó tres volúmenes, deja de llenar el mundo del sentimiento, de la imaginación y de la inteligencia.

Admirado y querido como poeta, más que por sus contemporáneos que apenas le conocieron por las generaciones posteriores, los que le admiran y le aman saben de memoria sus rimas y las evocan y repiten en sus momentos de melancolía; pero las rimas no son más que las bellísimas flores de un alma hermosa, privilegiada, encantadora: los sa-

zonados y sabrosos frutos de su espíritu son sus leyendas, sus artículos de crítica artística y literaria, las cartas que le inspiró su estancia en el monasterio de Veruela, él prólogo de la gran obra de *Los Templos de España,* sueño de toda su vida que no pudo realizar. En su labor no es sólo el poeta: es la poesía, el arte bajo todos los aspectos de la belleza moral é intelectual.

Aunque en su mocedad tuvo ocasión de conocer á los más inspirados poetas antiguos y modernos, pronto cesaron de ejercer influencia en su espíritu, que adquirió un sello propio contemplando, comprendiendo y admirando la obra de Dios en toda su grandeza.

En su producción literaria circula la poesía como la sangre en el cuerpo humano, y hasta cuando desea ser prosaico no puede prescindir de la poesía de la sencillez y la sinceridad.

Sus ojos sabían ver, tenían memoria de lo que veían y no dejaba á su imaginación que los dominase: la ponia á su servicio.

Cuando era su deseo describir un carácter, un aspecto humano, un paisaje, un monumento, un objeto cualquiera, su cerebro era la cámara oscura en la que quedaba impresionado lo que veía; cámara oscura excepcional, porque no solo se reflejaba en ella lo material, sino lo inmaterial, y al afirmar como afirma á menudo que las palabras no podrán expresar lo que expresar desea, las que emplea le desmienten, porque son á un tiempo dibujo, color, alma, vida.

Como los de Cervantes y los de Shakespeare, los caracteres, los tipos que ha encarnado en sus obras, son difinitivos y eternos.

En toda su labor palpita la fé. No duda, y si duda no quiere dudar: quiere creer y cree.

Las contrariedades y las miserias de la vida jamás le quebrantaron: las disculpaba y las perdonaba.

Siempre fué serio. No rechazaba la broma pero la esquivaba. Nunca le ví reir: sonreir siempre, hasta cuando sufría. Tampoco le ví llorar: lloraba hacia dentro. Era paciente, sufrido, resignado, amable, bondadoso. Sabía compadecer, perdonar, admirar lo bueno y ocultarse á sí mismo lo mísero y lo malo.

Alma tan grande como la suya no cabía en cuerpo humano, y el suyo se rindió á aquella grandeza; pero su alma quedó en sus obras y en ellas vivirá eternamente.

XXI

Aquí debería terminar el penúltimo tomo de mis *Impresiones y recuerdos*, para no turbar la triste y á la vez dulce emoción que he deseado despertar en el ánimo del lector al ofrecerle en unos cuantos párrafos el retrato moral de Becquer; pero en aquella época se operó un cambio trascendental en mi vida y juzgo pertinente, no por lo que á mí se refiere, sino por lo que con la historia de España se relaciona, indicar lo que ha

de ser parte principal del siguiente y último tomo de esta labor retrospectiva.

A pesar de mi aversión á lo que por mútuo convencionalismo llamamos política, no pude dejar de preocuparme del triste y vergonzoso espectáculo que ofrecían los vividores que en el desarrollo de la Revolución luchaban sin tregua con los que de buena fe aspiraban á regenerar al país.

La historia ha marcado ya con su estigma el período de la llamada *Interinidad*; y no solo por patriotismo, sino hasta por instinto de conservación, se imponía á los ciudadanos el deber de contribuir á evitar la pérdida de la nacionalidad de que estaban amenazados.

Los revolucionarios se dividieron en dos bandos: optaban unos por la monarquía democrática, otros por la república. Los primeros luchaban además entre sí; cada fracción apoyaba á un candidato al trono de su gusto y conveniencia; los mismos republicanos que aparecían unidos por la idea, se diferenciaban en el modo de querer darla forma.

Triunfaron los monárquicos; costó el triunfo la vida al general Prim; con el Rey italiano surgió una nueva y no menos desastrosa interinidad; su abdicación instauró la república, en la que como en un cinematógrafo se sucedieron los gobiernos, sin que hombres de tanto valer como Pí Margall, Figueras, Salmerón, Ruiz Zorrilla y algunos otros más, pudieran imponerse á los ambiciosos que les rodeaban, ni á las turbas famélicas ávidas de

compensar sus privaciones con la satisfacción de sus apetitos.

No he olvidado una escena que presencié en Zaragoza en el Otoño de 1869. Era por aquel tiempo Juan Pablo Soler uno de los revolucionarios más activos y de mayor ascendiente. Hablaba con elocuencia, y al menos entonces, porque después no supe que fué de él, sentía verdadero amor al pueblo y estaba animado por los mejores deseos de educarle y favorecerle.

No recuerdo donde se celebró una reunión á que asistí: lo que tengo presente es que los congregados en ella pasaban de un millar.

En el café del Arco de Cineja, donde me reunía las cortas temporadas que pasaba en Zaragoza con los poetas Marcos Zapata, Constantino Gil y Julio Monreal, que después alcanzaron la justa celebridad que disfruta su nombre, conocí á un furibundo demagogo llamado Mariano Artal, albañil y bombero, muy estimado y muy popular entre sus paisanos.

El día en que debía celebrarse la reunión á que antes he aludido, le encontré en el Coso, me dijo que iba á oir á Juan Pablo Soler, y me invitó á acompañarle.

Aproveché la invitación y en su compañía pude llegar á sitio favorable para asistir á aquel acto que celebraba una parte del pueblo soberano aragonés.

El orador, que en efecto valía, expuso con claridad, sencillez y una elocuencia suficiente para impresionar á aquella masa de seres con mucho

corazón pero poca cabeza, los principios fundamentales de la democracia. Les pintó con un arte tan admirable que parecía sinceridad, los beneficios que á todos, grandes y chicos, ricos y pobres, ofrecía la república, y los circunstantes le oían con atención, con interés; pero sin prorrumpir en exclamaciones de entusiasmo.

Se cansó al fin de echar margaritas... á los que no estaban preparados para apreciarlas, y cambiando de actitud y de tono, en busca de la emoción y del aplauso que codician los que hablan á las masas, exclamó:

—Todo lo que ácabo de manifestaros, ha de producir el maravilloso efecto de igualar á los pobres con los ricos, haciendo que éstos pierdan algo de lo que disfrutan para que los que padecen escaseces disfruten á su vez. Que os faltan recursos: los que los tienen deberán partirlos con vosotros. Que dormís en duros jergones por carecer de colchones blandos y cómodos: los que descansan sobre dos en sus mullidos lechos, lo menos que pueden hacer es daros uno. Y así en todo: ¡igualdad, libertad y fraternidad!

Una ruidosa salva de aplausos acogió aquellas palabras.

—¡Eso! eso es lo que queremos—gritaban los hombres y con más brío aún las mujeres.

Aquellos honradotes baturros, juzgaban de acuerdo con mi famoso carretero, que lo que el orador les ofrecía era lo más natural y equitativo del mundo, desde el momento en que la ley lo au-

torizase, y ansiaban el triunfo de los que les parecían llamados á dictarla.

Legendario es el letrero que se vió obligado á mandar colocar en la puerta de su despacho el por tantos conceptos apreciable y hasta admirable Nicolás Estébanez, cuando fué gobernador de Madrid á poco de triunfar la república. Todos pedían algo. No parecía España un país de ciudadanos, sino un enjambre de pordioseros.

Fuí como he dicho antes de los que creyeron que la revulsión revolucionaria sería útil y provechosa al país; de los que esperaron, si no una completa regeneración, al menos un alivio al mal que nos aquejaba. Luis Rivera, que publicaba con gran éxito su célebre semanario satírico *Gil Blas,* para el que escribí las biografías que aparecieron firmadas con el nombre que servía de título al periódico; Rivera, repito, se declaró republicano como muchos de los revolucionarios, y con la mejor buena fé trató de convencerme de que la república era la salvación de España, excitándome á compartir su creencia.

En aquel tiempo ya pensaba yo que no había más que dos formas de gobierno: la Monarquía sin adjetivos, de origen Providencial, y la República como expresión natural de la soberanía de los pueblos. Pero también pensaba que siendo esta última la más fecunda para el bien y la libertad de los pueblos que no quieren ser feudos, exigía en los ciudadanos una completa y absoluta moralidad, un exacto conocimiento de la esfera de ac-

ción en que puede existir y ser fecunda la libertad, una educación perfecta y una gran cultura en todas las clases sociales. Sin estos esenciales elementos, que bien pueden calificarse de virtudes, se corría el peligro de que llegase á ser tan tiránica ó más aún que la Monarquía absoluta y despótica.

Opinaba que España no estaba preparada para plantear con éxito la República, y juzgaba preferible la Monarquía, aunque mi escasa experiencia me había demostrado que la llamada constitucional no era en sus resultados más que una especie de escala cromática de absolutismos, más despóticos los de abajo que los de arriba; porque dígaseme si desde los minitros hasta los porteros y los más humildes agentes de la autoridad, no sobrepujan como absolutos y tiránicos á los reyes, que solo son soberanos á medias en su jaula de oro constitucional.

Cada país tiene como cada individuo un modo de ser especial, y además el gobierno que merece. Monarquía ó República son el sumando de los elementos vitales de una nación. La Monarqía es el gobierno necesario en los pueblos ignorantes, ineducados, perezosos, destinados á obedecer. La República el de los pueblos activos, vigorosos, ilustrados, justos y cristianamente liberales. España no podía ser entonces gobernada por una República. Sólo los hombres que saben gobernarse á sí mismos pueden ser buenos republicanos.

El carlismo era la única incógnita que quedaba por despejar; invocaba la tradición, y no la de las

monarquías de las casas de Austria y de Borbón, sino la antigua genuinamente española, que en punto á libertades y franquicias no había sido superada, ni siquiera igualada por la Revolución francesa.

En el siguiente tomo referiré como llegué á creer que el carlismo podía resolver el problema que parecía insoluble.

En aquél agitado aunque breve período de mi actividad política, no tuve un solo instante que sacrificar mis ideales de libertad cristiana á la española, de amor á mi patria y de sed de justicia.

Una nueva ilusión, debía producirme un nuevo desengaño.

El amable lector á quien interesen estas memorias y siga favoreciéndome con su bondadosa atención, sabrá por qué y de qué manera fuí carlista, por qué dejé de serlo; y sobre todo, que es lo más importante, conocerá gran parte de las interioridades de aquella inútil y lamentable guerra, gloriosa para los combatientes de los dos ejércitos, dolorosa y funesta para la patria.


FIN DEL TOMO TERCERO

ERRORES Y ERRATAS

Pag.	Linea.	Dice.	Debe decir
10	6	veutura	ventura
10	14	escribiría	escribiese
10	15	servirían	serviría
10	21	flaquezas	flaqueza
15	25	Real	de la Zarzuela
25	26	montameante	momentáneamente
43	6	Hertz	Herz
43	14	reflesión	reflexión
68	9	gusto	agrado
68	11	mas que	que
80	29	eminenles	eminentes
81	14	uraño	huraño
85	4	filósofo latíno	oráculo de Delfos
88	20	Agosto	Julio
89	8	1836	1835
91	27	uraño	huraño
108	28	Yust	Just
117	28	los gastos del hotel	nuestro hospedaje
118	30	hacía todo lo posible	procuraba
118	31	para aparecer	aparecer
120	18	treinta	cuarenta
197	3	que es-	que escribí
216	3	arrlesgarle	arriesgarle
217	2	qniso	quiso
253	24	la impresión	la
253	27	á sentir.	á sentir, fué muy dolorosa.
282	18	reaciones	relaciones
282	26	Valladolid	Burgos
317	27	diligente	inteligente
336	29	Tormes	Tornos
341	20	pacienzuda	complaciente
359	6	anuncios	anuncios locales
420	1	figura	figure

La impresión
de este libro comenzó
en 15 de Julio de 1910 y terminó
en 8 de Enero
de 1911.



